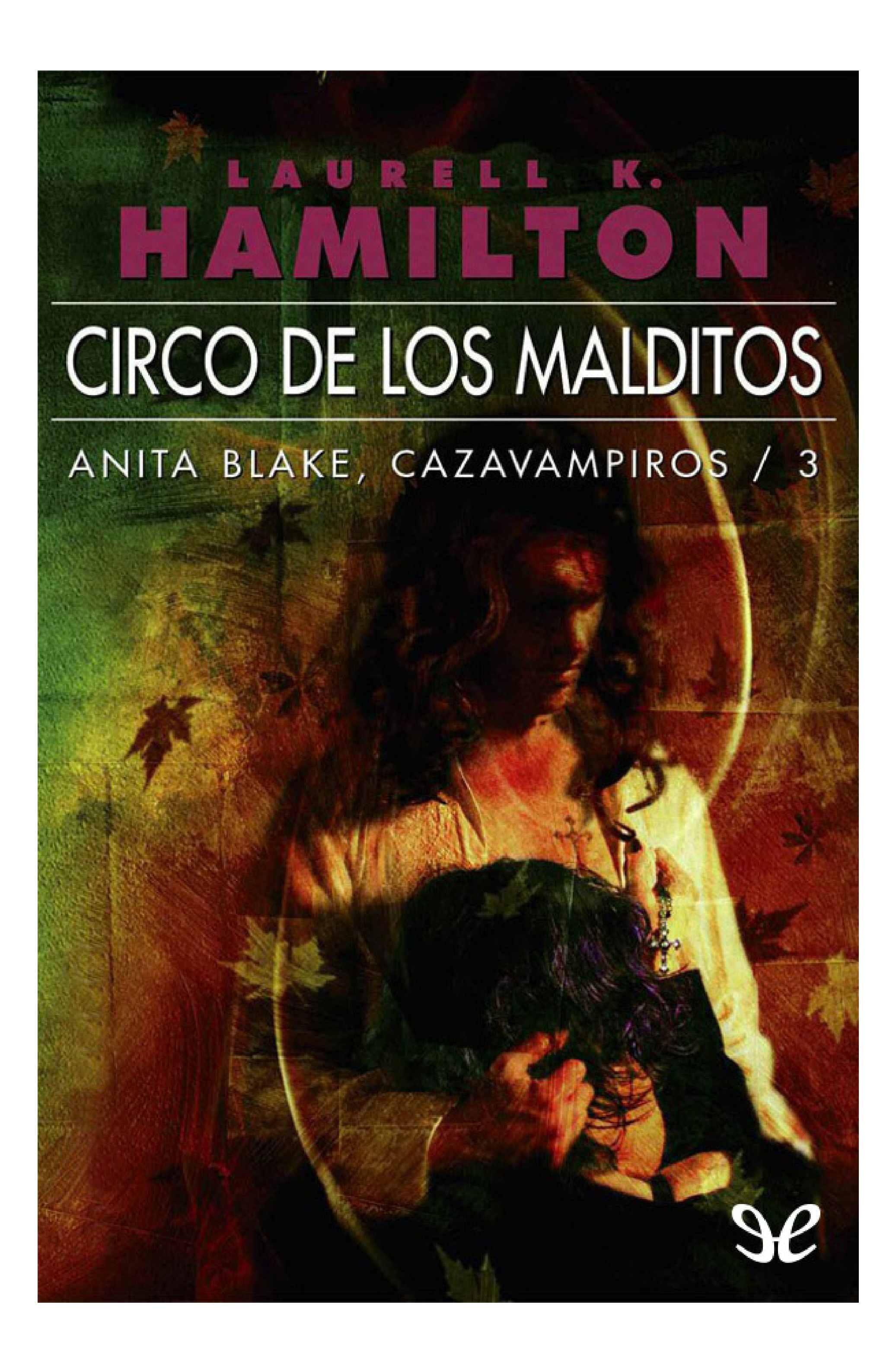

LAURELL K.
HAMILTON
CIRCO DE LOS MALDITOS
ANITA BLAKE, CAZAVAMPIROS / 3

Como si no tuviera bastante con su trabajo nocturno en Reanimators, Inc., Anita se ve involucrada en la investigación de una serie de crímenes que parecen indicar que un poderoso maestro vampiro y su clan han decidido darse un banquete de sangre. Acude a Jean-Claude con la esperanza de hallar pistas para resolver el caso, pero se descubre inmersa en una guerra vampírica en la que ella es parte del botín.

Una nueva entrega de la serie de Anita Blake y un nueva exploración de un universo de ficción cada vez más singular, con un desfile de monstruos que personifican nuestros deseos y temores más recónditos. Una obra desinhibida con los contrastes más inquietantes e inesperados de la literatura vampírica moderna.



Laurell K. Hamilton

Circo de los Malditos

Anita Blake, cazavampiros - 3

ePub r1.4
Titivillus 27.02.2018

Título original: *Circus of the Damned*
Laurell K. Hamilton, 1995
Traducción: Natalia Cervera de la Torre
Ilustración de portada: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRESENTACIÓN

Qué puedo decir más que… ¡por fin! Circo de los Malditos*, ¡aleluya! Ya tenía las puntas de los dedos despellejadas de tanto morderme las uñas mientras esperaba a que saliera la siguiente entrega de Anita Blake. Y es que si hay alguien que se haya leído* Placeres Prohibidos *y* El Cadáver Alegre*, y no estuviese rabiando por no poder leer aún* Circo de los Malditos*, es que, sencillamente, no tiene más que horchata en las venas.*

La serie de Laurell K. Hamilton es algo más que novela negra sobrenatural; es más que vampiros guayones y buenorros salidos de las fantasías blandiporno de toda la vida. Es Anita Blake.

Con catorce años descubrí a Jan Dorvin, de la trilogía Los Señores del Cielo. Han tenido que pasar casi veinte para que, por fin, encontrara otra protagonista femenina de verdad, no una mera comparsa del héroe de turno. ¿Qué mujer va por ahí diciendo «Córcholis» o «Repámpanos, me he roto una uña, ven y sálvame»? Desde luego yo no y, mucho menos, Anita. Si nos pinchan, sangramos, y si nos tocan los cojones… Sí, sí. Los cojones. Con dos oes. Mariconadas, las justas. ¿Qué pasa? ¿Te molesta que una mujer diga tacos, que diga lo que piensa o que coja una pistola y le vuele la cabeza a alguien y luego se vaya a dormir tan tranquila por un trabajo bien hecho? Ah, bueno, que eres de esos (o esas, que también las hay). Entonces no leas la serie de Anita Blake… aunque sé que en el fondo lo estás deseando. No nos engañemos, por favor. Los hombres sueñan con conquistar amazonas, y las mujeres nos dimos cuenta hace tiempo de que ser las heroínas mola más. Nada de ser machorras con tacones, sino mujeres de armas tomar. Las niñas buenas van al cielo; las malas, a todas partes.

Ahora bien, ¿que el problema es que no te va el rollo de los vampiros? Bueno, en realidad no es ningún problema. A nuestra Ejecutora también le sientan como una patada en el estómago y, en esta ocasión, como a ella, te va a apetecer cerrarles la boca a hostias.

¿Ves? Es otra de las cosas que me gustan de esta serie. Tenemos a un grupito de vampiros y cambiaformas de toma pan y moja; ahí, con el pechito lampiño siempre al descubierto y luciendo tabletas de chocolate sin derretir. Mujeres despampanantes de piernas largas que podrían hacerte poner en duda tu sexualidad. Bien. Toda una panda de cabrones. Con todas las letras. Como debe ser, en realidad. Olvídate de todos esos vampiritos sensibles y atormentados que se han puesto de moda por ahí. Estos sí que son lobos con piel de cordero. Más rápidos, más seductores… Y desde luego no se ponen a llorar a moco tendido por haber perdido la humanidad. Si se lamentan de algo, no te equivoques, será de que no les permitas jugar con todos los agujeros de tu cuerpo y vaciarte después como un tetrabrik. ¿Que hay excepciones? Solo si quieres dejarte engañar. ¿Quieres?

Oh, sí. Sé qué estás pensando. Piensas en esa fantasía eroticofestiva llamada Jean-Claude, ese «estoy bueno que te cagas, tú lo sabes y yo lo sé». Y el tío aún se pregunta por qué le da calabazas Anita. Porque tienes una patada en la boca, hijo mío… Y en esta entrega no una, sino dos. Pero mejor no desvelo nada. Hay que leerlo en todo su esplendor. Solo diré: ¡Chaval, que así no se liga! Doscientos años y no sabes entrarle a una mujer de verdad sin recurrir a truquitos mentales. Menos mal que mi Anita aguanta como una campeona. Mojando bragas, pero campeona al fin y al cabo.

Ups, vaya. Veo que me estoy enrollando como las persianas y ni siquiera he entrado en materia. Como alguien dijo una vez, «yo he venido aquí a hablar de mi libro», así que va siendo hora de presentar este.

Hummm, veamos… Señoras y señores: ¡El Circo de los Malditos*! Ya. Sé que no es la mejor de las presentaciones, pero es que Anita Blake no necesita presentación, en serio. Es una tipa dura cuando tiene que serlo (y, seamos francos, en un mundo tan plagado de monstruos, para sobrevivir no queda otra que aparcar los escrúpulos bien lejos), pero sin dejar de ser una mujer de los pies a la cabeza en todo momento. Le duele cuando la golpean y sangra si la hieren. Tiene cicatrices de sobra para demostrarlo. Hasta es capaz de hablar de ropa y decoración sin parecer cursi. Creedme. Yo fui la primera sorprendida.*

Pero basta de preámbulos y alabanzas. Ahora, lo mejor es que pases a la siguiente página. Siéntate o quédate de pie, como prefieras, lee, disfruta y déjate llevar. Empieza el espectáculo.

Felicidad Martínez

Para Ginger Buchanan, nuestra directora editorial, en agradecimiento por su fe en Anita y su paciencia conmigo.

A los sospechosos habituales: a Gary, mi marido, y a M.
C. Summer,
a Deborah Millitello, a Marella Sands y a Robert K. Sheaff, de Alternate Historians. Mucha suerte con la casa nueva, Bob. Te echaremos de menos un montón.

UNO

Tenía sangre de gallo seca debajo de las uñas. Para levantar muertos hay que derramar un poco de sangre. Aún me quedaban pegotes descascarillados en la cara y las manos; había intentado limpiarme lo peor antes de ir a la reunión, pero hay manchas que solo salen con una ducha. Bebí un trago de café de una taza con la inscripción CABRÉAME Y LO PAGARÁS CARO y miré a los dos hombres que tenía al otro lado de la mesa.

Jeremy Ruebens era bajito, moreno y cascarrabias. Siempre lo había visto con cara de pocos amigos o gritando. Sus rasgos eran tan diminutos que parecían apelotonársele en el centro de la cara, como si los hubieran apretado antes de que se secara la arcilla. Se ajustó la solapa de la chaqueta, la corbata azul marino, el alfiler de corbata y el cuello de la camisa blanca, y por fin dejó las manos entrelazadas sobre las piernas. Pero al cabo de un momento las tenía otra vez danzando de la chaqueta a la corbata, al alfiler, a la camisa… y vuelta a las piernas. Calculé que sería capaz de soportar la visión de ese recorrido histérico cinco veces más antes de suplicarle clemencia y prometerle todo lo que quisiera.

El otro hombre se llamaba Karl Inger. No lo conocía. Pasaba del metro ochenta y cinco; cuando los tres estábamos de pie, ni Ruebens ni yo le llegábamos a los hombros. Su cara, también grande, estaba rodeada por una mata apretada de rizos pelirrojos y adornada con unas patillas como chuletas que se unían a uno de los bigotes más espesos que había visto en mi vida. Lo llevaba todo cuidadosamente arreglado, con excepción de la cabellera indómita. Igual se le había rebelado el pelo ese día.

Las manos de Ruebens iban ya por la cuarta repetición de su danza continua, y decidí que mi límite era de cuatro.

Quería rodear la mesa, sujetarlo por las muñecas y pedirle a gritos que parase, pero supuse que sería un poco grosero, incluso

para mí.

—No recordaba que fuera tan nervioso, Ruebens —le comenté.

—¿Nervioso? —repitió, mirándome. Hice un gesto para señalarle las manos, perdidas en el recorrido interminable. Frunció el ceño y las dejó quietecitas en las piernas. Toma autodominio—. No soy nada nervioso, señorita Blake.

—Lo que usted diga. ¿Y qué lo tiene en ese estado, señor Ruebens? —Bebí un trago de café.

—No estoy acostumbrado a pedirle ayuda a gente como usted.

—¿A gente como yo? —Decidí formularlo como una pregunta.

—Ya me entiende —dijo después de aclararse la garganta.

—Pues la verdad es que no.

—Bueno, una reina de los zombis… —Se detuvo a mitad de la frase. Me estaba alterando, y se me debió de notar en la cara—. Sin ánimo de ofender —añadió en voz baja.

—Si ha venido hasta aquí para insultarme, aire; si tiene algún asunto que plantear, plantéelo, y después, aire.

—Ya te dije que no nos ayudaría. —Ruebens se puso en pie.

—¿Ayudarlos a qué? Aún no han soltado prenda.

—Deberíamos decirle a qué hemos venido. —Inger hablaba con voz grave, profunda y agradable.

Ruebens tomó aire y lo dejó escapar poco a poco por la nariz.

—Muy bien. —Volvió a sentarse—. La última vez que nos vimos, yo era miembro de la Liga Antivampiros. —Asentí para animarlo a seguir y bebí otro trago de café—. Más adelante puse en marcha un grupo nuevo, la Alianza Humana. Tenemos los mismos objetivos que la Liga, pero nuestros métodos son más expeditivos.

Me quedé mirándolo. El objetivo principal de la Liga Antivampiros era que se ilegalizara el vampirismo, para que se pudiera volver a cazar vampiros como si fueran animales. No es que me pareciera mal; antes era matavampiros, cazavampiros o como queráis llamarlo, y después había pasado a ejecutora. La diferencia era que se necesitaba una orden judicial para acabar con un vampiro; de lo contrario se consideraba asesinato. Para conseguir la orden hacía falta demostrar que el vampiro en cuestión representaba un peligro para la sociedad, esto es, había que esperar a que se cargara a alguien. El mínimo del que se tenía constancia era de cinco humanos muertos, y el máximo, de veintitrés. Era un

montón de cadáveres. En los viejos tiempos se los podía matar de buenas a primeras.

—¿Qué quiere decir exactamente con lo de «métodos expeditivos»?

—Ya lo sabe.

—La verdad es que no. —Me parecía que sí, pero quería que lo dijera en voz alta.

—La Liga Antivampiros no ha logrado desacreditar a los chupasangres ni a través de la prensa ni por la vía política. En Alianza Humana abogamos por su erradicación.

—¿Quiere decir que pretenden acabar con todos los vampiros de los Estados Unidos? —Sonreí por encima de la taza.

—Es lo que queremos.

—Eso sería asesinato.

—Usted ha cazado vampiros. ¿Opina eso de verdad?

Me tocó a mi respirar profundamente. Unos meses atrás habría dicho que no, pero ya no las tenía todas conmigo.

—No estoy demasiado segura.

—Si la nueva ley sale adelante, los vampiros tendrán derecho al voto. ¿No le parece una perspectiva espeluznante?

—Sí.

—Entonces, ayúdenos.

—Déjese de rodeos y dígame qué quiere.

—Muy bien. Queremos que nos diga dónde está la guarida diurna del amo de los vampiros de la ciudad.

Lo miré en silencio durante unos segundos.

—¿Habla en serio?

—Como si estuviéramos en un velatorio.

—¿Qué le hace pensar que lo sé?

—Venga, señorita Blake. —Fue Inger quien contestó, con una sonrisa afabilísima—. Si nosotros reconocemos que estamos a favor de algo que jurídicamente se considera asesinato, usted podría reconocer que conoce al amo.

—Díganme qué saben y puede que lo corrobore, aunque no garantizo nada.

—¿Quién se anda ahora con rodeos? —Su sonrisa se amplió aún más, y el caso es que tenía razón.

—¿Y qué si lo conozco?

—Díganos dónde se esconde de día —dijo Ruebens. Estaba inclinado hacia delante, con una expresión ávida, casi lasciva. No me sentí halagada, porque ni siquiera era yo quien lo ponía tierno; era la idea de aniquilar al amo.

—¿Cómo sabe que es un hombre?

—Por un artículo del *Post-Dispatch*. En él no se mencionaba ningún nombre, pero quedaba claro que esa criatura era de sexo masculino —dijo Ruebens.

Me pregunté qué opinaría Jean-Claude de que lo llamaran criatura. Mejor no averiguarlo.

—Así que pretenden que les dé una dirección y plantarse allí, ¿para qué? ¿Para atravesarle el corazón con una estaca? —Ruebens asintió, e Inger sonrió. Yo sacudí la cabeza—. No parece muy buen plan.

—¿Se niega a ayudarnos? —preguntó Ruebens.

—No, lo que pasa es que no sé dónde se esconde. —Era un alivio no tener que mentir.

—Miente. Lo está protegiendo. —El semblante de Ruebens se estaba ensombreciendo por momentos, y unas profundas arrugas le surcaron la frente.

—Les aseguro que no lo sé. Señor Ruebens, señor Inger… Si desean que levante algún zombi, podemos seguir hablando; de lo contrario… —Dejé la frase sin terminar y les dediqué mi mejor sonrisa profesional. No parecieron impresionados.

—Accedimos a quedar con usted a estas horas intempestivas, y la tarifa que estamos pagando no es ninguna broma; lo mínimo que podría hacer es ser educada.

Quería contestar «No he empezado yo», pero habría sonado demasiado infantil.

—Les he ofrecido un café y lo han rechazado.

El ceño de Ruebens se acentuó, y se le marcaron las patas de gallo a causa del enfado.

—¿Es así como trata a todos sus… clientes?

—La última vez que hablamos me llamó zorra amante de los zombis, así que estamos en paz.

—Pero ha aceptado nuestro dinero.

—Yo no; mi jefe.

—Hemos accedido a reunirnos al amanecer, señorita Blake. ¿No

podría poner algo de su parte?

No había tenido la más mínima intención de reunirme con Ruebens, pero una vez que Bert aceptó el dinero, no pude evitarlo. Concerté la cita para el amanecer, después del trabajo de la noche y antes de ir a dormir, para descansar ocho horas seguidas cuando volviera a casa. Que fuera Ruebens quien durmiera poco.

—¿Podría localizar el refugio del amo? —preguntó Inger.

—Es posible, pero en ese caso tampoco se lo diría.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque está aliada con él —dijo Ruebens.

—¡Calla, Jeremy! —Ruebens abría la boca para protestar cuando Inger añadió—: Por favor, Jeremy, hazlo por la causa. —Ruebens hizo un esfuerzo palpable por contener la rabia, pero sí: se la tragó. En efecto, sabía controlarse—. ¿Por qué, señorita Blake? —Inger me miraba muy serio, la máscara de afabilidad desvanecida como por ensalmo.

—Las estacas no sirven de nada contra los maestros vampiros. Lo digo por experiencia.

—¿Qué hay que hacer, entonces?

—Ni hablar, señor Inger. —Sonreí—. Si quiere aprender a matar vampiros, tendrá que llamar a otra puerta. Solo por responder a sus preguntas me convertiría en su cómplice.

—¿Nos lo diría si tuviéramos un plan mejor?

Lo medité un momento. Imaginar a Jean-Claude muerto, muerto del todo… Desde luego, seria un alivio, pero…

—No lo sé.

—¿Por qué no?

—Porque creo que quienes morirían serían ustedes, y nunca entrego a nadie a los monstruos, ni siquiera si son personas que me odian.

—Nosotros no la odiamos, señorita Blake.

—Puede que usted no. —Señalé a Ruebens con la taza—. Pero él, desde luego.

Ruebens solo me miró. Al menos no intentó negarlo.

—Si se nos ocurre un plan mejor, ¿podríamos hablar de nuevo con usted? —preguntó Inger.

—Sí, claro, ¿por qué no? —contesté sin perder de vista los ojillos encolerizados de su acompañante.

—Gracias, señorita Blake, nos ha sido de gran ayuda. —Inger se levantó y me estrechó la mano, envolviéndomela por completo. Era gigantesco, pero no intentaba imponer con su tamaño. Todo un detalle.

—La próxima vez que nos veamos estará más dispuesta a colaborar —me dijo Ruebens.

—Vaya, Jerry, eso ha sonado a amenaza.

—En Alianza Humana estamos convencidos de que el fin justifica los medios —dijo con una sonrisa nada amable.

Me abrí la chaqueta del traje granate. Debajo llevaba una pistolera de sobaco con la Browning Hi-Power de 9 mm, y el cinturón negro de la falda era suficientemente fuerte para sujetar la correa. Lo último en trajes para ejecutivas terroristas.

—Si se trata de sobrevivir, yo también lo creo.

—Nadie se ha puesto violento —intervino Inger.

—No, pero nuestro amigo aquí presente lo está pensando, y solo quiero que tanto él como el resto de su grupo tengan muy claro que voy en serio. Como se metan conmigo, morirá gente.

—Somos muchos —dijo Ruebens—, y usted es solo una.

—¿Sí? ¿Y quién quiere ser el primero?

—Basta, Jeremy, señorita Blake. No hemos venido a amenazarla, sino a pedirle ayuda. Ya volveremos cuando tengamos un plan mejor.

—A ese puede dejárselo.

—Como quiera. Vamos, Jeremy. —Inger abrió la puerta, y se oyó el tecleo procedente del despacho exterior—. Adiós, señorita Blake.

—Adiós, señor Inger. No ha sido ningún placer.

Ruebens se detuvo en el umbral y se volvió hacia mí.

—Eres una abominación a los ojos de Dios —masculló.

—A ti también te quiere —dije con una sonrisa.

Se fue dando un portazo. Infantil.

Me senté en el borde de la mesa y esperé hasta estar segura de que se habían marchado. No creía que fueran a intentar nada en el aparcamiento, pero la verdad era que tampoco quería ponerme a pegar tiros. Bueno, sí, claro que lo haría si no quedara más remedio, pero prefería evitarlo. Había albergado la esperanza de que bastara

con enseñar la pistola para mantener a raya a Ruebens, pero tenía la impresión de que solo había servido para cabrearlo más. Giré el cuello unas cuantas veces con el fin de aliviar la tensión. No sirvió de nada.

Ya podía irme a casa, pegarme una ducha y dormir ocho horas de un tirón. Qué gozada. Me sonó el busca, y di un bote como si me hubieran pinchado. ¿Nerviosa yo?

Pulsé el botón y gemí al ver el número. Era la policía; concretamente, la Brigada Regional de Investigación Preternatural, más conocida como *la Santa Compaña*. Estaba al cargo de los delitos de Misuri relacionados con lo sobrenatural, y yo era su experta en monstruos. A Bert le parecía bien que hiciera unas horas extras como asesora, pero sobre todo, le gustaba la publicidad.

El busca volvió a sonar, y apareció el mismo número.

—Mierda —dije en voz baja—. Te he oído a la primera, Dolph.

Tuve la tentación de fingir que me había ido y no veía los mensajes, pero me aguanté. Si el inspector Rudolph Storr me llamaba cuando aún no habían puesto las calles, era que me necesitaba. Joder.

Marqué el número y reboté de centralita en centralita hasta que por fin me llegó la voz de Dolph. Sonaba metálica y lejana. Su mujer le había regalado un móvil por su cumpleaños, y debía de estar casi fuera de cobertura. Aun así le daba cien vueltas a tener que hablar con él a través de una radio policial: no sonaba a chino.

—Hola, Dolph, ¿qué pasa?

—Un asesinato.

—¿Qué clase de asesinato?

—De los que requieren tus conocimientos.

—No son horas para jugar a las adivinanzas. Dime que ha pasado, ¿vale?

—Veo que te has levantado con el pie izquierdo.

—Aún no me he ido a dormir.

—Te acompaño en el sentimiento, pero necesito que muevas el culo y vengas. Parece que tenemos una víctima de vampiro entre manos.

Respiré profundamente y solté el aire muy despacio.

—Mierda.

—Ni que lo digas.

—Dame la dirección. —Me la dio. Estaba al otro lado del río, más allá del bosque, donde Cristo perdió el gorro: en Arnold. Mi oficina estaba al lado de Olive Boulevard. Me esperaban tres cuartos de hora al volante, y eso era solo el viaje de ida. Qué alegría—. Iré en cuanto pueda —añadí.

—Te esperamos —dijo Dolph, y colgó.

No me molesté en despedirme del auricular. Una víctima de vampiro. Nunca había visto un caso aislado. Las personas somos como las patatas fritas: no hay vampiro capaz de probar solo una. La pregunta del millón era cuánta gente moriría antes de que atrapáramos a aquel.

No quería pensar en ello. No quería ir a Arnold. No quería examinar un cadáver antes de desayunar. Quería irme a casa. Pero sospechaba que Dolph no sería muy comprensivo; los policías no suelen derrochar ironía cuando trabajan en un asesinato. Aunque bien pensado, yo tampoco andaba sobrada.

DOS

El cadáver, de un hombre, estaba tendido boca arriba, desnudo y muy pálido en la claridad incipiente del alba. Hasta inerte tenía un buen cuerpo; seguro que hacía un montón de pesas y es posible que corriera y todo. Su pelo, rubio y tirando a largo, se mezclaba con la hierba que empezaba a amarillear. En la piel lisa del cuello se le veían dos marcas nítidas de colmillos, y también tenía marcas en el pliegue del codo derecho, en el sitio de donde se saca sangre para los análisis. Tenía la piel de la muñeca izquierda hecha trizas, como si se la hubiera desgarrado un animal, y un trozo de hueso blanco relucía pese a la escasez de luz.

Tomé medidas de los bocados con mi fiel cinta métrica; eran de distintos tamaños. Había marcas de tres vampiros como mínimo, pero me habría jugado cualquier cosa a que habían intervenido cinco: un maestro y su manada, bandada, clan o como quiera que se llame un grupo de vampiros.

La hierba estaba húmeda de rocío y me empapaba las rodillas del mono que me había puesto para protegerme el traje. Unas deportivas de color negro y unos guantes de látex completaban mi kit para escenas de crimen. Antes usaba zapatillas blancas, pero las negras disimulaban mejor las manchas de sangre.

Me disculpé para mis adentros por lo que estaba a punto de hacer y le separé las piernas al cadáver. Se movieron con facilidad; aún no había *rigor mortis*, lo que indicaba que llevaba menos de ocho horas muerto. Tenía semen seco en el miembro marchito; una última alegría antes de morir. Los vampiros no lo habían limpiado. En el interior del muslo, casi en la ingle, había más marcas de colmillos. No había ningún desgarro comparable al de la muñeca, pero tampoco se podía decir que fuera una herida limpia.

No había sangre alrededor de las heridas, ni siquiera en la más aparatosa. ¿La habrían limpiado? El lugar donde lo hubieran

matado debía de haber quedado perdido, y era imposible que hubieran limpiado toda la sangre. Si conseguíamos averiguar dónde estaba, sacaríamos un montón de pistas. Pero en aquel jardín de un barrio normal, con el césped cuidadosamente segado, no habría pistas que valieran, estaba segura. Habían dejado el cadáver en un sitio tan estéril e inútil como la cara oculta de la luna.

La neblina flotaba en la zona residencial como un fantasma al acecho. Estaba tan baja que al andar por ella parecía llovizna, y el cadáver estaba cubierto de rocío. Mi pelo también lo recogía, y las gotas parecían perlas plateadas.

Estábamos en el jardín delantero de una casa pequeña de color verde lima con detalles blancos. Una verja de alambre marcaba el extremo de un amplio patio trasero. Estábamos en octubre y la hierba seguía verde. La copa de un arce se cernía sobre la casa, con ese peculiar tono anaranjado que hace que las hojas parezcan llamas. La niebla reforzaba el efecto, y los colores parecían derramarse en medio del aire húmedo.

En la misma calle había más casas pequeñas, con árboles de tonos otoñales y céspedes de un verde intenso. Era muy temprano, por lo que muy poca gente había salido para ir al trabajo, al colegio o adonde fuera. Los agentes de uniforme contenían a una pequeña multitud, y habían plantado palos para colocar el cordón policial. La gente se acercaba a la cinta tanto como se atrevía; un chaval de unos doce años había conseguido situarse en primera fila y miraba al muerto con los ojos y la boca muy abiertos. Virgen santa, ¿dónde se habían metido sus padres? Puede que también estuvieran mirando el cadáver embobados.

Y el cadáver en cuestión estaba blanco como la nieve. La sangre siempre se queda en la parte del cuerpo que esté más baja, por lo que en aquel caso debería haber manchas lívidas en los glúteos, la espalda y la parte de atrás de brazos y piernas. Pero no las había: no le quedaba suficiente sangre para eso. Lo habían vaciado por completo. ¿Apurado hasta la última gota? Intenté contener una sonrisa, pero fue inútil: cuando se pasa un montón de tiempo mirando cadáveres se desarrolla un sentido del humor un poco rarito. Es imprescindible para no perder la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó una voz. Di un respingo y giré en redondo.

—Coño, Zerbrowski, deja ya de aparecer como un fantasma.

—Pues sí que nos ha salido impresionable nuestra intrépida matavampiros. —Me sonrió. Tenía el pelo castaño dividido en tres matas, como si se le hubiera olvidado peinarse, y llevaba la corbata a media asta sobre una camisa azul claro que albergaba un sospechoso parecido con una chaqueta de pijama y se daba de hostias con el traje marrón.

—Bonito pijama.

—Tengo otro con trenecitos —dijo encogiéndose de hombros—. A Katie le parece muy sexy.

—No me sabía lo de las inclinaciones ferroviarias de tu mujer.

—Lo que le gusta es que lo lleve yo. —Su sonrisa se ensanchó.

—Sabía que eres un pervertido, pero ¿pijamas de niño? —Sacudí la cabeza—. Eso es demasiado.

—Gracias. —Dirigió la vista al cadáver y dejó de sonreír gradualmente—. ¿Qué opinas?

—¿Dónde se ha metido Dolph?

—Está en la casa, con la mujer que ha encontrado el cadáver. —Se metió las manos en los bolsillos y basculó apoyado en los talones—. Está bastante alterada; probablemente sea la primera vez que ve un cadáver fuera de un ataúd.

—La gente normal no suele toparse con la muerte más que en los entierros, Zerbrowski.

Se inclinó hacia delante, apoyó los pies y se quedó quieto.

—¿Verdad que estaría bien ser normal?

—A veces.

—Sí, te entiendo. —Recuperó la sonrisa y sacó una libreta que parecía estrujada con saña.

—¿Qué coño es eso?

—Sigue siendo papel. —Intentó alisarla, pero al final lo dejó correr y se quedó con el boli encima del papel arrugado—. Ilumíname, oh experta en todo lo sobrenatural.

—¿Y luego tendré que repetírselo a Dolph? Preferiría explicarlo solo una vez e irme a dormir.

—Toma, y yo. ¿Por qué crees que voy en pijama?

—No sé, a lo mejor querías demostrar algo. —Puso cara de perro—. Eh, a mí no me mires.

Dolph salió de la casa en aquel momento, por una puerta que

parecía pequeña para él, con sus dos metros y su constitución corpulenta. Tenía el pelo negro y muy corto, lo que dejaba las orejas desamparadas a los lados de la cara, pero esas cosas se la traían al pairo. Llevaba la corbata firmemente anudada alrededor de una camisa blanca de vestir. Fijo que lo habían sacado de la cama, igual que a Zerbrowski, pero estaba impoluto y lucía su mejor aspecto profesional. Daba igual la hora; Dolph siempre estaba listo para hacer su trabajo. Un policía de los pies a la cabeza.

Lo que no entendía era por qué lo habían puesto a cargo de la brigada menos codiciada de la ciudad. Suponía que era algún tipo de castigo, pero nunca se lo había preguntado, y probablemente no se lo preguntaría nunca; era asunto suyo. Si quería que lo supiera, ya me lo diría.

En un principio se creó la brigada para apaciguar a los contribuyentes y demostrar que se tomaban medidas contra los delitos sobrenaturales, pero Dolph se había tomado en serio el trabajo y a sus hombres, y en dos años habían resuelto más casos que ningún otro grupo policial del país. Lo habían invitado a pronunciar conferencias para otros departamentos, e incluso un par de veces se lo habían prestado a otras jurisdicciones.

—Bueno, Anita, ¿qué tenemos?

Así es Dolph: no le van los preliminares.

—Buenos días. Yo también me alegro de verte. —Ni me contestó —. Vale, vale. —Me arrodillé al otro lado del cadáver para poder señalar mientras hablaba; no hay nada como un refuerzo visual para hacerse entender—. Las mediciones demuestran que lo mordieron tres vampiros, como mínimo.

—¿Pero? —preguntó Dolph. Qué reflejos.

—Pero creo que cada herida es de un vampiro distinto.

—Los vampiros no cazan nunca en grupo.

—No lo tienen por costumbre, que no es lo mismo.

—¿Y a qué se puede deber el cambio?

—Se me ocurren dos motivos: el primero, que un vampiro veterano le esté enseñando el oficio a un novato, pero entonces solo habría dos mordiscos, no cinco; el segundo, que al maestro vampiro que controle al clan se le haya ido la olla.

—¿Cómo?

—Los maestros vampiros tienen un control casi absoluto sobre

sus subordinados, y a veces recurren a las matanzas en grupo para afianzar el vínculo, pero no tiene sentido que hayan dejado el cadáver aquí tirado. Lo suyo sería que lo escondieran donde nadie pudiera encontrarlo.

—Pues lo han dejado bien a la vista —dijo Zerbrowski.

—Exactamente. Solo un maestro vampiro que estuviera majara dejaría un cadáver en un sitio así. Ni siquiera cuando el vampirismo era ilegal: llama demasiado la atención, y la atención suele llevar una estaca en una mano y un crucifijo en la otra. Y hoy en día, si damos con los vampiros que lo han hecho, tendremos una orden judicial asegurada. —Sacudí la cabeza—. Una carnicería así es mala para el negocio, y los vampiros, por encima de todo, son pragmáticos. No se consigue sobrevivir y ocultarse durante siglos sin ser discreto e implacable.

—¿Por qué implacable? —preguntó Dolph.

—Por motivos prácticos. Si alguien descubre su secreto, lo matan o lo convierten en uno de sus… vástagos. Son las prácticas comerciales aconsejables, ni más ni menos.

—Como en la mafia —dijo Zerbrowski.

—Justo.

—¿Y si se les echó el tiempo encima? Estaba a punto de amanecer.

—¿Cuándo han encontrado el cadáver?

—A las cinco y media —contestó Dolph tras consultar la libreta.

—Aún faltaban horas. No fue por eso.

—Si tenemos entre manos un maestro vampiro fuera de sus cabales, ¿qué significa exactamente?

—Pues que matarán a más gente más deprisa. Si son cinco vampiros, necesitarán sangre a diario.

—¿Una persona cada noche? —Zerbrowski lo planteó como una pregunta, de modo que asentí—. Joder.

—Ya.

Dolph se quedó un buen rato en silencio mirando el cadáver.

—¿Qué podemos hacer? —dijo al fin.

—Podría reanimarlo.

—Yo creía que no se podía con las víctimas de vampiros.

—Si las han vampirizado, no. —Me encogí de hombros—. Sea lo que sea lo que provoca el vampirismo, interfiere con la

reanimación. Si un cadáver se va a convertir en vampiro, no es posible reanimarlo.

—Pero no es el caso —dijo Dolph—, y sí que podrías. —Asentí —. ¿Y por qué no se va a convertir en vampiro?

—Lo han matado entre varios. Para vampirizar a alguien, tiene que chuparle la sangre un único vampiro varios días seguidos, y solo funciona cuando el tercer mordisco le provoca la muerte. Si todas las víctimas se convirtieran en vampiros, tendríamos más chupasangres que moscas.

—Entonces, puedes reanimarlo —dijo Dolph—. ¿Cuándo?

—Dentro de tres días, por la noche.

—¿Quedamos en firme?

—Antes tendré que consultarlo en la oficina. Te llamaré para concretar la hora.

—Así que nos basta con reanimar a la víctima y preguntarle quién la mató —dijo Zerbrowski—. No está mal.

—No es tan fácil. Ya sabes que los testigos de crímenes violentos no son nada fiables, ¿no? Si interrogas a tres personas que han presenciado el mismo asesinato, cada una le atribuirá al asesino un pelo y una altura distintos.

—Sí, tomar declaración a los testigos es para volverse loco.

—Sigue, Anita. —Era la forma que tenía Dolph de decir «Cierra el pico, Zerbrowski». Zerbrowski cerró el pico.

—Las víctimas de los crímenes violentos están más desconcertadas aún. Se llevan un susto de muerte y luego no recuerdan qué pasó.

—¡Pero si les pasó a ellos! —protestó Zerbrowski.

—Déjala terminar.

Zerbrowski se cerró los labios con una cremallera imaginaria, y Dolph le lanzó una mirada de reproche. Me tapé la boca fingiendo un carraspeo para ocultar la sonrisa; no quería darle cuerda.

—Lo que quiero decir es que podría reanimarlo, pero quizá no nos dé tanta información como cabría esperar. Sus recuerdos serán confusos y traumáticos, aunque puede que sirvan para acotar terreno y averiguar a qué maestro vampiro seguía el clan.

—Explícate —dijo Dolph.

—En teoría, ahora mismo solo hay dos maestros vampiros en San Luis: Malcolm, el telepredicador nomuerto, y el amo de los

vampiros de la ciudad. Siempre cabe la posibilidad de que haya llegado alguien nuevo, pero en principio, el amo debería ser capaz de encargarse de él.

—Nosotros nos encargaremos del cabecilla de la Iglesia de la Vida Eterna —dijo Dolph.

—Y yo hablaré con el amo de la ciudad.

—Será mejor que te acompañe uno de nosotros.

—No puede ser. —Sacudí la cabeza—. Si llegara a enterarse de que le he revelado su identidad a un policía, nos mataría a los dos.

—¿Es muy peligroso para ti?

¿Qué podía contestar? ¿Que era peligrosísimo? ¿O debía explicarles que se la levantaba al amo y que, por tanto, no creía que me pasara nada? Mejor ni lo uno ni lo otro.

—No os preocupéis —respondí. Dolph se quedó mirándome muy serio—. Además, no hay más remedio —añadí señalando el cadáver —. Nos caerá uno nuevo cada noche hasta que demos con los responsables. Alguien tiene que hablar con el amo de los vampiros de la ciudad, y tengo que ser yo, porque no hablaría con la policía.

Dolph respiró profundamente y asintió. Sabía que tenía razón.

—¿Cuándo hablarás con él?

—Mañana por la noche, si convenzo a Bert para que le coloque mis compromisos de reanimación a otro.

—¿Estás segura de que el amo hablará contigo?

—Sí. —Mi problema con Jean-Claude no era cómo verlo, sino cómo evitarlo, detalle del que Dolph no tenía ni idea. Si la tuviera, igual le habría dado por insistir en acompañarme, con lo que los dos acabaríamos muertos.

—Adelante. Avísame cuando sepas algo.

—De acuerdo. —Me puse en pie y lo miré por encima del cadáver desangrado.

—Y ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

—Si el amo te come, ¿me puedo quedar con tu mono? —preguntó Zerbrowski.

—Ráscate el bolsillo y cómprate uno.

—Preferiría el que ha envuelto tus curvas arrebatadoras.

—Anda, déjame en paz, que a mí no me van los trenecitos.

—¿Qué pintan los trenes en esto? —preguntó Dolph.

Zerbrowski y yo nos miramos, y no pudimos evitar un ataque de risa. Pero puedo decir en mi descargo que estaba muerta de sueño: llevaba catorce horas en pie, levantando zombis y hablando con extremistas desquiciados. La víctima de los vampiros había sido la guinda de una noche perfecta, así que tenía derecho a un poco de risa histérica. Lo que no sé es qué excusa tenía Zerbrowski.

TRES

En octubre hay un puñado de días que son casi perfectos: el cielo está despejado y es de un azul tan nítido que hace que todo lo demás sea más bonito. Los árboles que bordean la carretera tienen tonos carmesí, dorados, teja, burdeos y naranja, todos ellos brillantes como el neón, incandescentes a la luz del sol. El aire está fresco, pero no frío, y a mediodía se puede salir con una chaqueta ligera. El tiempo invitaba a pasear por el bosque con alguien a quien se quisiera coger de la mano, pero como a mí no se me ocurría nadie, me habría conformado con un fin de semana libre para salir sola, aunque estaba claro que pintaban bastos.

Octubre es temporada alta para la reanimación de zombis. La cercanía de Halloween hace que todo el mundo crea que es el momento idóneo, pero ni de coña: para reanimar muertos basta con que sea de noche. Pese a ello, siempre hay tortas por conseguir una cita a medianoche para la víspera de Todos los Santos. Será que les parece que la mejor forma de festejarlo consiste en ir al cementerio a matar gallos y ver a los zombis salir de la tumba a rastras. Si quisiera, podría vender entradas.

Llevaba una media de cinco zombis por noche, uno más que ningún otro reanimador. No debería haberle dicho a Bert que cuatro no bastaban para dejarme agotada: *mea culpa*, puta franqueza. Bueno, en realidad tampoco era que me agotara con cinco, pero desde luego no pensaba cometer la gilipollez de decírselo.

Hablando de mi jefe, tenía que llamarlo al llegar a casa. Estaría encantado de que le pidiera la noche libre; solo de pensarlo me salía una sonrisa. Cualquier excusa era buena para tocarle los cojones.

Cuando entré en mi edificio ya era casi la una de la tarde. Solo quería pegarme una ducha rápida y dormir siete horas. Había renunciado a las ocho; era demasiado tarde.

Tenía que ver a Jean-Claude por la noche. No había más

remedio; era el amo de los vampiros de la ciudad, y si había otro maestro vampiro por ahí, él lo sabría. Creo que son capaces de olerse o algo.

Por supuesto, si Jean-Claude había cometido el asesinato, no me parecía probable que confesara, pero la verdad es que no sospechaba de él. Era demasiado buen vampiro de negocios para ensuciarse las manos con nada semejante. Pero tampoco había conocido a ningún otro maestro vampiro que no estuviera grillado: había psicópatas y sociópatas para dar y vender.

De acuerdo, de acuerdo, Malcolm tampoco estaba loco, pero no comulgaba con sus métodos. Encabezaba la iglesia de crecimiento más rápido de los Estados Unidos, la Iglesia de la Vida Eterna, que ofrecía exactamente eso, sin fe ciega ni incertidumbres, con plena garantía. Cualquiera podía convertirse en vampiro y vivir eternamente a no ser que alguien como yo lo matara, o que quedara atrapado en un incendio, o que lo atropellara un camión. De lo último no estaba del todo segura, pero siempre me lo había preguntado. Sin duda, tenía que existir algo suficientemente bestia para dañar a un vampiro hasta el punto de que no pudiera regenerarse, y esperaba poder confirmar mi teoría en alguna ocasión.

Subí las escaleras despacio. Me pesaba todo el cuerpo, y me ardían los ojos por el sueño. Aún faltaban tres días para Halloween, y estaba deseando que terminara el mes. El trabajo empezaría a decaer antes de Acción de Gracias, y el declive continuaría hasta después de Año Nuevo; entonces empezaría a aumentar otra vez. Esperaba que aquel invierno hubiera una nevada de la leche, porque los clientes dejan de llamar si nieva mucho. La gente parece creer que no es posible reanimar muertos con una buena capa de nieve. Claro que es posible, pero no se lo digáis a nadie; prefiero descansar.

El pasillo bullía con los sonidos amortiguados de mis vecinos, de hábitos diurnos. Estaba buscando las llaves en el bolsillo del abrigo cuando se abrió la puerta de delante de la mía y salió la señora Pringle. Era alta y esbelta, algo marchita por la edad, y llevaba el pelo, completamente blanco, recogido en un moño. No se tomaba la molestia de teñirse o maquillarse; tenía más de sesenta y cinco años y le daba tres leches que la gente lo supiera.

Custard, su pomerania, daba brincos en el extremo de la correa. Era una bola de pelo dorado con un par de orejas puntiagudas y pesaría menos que un gato estándar, pero tenía complejo de perro grande. Había sido un gran danés en una vida anterior.

—Hola, Anita —dijo sonriente, aunque con una mirada de reproche en los ojos claros—. No llegarás ahora del trabajo, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí—. Me ha surgido un… imprevisto.

Arqueó una ceja, probablemente preguntándose en qué consistirían los imprevistos de los reanimadores, pero fue demasiado educada para preguntar.

—No te cuidas lo suficiente, Anita. Si sigues dándote ese tute, cuando llegues a mi edad estarás para el arrastre.

—Es probable —dije.

Custard me dedicó un ladrido, pero a él no le sonreí ni nada: estoy en contra de alentar a los perros pequeños y exigentes. El instinto perruno le decía que no me caía bien, pero seguía decidido a conquistarme.

—Vi que los pintores estuvieron en tu casa la semana pasada. ¿Ya lo han arreglado todo?

—Sí —dije asintiendo—, ya han tapado los agujeros de bala.

—Siento mucho no haber estado; te habría invitado a quedarte en mi casa. El señor Giovoni me comentó que tuviste que ir a un hotel.

—Sí.

—No entiendo cómo es posible que ningún vecino te ofreciera un sofá para pasar la noche.

Sonreí. Yo sí que lo entendía. Dos meses atrás había acabado con dos zombis asesinos en mi piso, y se había organizado un tiroteo con policías y todo; las paredes y una ventana quedaron destrozadas. Varias balas atravesaron los tabiques y llegaron a otros pisos. No hubo heridos, pero ningún vecino quiso saber nada de mí después de aquello. Tenía la firme sospecha de que en cuanto me caducara el contrato de dos años, me pedirían que me fuera. Supongo que no se los podía culpar.

—Me enteré de que resultaste herida —añadió mi vecina.

—Poca cosa. —No me tomé la molestia de explicarle que la herida de bala no se debió al tiroteo, sino a que la amante del

villano de turno me había pegado un tiro en el brazo derecho. Ya se había curado y solo quedaba una cicatriz brillante, aún un poco rosada—. ¿Qué tal lo pasaste en casa de tu hija?

—Ah, fue estupendo. —La cara de la señora Pringle resplandecía —. Mi nuevo nieto es una preciosidad; ya te enseñaré las fotos después de que hayas dormido. —La expresión de reproche volvió a aparecer en sus ojos. Estaba poniendo cara de profesora; con ella podría hacer encogerse a cualquiera a diez pasos de distancia, aunque fuera inocente. Y yo de inocente no tenía nada.

—Me rindo —dije levantando las manos—. Me voy a la cama, lo prometo.

—Más te vale. Vamos, *Custard,* que nos toca dar el paseo de la tarde. —La muestra gratuita de perro se puso a dar saltitos y a tirar como si arrastrara un trineo.

La señora Pringle se dejó remolcar por el kilo y pico de peluche, y sacudí la cabeza. Eso de dejarse mandonear por una bola de pelos no era mi idea de tener un perro. Si yo volviera a tener uno, le dejaría claro quién mandaba, o uno de los dos acabaría mal. Así es como debe ser.

Abrí la puerta y entré en la tranquilidad de mi piso. El calefactor estaba encendido, soltando aire caliente con un susurro, y el acuario emitió un *clic*. Ah, los sonidos de la intimidad. Maravilloso.

La pintura nueva era del mismo blanco apagado que la antigua; la moqueta, gris, y el conjunto de sofá y sillón, blancos. La cocina americana era de madera clara, con linóleo blanco y dorado, y la mesa de dos plazas era un poco más oscura que las alacenas. Una cenefa moderna ponía la única nota de color en las paredes.

En el lugar donde la mayoría de la gente habría puesto un juego de utensilios de cocina había colocado el acuario de cien litros, pegado a la pared y, en diagonal, el equipo de música.

Unas gruesas cortinas blancas ocultaban las ventanas y convertían la intensa luz solar en una penumbra acogedora. Cuando se duerme de día es imprescindible tener unas buenas cortinas.

Dejé el abrigo en el sofá, me quité los zapatos de vestir y me quedé disfrutando de la sensación de la moqueta en los pies. A continuación me quité las medias, las abandoné, arrugadas, junto a los zapatos, y me acerqué a la pecera.

Los peces ángel subieron a la superficie, implorando comida.

Cada uno de ellos era más grande que mi mano abierta. Nunca he visto peces ángel de tamaño comparable fuera de la tienda donde los compré; se dedicaban a criarlos, y los tenían de casi treinta centímetros de longitud.

Me quité la pistolera y dejé la Browning en su segundo hogar, una funda fabricada expresamente para la cabecera de la cama. Si aparecían los malos, podía sacarla y liarme a tiros, o esa era la idea, y hasta entonces había funcionado.

Después de colgar en el armario el traje y la blusa, que solo admitían lavado en seco, me dejé caer en la cama con las bragas, el sujetador y el crucifijo de plata que no me quitaba ni para ducharme; nunca se sabe cuándo va a aparecer un vampiro a dar la lata. Siempre dispuesta: ese era mi lema. ¿O era el de los boy scouts? Me encogí de hombros y marqué el número del despacho. Mary, nuestra secretaria de día, contestó al segundo timbrazo.

—Reanimators, Inc., dígame.

—Hola, Mary, soy Anita.

—Hola, ¿qué hay?

—Tengo que hablar con Bert.

—Está reunido con un cliente potencial. ¿Quieres que le diga algo?

—Sí, necesito que les asigne a otros mis citas de esta noche.

—La leche. Será mejor que se lo digas tú. Si empieza a pegar gritos, que sea contigo. —Solo era una broma a medias.

—Vale.

—El cliente está saliendo —dijo bajando la voz—. Ahora mismo te paso.

—Gracias.

Mary me puso en espera antes de que pudiera evitarlo, y me asaltó la musiquilla, una versión espantosa de «Tomorrow Never Knows», de los Beatles, que me hizo echar de menos el ruido inofensivo de las líneas muertas, hasta que Bert cogió el teléfono y me rescató.

—¿A qué hora puedes venir hoy, Anita?

—No puedo.

—¿Qué?

—Que no puedo ir al trabajo.

—¿En todo el día? —Su voz subió una octava.

—Lo has pillado.

—¿Se puede saber por qué cojones? —Ya estaba soltando tacos. Mala señal.

—Me ha llamado la policía después de la reunión de esta mañana. Ni siquiera he dormido aún.

—Pues descansa y no te preocupes por las citas de la tarde, pero encárgate de las reanimaciones. —Qué generoso y comprensivo. Qué mala espina.

—Tampoco puedo trabajar esta noche.

—¡Pero si estamos hasta las cejas! Te esperan cinco clientes, ¡cinco!

—Repártelos entre los demás.

—Todos tienen la agenda completa.

—Oye, que fuiste tú quien lo arregló todo y me enredó para colaborar con la policía. Te pareció que sería una propaganda cojonuda.

—Y lo ha sido.

—Sí, pero a veces es como tener dos trabajos a tiempo completo, y no puedo estar en misa y repicando.

—Pues tendrás que dejar lo de la policía. No tenía ni idea de que pretendieran acapararte.

—Estamos investigando un asesinato, Bert. No puedo dejarlo.

—Que la policía se encargue de su trabajo sucio. —Mira quién fue a hablar. Bert, el de la manicura impecable y el despacho seguro.

—Les hacen falta mis conocimientos y mis contactos. Los monstruos suelen negarse a hablar con la policía.

Guardó silencio durante largo rato. Podía oír su respiración agitada al otro extremo de la línea.

—No puedes hacerme eso —dijo al fin—. Hemos aceptado adelantos, tenemos contratos firmados…

—Hace meses que te pedí que contrataras a más gente.

—Y contraté a John Burke. Se ha estado encargando de algunas de tus ejecuciones, además de reanimar muertos.

—Sí, John está ayudando mucho, pero todavía necesitamos más gente. Por cierto, estoy segura de que él podría hacerse cargo de uno de mis zombis esta noche.

—¿Pretendes que levante cinco seguidos?

—Yo lo hago.

—Sí, pero John no es como tú. —Eso fue casi un cumplido.

—Tienes dos opciones, Bert: o cambias las citas o se las asignas a otros reanimadores.

—El jefe soy yo —dijo en tono tajante—. También podría decirte que como no vengas esta noche, estás despedida.

—Pues despídeme. —Estaba cansada y tenía frío, sentada en la cama en ropa interior. No tenía tiempo para gilipolleces.

—No lo dices en serio.

—Mira, Bert: llevo más de veinte horas despierta. Si no me voy a dormir ya, no estaré en condiciones de trabajar para nadie.

Volvió a guardar silencio, respirándome al oído a ritmo pausado.

—De acuerdo, tienes la noche libre, pero más te vale venir mañana al trabajo.

—No prometo nada.

—Joder, Anita, ¿quieres que te despida?

—Nos va mejor que nunca, y en buena parte ha sido gracias a los artículos que publicó el *Post-Dispatch* sobre mí.

—Iban sobre los derechos de los zombis y esa investigación en la que estás colaborando con el gobierno. No lo hiciste para promocionar el negocio.

—Pero funcionó, ¿verdad? ¿Cuánta gente ha llamado preguntando expresamente por mí? ¿Cuánta gente comenta que me ha visto en la prensa, o que me ha oído en la radio? Saldré hablando sobre los derechos de los zombis, pero al negocio le va de coña, así que déjame un poco de margen.

—¿No me crees capaz? —Ya se había cabreado.

—Me extrañaría.

—Será mejor que aparezcas mañana por la noche, o ya veremos quién se está marcando un farol. —Colgó con fuerza. Infantil.

Devolví el auricular a su sitio y me quedé mirándolo. Resurrection Company, una empresa de California, me había hecho una oferta muy tentadora unos meses atrás, pero la verdad era que no me apetecía nada trasladarme a la costa Oeste. Bueno, ni a la costa Este, la verdad. Me gustaba San Luis. Pero Bert tendría que aflojar y contratar más gente, porque yo no daba abasto. Sí, las cosas se calmarían cuando terminara el mes de octubre, pero llevaba todo el año saltando de emergencia en emergencia.

Me habían apuñalado, machacado, disparado, estrangulado y mordido en un lapso de apenas cuatro meses. Llega un momento en que suceden demasiadas cosas demasiado juntas, y estaba agotada.

Dejé un mensaje en el contestador de mi profesor de judo. Iba dos veces por semana, a las cuatro de la tarde, pero aquel día me iba a saltar la clase; no estaba en condiciones de dormir solo tres horas.

Después marqué el número del Placeres Prohibidos, un local de *boys* colmilludos. Lo regentaba Jean-Claude, que también era el propietario. Su voz me llegó por el auricular, suave como la seda, y me estremecí pese a que era una grabación.

—Ha llamado al Placeres Prohibidos, donde nos encantaría convertir en realidad sus deseos más siniestros. Deje su mensaje y muy pronto nos pondremos en contacto con usted.

—¿Jean-Claude? —dije cuando sonó el pitido—. Soy Anita Blake. Tengo que verte esta noche; es muy importante. Llámame para decirme el lugar y la hora. —Dejé el número de mi casa y vacilé, escuchando el chirrido de la cinta—. Gracias. —Colgué. Ya estaba.

Podía devolverme la llamada o no devolvérmela. Probablemente me la devolvería; lo que ya no sabía era si quería hablar con él. No, no quería, pero al menos tenía que intentarlo, por la policía y por todas las personas que podían morir. Sin embargo, a mí, personalmente, no me convenía ver al amo.

Jean-Claude ya me había puesto dos marcas; dos más y sería su sierva humana. ¿He comentado que ninguna de las dos marcas había sido voluntaria por mi parte?

No me hacía ni pizca de gracia la idea de convertirme en su sierva durante toda la eternidad. Creo que también pretendía darse un revolcón, pero eso no me preocupaba tanto: si solo fuera algo físico, no sería tan grave, pero también iba detrás de mi alma, y eso ya no era algo que estuviera dispuesta a dar.

Había conseguido esquivarlo desde hacía dos meses, y de repente me volvía a poner a tiro. Estúpida. Pero recordé el cadáver anónimo, el pelo mezclado con la hierba, las marcas de colmillos, la piel blanca como la nieve, la fragilidad del cuerpo desnudo cubierto de rocío. Si no hacíamos algo deprisa, habría más cadáveres como ese. Y deprisa significaba hablar con Jean-Claude.

Me asaltaron imágenes de víctimas de vampiros. Todas serían culpa mía, al menos en parte, si el canguelo me impedía ir a ver al amo. Pero poner fin a los asesinatos antes de que hubiera más muertos justificaba que arriesgara el alma a diario. La culpa motiva que da gusto.

CUATRO

Nadaba por unas aguas negras, con brazadas fuertes y seguras, mientras la luna, grande y resplandeciente, trazaba un sendero plateado en el lago. Vi una lóbrega hilera de árboles justo delante; me acercaba a la orilla. El agua estaba caliente, caliente como la sangre… De repente entendí por qué era negra: no era agua. Estaba nadando en un lago de sangre reciente…

Me desperté de golpe, esforzándome por respirar y escudriñando la oscuridad en busca de… ¿qué? Algo que me había rozado la pierna un momento antes de que me despertara, algo que vivía en la sangre y la oscuridad.

El teléfono ladró, y tuve que contener un grito. Normalmente no saltaba a las primeras de cambio; solo había sido una pesadilla, joder. Un puto sueño.

Busqué el auricular a tientas y acerté a atender la llamada con un gruñido.

—¿Anita? —preguntó una voz dubitativa; creo que estaba a punto de colgar.

—¿Quién es?

—Soy Willie, Willie McCoy. —Lo reconocí tal como empezó a identificarse. El teléfono le distorsionaba y alejaba la voz, pero no tanto.

—¿Cómo estás? —Me arrepentí nada más decirlo. Willie se había convertido en vampiro; ¿cómo podía estar un cadáver?

—Pues muy bien —contestó con tono alegre. Le había hecho ilusión que mostrara interés. Suspiré. La verdad era que Willie me caía bien, aunque no deberían caerme bien los vampiros. Ninguno, ni siquiera los que había conocido en vida—. ¿Y a ti qué tal te va?

—Bien, ¿qué te cuentas?

—Jean-Claude ha recibido tu mensaje, y dice que vayas a verlo a las ocho al Circo de los Malditos.

—¿Al Circo? ¿Qué pinta ahí?

—Ahora es suyo, ¿no lo sabías?

—No —contesté después de darme cuenta de que no podía verme negar con la cabeza—. No tenía ni idea.

—Dice que te verá en un espectáculo que empieza a las ocho.

—¿Qué espectáculo?

—Según él, ya lo sabes.

—Vaya, se nos ha puesto críptico.

—Coño, Anita, que yo solo te estoy dando el recado. Ya sabes cómo va esto.

Lo sabía de sobra. Willie era propiedad de Jean-Claude, en cuerpo y alma.

—Perdona, ya sé que no es culpa tuya.

—Gracias. —Volvía a sonar alegre, como un perrito que esperase una patada y se llevara una caricia.

La verdad es que no sabía por qué lo había tranquilizado; ¿qué me importaba ofender a un vampiro? No conseguía considerarlo un cadáver. Seguía siendo Willie McCoy, con su afición por los trajes de colores primarios y las corbatas chillonas, con sus manos pequeñas y nerviosas. La muerte no lo había cambiado tanto. Lástima.

—Dile a Jean-Claude que iré.

—De acuerdo. —Guardó silencio un momento. Podía oírlo respirar—. Ten cuidado esta noche, Anita.

—¿Hay algo que deba saber?

—No, pero… En fin…

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. —Parecía asustado.

—¿Me han tendido una trampa o algo así?

—No, no es nada de eso. —Casi podía verlo agitar las manitas—. Te lo aseguro, nadie va detrás de ti.

Que él supiera, pero lo dejé pasar.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—Es solo que aquí hay más vampiros que de costumbre, y algunos no se paran a pensar en quién es la víctima, ya está.

—¿Que hay más vampiros? ¿De dónde salen?

—Ni lo sé ni me importa, ¿sabes? Tengo que irme, Anita. —Colgó antes de que pudiera preguntarle nada más, pero estaba claro

que tenía miedo. ¿Por mí o por él? Puede que por los dos.

Miré el despertador de la mesilla: las seis y treinta y cinco. Si quería llegar a tiempo, tendría que darme prisa. Notaba el calorcillo acogedor de las mantas en las piernas, y solo quería acurrucarme debajo, puede que con cierto pingüino de peluche… Sí, me apetecía esconderme.

Pero me levanté y fui al baño. Cuando di al interruptor, una luz intensa lo llenó todo. Tenía la cabeza hecha una maraña de rizos negros; me lo merecía por irme a la cama con el pelo mojado. Me pasé un cepillo y conseguí desenredarme un poco, pero también conseguí que el pelo me quedara más liso y abultado. La única solución sería volver a lavármelo, pero no tenía tiempo.

El pelo negro confería un tono cadavérico a mi piel pálida, aunque puede que fuera la luz del baño. Tenía los ojos de un marrón tan oscuro que parecían negros, como dos orificios rutilantes en una superficie lisa y blanca. No solo estaba hecha mierda, sino que se me notaba. Qué bien.

¿Qué se pone una para ver al amo de los vampiros de la ciudad? Elegí unos vaqueros negros, un jersey negro con dibujos geométricos de colores vivos, unas deportivas negras con detalles azules, y una riñonera azul y negra. Para que digan que no sé conjuntar.

La Browning se fue a su funda de sobaco, y me guardé un cargador de repuesto en la riñonera, junto con las tarjetas de crédito, el dinero, la documentación y un cepillo pequeño. Después me puse la chupa de cuero que me había comprado el año anterior. Era la única que había visto que no me daba aspecto de orangután; casi todas las chaquetas de cuero tienen las mangas tan largas que no hay manera. Pero como era negra, Bert no me dejaba llevarla al trabajo.

Me subí la cremallera hasta la mitad, para poder echar mano de la pistola si hacía falta. El crucifijo de plata colgaba de su cadena; era reconfortante notarlo en el canalillo, y contra los vampiros me resultaría más útil que la pistola, por mucho que llevara balas bañadas en plata.

Vacilé al llegar a la puerta. Llevaba meses sin ver a Jean-Claude, y habría preferido seguir así. Recordé la pesadilla: algo que vivía en la sangre y la oscuridad… ¿Por qué había soñado con eso? ¿Jean-

Claude se me habría vuelto a meter en los sueños? Me había prometido que no volvería a hacerlo, pero ¿sería fiel a su palabra? A saber.

Apagué las luces, salí, cerré la puerta y la empujé para comprobar que estaba bien cerrada, y como no se me ocurría nada más, me dispuse a ir al Circo de los Malditos. Se acabaron las excusas y los retrasos. Tenía el estómago tan tenso que me dolía. Pues bueno, pues estaba asustada, ¿y qué? Tenía que ir, y cuanto antes saliera, antes volvería a casa…, aunque ya me gustaría que Jean-Claude me lo dejara tan fácil. Nada relacionado con él era fácil ni sencillo. Si averiguaba algo sobre los asesinatos, me tocaría pagárselo, pero no con dinero. De eso nunca andaba escaso; la moneda que aceptaba era más dolorosa, más íntima, más sangrienta.

E iba a verlo por mi propio pie. Hay que ser merluza.

CINCO

El Circo de los Malditos estaba coronado por un racimo de focos giratorios que hendían como espadas la negrura de la noche y dejaban en mantillas las luces multicolores del letrero. Unos payasos demoniacos paralíticos simulaban bailar a su alrededor.

Pasé junto a los grandes carteles de tela que cubrían las paredes. En uno aparecía un hombre sin piel: pasen y vean al Hombre Desollado. Otro mostraba una versión cinematográfica de una ceremonia vudú, con zombis que salían a rastras de las tumbas abiertas.

Ese cartel había cambiado desde mi última visita al Circo, aunque no sabía si eso era bueno, malo o todo lo contrario. Me daba tres leches qué hicieran, aunque… Aunque estaba en contra de la reanimación como espectáculo.

¿Qué reanimador estaría levantando cadáveres allí? Sabía que tenía que ser nuevo, porque yo había contribuido a matar al último, un asesino en serie que había estado a punto de liquidarme dos veces, la segunda atacándome con algules, que es una forma bastante asquerosa de matar a alguien. Claro que él también había tenido una muerte asquerosa, pero no fui yo quien lo abrió en canal, sino una vampira. Se podría decir que yo me limité a darle el tiro de gracia, pero más que nada para que dejara de sufrir. Creo.

Hacía demasiada rasca para llevar la cazadora a medio abrochar, pero si me subía la cremallera, no podría alcanzar la pistola a tiempo. ¿Quedarme hecha un carámbano o poder defenderme? Los payasos de la azotea tenían colmillos; bien pensado, tampoco tenía tanto frío.

Una vaharada de calor y ruido escapó por la puerta para recibirme, y al entrar vi a centenares de personas apelotonadas. La multitud emitía un murmullo parecido al del oleaje, abrumador y sin ningún significado. Los gentíos son entidades primarias: basta

con una palabra o una mirada para provocar un tumulto. No tienen nada que ver con los grupos.

Había un montón de familias: papá, mamá y los niños. Los mocosos llevaban globos de colores atados a la muñeca, y las manos y la cara pringadas de algodón dulce.

Olía como una feria itinerante: perritos calientes, porras con canela, helados y sudor. El único ingrediente que faltaba era el polvo; en las ferias de verano siempre hay polvo, ese polvo seco, levantado por cientos de pies y por las ruedas de los coches, que se pega a la garganta y cubre la hierba con un manto grisáceo.

Sin embargo, el aire estaba impregnado de algo igual de característico: el olor de la sangre. Era tan débil que se podría atribuir a la imaginación, pero ahí estaba el aroma dulzón y metálico de la sangre, mezclado con la fritanga y las golosinas. ¿Quién necesitaba remolinos de polvo?

Tenía hambre, y los perritos calientes no olían mal. ¿Qué debería hacer antes? ¿Comer algo, o acusar de asesinato al amo de los vampiros de la ciudad? Difícil elección.

Pero no me hizo falta decidir nada, porque un hombre se separó de la multitud y se me acercó. Solo era un poco más alto que yo, y tenía el pelo rubio y rizado, por los hombros. Llevaba una camisa color espliego arremangada, que dejaba ver unos antebrazos fuertes y musculosos, y alrededor de las caderas, muy estrechas, unos vaqueros más ajustados que la piel de una uva. Completaba el atuendo con unas camperas negras con incrustaciones azules, a juego con la camisa y los ojos.

—Anita Blake, ¿verdad? —Sonrió, mostrando unos dientes pequeños y blanquísimos. No supe qué decir; no siempre es buena idea reconocer la propia identidad—. Jean-Claude me ha enviado a esperarte. —Hablaba en voz baja y algo vacilante; tenía algo, un atractivo casi infantil. Aparte de que siempre he tenido debilidad por los ojos bonitos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté. Nunca está de más saber con quién se tienen tratos.

—Stephen. —Su sonrisa se agrandó—. Me llamo Stephen. —Tendió la mano y se la estreché. Tenía la piel suave y un apretón firme: no se dedicaba al trabajo manual, pero levantaba pesas, aunque lo justo para mantener el tono. Los hombres de mi tamaño

no deberían abusar del culturismo. Puede que los músculos abultados les queden bien en traje de baño, pero con ropa normal parecen deformes.

—Sígueme, por favor —me dijo. Sonaba como un camarero, pero lo seguí de todas formas cuando se adentró en la multitud.

Me llevó a una gran carpa azul, de esas que se asocian a los circos antiguos y solo se ven en fotos y en el cine.

Había un hombre con una chaqueta de rayas que gritaba: «¡Empieza el espectáculo, amigos! ¡Compren sus entradas y pasen! ¡Vean la cobra más grande del mundo! ¡Contemplen a este temible animal y las prodigiosas hazañas de Shahar, nuestra bellísima encantadora de serpientes! Les prometemos una experiencia inolvidable».

La cola iba avanzando a medida que la gente le entregaba las entradas a una joven, que arrancaba la mitad y devolvía el resguardo.

Stephen pasó confiado, sin esperar. Los de la cola nos miraron mal, pero la chica nos indicó que entráramos con un gesto, y allá fuimos.

Las gradas llegaban hasta el techo de la carpa. Era enorme, y casi todos los asientos estaban ocupados. Vaya, un espectáculo de éxito.

En el centro había una verja azul que formaba un círculo: la pista.

Stephen se abrió paso haciendo apartar las rodillas a una docena de espectadores, hasta que llegamos a una escalera de cemento. Como estábamos en la parte inferior, lo único que podíamos hacer era subir, así que lo seguí escaleras arriba. Aunque estuviéramos en una carpa, las gradas y las escaleras eran de obra. Más que un circo, parecía un coliseo en miniatura.

Las rodillas no son mi punto fuerte. En una superficie plana puedo correr sin problemas, pero en cuanto me toca subir una pendiente o una escalera, las piernas me matan. En vez de intentar adaptarme al paso rápido de Stephen me dediqué a contemplar la forma en que se le ajustaban los vaqueros al culo. Para buscar pistas, claro.

Me abrí la chupa, pero no me la quité para que no se me viera la pistola. El sudor me chorreaba por la columna. Iba a derretirme.

Stephen volvió la cabeza para comprobar que lo seguía, o quizá para darme ánimos. Sonrió de una forma curiosa: básicamente, apartó los labios para dejar los dientes al aire.

Me detuve en mitad de la escalera, mientras él seguía subiendo con agilidad. Irradiaba una energía que hacía vibrar el aire a su alrededor. Un cambiaformas. Hay licántropos que saben ocultar muy bien su condición, pero Stephen no era uno de ellos. O a lo mejor le daba igual que me enterase.

La licantropía es una enfermedad, como el sida, y hay que estar cargado de prejuicios para desconfiar de alguien por culpa de un accidente. Casi todos los que sobreviven a un ataque se convierten en cambiaformas, y no por decisión propia, así que… ¿por qué de repente me parecía menos atractivo? ¿Prejuiciosa yo?

Me esperó en el extremo superior de la escalera, todavía guapísimo, pero con un aura de energía contenida en un receptáculo demasiado pequeño, como si tuviera el motor revolucionado. ¿Qué pintaba un cambiaformas en la nómina de Jean-Claude? Podría preguntárselo.

—¿Qué pasa? —me preguntó cuando llegué a su altura. Huy. Creo que se me había notado algo en la cara.

—Nada. —Sacudí la cabeza.

Me da que no me creyó, pero sonrió y me condujo a una cabina acristalada, con gruesas cortinas en el interior que ocultaban su contenido. Era como una pecera de prensa, pero en pequeño. Se acercó a la puerta, la abrió y la sujetó para cederme el paso.

—No, adelante —le dije.

—Solo intentaba ser educado.

—No necesito ni quiero que me abran las puertas. Puedo valerme por mí misma, muchas gracias.

—Vaya, nos ha salido feminista.

La verdad era que no me apetecía tener detrás al amigo Stephen, pero si prefería tomarme por una feminista a ultranza, allá él. Por cosas más descabelladas me habían tomado.

Mientras él cruzaba el umbral, me volví para mirar hacia la pista. Desde allí arriba parecía muy pequeña. Unos cuantos tipos musculosos, con mallas brillantes, llevaban a hombros una litera en la que reposaban una gran cesta de mimbre y una mujer de piel oscura, ataviada con la versión hollywoodiense de un vestido de

bailarina. El pelo, negro y denso, le caía como un manto hasta los tobillos, y unos brazos esbeltos, coronados por manos pequeñas, trazaban curvas en el aire. Se bajó de la litera y se puso a bailar; aunque el atuendo fuera falso, ella era de verdad: sabía bailar. No era un baile de seducción, aunque también la utilizaba, sino una invocación de poder. La gente tiende a olvidar que los bailes, en origen, son ruegos a algún dios.

Se me puso la piel de gallina, y me estremecí a pesar de estar sudando a mares. ¿Qué habría en la cesta? El vocero decía que una cobra gigante, pero no había ninguna serpiente en el mundo que necesitara un receptáculo tan grande. Ni siquiera para transportar una anaconda haría falta una cesta de más de tres metros de altura y seis de diámetro.

Noté un roce en el hombro. Di un respingo y giré en redondo. Stephen estaba detrás de mí, sonriente.

Tragué saliva mientras intentaba contener las palpitaciones y lo miré. Después de tanto esfuerzo para evitar tenerlo a mis espaldas, ni me había fijado. Muy hábil, Anita, muy hábil. Me enfurecí con él por haberme asustado. Ya sé que no tenía mucha lógica, pero más vale enfadarse que asustarse, ¿no?

—Jean-Claude está dentro. —Sonreía, pero sus ojos azules tenían un brillo de diversión muy humano.

Le puse cara de pocos amigos; ya sabía que era una niñería, pero me daba igual.

—Tú primero, hocicudo.

El humor se desvaneció de su semblante, y me miró muy serio.

—¿Cómo te has dado cuenta? —Hablaba con una voz muy frágil e insegura. Muchos licántropos se vanagloriaban de ser capaces de pasar por humanos.

—No tiene tanto misterio. —Tampoco era del todo cierto, pero lo decía por incordiar. Sí, ya lo sé, una infantilada muy poco sexy.

De pronto pareció muy joven, con los ojos llenos de incertidumbre y de dolor.

Oh, mierda.

—Mira —le dije—, he tratado con muchos cambiaformas y sé qué buscar, ¿vale? —¿Por qué quería tranquilizarlo? Porque sabía lo duro que era sentirse rechazado. Como me dedico a reanimar muertos, mucha gente me considera un monstruo, y hasta yo estoy

de acuerdo a veces.

Seguía mirándome con una desazón que parecía una herida abierta. Como se echara a llorar, me largaba.

Se volvió sin decir nada más y atravesó la puerta abierta. Vacilé un momento y, antes de pasar, oí un murmullo procedente del público. Me volví y entonces la vi: era una serpiente, pero no solo era la cobra más grande del mundo, sino que además era la serpiente más gigantesca del mundo mundial. Tenía anillos de color negro grisáceo y blanco apagado, y sus escamas resplandecían bajo los focos. La cabeza medía por lo menos medio metro de ancho. Era imposible que fuera tan grande. Desplegó la capucha, que tenía el tamaño de una antena parabólica, y siseó sacando una lengua que parecía un látigo negro.

Había estudiado un semestre de herpetología en la carrera, y si ese bicho hubiera medido dos o tres metros, lo habría catalogado como cobra egipcia, aunque no recordaba el nombre científico.

La mujer se inclinó delante de la serpiente, hasta tocar el suelo con la frente: un gesto de pleitesía ante su dios. Virgen santa.

Después se levantó y se puso a bailar, bajo la mirada atenta de la cobra. Usaba el cuerpo en lugar de la flauta, para llamar la atención del animal corto de vista. No quería ver qué pasaba si la cagaba. El veneno no llegaría a matarla; los colmillos eran tan largos y afilados que la atravesarían como espadas, y se desangraría mucho antes de que hiciera efecto la toxina.

Algo estaba cobrando forma en mitad de la pista. La magia me subía como un cosquilleo por la columna. ¿Era lo que mantenía inofensiva a la serpiente, o lo que la invocaba? ¿O emanaba de la serpiente? ¿Tendría su propio poder? Ni siquiera sabía cómo llamarla. Parecía una cobra, probablemente la más grande del mundo, pero no era eso… Se me ocurría pensar en un dios, pero tampoco era un término ajustado.

Sacudí la cabeza y me volví. No quería ver el espectáculo; no quería estar en un sitio donde notaba el frío de la magia en la piel. Si la serpiente no fuera inofensiva, Jean-Claude la tendría enjaulada, ¿verdad? Ya, y qué más.

Dejé estar a la cobra más grande del mundo y a la encantadora de serpientes. Quería hablar con Jean-Claude y largarme de allí.

La entrada de la cabina estaba a oscuras. Los vampiros no

necesitaban luz, pero ¿y los licántropos? No tenía ni idea; aún me quedaba mucho por aprender. Llevaba la chaqueta desabrochada del todo, lo mejor para desenfundar rápidamente. Aunque la verdad era que si necesitaba sacar la pistola, lo tendría más que crudo.

Aspiré profundamente y solté el aire. No tenía sentido aplazarlo más. Atravesé el umbral y me adentré en la oscuridad sin volver la cabeza. No quería ver qué pasaba en la pista. Claro que tampoco quería ver qué había en la penumbra, pero… ¿tenía más opciones? A mí que me registren.

SEIS

La cabina era como un armario forrado de cortinas, y allí no había nadie más que yo. ¿Dónde se había metido Stephen?

Si fuera un vampiro, habría atribuido su desaparición a un numerito, pero los licántropos no se desvanecen así como así. Tenía que haber otra puerta.

Si yo hubiera construido aquello, ¿dónde habría colocado la segunda puerta? Respuesta: enfrente de la primera. Aparté las cortinas y la encontré. Elemental, querido Watson.

Era una puerta sólida, de madera tallada con motivos florales. El picaporte era blanco, con florecitas rosa en el centro. Era una puerta tremendamente femenina. No, no me lo digáis: no hay ninguna ley que prohíba que a los hombres les gusten las flores. Ninguna en absoluto, qué comentario más sexista. Borra eso.

No saqué la pistola. ¿Veis como no soy tan paranoica?

Giré el pomo, empujé la puerta y seguí empujándola hasta que topó con la pared. No había nadie escondido detrás. Bien.

El papel pintado era blanco, de tono apagado, con cenefas estrechas plateadas, doradas y cobrizas. Tenía un aspecto vagamente oriental. La moqueta era negra; ni siquiera sabía que las fabricaran de ese color. Una cama con dosel ocupaba un lado de la habitación, y las cortinas de gasa negra le daban un aspecto difuso, como salido de un sueño. Había alguien durmiendo en un nido de mantas negras y sábanas carmesí. Una mata de pelo castaño le cubría la cara como un sudario, pero a la vista del pecho lampiño, deduje que se trataba de un hombre. La escena tenía un aspecto algo irreal, como si el durmiente esperase la entrada de las cámaras para empezar a moverse.

En la pared del fondo, al otro lado, había un sofá negro con cojines rojo sangre, que formaba esquina con otro más pequeño, a juego. Jean-Claude ocupaba el primero, y Stephen, el segundo.

El vampiro llevaba unos pantalones negros embutidos en unas botas de cuero de caña alta, también negras, de un tono intenso como el del terciopelo. Un broche con un rubí enorme le cerraba el cuello alto de la camisa, blanca y rematada con puntillas que se perdían bajo el pelo oscuro. Las mangas eran anchas, pero se estrechaban al llegar a las muñecas y derramaban más encaje sobre las manos, de modo que solo asomaban los dedos.

—¿De dónde sacas esas camisas? —le pregunté.

—¿No te gusta? —replicó con una sonrisa. Se acarició el pecho, pasando por encima de los pezones. Era una invitación: podía tocar el tejido y comprobar si el encaje era tan suave como parecía.

Negué con la cabeza; no era plan de distraerse. Subí la vista a la cara: Jean-Claude me devolvía la mirada con sus ojos azul oscuro enmarcados por densas pestañas.

—Te desea, amo —se burló Stephen—. Lo huelo.

—Y yo —dijo Jean-Claude, volviéndose hacia él. El trasfondo era mucho menos inocente que las palabras. Su voz recorrió la habitación, grave y cargada de temibles promesas.

—Lo decía con buena intención —se apresuró a aclarar Stephen. Parecía asustado, y ¿cómo culparlo?

Jean-Claude se volvió hacia mí como si no hubiera pasado nada, mirándome con su expresión de interés divertido.

—No necesito que me protejas —le dije.

—¿Estás segura?

Giré en redondo y me encontré con que tenía una vampira detrás. No había oído la puerta.

La mujer me sonrió sin enseñar los colmillos: un truco que aprenden los vampiros a base de práctica. Era alta y esbelta, de piel oscura, con un pelo azabache que le llegaba por la cintura. Llevaba unos pantalones de ciclista granate, tan ajustados que se notaba la falta de ropa interior, y un top ablusado de seda roja con tirantes finísimos. ¿Seguro que no era la parte superior de un picardías? Unas sandalias rojas de tacón y una cadena de oro con un diamante solitario completaban el atuendo. Exótica era la palabra que mejor la definía. Se me acercó, sonriente.

—¿Me estás amenazando? —pregunté.

—Aún no —dijo la vampira, deteniéndose ante mí. Tenía vestigios de algún acento extranjero áspero, con muchas sibilantes.

—Ya basta —dijo Jean-Claude.

—No creo —dijo ella, agitando la melena como un velo.

—Yasmín… —Solo una palabra. Una advertencia.

Yasmín se echó a reír, con un sonido que parecía de cristales rotos, y se quedó delante de mí, bloqueándome la visión de Jean-Claude. Alargó una mano y me aparté.

Su sonrisa creció hasta revelar los colmillos, y volvió a alargar la mano. Di un paso atrás, pero de repente la tenía encima, sin tiempo de parpadear. Me cogió del pelo y me echó la cabeza hacia atrás, clavándome las uñas en el cuero cabelludo. Con la otra mano me sujetó la barbilla, agarrándome con fuerza. Tenía la cabeza inmóvil, atrapada entre sus manos.

No podía hacer nada, salvo desenfundar y pegarle un tiro, pero a juzgar por sus movimientos, tenía la impresión de que no sacaría el arma a tiempo.

—Ya veo por qué te gusta. Tan bonita, tan delicada… —Se volvió ligeramente hacia Jean-Claude, sin soltarme—. No esperaba que te diera por una humana. —Era como si hablara de un cachorro abandonado.

Se volvió hacia mí de nuevo, y le hundí la 9 mm en el pecho: por rápida que fuera, podría herirla si me daba la gana. Soy capaz de percibir la edad de los vampiros; es un talento natural que he afinado con la práctica. Yasmín era antigua, más que Jean-Claude; estoy segura de que superaba los quinientos años. Si se tratara de una vampira reciente, una bala de alta tecnología a quemarropa le haría trizas el corazón y acabaría con ella, pero tenía muchos años y era maestra vampira, así que quizá no la matara. O quizá sí…

Una expresión cruzó su rostro: sorpresa y puede que un poco de miedo. Tenía el cuerpo tan inmóvil que, si estaba respirando, no se le notaba.

—Suéltame la cabeza, muy despacio. —Mi voz sonaba forzada a causa del ángulo del cuello, pero hablé con claridad—. Y después ponte las manos en la nuca y entrelaza los dedos.

—¡Jean-Claude, controla a tu humana!

—Yo en tu lugar obedecería, Yasmín —contestó él, complacido—. ¿A cuántos vampiros has matado ya, Anita?

—A dieciocho.

—No te creo —dijo Yasmín, pero sus ojos se agrandaron.

—Pues créete esto, zorra: si aprieto el gatillo, se acabó.

—Las balas no me hacen nada.

—Bañadas en plata. Suéltame de una vez. —Las manos de Yasmín se apartaron de mi cabeza y mi barbilla—. Muy despacio.

Obedeció; adoptó una postura sumisa, con los dedos entrelazados en la nuca. Me alejé de ella sin dejar de apuntarle al pecho.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Yasmín. Mantenía una sonrisa irónica, y los ojos le irradiaban diversión. No me gusta nada que se rían de mí, pero cuando se trata con maestros vampiros hay que estar dispuesto a hacer concesiones.

—Puedes bajar las manos —le dije.

Las bajó, pero siguió mirándome como si me hubiera salido otra cabeza.

—¿De dónde la has sacado, Jean-Claude? —preguntó—. Esta gatita sabe sacar las uñas.

—Dile a Yasmín cómo te llaman los vampiros, Anita.

Tampoco me hace gracia que me mandoneen, pero no era momento de ponerse quisquillosa.

—La Ejecutora.

Yasmín abrió los ojos más aún, y de repente sonrió enseñando los colmillos del todo.

—Esperaba que fueras más alta.

—Yo también me llevé una decepción cuando dejé de crecer.

Yasmín echó la cabeza hacia atrás y rio exageradamente, rozando la histeria.

—Me gusta, Jean-Claude. Es peligrosa; como dormir con un león. —Avanzó hacia mí, sin inmutarse por la pistola.

—Jean-Claude, dile que le pegaré un tiro como no se aparte.

—Te prometo que no te haré daño —dijo Yasmín—. Tendré mucho, mucho cuidado. —Siguió avanzando, y yo no sabía qué hacer. Estaba jugando conmigo y pretendía hacerme pasar un mal rato, pero no creía que quisiera matarme. ¿Sería lícito pegarle un tiro por tocacojones? Me temo que no—. El calor de tu sangre impregna el aire como un perfume. —Se contoneó hasta situarse justo delante. La apunté, pero se echó a reír y apoyó el pecho en el

cañón de la pistola—. Tan suave y húmeda, pero tan fuerte… —No sabía si hablaba de sí misma o de mí, pero en cualquier caso, no me gustaba. Se frotó la pistola contra el pecho, acariciándola con los pezones—. Delicada… pero peligrosa.

La última palabra fue apenas un susurro que me recorrió la piel como agua helada. Era la primera vez que veía a otro maestro vampiro hacer trucos de voz parecidos a los de Jean-Claude.

Vi que se le endurecían los pezones a través de la fina tela del top. Arg. Apunté al suelo y me aparté de ella.

—Joder, ¿es que todos los vampiros de más de doscientos años sois igual de pervertidos?

—Yo tengo más de doscientos años —observó Jean-Claude.

—Como queríamos demostrar.

La risa que fluía de la boca de Yasmín me acariciaba la piel como un viento cálido. Ella siguió acercándoseme mientras yo retrocedía, hasta que me topé con la pared. Apoyó las manos a los lados de mis hombros, y empezó a flexionar los brazos para acortar la distancia.

—Creo que me apetece probarla —dijo.

Le hundí la pistola en las costillas, más abajo, para que no se restregara.

—Estoy en contra de los colmillos —dije.

—Qué chica más dura. —Se acercó hasta rozarme la frente con los labios—. Me gustan las chicas duras.

—Jean-Claude, haz algo antes de que muera alguien.

Yasmín se apartó de mí tanto como pudo sin quitar las manos de la pared y se humedeció los labios, sin mostrar apenas los colmillos. Después volvió a acercarse con los labios entreabiertos, pero no en dirección al cuello, sino a la boca. Así que quería probarme en el otro sentido. Pues no podía pegarle un tiro solo por intentar besarme; tampoco se lo habría pegado a un hombre en esas circunstancias.

Su pelo, suave como la seda, me cubrió las manos. Solo podía ver su cara, con unos ojos de un negro impoluto y unos labios que casi rozaban los míos. Tenía el aliento cálido y olía a pastillas de menta, pero debajo de ese toque de modernidad había algo más antiguo: el hedor de la sangre.

—Hueles a sangre pasada —susurré contra su boca.

—Ya lo sé —contestó, rozándome con los labios. Me besó con delicadeza y noté que se le formaba una sonrisa.

Se abrió la puerta, que nos estampó contra la pared. Yasmín se incorporó, pero no apartó las manos. Las dos nos volvimos: una mujer de pelo clarísimo miraba a su alrededor. Al vernos abrió desmesuradamente los ojos, de un azul muy claro. Soltó un grito lleno de cólera.

—¡Aparta de ella!

—¿Me dice a mí? —le pregunté a Yasmín.

—Sí —contestó la vampira, divertida por la situación.

A la otra mujer no parecía hacerle gracia; corrió hacia nosotras con los brazos extendidos y las manos crispadas como garras. Yasmín la atrapó con un movimiento tan rápido que solo vi un borrón, y la sujetó mientras ella seguía intentando alcanzarme.

—¿Qué coño pasa? —pregunté.

—Se llama Marguerite. Es la sierva humana de Yasmín —contestó Jean-Claude—. Tiene miedo de que se la robes.

—No la quiero para nada. —Yasmín me miró cabreada. ¿La había ofendido? Esperaba que sí—. Mira, Marguerite, Yasmín es toda tuya, ¿vale?

La mujer soltó un sonido gutural; supuse que sería guapa, pero la rabia la había transfigurado. No había visto nunca una cólera tan visceral. Con pistola y todo, me acojoné.

Yasmín tuvo que cogerla en vilo, y ella siguió agitando brazos y piernas en el aire.

—Me temo que no se calmará hasta haber satisfecho el desafío —dijo la vampira.

—¿Qué desafío? —pregunté yo.

—Has puesto en entredicho sus derechos sobre mí.

—Más quisieras. —Yasmín sonrió. Probablemente, la serpiente le dedicó a Eva la misma sonrisa: afable, divertida, temible—. No sé de qué va esto —añadí, mirando a Jean-Claude—, pero he venido a otra cosa. No me interesan los vampiros, y mucho menos las vampiras.

—Si fueras mi sierva humana, *ma petite*, no habría ningún desafío, porque una vez establecido, el vínculo con un maestro vampiro no se puede romper.

—Entonces, ¿por qué se preocupa Marguerite?

—Por que Yasmín te pueda elegir como amante. De vez en cuando la pone celosa para que monte en cólera. No acabo de entender sus motivos, pero le encanta.

—La verdad es que sí —me confirmó Yasmín, sin soltar a su sierva. La sujetaba como si nada, sin esfuerzo. Ya, los vampiros pueden desguazar coches con las manos, así que ¿qué es una humana en comparación?

—¿Y yo qué tengo que ver en todo esto?

Jean-Claude me dedicó una sonrisa cansina. ¿Estaba aburrido, enfadado, o solamente harto?

—Tenéis que enfrentaros. La que gane se queda con Yasmín.

—¡Un momento! Enfrentarnos, ¿cómo? ¿En un duelo con pistola al amanecer?

—Nada de armas —dijo Yasmín—. Mi Marguerite no es diestra en su manejo, y no me gustaría que resultara herida.

—Pues deja de torturarla.

—Pero si es parte de la gracia…

—Zorra sádica.

—Sí, ¿verdad?

Hay gente a la que ni siquiera se puede insultar.

—¿Así que ahora pretendes que nos peleemos por esta? —le pregunté a Jean-Claude. No me podía creer que estuviera planteando siquiera la pregunta.

—Sí, *ma petite*.

Respiré profundamente, miré la pistola, miré a la mujer vociferante y enfundé.

—¿No hay ninguna otra forma de resolverlo?

—Si reconoces que eres mi sierva humana, no será necesario pelear. —Jean-Claude me observaba intensamente, sin apartar los ojos.

—Así que me has tendido una trampa. —Sentí que la ira empezaba a bullir en mi interior.

—¿Una trampa, *ma petite*? No preví que Yasmín te encontrara tan arrebatadora.

—Y una polla.

—Acepta que eres mi sierva y podremos dar el asunto por zanjado.

—¿Y si no me da la gana?

—Te tocará luchar con Marguerite.

—Pues si es lo que toca, venga.

—¿Tanto te cuesta reconocer la verdad, Anita? —preguntó Jean-Claude.

—Ni soy tu sierva ni lo seré nunca. ¿Por qué no lo reconoces tú y me dejas en paz de una puta vez?

—Pero qué vocabulario…

—Que te den por culo.

—Está bien, *ma petite*. —Dejó asomar una sonrisa y se irguió en el borde del sofá, quizá para ver mejor—. Cuando te parezca, Yasmín.

—Un momento. —Me quité la chaqueta, pero no supe dónde dejarla.

—Yo te la sujeto —dijo el ocupante de la cama adoselada, sacando un brazo de entre las gasas negras.

Me quedé mirándolo. Estaba desnudo de cintura para arriba, y el aspecto de sus brazos, su estómago y su pecho indicaba que levantaba pesas, aunque sin pasarse. No supe si lucía un bronceado perfecto o era de piel cetrina. Llevaba el pelo enmarañado, por los hombros, y sus ojos marrones eran muy humanos. Eso me gustó.

Le pasé la chaqueta, y una sonrisa le borró los últimos vestigios de somnolencia de la cara. Se incorporó y se abrazó las piernas, cubiertas aún por las sábanas rojas y negras. Apoyó la cabeza en las rodillas y se las apañó para quedar monísimo.

—¿Estás preparada, *ma petite*? —Jean-Claude parecía disfrutar con la situación y, aunque la risa que se insinuaba en su voz tenía un tinte más sardónico que amable, no sé si se mofaba de sí mismo o de mí.

—Supongo.

—Suelta a tu chica, Yasmín, y veamos qué pasa.

—Veinte por Marguerite —dijo Stephen.

—No es justo —protestó Yasmín—. No puedo apostar contra mi sierva humana.

—Os apuesto veinte a cada uno a que gana la señorita Blake —dijo el ocupante de la cama. Miré al hombre durante un instante y vi que me sonreía, pero Marguerite ya se me echaba encima.

Me lanzó una bofetada y la bloqueé con el antebrazo. Luchaba como una chica, a base de tortas y arañazos, pero era rápida,

mucho más que los humanos normales. Igual se debía a su condición de sierva vampírica. A saber. Cuando sus uñas me trazaron una línea de dolor en la mejilla, decidí que se había acabado lo de portarse bien.

La contuve con la mano izquierda y me clavó los dientes en ella. Le solté un puñetazo con la derecha, impulsándome con todo el cuerpo, y la alcancé de lleno en el plexo solar.

Marguerite me soltó la mano y se dobló, protegiéndose el estómago, mientras se esforzaba por respirar. Bien.

Tenía la mano izquierda ensangrentada, con la marca de sus dientes. Me toqué la mejilla y noté más sangre. Joder, eso dolía.

Marguerite estaba arrodillada en el suelo, recuperando la respiración, pero me miraba fijamente con una expresión que indicaba que aquello no había terminado: en cuanto tuviera fuerzas, volvería a la carga.

—Estate quietecita o tendré que hacerte daño —le dije. Ella sacudió la cabeza.

—No puede rendirse, *ma petite*. Ganarías el cuerpo de Yasmín, ya que no su corazón.

—No quiero su cuerpo ni el de nadie.

—Sabes que eso es mentira, *ma petite*.

—Deja de llamarme así.

—Llevas mis dos primeras marcas, Anita; prácticamente eres mi sierva humana. Reconócelo y no hará falta que nadie siga sufriendo.

—No cuela.

Marguerite se estaba incorporando. Mierda. Me acerqué antes de que llegara a levantarse y la desequilibré con una patada en los tobillos, mientras la agarraba por los hombros y la empujaba hacia el suelo. Le sujeté el brazo derecho con una llave. Ella intentó incorporarse, y aumenté la presión hasta que desistió.

—Deja de luchar —le dije.

—No. —Era la segunda vez que la oía hablar con coherencia.

—Puedo romperte el brazo.

—Pues rómpemelo; me da igual. —Seguía ardiendo de cólera. Joder, hay gente con la que no se puede razonar.

La puse boca abajo sin soltarle el brazo y se lo apreté más, aunque intenté no rompérselo porque con eso no conseguiría lo único que quería: zanjar la pelea.

Mantuve la llave con la pierna arrodillándome en su torso, para que mi peso la sujetara. Me llené la mano de pelo rubio y le eché la cabeza hacia atrás. Después aflojé la llave y le rodeé el cuello con el brazo, con el codo por delante para apretarle las arterias laterales. Me cogí la muñeca con la otra mano e hice más presión.

Le hundí la cara en la nuca para evitar los zarpazos. Soltaba grititos entrecortados porque no tenía aire para gritar a pleno pulmón.

Como no podía traspasarme el jersey, metió la mano bajo la manga derecha y se puso a arañarme a conciencia. Hundí la cara más aún y apreté hasta que me temblaron los labios y me rechinaron los dientes. Seguí comprimiéndole el cuello con todas mis fuerzas.

Hasta que dejó de arañarme y se puso a darme manotazos débiles en el brazo, con unas manos que parecían mariposas moribundas.

Cuando se estrangula a alguien, tarda mucho en quedar inconsciente. En el cine parece fácil, rápido y limpio, pero es difícil y lento y, sobre todo, de limpio no tiene nada. Mientras se aprieta se nota el pulso, a los lados del cuello. En la vida real, la gente se debate que da gusto. Si se pretende matar así a alguien, más vale seguir apretando mucho tiempo después de que haya dejado de moverse.

Marguerite fue relajándose poco a poco, miembro a miembro. La solté lentamente cuando se convirtió en un saco de patatas, y quedó tendida en el suelo. No veía que respirase; ¿me habría pasado de la raya?

Le puse la mano en la carótida y comprobé que tenía el pulso firme. Solo había perdido el conocimiento. Menos mal.

Me puse en pie y me acerqué a la cama. Yasmín se arrodilló junto al cuerpo inerte de Marguerite.

—Mi amor, mi único amor, ¿qué te ha hecho?

—Está inconsciente —le expliqué—. Volverá en sí dentro de poco.

—Si la hubieras matado, te habría desgarrado la garganta.

—No empecemos. —Sacudí la cabeza—. Ya he superado mi cuota de teatro por hoy.

—Estás sangrando —me dijo el hombre de la cama.

Era verdad: me goteaba el brazo derecho. Por mucho que Marguerite no me hubiese hecho nada grave, los arañazos eran tan profundos que algunos dejarían cicatriz. Cojonudo; ya tenía una larga, de cuchillo, en la misma zona. De todas formas, en el brazo izquierdo tenía más cicatrices, todas de lesiones laborales.

La sangre seguía cayendo, aunque no se veía en la moqueta negra. Es una decoración adecuada para un sitio en el que se vaya a sangrar con frecuencia.

Yasmín ayudó a Marguerite a incorporarse. Se había recuperado muy deprisa. ¿Por qué? Porque era la sierva humana de una vampira, claro.

La susodicha se acercó a la cama, hacia mí. De repente se la veía demacrada, con los huesos de la cara pronunciados. Tenía los ojos muy brillantes, enfebrecidos.

—Sangre fresca, y hoy no he tomado nada.

—Contrólate —intervino Jean-Claude.

—No le has enseñado modales a tu sierva —dijo Yasmín, mirándome con cara de pocos amigos.

—Déjala en paz. —Jean-Claude se había puesto en pie.

—A los siervos hay que someterlos, y ya va siendo hora de que empieces con esta.

—¿Someterlos? —Lo miré por un lado de la cabeza de la vampira.

—Lamentablemente, es una etapa del proceso —dijo Jean-Claude como si tal cosa, como quien habla de domar caballos.

—Vete a la mierda. —Saqué la pistola y la empuñé con las dos manos. No estaba dispuesta a dejarme someter.

Vi de reojo que había alguien de pie al otro lado de la cama, y no era el hombre, que no se había movido. Era una mujer esbelta, con la piel del color del café con leche y el pelo negro, muy corto. Estaba desnuda. ¿De dónde había salido?

Tenía a Yasmín a un metro, humedeciéndose los labios con gesto juguetón. La luz le hacía brillar los colmillos.

—Te mataré, ¿entendido? —le dije.

—Inténtalo.

—No vale la pena jugarse el pellejo para pasar un buen rato.

—Al cabo de unos cuantos siglos se llega a la conclusión de que es lo único que vale la pena.

—Jean-Claude, contrólala si no quieres que me la cargue. —Mi voz sonó más aguda de lo que pretendía. Se me notaba el miedo.

A aquella distancia, la bala debería destrozarle el pecho, y no habría resurrección que valiera: tendría el corazón hecho trizas. Claro que tenía más de quinientos años, e igual no bastaba con un tiro. Menos mal que tenía el cargador lleno.

Noté un movimiento por el rabillo del ojo, y estaba volviéndome cuando me aprisionaron contra el suelo. Tenía a la mulata encima. Me daba igual que fuera humana o no; iba a disparar y después veríamos. Pero me sujetó las muñecas, apretando tanto que creí que me las iba a destrozar.

Soltó un rugido bajo y prolongado, un sonido que parecía estar cubierto de pelo negro y tener colmillos. Ninguna cara humana podía tener aquel aspecto.

Me arrancó la Browning de las manos como quien le quita un caramelo a un niño, y se quedó sujetándola de cualquier manera, como si no supiera a qué lado iba cada extremo.

Un brazo le rodeó la cintura y me la quitó de encima. Era el hombre de la cama. La mujer se volvió hacia él, rugiendo.

Yasmín saltó hacia mí. Me eché hacia atrás hasta dar con la pared.

—Desarmada no eres tan valiente, ¿eh? —me dijo con una sonrisa.

De repente la tenía arrodillada delante. No la había visto acercarse; ni siquiera había captado un movimiento borroso. Se había plantado ahí como por arte de magia.

Se irguió lentamente, arrinconándome contra la pared, y me hundió los dedos en los brazos para acercarme. Tenía una fuerza increíble; a su lado, la cambiaformas mulata parecía frágil.

—¡No! —gritó Jean-Claude, que por fin acudía en mi ayuda. Pero iba a llegar demasiado tarde; Yasmín sacó los colmillos y echó la cabeza hacia atrás, dispuesta a atacar. Me sentía impotente.

Me apretaba contra sí, con los brazos entrelazados a mi espalda. Si hubiera apretado un poco más, me habría partido por la mitad.

—¡Jean-Claude! —grité.

Noté algo caliente dentro del jersey, a la altura del corazón. Yasmín vaciló, y todo su cuerpo se estremeció. ¿Qué coño estaba pasando?

Entre nosotras se alzó una lengua de fuego blanco azulado. Grité, y la vampira hizo lo propio. Seguimos gritando mientras nos quemábamos.

Se apartó de mí, con el top envuelto en llamas blanquiazules. A mí también me salían llamas de un agujero del jersey; me lo quité tras soltar las correas de la sobaquera.

Mi crucifijo seguía llameando. Me lo arranqué de un tirón y lo arrojé al suelo. El fuego se extinguió en la moqueta.

Me había quedado una quemadura en forma de cruz justo en el esternón, y empezaba a llenarse de ampollas. Segundo grado.

Yasmín se había arrancado la blusa. Tenía una quemadura idéntica, pero más baja, en pleno canalillo, porque era más alta que yo.

Me arrodillé en el suelo, en vaqueros y sujetador, incapaz de contener las lágrimas. Tenía una cicatriz mayor, también en forma de cruz, en el antebrazo izquierdo: a los seguidores humanos de un vampiro les había parecido divertido marcarme. Les hizo tanta gracia que no dejaron de reírse hasta que los liquidé.

Las quemaduras son una putada; duelen más que ninguna otra lesión.

Tenía delante a Jean-Claude. La cruz resplandecía como si estuviera al rojo blanco, y eso que no se había acercado demasiado. Levanté la mirada y vi que se protegía los ojos con el brazo.

—Aparta eso, *ma petite*. Te prometo que nadie más te hará daño esta noche.

—¿Por qué no te mantienes al margen y me dejas a mí decidir qué hago?

—Ha sido un acto de inconsciencia por mi parte permitir que las cosas llegaran tan lejos. Perdóname, Anita.

No resulta fácil tomarse en serio las disculpas de alguien que se oculta el rostro con el brazo para evitar una cruz, pero el caso es que se estaba disculpando. Para ser Jean-Claude, no estaba mal.

Cogí el crucifijo. Me había cargado el cierre al arrancármelo, así que tendría que cambiar la cadena si quería volver a ponérmelo. Miré el jersey; tenía un boquete del tamaño de un puño, centrado en la parte superior. Hala, a la basura con él. ¿Dónde guarda una cruz incandescente alguien que ni siquiera lleva camisa?

El hombre de la cama me devolvió la chaqueta. Lo miré a los

ojos y vi preocupación, mezclada con un poco de miedo. Tener tan cerca sus ojos marrones, tan humanos, me resultaba reconfortante, aunque no sabía por qué.

Las cintas de la sobaquera me colgaban de la cintura, como si fueran unos tirantes caídos. Volví a colocármela, aunque se me hizo raro el contacto del cuero en la piel.

El hombre se acercó y me entregó la pistola, sosteniéndola por el cañón. La cambiaformas estaba al otro lado de la cama, aún desnuda, mirándonos con odio. No sabía cómo se había hecho con ella aquel tipo, pero me alegraba.

Me sentía más a salvo con la Browning en la funda, aunque nunca la había llevado sin ropa. Sospechaba que me iban a salir rozaduras, pero qué se le va a hacer.

A continuación, el hombre me dio un puñado de pañuelos de papel. La sábana se había caído un poco, revelaba el contorno de su cuerpo desnudo hasta medio muslo y amenazaba con caerse del todo.

—El brazo —me dijo.

Me miré el brazo derecho. Seguía sangrando un poco. Como me dolía mucho menos que la quemadura, se me había olvidado.

Cogí los pañuelos y me pregunté qué pintaba él allí. ¿Sería el amante de la mujer desnuda, la cambiaformas? No la había visto en la cama al entrar; a lo mejor estaba escondida debajo.

Me limpié el brazo como pude para no pringar demasiado la chupa, me la puse y me guardé el crucifijo en un bolsillo. Dejaría de brillar cuando lo ocultara. Lo que había pasado se debía a que mi jersey era de punto suelto y Yasmín llevaba mucha piel al aire. La piel vampírica es muy volátil en contacto con un crucifijo.

—Lo siento, *ma petite*. —Ya tenía la cruz fuera de la vista, de modo que Jean-Claude me miraba fijamente—. No pretendía asustarte.

Me tendió una mano. La piel era todavía más clara que las puntillas blancas que la cubrían. Decidí no darme por aludida y me apoyé en la cama para levantarme.

Jean-Claude dejó caer la mano lentamente, sin apartar de mí los ojos azules.

—Contigo, las cosas no salen nunca como espero —añadió—. ¿A qué se debe?

—Igual deberías captar la indirecta y dejarme en paz.

—Me temo que es demasiado tarde para eso —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Se puede saber qué quieres decir?

La puerta se abrió de repente, golpeando la pared. En el umbral había un hombre con los ojos desorbitados y la cara empapada de sudor.

—La serpiente… —Estaba sin aliento, como si hubiera subido las escaleras a toda prisa.

—¿Qué pasa con la serpiente? —preguntó Jean-Claude.

—Se ha vuelto loca —acertó a balbucear el hombre cuando recuperó el habla.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Ha atacado a Shahar. La ha matado.

—¿Está entre la gente?

—Aún no.

—Tendremos que posponer la conversación, *ma petite*. —Se dirigió a la puerta, y los demás vampiros, junto con Stephen, lo siguieron. Los tenía bien entrenados.

La esbelta mulata se puso un vestido suelto, negro con flores rojas, se encajó unos zapatos rojos de tacón y se largó.

El hombre se había levantado, desnudo; no tenía tiempo para andarse con pudores. Se estaba poniendo unos pantalones de chándal.

No era problema mío, pero ¿qué pasaría si la cobra gigante llegaba a la multitud? No era problema mío. Me subí la cremallera lo suficiente para que no se notara que no llevaba nada debajo de la cazadora, pero no tanto como para no poder sacar la pistola.

Crucé la puerta antes de que el desconocido terminara de ponerse el pantalón. Los vampiros y los cambiaformas estaban abajo, rodeando a la serpiente, que llenaba la pista con sus ondas blancas y negras. La mitad inferior de un hombre con ropa brillante estaba desapareciendo por el gaznate de la cobra. Por eso no había salido de la pista: se había parado a comer.

Virgen santa.

Las piernas del hombre se agitaban desesperadas. No podía estar vivo. No era posible. Pero las piernas siguieron contorsionándose hasta que se perdieron de vista. Espero que fuera un movimiento

reflejo. No quería que estuviera vivo; la mera idea era peor que ninguna pesadilla que pudiera recordar, y eso que las había tenido muy bestias.

El monstruo de la pista no era problema mío; aquella vez no tenía por qué hacer heroicidades. La gente corría y gritaba, poniendo a salvo a sus hijos, pisoteando las palomitas y el algodón dulce. Empecé a abrirme paso. Una mujer que llevaba un bebé cayó ante mis pies, y un hombre pasó por encima de ellos. Cogí al niño, ayudé a la madre a ponerse en pie, y juntas nos esforzamos por impedir que nos derribaran. Me sentía como una roca en mitad de un rápido.

La mujer me miró, con unos ojos demasiado grandes para su cara. Le entregué a su hijo, la conduje a las gradas y, como buena zorra sexista, agarré al tipo más grande que pasaba por allí.

—¡Ayúdalos! —le grité.

Me miró desconcertado, como si le hubiera hablado en chino, pero su expresión de pánico se difuminó ligeramente. Cogió a la mujer por el brazo y siguió avanzando hacia la salida.

No podía permitir que la serpiente llegara a la multitud, si podía evitarlo. Oh, no, al final iba a darme por hacer heroicidades. Mierda. Empecé a caminar contra corriente, a bajar mientras todo el mundo subía. Un codo me golpeó la boca, y noté el sabor de la sangre. Al paso que iba, todo habría acabado cuando consiguiera llegar. Si tenía suerte.

SIETE

Salí de la multitud como quien aparta una cortina. Todavía notaba los empujones por todo el cuerpo, pero estaba sola en la grada inferior. La multitud vociferante seguía en la carpa, intentando alcanzar las salidas, pero allí, justo al lado de la pista, no había ruido. El silencio parecía envolverme la cara y las manos, y el aire era tan denso que me costaba respirar. Magia. ¿Era cosa de los vampiros o de la cobra? A saber.

Quien estaba más cerca de mí era Stephen, con el torso desnudo, esbelto y, en cierto modo, elegante. Le había prestado a Yasmín la camisa azul, y ella se la había puesto atada por la cintura, dejando ver la piel negra del estómago. Marguerite estaba junto a ella, y la cambiaformas mulata, a la derecha de Stephen. Se había descalzado y estaba plantada en la pista.

Jean-Claude estaba al otro lado del círculo, flanqueado por dos vampiros rubios que no había visto hasta entonces, un hombre y una mujer. Se volvió a mirarme y noté un contacto dentro de mí, donde ninguna mano podría llegar. Se me formó un nudo en la garganta, y sentí el cuerpo bañado en sudor. En aquel momento no me habría acercado a él por nada del mundo. Intentaba transmitirme algo, demasiado privado e íntimo para expresarlo con palabras.

Un grito ronco atrajo mi atención hacia el centro de la pista. A un lado había dos hombres destrozados, bañados en sangre, y la cobra campaba a su alrededor como una torre de músculos y escamas en movimiento. Nos dedicó un siseo amenazador, fuerte y resonante.

Los hombres estaban en el suelo, a sus… ¿Sus pies? ¿Su cola? Uno de ellos se retorcía. ¿Estaba vivo? Apreté la barandilla hasta que me dolieron los dedos. Tenía tanto miedo que notaba el sabor de la bilis en la garganta; me había quedado helada. ¿Alguna vez

habéis soñado que el suelo está tan lleno de serpientes que es imposible caminar sin pisarlas? Es una sensación claustrofóbica. Esa pesadilla siempre termina igual: estoy rodeada de árboles de los que caen serpientes, y lo único que puedo hacer es gritar.

Jean-Claude me tendió una mano cubierta de encaje. Todos los demás tenían la vista clavada en la serpiente, pero él me miraba a mí.

Uno de los hombres ensangrentados se movió, y de sus labios salió un gemido que retumbó en toda la carpa, aunque quizá fueran imaginaciones mías. La verdad era que me daba igual; estaba vivo y debíamos mantenerlo así.

¿Cómo que debíamos? ¿Qué pintaba yo allí en medio? Miré los ojos azules de Jean-Claude. No logré interpretar su rostro, o no delató ninguna emoción comprensible. No podía hechizarme con la mirada; sus marcas lo impedían, pero si se ponía a ello, aún era capaz de usar juegos mentales. Y se había puesto a ello.

No me llegaban palabras, sino sensaciones: quería ir hacia él, correr hacia él, sentir el contacto firme y suave de su mano, el tacto del encaje en la piel. Me apoyé en la barandilla, mareada, para no caerme. ¿A qué venía eso en aquel momento? Había problemas más apremiantes, ¿no os parece? ¿O no le importaba la serpiente? Igual era otra artimaña y le había ordenado a la cobra que se rebelara. Aunque ¿por qué?

Se me erizó el vello de todo el cuerpo, como si me rozaran unos dedos invisibles. Me entró un temblor incontrolable.

Distinguí unas botas negras de caña alta, de aspecto suave. Levanté la vista y me encontré ante los ojos de Jean-Claude: había rodeado la cobra para llegar a mí; mejor eso que ir yo.

—Únete a mí y tendremos suficiente poder para detenerla.

—No te entiendo. Sacudí la cabeza.

Me pasó los dedos por la manga de la chaqueta, e incluso a través del cuero sentí su contacto como un reguero de hielo. ¿O era de fuego?

—¿Cómo puedes estar ardiendo y helado a la vez? —le pregunté.

Sonrió con un movimiento imperceptible de los labios.

—Deja de luchar contra mí, *ma petite*, y podremos dominar a esa criatura y salvar a los hombres.

Ahí me había pillado: un momento de debilidad o sacrificar dos vidas. Menudo dilema.

—Si te dejo meterte en mi cabeza hasta ese punto, la próxima vez te resultará más fácil, y no estoy dispuesta a regatear con mi alma, ni siquiera si usas vidas como moneda de cambio.

—Muy bien, tú decides. —Suspiró y empezó a apartarse. Lo sujeté por el brazo, y el contacto era cálido, firme y muy, muy real.

Se volvió hacia mí con unos ojos profundos en los que sería posible ahogarse, tan oscuros y letales como el fondo del mar. Su poder evitó que cayera en ellos; por mí misma habría estado perdida.

Tragué saliva, con tanta fuerza que me dolió, y aparté la mano. Sentía deseos de frotármela contra el pantalón, como si hubiera tocado algo asqueroso. Quizá estuviera en lo cierto.

—¿Es posible herirla con balas de plata?

—No lo sé —contestó al cabo de un momento. Cogí aire.

—Si dejas de intentar colarte en mi cerebro, te echo una mano.

—¿Prefieres enfrentarte a ese monstruo con una pistola antes que con mi ayuda? —preguntó sorprendido.

—Lo has pillado.

Se apartó y me invitó a entrar en la pista. Salté la barandilla, aterricé a su lado e, intentando no pensar demasiado en su presencia, me dirigí hacia la serpiente mientras sacaba la Browning. Era un contacto agradable, sólido y pesado. Me hacía sentirme bien.

—Los antiguos egipcios la veneraban, *ma petite*. Era Uadiet, la diosa cobra que adornaba la cabeza de los faraones. La cuidaban, le presentaban sacrificios, la adoraban…

—Corta el rollo. No tiene nada de dios.

—¿Estás segura?

—Te recuerdo que soy monoteísta. Para mí solo es una culebra sobrenatural con ínfulas.

—Como quieras, *ma petite*.

—¿Cómo te las arreglaste para colarla por la aduana? —pregunté girándome hacia él.

—¿Qué importancia tiene?

Volví a mirar el centro de la pista. La encantadora de serpientes estaba tendida en un charco de sangre; la cobra no se la había comido. ¿Sería una señal de respeto o afecto, o simple casualidad?

Se nos acercó contrayendo las escamas del abdomen, que hacían un sonido seco y susurrante contra el suelo.

Jean-Claude tenía razón: daba igual cómo la hubiera metido en el país. El caso era que ahí estaba.

—¿Cómo vamos a detenerla?

Sonrió tanto que le vi los colmillos. ¿Era porque había usado el plural?

—Si le inutilizas la boca, creo que podremos con ella.

El cuerpo de la bicha tenía un grosor acorde con la boca en cuestión. Meneé la cabeza.

—Si tú lo dices…

—¿Puedes?

—Si no es inmune a las balas de plata…

—Anita, la intrépida francotiradora.

—Déjate de coñas.

—Si vas a intentarlo, date prisa: si llega a los míos, será tarde.

Su expresión era inescrutable; no sabía si quería que lo hiciera o no. Me volví y empecé a avanzar por la pista. La cobra se detuvo y se quedó esperándome, balanceándose como un tentetieso y agitando una lengua que parecía un látigo. Para captar mejor mi olor.

De repente, Jean-Claude estaba a mi lado. No lo había oído ni sentido llegar. Más artimañas. Pero tenía otras cosas por las que preocuparme.

—Haré lo que pueda por protegerte, *ma petite* —dijo en una voz baja y apremiante que creo que solo podía oír yo.

—Pues ahí arriba se te ha dado de miedo.

Él se detuvo. Yo seguí.

—Sé que estás aterrorizada, Anita. Lo noto en el estómago —dijo de lejos y, sin embargo, en voz baja.

—Sal de mi mente de una puta vez —le susurré, sin saber si me oiría.

La cobra me miraba. Yo tenía la Browning sujeta con las dos manos, apuntando a su cabeza. No estaba segura de poder acertar a esa distancia, pero tampoco me atrevía a acercarme mucho más. En realidad me habría gustado estar a miles de kilómetros. Pero tenía la serpiente tan cerca que podía ver sus ojos negros e inexpresivos.

—Oblígala a seguirte, y que nos dé la espalda antes de que

dispares. —Las palabras de Jean-Claude revolotearon por mi cabeza como pétalos de flores; hasta habría jurado que notaba el olor. Era la primera vez que su voz me transmitía un perfume.

El pulso me latía con tanta fuerza que me costaba respirar, y tenía la boca tan seca que no podía tragar. Empecé a moverme muy lentamente, alejándome de los vampiros y los cambiaformas. La serpiente seguía mis movimientos con la cabeza, tal como seguía los de la encantadora. Si amenazaba con atacar, dispararía, pero mientras siguiera moviéndose conmigo, le daría a Jean-Claude la oportunidad de situarse detrás.

Por supuesto, era posible que las balas de plata no le hicieran nada; de hecho, dado el tamaño del bicho, quizá sirvieran solo para cabrearlo. Me sentía atrapada en una de esas películas de miedo en las que el enorme monstruo viscoso sigue avanzando por mucho que se dispare contra él. Esperaba que fuera una convención hollywoodiense y solamente eso.

Si las balas no la herían, yo acabaría muerta. Reviví la imagen del hombre que pataleaba mientras se perdía en la boca de la cobra. Aún se le notaba el bulto, como si se hubiera tragado una rata enorme.

Sacó la lengua, y yo contuve un grito. Contrólate, Anita, coño, que solo es una serpiente. Gigante, venenosa y devoradora de hombres, pero solo una serpiente. Qué bien.

Tenía todo el vello erizado. El poder que había sentido al principio seguía presente. No bastaba con que los colmillos venenosos fueran suficientemente grandes para atravesarme; además, tenía que emanar magia. Cojonudo. Simplemente cojonudo.

El olor a flores se había vuelto más intenso, más cercano. No procedía de Jean-Claude; la cobra llenaba el aire de perfume. Las serpientes no huelen a flores; tienen un olor rancio, inconfundible e inolvidable, que no se parece nada al de los animales de sangre caliente. Los ataúdes de los vampiros tienen un olor parecido.

La cobra giró la enorme cabeza, siguiéndome.

—Venga, un poco más. —Estaba hablando con ella, lo cual es una estupidez, ya que no tienen sentido del oído.

El olor a flores era denso, empalagoso. Me desplacé por el borde de la pista, seguida por la serpiente. Puede que me siguiera por

costumbre: era bajita y tenía el pelo oscuro y largo, aunque no tanto como la encantadora muerta. Quizá quisiera tener alguien a quien seguir.

—Vamos, bonita, ven con mamá —susurré en voz muy baja, sin mover apenas los labios. Solo estábamos la serpiente, mi voz y yo. No me atrevía a mirar a Jean-Claude; lo único importante eran mis pies que se arrastraban por el cemento, los movimientos de la serpiente y la pistola en mis manos. Era como un baile.

Abrió la boca y agitó la lengua, y vi unos colmillos grandes como lanzas. Las cobras tienen los colmillos fijos, no como las serpientes de cascabel, que los tienen retráctiles. Qué emoción, recordar algo de las clases de herpetología, aunque estoy segura de que el doctor Greenburg no había visto nunca nada semejante.

Me entraron ganas de reír, pero apunté cuidadosamente a la boca del animal. El olor a flores era tan fuerte que parecía palpable. Apreté el gatillo.

La serpiente echó la cabeza hacia atrás y salpicó el suelo de sangre. Volví a disparar una y otra vez, mientras las mandíbulas estallaban en una lluvia de huesos y carne. La cobra abrió la boca y siseó. Creo que estaba gritando.

Su cuerpo cayó al suelo y empezó a convulsionarse. ¿Podría matarla? ¿Sería posible acabar con ella solo con balas? Le pegué tres tiros más en la cabeza, y el cuerpo se convirtió en un enorme nudo ensangrentado. Las escamas blancas y negras parecían bullir.

Me golpeó mientras se debatía, y caí de rodillas. Me apoyé en el suelo con una mano y seguí apuntando con la otra. Volvió a golpearme, y tuve la impresión de que me había caído encima una ballena. Estaba aturdida, aplastada bajo varios kilos de carne de serpiente. La bestia se cernió sobre mí, echando sangre oscura y veneno transparente por la boca. Si el veneno me alcanzaba la piel, me mataría; era demasiada cantidad.

Tumbada de espaldas, disparé y seguí disparando mientras la cabeza se movía por encima de mí.

De repente, algo la alcanzó; algo cubierto de pelo le clavó colmillos y garras en el cuello. Era un hombre lobo, peludo pero con forma humana. La cobra se debatió, aplastándome con las escamas lisas del abdomen. No iba a comerme; solo iba a hacerme papilla.

Grité y disparé contra su cuerpo. No me quedaban balas. ¡Mierda!

Jean-Claude apareció a mi lado, y sus manos pálidas cubiertas de puntillas levantaron todo ese músculo que me aprisionaba como si no pesara una tonelada. Salí a rastras y retrocedí hasta chocar con el borde de la pista. Entonces quité el cargador vacío y saqué el de repuesto. No era consciente de haber disparado trece veces, pero debía de ser así. Amartillé la pistola, lista de nuevo para la acción.

Jean-Claude estaba hasta los codos de serpiente. Tiró y extrajo un trozo sanguinolento de columna vertebral, y la serpiente gigante se partió en dos.

Yasmín la estaba desgarrando como un niño que jugara con un montón de plastilina. Tenía la cara y el torso cubiertos de sangre. Sacó un trozo largo de intestino y se echó a reír.

Nunca había visto a tantos vampiros emplear su fuerza sobrehumana. Me quedé en el sitio, con la pistola cargada, mirando.

La cambiaformas mulata seguía sin transformarse; había conseguido un cuchillo y se dedicaba a trinchar alegremente.

La cobra golpeó el suelo con la cabeza, y el hombre lobo salió rodando. La serpiente se alzó de nuevo y golpeó con la boca destrozada el hombro de la cambiaformas, que gritó. Un colmillo le asomó por la espalda, y un chorro de veneno salpicó el suelo. El veneno y la sangre le empaparon la ropa.

Me adelanté con la pistola preparada, pero vacilé. La cobra sacudía la cabeza, intentando deshacerse de la mujer ensartada, pero el colmillo estaba demasiado clavado, y la boca del animal, demasiado destrozada. Ninguna de las dos tenía escapatoria.

No estaba segura de poder acertar a la cobra en la cabeza sin dar a la mujer, cuyos gritos se habían trasformado en alaridos. Había soltado el cuchillo y arañaba a la serpiente con impotencia.

Un vampiro rubio la agarró, pero la serpiente se echó hacia atrás y arrastró a la mujer, zarandeándola como un perro a un conejo.

El hombre lobo saltó al cuello de la serpiente y se le montó encima como si fuera un caballo salvaje. Era imposible disparar sin dar a nadie. Mierda. Solo podía mirar.

El hombre de la cama corría por la pista. ¿Tanto había tardado en ponerse unos pantalones y una chaqueta de chándal? No había subido la cremallera, con lo que mostraba gran parte de su pecho

bronceado y, por lo que podía ver, estaba desarmado. ¿Qué demonios creía que podía hacer? Mierda, mierda, mierda.

Se arrodilló junto a los dos hombres heridos y arrastró a uno para apartarlo. Buena idea.

Jean-Claude sujetó a la mujer, agarró el colmillo que le atravesaba el hombro y lo partió con un sonido seco, como un disparo. También se rompieron varios huesos y ligamentos del hombro de la cambiaformas, que soltó un último alarido y quedó inerte. Jean-Claude la acercó a mí y la depositó en el suelo. El brazo derecho le colgaba de unos jirones de músculo; por fin se había librado de la serpiente, pero tenía el brazo casi arrancado.

—Ayúdala, *ma petite*. —La dejó delante de mí.

Yo sabía algo de primeros auxilios, pero coño, era imposible hacer un torniquete en aquella herida, y tampoco había forma de recolocar el brazo. No estaba roto sin más; estaba destrozado.

Un viento recorrió la carpa, y se me encogió el estómago. Tomé aire y aparté la vista de la joven moribunda. Jean-Claude estaba junto a la serpiente; todos los vampiros se ensañaban con ella, pero seguía viva. La corriente agitaba el encaje de la camisa de Jean-Claude y su pelo ondulado. La notaba también en la cara, y hacía que se me desbocara el corazón. Solo podía oír el latido de mi propia sangre en los oídos.

Jean-Claude se adelantó, casi con delicadeza, y sentí que algo de mi interior avanzaba con él; era como si nos uniera una cuerda invisible. El corazón me latía tan deprisa que me costaba respirar. ¿Qué ocurría?

Se colocó sobre la serpiente y le clavó las manos por debajo de la boca. Sentí que introducía las manos en la carne temblorosa, que buscaba el hueso y lo partía, que hundía los brazos hasta el fondo. Era viscoso, húmedo, pero no caliente. Empujamos y tiramos hasta que nos dolieron los hombros por el esfuerzo.

La cabeza arrancada cayó a la pista y se quedó boqueando en vacío. El cuerpo seguía moviéndose, pero cada vez más débilmente.

Yo había caído al suelo, justo al lado de la mujer herida. Todavía tenía la Browning en la mano, aunque ya no me servía de nada. Podía oír de nuevo, sentir de nuevo. No tenía las manos pringadas de sangre y asquerosidades; era Jean-Claude, no yo. Virgen santa, ¿qué me estaba pasando?

Aún notaba la sangre; era un recuerdo sensorial muy intenso. Puaj.

Noté un contacto en el hombro y giré en redondo, con la pistola por delante. Me encontré encañonando al tipo del chándal, que se había agachado junto a mí; levantó las manos y clavó la vista en el arma.

—Estoy en tu bando —dijo.

El pulso seguía latiéndome con demasiada fuerza y no estaba segura de que me saliera la voz, de modo que asentí y aparté la pistola.

—Podemos usar esto para intentar detener la hemorragia —añadió mientras se quitaba la chaqueta y la acercaba al hombro de la chica.

—Creo que ha entrado en shock.

—Tú tampoco tienes tan buena pinta. —No me sentía muy bien, no. Jean-Claude había entrado en mi mente, en mi cuerpo, como si fuéramos una sola persona. Me eché a temblar de forma incontrolable; puede que también por el shock—. He llamado a la policía y he pedido que manden ambulancias.

Me quedé mirándolo. Tenía las facciones duras, de pómulos marcados y mandíbula cuadrada, pero sus labios contrastaban, de forma que el conjunto resultaba agradable. El pelo castaño ondulado le enmarcaba el rostro. Me recordó a otro hombre de pelo largo y castaño, a otro humano que se había mezclado con vampiros. Tuvo una muerte horrible, y yo no había podido evitarlo.

Marguerite nos observaba atentamente desde el otro lado de la pista, con los labios entreabiertos. La muy zorra lo encontraba divertido.

El hombre lobo se apartó de la serpiente. Era elegante, la epítome de cualquier cambiaformas que hubiera acechado las calles de Londres, salvo por el detalle de que estaba desnudo y se le veía todo. Los hombres lobo del cine siempre tienen la entrepierna lisa como una Barbie.

Tenía el pelaje del color de la miel tostada. ¿Un hombre lobo rubio? ¿Sería Stephen? De lo contrario, Stephen no estaba allí, y dudaba que Jean-Claude le hubiera permitido largarse.

—¡Todo el mundo quieto! —gritaron. Arriba había dos policías de uniforme, apuntando con las pistolas.

—¡Dios mío! —exclamó uno de ellos.

Me guardé la pistola mientras ellos se quedaban mirando la serpiente, que seguía presa de violentas convulsiones a pesar de estar muerta. El cuerpo de los reptiles tarda más que el de los mamíferos en darse cuenta de que ha muerto.

Me sentía ligera como el aire, vacía. Todo tenía un tinte irreal. No era por la serpiente, sino por lo que me había hecho Jean-Claude, fuera lo que fuera. Sacudí la cabeza para intentar despejarme, para poder pensar. Había llegado la policía, y yo tenía cosas que hacer.

Me saqué de la riñonera la tarjeta que me identificaba como miembro de la Brigada Regional de Investigación Preternatural y me la coloqué en el cuello de la cazadora. Era casi como lucir una placa.

—Iré a hablar con ellos antes de que empiecen a disparar —dije.

—Pero si la serpiente está muerta —dijo el hombre.

El hombre lobo tenía el hocico hundido en el cadáver, y arrancaba trozos de carne. Tragué saliva y aparté la vista.

—Probablemente considerarán que no es el único monstruo.

—Ah —dijo en voz muy baja, como si no se le hubiera pasado por la cabeza. ¿Cómo se habría buscado semejante compañía?

Caminé hacia los policías, sonriente. Jean-Claude estaba en mitad de la pista, con la camisa blanca tan ensangrentada que se le pegaba al cuerpo, marcándole los pezones. También tenía la cara y las manos llenos de sangre. La vampira más joven tenía la cara enterrada en los restos de la serpiente y los amasaba para chupar la sangre; los sonidos de succión parecían innecesariamente fuertes.

—Me llamo Anita Blake y trabajo con la Brigada Regional de Investigación Preternatural. Aquí tienen mi identificación.

—¿Quién es su acompañante? —preguntó un policía, señalando con un gesto al hombre del chándal. Aún apuntaba con la pistola hacia el centro de la pista, a nadie en concreto.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté entre dientes.

—Richard Zeeman —susurró.

—Richard Zeeman —dije en voz alta—. Es un espectador inocente.

Probablemente era mentira. ¿Hasta qué punto podía ser inocente un hombre que se despertaba en una cama rodeada de vampiros y

cambiaformas? Pero el policía pareció satisfecho.

—¿Y los demás? —preguntó.

Seguí su mirada. La escena no había mejorado.

—El gerente y varios empleados. Estaban conteniendo al animal para que no alcanzara a la gente.

—Pero no son humanos, ¿verdad?

—No —contesté tímidamente.

—La leche. En la comisaría no se van a creer esto —comentó su compañero.

Probablemente tenía razón. Hasta a mí, que lo había presenciado todo, me costaba creerlo: una cobra gigante devoradora de hombres. Pues sí, pues la leche. Y hasta la releche.

OCHO

Estábamos en el pasillo por el que salían a escena los artistas. La iluminación era escasa, lo que indicaba que a muchos de ellos no les hacía demasiada gracia la luz. Qué sorpresa. Tampoco había asientos, y empezaba a aburrirme de estar sentada en el suelo. Primero tuve que prestar declaración a un agente de uniforme y, después, a un inspector. A continuación había llegado la BRIP, y vuelta a empezar. Dolph me saludó con un gesto de la cabeza, y Zerbrowski, disparándome con el pulgar y el índice. De eso hacía una hora y cuarto, y estaba harta de que nadie me hiciera caso.

Tenía delante a Richard Zeeman y a Stephen Hombrelobo. Richard estaba sentado con las manos alrededor de una rodilla. Llevaba unas zapatillas de deporte blancas con detalles azules, sin calcetines. Hasta los tobillos los tenía bronceados. El pelo le rozaba los hombros desnudos. Tenía los ojos cerrados, así que podía contemplar su torso musculado tanto como quisiera. Tenía el vientre plano, con un triángulo de vello negro que discurría del pantalón al ombligo, y a continuación llegaba un pecho perfecto, liso, lampiño. Nada que objetar.

Stephen estaba acurrucado en el suelo, dormido. Tenía unas contusiones bastante feas en lado izquierdo de la cara, con tonos que iban del rojo al morado. Además tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, pero se había negado a ir al hospital. Estaba envuelto en la manta gris que le habían dado los enfermeros, y creo que no llevaba nada más; supongo que había perdido la ropa al cambiar de forma. Cuando se convertía en hombre lobo aumentaba de tamaño, y sus piernas adquirían una complexión completamente distinta, así que los vaqueros ajustados y las camperas habrían pasado a la historia. Quizá fuera por ese motivo por lo que la cambiaformas mulata estaba desnuda. ¿Y Richard Zeeman? ¿También seria cambiaformas?

No creía. Si lo era, lo ocultaba mejor que nadie a quien yo hubiera conocido. Además, si era cambiaformas, ¿por qué no había participado en la lucha contra la cobra? Había hecho lo que haría cualquier persona sensata y desarmada: mantenerse al margen.

Stephen, que al principio estaba para mojar pan, se había quedado hecho una piltrafa. El sudor le había pegado los rizos rubios a la cara, y estaba muy ojeroso. Tenía la respiración agitada y no paraba de mover los ojos bajo los párpados cerrados. ¿Sería un sueño normal o una pesadilla? ¿Sueñan los cambiaformas con ovejas lobunas?

Richard seguía estando para mojar pan, pero claro, a él no lo había aplastado una cobra gigante contra el suelo de cemento. Abrió los ojos, como si hubiera percibido mi mirada, y me la devolvió con gesto neutro. Nos quedamos mirándonos en silencio durante un rato.

Tenía la cara angulosa, con un hoyuelo que le suavizaba los rasgos y lo hacía un poco demasiado perfecto para mi gusto. Los hombres guapos me hacían sentir incómoda. Puede que sea un problema de autoestima, o puede que el semblante sin mácula de Jean-Claude me hiciera apreciar algo tan humano como la imperfección.

—¿Cómo está? —pregunté.

—¿Quién?

—Stephen. —Bajó la vista al hombre dormido, que soltó un gemido de miedo, de indefensión. Era una pesadilla, en efecto—. ¿No sería mejor despertarlo?

—¿Para que no tenga pesadillas? —Asentí, y él me sonrió—. Eres muy considerada, pero tardará horas en despertarse. No se enteraría ni aunque cayera una bomba.

—¿Y eso?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No tengo nada mejor que hacer.

—En eso tienes razón. —Miró a su alrededor y cambió de postura, buscando un lugar donde apoyar la espalda desnuda—. Ha cambiado a hombre lobo y luego a humano en menos de dos horas.

Cualquiera diría que con eso lo explicaba todo. No era así.

—¿Y? —pregunté.

—Normalmente, los cambiaformas adoptan la forma animal

durante ocho o diez horas, hasta que caen rendidos y recuperan el aspecto humano. Cambiar antes consume mucha energía.

—Entonces, ¿es normal que se haya derrumbado?

—Sí. Pasará así toda la noche.

—Vaya chapuza de método de supervivencia.

—Muchos hombres lobo mueren así: cuando se desmoronan quedan a merced de los cazadores.

—¿Cómo sabes tanto de licántropos?

—Es mi trabajo —contestó con una sonrisa—. Doy clase de ciencias naturales en un instituto.

—¿Eres profesor de instituto? —Me quedé mirándolo pasmada.

—Sí. —Seguía sonriendo—. ¿A qué viene la sorpresa?

—¿Se puede saber qué hace un profesor en medio de un montón de vampiros y hombres lobo?

—Supongo que he tenido suerte.

Tuve que sonreír.

—Pero eso no explica que sepas tanto de licantropía.

—Era una asignatura de la carrera.

—Yo también tuve esa asignatura, pero no me sabía esa parte.

—¿Estudiaste biología y te especializaste en criaturas sobrenaturales?

—Sí.

—Yo también.

—¿Y cómo es que estás más informado que yo sobre los licántropos? —le pregunté.

Stephen se agitó en sueños, y la manta resbaló, dejándole los riñones y un trozo de muslo al aire. Richard lo arropó como si fuera un niño.

—Stephen y yo nos conocemos hace mucho. Seguro que tú me das veinte vueltas en lo relativo a los zombis.

—Es probable. Por cierto, Stephen no es profesor, ¿verdad?

—No. —Su sonrisa era amarga—. Las juntas de los institutos no ven con buenos ojos que un hombre lobo se dedique a la enseñanza.

—Según la legislación, no pueden impedirlo.

—Eso cuéntaselo a los que despidieron al último cambiaformas que se atrevió a dar clase allí. ¿Sabes que los licántropos no son contagiosos cuando tienen forma humana?

—A eso llego.

—Lo siento. Es que me saca de quicio la idea de que discriminen a alguien por eso.

A mí me había dado por defender los derechos de los zombis; al parecer, a Richard le había dado por defender los de los cambiaformas. No a la discriminación laboral de los hocicudos. Me parecía bien.

—No esperaba tanto tacto por tu parte, *ma petite*. —La voz de Jean-Claude llegó de forma inesperada. No lo había oído llegar; claro que estaba distraída hablando con Richard. Sí, sería por eso.

—¿Podrías hacer un poco de ruido la próxima vez? Estoy harta de que aparezcas por sorpresa.

—No intentaba sorprenderte. Lo que pasa es que estabas embelesada con nuestro apuesto señor Zeeman. —Su tono era afable y acaramelado y, sin embargo contenía una amenaza latente. La sentí como un hálito frío en la columna.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —le pregunté.

—¿Por qué lo dices? ¿Es que tendría que sentirme ofendido por algo? —Parecía molesto y divertido a la vez.

—Corta el rollo.

—No se a qué te refieres, *ma petite*.

—Estás cabreado. ¿Por qué?

—Mi sierva humana no sabe interpretar mis emociones. Pero ¡qué vergüenza! —Se arrodilló a mi lado. La sangre de la camisa se le había secado, convirtiéndose en una mancha que oscurecía gran parte de la prenda. Los puños de encaje parecían flores marchitas—. ¿Te sientes atraída por Richard porque es guapo, o porque es humano? —Su voz era un susurro, íntima, como si estuviera diciendo algo muy distinto. Jean-Claude sabía susurrar mejor que nadie.

—No me siento atraída por él.

—Por favor, *ma petite*, mentir está muy feo. —Se inclinó hacia mí, alargando los dedos hacia mi mejilla. Tenía sangre seca en la mano.

—Tienes mugre debajo de las uñas —le dije.

Se sobresaltó y cerró el puño. Un punto para mí.

—No escatimas ni una ocasión para rechazarme. ¿Cómo pretendes que reaccione?

—No sé —contesté con toda sinceridad—. Conservo la esperanza

de que te hartes de mí.

—Y yo conservo la esperanza de estar a tu lado para siempre. No te lo ofrecería si pensara que me voy a aburrir.

—Quien se aburriría sería yo.

Sus ojos se agrandaron imperceptiblemente. Me parece que había conseguido sorprenderlo.

—Lo dices para molestarme.

—Puede ser —dije con un encogimiento de hombros—, pero sigue siendo verdad. Me atraes físicamente, pero no estoy enamorada. No tenemos conversaciones estimulantes; no me dedico a pensar cosas como «Tengo que acordarme de este chiste la próxima vez que vea a Jean-Claude», o «Tengo que contarle lo que me ha pasado hoy en el trabajo». Cuando me lo permites, ni pienso en ti; no tenemos en común nada más que la violencia y la muerte, y no me parece una base muy sólida para una relación.

—Vaya, te ha entrado la vena filosófica. —Tenía los ojos a pocos centímetros de los míos, y sus pestañas parecían de encaje negro.

—Solo soy sincera.

—No esperaba menos. Sé cuánto desprecias a los mentirosos. —Miró a Richard—. Casi tanto como a los monstruos.

—¿Por qué la tomas con Richard?

—¿Yo?

—Sabes de sobra que sí.

—Es posible que esté dándome cuenta de que lo único que quieres es lo único que no puedo ofrecerte.

—¿Qué es lo único que quiero, según tú?

—Que sea humano.

—Si crees que el vampirismo es tu único defecto, te equivocas.

—¿De verdad?

—Sí. El problema es que eres un egoísta y un gallito que espera que todo el mundo se pliegue a su voluntad.

—¿Gallito? —Parecía verdaderamente sorprendido.

—Como quieres estar conmigo, te importa una mierda que yo no quiera estar contigo. Tus deseos, tus necesidades, están por encima de los de cualquier otro.

—Pero eres mi sierva humana, *ma petite*, y eso nos complica la vida.

—No soy tu sierva humana.

—Llevas mis marcas, luego eres mi sierva.

—¡No! —Lo dije muy convencida, pero se me encogió el estómago ante la posibilidad de que fuera cierto y ya no pudiera liberarme de él.

Me sostenía la mirada con los ojos de siempre: azules, oscuros, arrebatadores.

—Si no fueras mi sierva, no habría derrotado al dios serpiente con tanta facilidad.

—Me da igual por qué lo hayas hecho; me he sentido violada.

—Ya que eliges esa palabra… —Una expresión de disgusto cruzó su rostro—. Deberías saber que yo no te he hecho nunca nada parecido. Nikolaos sí que lo hizo: se metió en tu mente por la fuerza. Si no fuera porque llevabas mis dos primeras marcas, te habría destrozado.

La cólera me bullía en el estómago, desbordándolo y recorriéndome todo el cuerpo. Sentía un impulso irresistible de golpearlo.

—Y como llevo las marcas, puedes entrar en mi mente y apoderarte de mí. Me dijiste que las marcas hacían que te resultara más difícil, no más fácil. ¿También mentías en eso?

—Lo hecho, hecho está; habría muerto mucha gente si no hubiéramos detenido a esa criatura, y he extraído poder de donde lo he encontrado.

—De mí.

—Sí: eres mi sierva humana, y tu cercanía aumenta mi poder. Ya lo sabías.

Eso lo sabía, sí, pero no que pudiera usarme de amplificador.

—Así que represento para ti lo que los gatos negros para las brujas.

—Si me dejas ponerte las dos últimas marcas, serás más que eso. Será una unión de carne, sangre y espíritu.

—Me he fijado en que no has dicho *alma*.

—Eres insufrible —dijo con un gruñido de exasperación. Estaba enfadado de verdad. Bien.

—No vuelvas a meterte en mi cabeza sin permiso.

—¿O qué?

Su tono era desafiante, colérico, desconcertado. Estaba de rodillas frente a él, muy cerca. Tuve que respirar profundamente

varias veces para no gritarle.

—Si vuelves a hacerme eso, te mataré —respondí sin alzar la voz, pero escupiendo cada palabra con ira.

—O lo intentarás. —Tenía su cara tan cerca que, con solo aspirar, me atraería hacia sí. Nuestros labios se rozarían. Recordé lo suaves que eran, la sensación de apretarme contra su pecho, el tacto de su quemadura en forma de cruz. Me eché hacia atrás y me sentí casi mareada.

Solo había sido un beso, pero era un recuerdo que me ardía en el cuerpo como en la peor novela rosa que imaginarse pueda.

—¡Déjame en paz! —siseé contra su cara, con los puños apretados—. Maldito seas, ¡maldito seas!

Se abrió la puerta del despacho, y un agente uniformado asomó la cabeza.

—¿Ocurre algo?

Nos volvimos para mirarlo. Abrí la boca con intención de decirle qué ocurría exactamente, pero Jean-Claude se me adelantó.

—Todo va bien, no se preocupe.

Era mentira, pero ¿cuál era la verdad? Que tenía dos marcas vampíricas y estaba perdiendo el alma a jirones: no era algo que me apeteciera divulgar. La policía suele desconfiar de cualquiera que tenga una relación demasiado estrecha con los monstruos.

El agente nos miraba, indeciso.

—No pasa nada —confirmé—. Pero es muy tarde. ¿Puede preguntarle al sargento Storr si ya puedo irme a casa?

—¿Cómo se llama?

—Anita Blake.

—Ah, la reanimadora favorita de Storr.

—La misma que viste y calza —contesté con un suspiro.

—Ahora le pregunto. —Nos observó detenidamente—. ¿Tiene algo que añadir? —le preguntó a Richard.

—No.

—Muy bien, pero sea lo que sea lo que no está pasando, que haga menos ruido al no pasar.

—Con mucho gusto —dijo Jean-Claude—. Siempre al servicio de las fuerzas del orden.

El policía volvió a desaparecer en el despacho y nos dejó arrodillados en el pasillo. El cambiaformas seguía dormido en el

suelo, con una respiración rítmica que subrayaba el silencio en lugar de llenarlo. Richard estaba inmóvil, mirando a Jean-Claude, y una vez más fui consciente de la cercanía. Podía sentir el cuerpo de Jean-Claude contra la piel. Él bajó la vista, y caí en que solo llevaba el sujetador debajo de la chaqueta desabrochada.

Se me puso la piel de gallina, y se me endurecieron los pezones como si los hubiera tocado. El estómago se me encogió con una ansiedad que no tenía nada que ver con la sangre.

—¡Basta!

—No estoy haciendo nada, *ma petite*. Lo que te recorre la piel es tu deseo, no el mío.

Tragué saliva y aparté la vista. Muy bien, me atraía. Pues vale: eso no significaba nada. Nada de nada. Apoyé la espalda en la pared.

—He venido a buscar información —le dije sin mirarlo—, no a hacer manitas con el amo de la ciudad.

Richard seguía en silencio, mirándome casi con curiosidad, como si intentara catalogarme, pero sin ninguna animadversión.

—Manitas —repitió Jean-Claude. No necesité ver su sonrisa.

—Ya me entiendes.

—No se me habría ocurrido llamarlo así.

—He dicho que basta.

—¿Qué?

Le lancé una mirada asesina, pero sus ojos chispeaban de risa. En aquel momento parecía muy humano.

—¿De qué querías hablar, *ma petite*? Tenía que ser muy importante para que vinieras a verme por tu propio pie.

Inspeccioné su rostro en busca de burla, enfado o lo que fuera, pero estaba tan expresivo como una estatua de mármol. La sonrisa y el humor de sus ojos eran una máscara; no tenía forma de saber qué había debajo. Tampoco estaba segura de querer saberlo.

Respiré profundamente y solté el aire poco a poco.

—Vale, ¿dónde estuviste anoche? —Lo observaba atentamente, intentando captar algún cambio de expresión.

—Aquí —respondió.

—¿Toda la noche?

—Sí —respondió sonriente.

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Hace falta? —Su sonrisa se amplió.

—Quizá.

—Qué poco categórica. No pareces tú.

Pues no había llegado muy lejos en mi hábil intento de sonsacarle la información.

—¿Estás seguro de que quieres hablar de esto con gente delante? —le pregunté.

—¿Lo dices por Richard?

—Sí.

—No tenemos secretos el uno para el otro, *ma petite*. Richard es mis manos y mis ojos, ya que tú te niegas.

—¿Y qué quieres decir con eso? Creía que no podías tener varios siervos humanos a la vez.

—Por fin lo reconoces —proclamó triunfante.

—Déjate de jueguecitos. Aquí ha muerto gente.

—Te aseguro que no te pido a la ligera que aceptes las últimas marcas y te conviertas en mi sierva.

—Anoche hubo un asesinato. —Igual conseguía evadir las trampas verbales si me concentraba en el trabajo.

—¿Y?

—Los autores eran vampiros.

—Ah. Ya entiendo qué tengo que ver.

—Me alegro de que lo encuentres gracioso.

—La muerte por mordedura de vampiro es provisional, *ma petite*. Espera tres noches e interroga a la víctima cuando reviva. —De repente perdió la expresión divertida—. ¿Qué parte has omitido?

—Encontré marcas de cinco mordiscos distintos en la víctima.

Algo se agitó en sus ojos. No sé muy bien qué era, pero se trataba de una emoción de verdad. ¿Sorpresa, miedo, culpa…? Algo.

—Así que buscas un maestro vampiro descontrolado.

—Sí. ¿Conoces a alguno?

Se echó a reír; todo su rostro se iluminó desde dentro, como si le hubieran encendido una vela detrás de la piel. De repente estaba tan arrebatador que se me encogió el pecho. Pero no era una belleza que tuviera ganas de tocar. Me recordó a un tigre de Bengala que había visto en el zoo. Era tan grande que podría haberme montado en él, y tenía el pelaje de tonos naranja, negros, ocres y nacarados.

Sus ojos eran dorados, y sus patas, más anchas que mi mano extendida, recorrían impacientes el sendero que habían abierto sus pasos. Algún genio había puesto los barrotes y la verja que lo separaba de los visitantes tan próximos que, si hubiera querido, podría haberlo tocado. Tuve que cerrar los puños y meterme las manos en los bolsillos para no alargar un brazo y acariciar al tigre. Estaba tan cerca, era tan bonito, tan… tentador…

Me abracé las rodillas y entrelacé los dedos. Aquel tigre me habría arrancado la mano, pero una parte de mí sentía no haberla acercado. Miré la cara de Jean-Claude, escuché su risa, que me recorrió la columna como una caricia, y sospeché que una parte de mí se preguntaría siempre qué habría pasado si hubiera accedido a su deseo. Aunque tampoco sería una duda que me quitara el sueño.

Se quedó mirándome, y el humor desapareció de sus ojos como la luz del cielo cuando cae la noche.

—¿Qué piensas, *ma petite*?

—¿Puedes leerme la mente?

—Sabes que no.

—No sé nada de ti, Jean-Claude. Ni por asomo.

—No hay nadie en la ciudad que sepa más de mí.

—¿Incluida Yasmín?

—Somos muy viejos amigos —dijo bajando la mirada, casi cohibido.

—¿Cuánto hace que os conocéis?

—Lo suficiente. —Me miró a los ojos, pero su semblante estaba inexpresivo.

—Eso no es una respuesta —protesté.

—No. Es una evasiva.

De modo que no iba a responder a mi pregunta. Qué sorpresa.

—¿Hay algún maestro vampiro en la ciudad aparte de Malcolm, Yasmín y tú?

—No que yo sepa.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté frunciendo el ceño.

—Exactamente lo que he dicho.

—Eres el amo de la ciudad. ¿No deberías estar informado?

—Las aguas están revueltas, *ma petite*.

—Explica eso.

Se encogió de hombros, y hasta con la camisa pringada de

sangre se las arregló para quedar elegante.

—En circunstancias normales, cualquier maestro vampiro necesitaría mi permiso, el permiso del amo, para venir a la ciudad, pero… —Volvió a encogerse de hombros—. Algunos opinan que no soy suficientemente fuerte para ocupar el cargo.

—¿Cuestionan tu autoridad?

—Digamos que podrían cuestionarla en cualquier momento.

—¿Por qué?

—A los otros maestros vampiros les daba miedo Nikolaos.

—Y tú no. —No era una pregunta.

—Por desgracia, no.

—¿Y eso?

—No son tan fáciles de impresionar como tú, *ma petite*.

Empecé a decir que yo no me dejaba impresionar, pero no era cierto y Jean-Claude podría olerlo, así que ¿para qué molestarse?

—De modo que es posible que haya otro maestro vampiro en la ciudad y no te hayas enterado.

—Así es.

—¿No os percibís mutuamente o algo parecido?

—A veces.

—Gracias por la aclaración.

Se pasó los dedos por la frente como si le doliera la cabeza. ¿Les dolía la cabeza a los vampiros?

—No puedo decirte lo que no sé.

—Unos vampiros… —Busqué una palabra que se ajustara, pero no di con ella—. ¿Unos vampiros del montón podrían matar a alguien sin tu permiso?

—¿Del montón?

—Contesta, ¿quieres?

—Podrían.

—¿Te parece posible que cinco vampiros cacen en manada sin la intervención de un maestro vampiro?

—Veo que estás inspirada en la elección de palabras, y no, no me parece posible. Siempre que podemos cazamos en solitario.

—Así que detrás de eso solo podéis estar Malcolm, Yasmín, tú o un maestro misterioso.

—No creo que sea Yasmín. No tiene suficiente fuerza.

—Pues Malcolm, tú o un maestro misterioso.

—¿De verdad crees que yo podría perder el control? —Me sonreía, pero su mirada era seria. ¿Le importaba la opinión que yo tuviera de él? Esperaba que no.

—No lo sé.

—¿E intentas acorralarme pese a que consideras posible que me haya vuelto loco? Qué temeridad.

—Si no te gusta la respuesta, no haber hecho la pregunta —le dije.

—En eso tienes razón.

Se abrió la puerta y apareció Dolph, libreta en mano.

—Puedes irte a casa, Anita. Mañana repasaremos las declaraciones.

—Gracias. —Asentí.

—Eh, sé dónde vives —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Dolph. —Me puse en pie, también sonriendo.

Jean-Claude se levantó con el movimiento fluido de una marioneta arrastrada por unos hilos invisibles. Richard se enderezó más despacio, apoyándose en la pared, como si estuviera entumecido. De pie le sacaba más de cinco centímetros a Jean-Claude, lo que lo hacía alto, demasiado para mi gusto. Claro que nadie me había pedido mi opinión.

—¿Podemos hacerle unas preguntas más? —añadió Dolph, dirigiéndose a Jean-Claude.

—Por supuesto, inspector.

Cuando lo vi avanzar por el pasillo me pareció advertir cierta rigidez en sus movimientos. ¿Los vampiros también se magullan? ¿Estaba dolorido por la pelea? ¿Tenía importancia? Ninguna. En cierto modo, Jean-Claude tenía razón: si fuera humano, incluso a pesar de ser un capullo egoísta, tendría alguna posibilidad. Tampoco tengo tantos prejuicios, pero por favor, ¿es mucho esperar de un hombre que por lo menos esté vivo? No me iban los cadáveres ambulantes, por atractivos que fueran. Dolph le sujetó la puerta a Jean-Claude y se volvió hacia nosotros.

—Usted también puede marcharse, señor Zeeman.

—¿Y mi amigo Stephen?

—Lléveselo a casa, y que descanse. Mañana hablaré con él. —Se miró el reloj—. Mejor dicho, hoy, más tarde.

—Se lo diré cuando se despierte.

Dolph asintió y cerró la puerta. Nos quedamos a solas en el silencio zumbante del pasillo. Claro que era posible que el zumbido estuviera solo en mi cabeza.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Richard.

—Ahora nos largamos.

—Me ha traído Rashida.

—¿Quién?

—La otra cambiaformas, la que ha perdido el brazo.

—Pues coge el coche de Stephen.

—Rashida nos ha traído a los dos.

—Así que te has quedado en tierra.

—Eso parece.

—Puedes pedir un taxi —le dije.

—No llevo dinero. —Casi sonrió.

—Vale, te llevo a casa.

—¿Y a Stephen?

—Y a Stephen. —Sonreí sin saber por qué; siempre es mejor que echarse a llorar.

—Ni siquiera sabes dónde vivo. ¿Y si te toca llevarme a Kansas?

—Si tengo que tirarme más de diez horas al volante, te buscas la vida, pero si es razonable…

—¿Te parece razonable Meramec Heights?

—Sí.

—Voy a por el resto de la ropa.

—Yo diría que ya estás vestido.

—Tengo un abrigo por algún lado.

—Te espero aquí.

—Vigila a Stephen. —Algo parecido al temor cruzó su rostro.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunté.

—De los aviones, de las pistolas, de los depredadores grandes y de los maestros vampiros.

—Coincidimos en dos de cuatro.

—Voy a buscar el abrigo.

—Aquí estaremos —dije sentándome junto al hombre lobo dormido.

—No tardo nada. —Sonrió al decirlo. Tenía una sonrisa muy mona.

Volvió con un abrigo largo, negro, que parecía de cuero y le

enmarcaba el pecho desnudo como una capa. Me gustaba el efecto, pero se cerró los botones y se anudó el cinturón. El cuero negro conjuntaba muy bien con la melena y aquel rostro tan atractivo; el pantalón de chándal gris y las zapatillas deportivas, no tanto. Se arrodilló para coger a Stephen en brazos, y el cuero crujió cuando tensó los músculos. Stephen tenía mi altura y probablemente pesaría diez kilos más que yo, y Richard cargó con él como si fuera una pluma.

—Abuelita, abuelita, qué brazos más fuertes tienes…

—¿Me toca decir eso de «Para sujetarte mejor»?

Me ruboricé. No pretendía coquetear, al menos conscientemente.

—¿Quieres que os lleve? —repliqué un poco seca, para enmascarar el corte.

—Sí, por favor.

—Pues no te pongas sarcástico.

—¿Eh?

Me quedé mirándolo. Sus ojos eran de un marrón perfecto, como el chocolate. No sabía qué decir, de modo que no dije nada: una táctica que, bien pensado, debería emplear más a menudo.

Me volví y empecé a caminar, buscando las llaves del coche. Richard me seguía, y Stephen se acurrucó contra su pecho, arropándose en la manta.

—¿Tienes el coche muy lejos?

—A unas manzanas, ¿por qué?

—Stephen va poco abrigado.

—Ahora querrás que vaya a buscar el coche y vuelva a recogeros… —pregunté con los ojos como platos.

—Sería todo un detalle.

Abrí la boca para protestar, pero me contuve. La manta no abrigaba mucho, y Stephen se había hecho algunas de las heridas al salvarme la vida. No era tan grave ir a buscar el coche.

—Es increíble. Ahora me toca hacer de taxista para un hombre lobo —rezongué para consolarme.

Richard no me oyó o decidió pasarlo por alto. Inteligente, guapo, profesor de ciencias, licenciado en biología y especializado en criaturas sobrenaturales… ¿Qué más podía pedir? Dadme un momento y ya se me ocurrirá algo.

NUEVE

El coche avanzaba en la oscuridad como por un túnel en el que solo se distinguía el círculo de luz que proyectaban los faros. La noche de octubre se cerraba a su alrededor.

Stephen iba dormido en el asiento trasero de mi Nova, y Richard estaba en el asiento del acompañante, girado hacia mí. Ya sé que es más educado mirar al interlocutor, pero estaba en inferioridad de condiciones porque tenía que mantener la vista en la carretera. Él no tenía nada mejor que hacer.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —me preguntó.

—En mi tiempo… ¿qué?

—¿Aficiones?

—Creo que de eso tampoco tengo.

—Algo harás aparte de liarte a tiros con serpientes gigantes.

Sonreí, lo miré de reojo, y él se acercó tanto como se lo permitió el cinturón de seguridad. También sonreía, pero había algo en sus ojos, o en su tono, que indicaba que hablaba en serio, que le interesaba mi respuesta.

—Soy reanimadora.

—Muy bien. ¿Qué haces cuando no estás levantando zombis? —Entrelazó las manos y apoyó el brazo izquierdo en el respaldo.

—Ayudar a la policía en casos sobrenaturales. Asesinatos, por lo general.

—¿Algo más?

—Ejecutar vampiros que se pasan de la raya.

—¿Algo más?

—No, eso es todo.

Volví a mirarlo. No podía verle los ojos, porque eran demasiado oscuros, pero podía sentir su mirada. O serían imaginaciones mías. Sí, había pasado demasiado tiempo con Jean-Claude. El olor del abrigo de Richard se mezclaba con el de su colonia, muy tenue y

probablemente cara. Combinaba muy bien con el cuero.

—El caso es que trabajo, hago ejercicio, salgo por ahí con los amigos… —continué—. ¿Qué haces tú cuando no estás dando clase?

—Submarinismo, espeleología, excursiones ornitológicas, jardinería, astronomía… —Su sonrisa resplandecía en la oscuridad.

—Será que tienes más tiempo libre que yo.

—En realidad, los profesores tienen más deberes que los alumnos.

—Qué putada.

Se encogió de hombros; el cuero crujió contra su piel. El cuero bueno siempre se mueve como si siguiera vivo.

—¿Ves la tele? —me preguntó.

—Se me estropeó hace dos años y no he tenido tiempo de repararla.

—¿Y qué haces para divertirte?

—Colecciono pingüinos de peluche —dije tras pensarlo un momento. Me arrepentí casi al instante.

—Algo vamos avanzando… De modo que a la Ejecutora le gustan los muñecos. Mola.

—Me alegro de que te haga gracia. —El tono de cascarrabias no se me escapó ni a mí.

—¿Qué pasa?

—No se me da muy bien la cháchara.

—Pues no lo estabas haciendo mal.

En realidad, sí, pero no sabía muy bien cómo explicárselo. No me gustaba hablar de mi vida con desconocidos, y menos si tenían alguna relación con Jean-Claude.

—¿Qué quieres de mí? —solté.

—Solo estaba matando el rato.

—No cuela.

El pelo le caía por la cara. Era más alto y corpulento que Phillip, pero me lo recordaba bastante. Phillip había sido el único humano que había conocido hasta entonces que se mezclara con vampiros.

Phillip colgaba inerte de las cadenas. La sangre le caía por el pecho en una cascada roja brillante que salpicaba al llegar al suelo, como la lluvia. La luz de las antorchas se reflejaba en las vértebras húmedas. Lo habían degollado.

Me derrumbé contra la pared como si me hubieran dado un golpe. No podía respirar.

«Oh, Dios, Dios», susurraba alguien una y otra vez, y era yo. Bajé los escalones apoyándome contra la pared. No podía apartar los ojos del cadáver. No podía mirar nada más. No podía respirar. No podía llorar.

El reflejo de las antorchas en los ojos les daba la impresión de movimiento. Un grito me creció en las entrañas y me surgió por la garganta:

«¡Phillip!».

Sentí un escalofrío en la columna. Allí estaba, con el fantasma de la conciencia intranquila. No había tenido la culpa de que Phillip muriese, pero me sentía culpable igualmente. Alguien debería haberlo salvado y, puesto que yo había sido la última que había tenido la oportunidad, debería haber sido yo. La culpabilidad es compleja, desde luego.

—¿Qué quieres de mí? —insistí.

—Nada —contestó Richard.

—Mentiroso.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Un instinto muy bien afinado.

—¿De verdad llevas tanto tiempo sin charlar con un hombre?

Fui a mirarlo, pero decidí que mejor no. No hacía tanto.

—La última persona con la que tuve un escarceo acabó muerta. Son cosas que me vuelven precavida.

—Vale —dijo tras pensarlo un rato—. Pero me gustaría saber algo más de ti.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —Ahí me había pillado.

—¿Cómo puedo saber que no te lo ha pedido Jean-Claude?

—¿Por qué iba a pedirme que charlara contigo? —preguntó. Me encogí de hombros—. Venga, vamos a empezar desde cero. Imagínate que nos hemos conocido en el gimnasio.

—¿En el gimnasio?

—Sí. —Sonrió—. Te sentaba de puta madre el traje de baño.

—El chándal —corregí.

—Te quedaba muy bien el chándal.

—¿No habíamos quedado en que me sentaba de puta madre?

—Si te imagino en traje de baño, estás de puta madre; el chándal solo te queda muy bien.

—Bueno.

—Al cabo de un rato de charla, te invito a salir.

—¿Estás invitándome a salir? —Tuve que mirarlo.

—En efecto.

—No me parece buena idea —dije mientras sacudía la cabeza y desviaba la mirada.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho.

—Que muriera una persona no significa que vayan a morir todos.

Apreté el volante con tanta fuerza que me dolieron las manos.

—Perdí a mi madre con ocho años, y cuando tenía diez, mi padre volvió a casarse. La gente se va y no vuelve.

—Dicho así, suena espeluznante —dijo bajando la voz.

No sé por qué había dicho aquello; normalmente no hablaba de mi madre con los desconocidos ni, ya puestos, con nadie.

—Espeluznante, sí. Y tanto.

—Si no dejas que nadie se relacione contigo, no sufrirás. ¿Es eso?

—Además, en el segmento de edad comprendido entre los veintiuno y los treinta hay un montón de soplapollas —dije.

—En eso tienes razón. Pero tampoco es que abunden las tías guapas, inteligentes e independientes.

—Déjate de cumplidos o me voy a sonrojar.

—No tienes pinta de sonrojarte fácilmente.

Una imagen me cruzó la mente: Richard Zeeman desnudo junto a la cama, poniéndose el chándal a toda prisa. En su momento no me había sentido cohibida, pero de repente, allí en el coche y con él tan cerca, si lo pensaba bien… El calor me subió por las mejillas; afortunadamente, no había bastante luz para que se diera cuenta. No quería que supiera que estaba pensando en su cuerpo desnudo. No suelo hacer esas cosas. Claro que tampoco es habitual que vea desnudo a un hombre con el que ni siquiera he salido, y bien pensado, cuando salgo con un hombre tampoco es normal que acabe viéndolo en cueros.

—Estamos en el gimnasio tomándonos un zumo y te invito a

salir —insistió.

Me concentré en la carretera: no conseguía quitarme de la cabeza la imagen de sus muslos y otras partes. Me incomodaba, pero cuanto más me esforzaba por apartar la imagen, más nítida se volvía.

—¿Cine y cena? —dije al fin.

—No, algo más original: espeleología.

—¿Pretendes que vayamos a arrastrarnos por una cueva la primera vez que quedemos?

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Una.

—¿Y te gustó?

—Estábamos intentando pillar a los malos por sorpresa, y no me paré a pensar si me gustaba o no.

—Entonces deberías probarlo mejor. Yo voy una vez al mes, por lo menos. Puedes ponerte ropa vieja y pringarte de barro a conciencia sin que nadie te diga nada.

—¿Barro?

—¿Te da repelús?

—Después de haber sido ayudante de laboratorio cuando estudiaba, pocas cosas me dan repelús.

—Al menos puedes decir que has acabado haciendo algo relacionado con la carrera.

—Cierto. —Reí.

—Y yo también, aunque acabé por dedicarme a formar enanos.

—¿Te gusta la enseñanza?

—Me encanta. —Solo dos palabras, pero con una emoción inusitada en alguien que hablara del trabajo.

—A mí también me gusta lo que hago.

—¿También cuando te ves obligada a tratar con zombis y vampiros?

—Sí. —Asentí.

—Nos tomábamos un zumo y te invitaba a salir. ¿Qué contestas?

—Me parece que no.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Qué desconfiada.

—Es de fábrica.

—Si no lo intentas, has fracasado de antemano.

—Es una elección, no un fracaso. —Ya. Estaba a la defensiva.

—Venga, vamos a hacer espeleología este fin de semana. —El abrigo de cuero protestó cuando intentó acercarse más de lo que permitía el cinturón. Le habría bastado con alargar el brazo para tocarme, y lo peor del caso era que una parte de mí lo estaba deseando.

Fui a decir que no, pero me di cuenta de que quería decir que sí. Y era una gilipollez, pero me parecía agradable estar con él a oscuras, oliendo el cuero y la colonia. Sería una cuestión de química, de atracción repentina, de lo que fuera, pero Richard me gustaba. No sé cómo, pero me tocaba las teclas, y hacía mucho que no me ponía nadie.

Jean-Claude no contaba. No sabía por qué, pero no contaba. Quizá tuviera algo que ver el detalle de que estaba muerto.

—De acuerdo, me dejaré meter en una cueva. ¿Dónde y cuándo?

—Podemos quedar el sábado delante de mi casa, a las diez.

—¿De la mañana?

—No eres muy madrugadora, ¿eh?

—No demasiado.

—Hay que empezar pronto para recorrer la cueva en un día.

—¿Qué me pongo?

—Lo más zarrapastroso que tengas. Yo me pongo un mono encima de los vaqueros.

—Tengo monos. —No comenté que los usaba para no mancharme la ropa de sangre; lo del barro parecía bastante menos grave.

—Muy bien. Yo me encargo del resto del equipo.

—¿Hace falta mucha cosa?

—Un casco, una linterna y puede que rodilleras.

—Suena muy emocionante eso de salir contigo.

—Lo será —dijo en voz baja. Por algún motivo, el tono era más íntimo de lo que cabía esperar en un coche. No tenía la voz mágica de Jean-Claude, así que sería por otra cosa.

—Gira aquí —dijo a continuación, señalando una bocacalle—. La tercera casa de la derecha.

Paré en un acceso corto, cubierto. La fachada era de ladrillo visto, rematada en la parte superior con algún color claro que no

logré distinguir porque no había farolas. A veces se me olvida lo oscura que es la noche sin electricidad.

Richard se desabrochó el cinturón y abrió la puerta.

—Gracias por traerme.

—¿Necesitas ayuda con él? —Llevé la mano al contacto.

—No hace falta, puedo solo, pero gracias.

—De nada.

—¿He dicho algo malo? —preguntó mirándome con curiosidad.

—Aún no.

—Bien. —Su sonrisa iluminó brevemente la oscuridad.

Salió del coche, abrió la puerta trasera y sacó a Stephen, con cuidado de que no se le cayera la manta. Lo izó haciendo fuerza con las piernas y no con el torso, algo que se aprende levantando pesas. Y eso que un cuerpo humano inerte es más difícil de levantar que una barra con el peso equivalente; está mucho peor equilibrado.

Cerró la puerta con la espalda, y yo me quité el cinturón para echar el seguro trasero. Richard lo vio por la portezuela del acompañante, que aún estaba abierta.

—¿Te da miedo que entre el hombre del saco? —Su voz se superponía al ruido del motor al ralentí.

—Nunca se sabe.

—Cierto.

Era solo una palabra, pero encerraba tristeza, añoranza, inocencia perdida. Me gustaba sentirme comprendida. Dolph y Zerbrowski entendían de muerte y violencia, pero no de pesadillas.

Cerré la puerta, volví a colocarme al volante, me ajusté el cinturón y me puse en marcha. Los faros iluminaron a Richard, que se había quedado a mirarme, y mostraron una mancha amarilla entre sus brazos, donde asomaba el pelo de Stephen. Lo dejé a oscuras delante de su casa, acompañado únicamente del canto de los grillos otoñales.

DIEZ

Aparqué delante de casa poco después de las dos de la mañana. Y yo que quería haberme acostado pronto… La nueva quemadura en forma de cruz me ardía y hacía que me doliera todo el pecho. Además tenía el torso rígido, entumecido. Encendí la luz interior del coche y me desabroché la cremallera. La luz amarilla dejó a la vista montones de magulladuras florecientes. Al principio no supe cómo me las había hecho; después recordé el peso de la serpiente sobre mi cuerpo. Virgen santa. Tenía suerte de haber salido con cardenales en vez de costillas rotas.

Apagué la luz y me cerré la chaqueta. Las correas de la sobaquera me castigaban la piel, pero con el dolor de la quemadura ni me enteraba. Una buena quemadura hace olvidar todo lo demás.

La bombilla del portal estaba fundida, para variar. Tendría que llamar para pedir que la cambiaran; de lo contrario, podía esperar sentada.

Había subido tres escalones cuando vi que había un hombre sentado junto a la puerta, esperándome. Su pelo, rubio y corto, destacaba en la penumbra, y tenía las manos a la vista en las rodillas, para demostrar que no llevaba pistola. O al menos, que no empuñaba ninguna: Edward siempre iba armado a no ser que le hubieran quitado la pistola.

Bien pensado, yo también.

—Cuánto tiempo sin verte —le dije.

—Tres meses. Suficiente para que se me haya curado el brazo.

—A mí me quitaron los puntos hace un par de meses —comenté. Él se quedó mirándome en silencio—. ¿Qué quieres?

—¿No podría ser una visita de cortesía? —Se estaba riendo de mí.

—A las dos de la mañana, más te vale que no.

—Así que prefieres que sea por motivos de trabajo… —Hablaba

con naturalidad, pero no colaba. Sacudí la cabeza.

—No. —Lo último que quería era tener algo que ver con el trabajo de Edward. Su especialidad era matar licántropos, vampiros o cualquier cosa que hubiera dejado de ser humana. Se había hartado de matar personas: era demasiado fácil—. ¿Es un asunto de trabajo?

Hablé con seguridad, sin vacilar. Bien por mí. Podía sacar la Browning, pero en un duelo contra Edward, lo más probable era que acabara muerta. Era como tratar con un leopardo domesticado: se deja acariciar y hasta parece cariñoso, pero es difícil olvidar que si tiene hambre o se enfada, matará al primero que se les ponga por delante y se lo comerá.

—Solo quiero información. No voy a causarte ningún problema.

—¿Qué tipo de información? —pregunté. Volvió a sonreír. Sí que estaba risueño, el amigo Edward.

—¿No podemos hablar dentro? Hace un frío que pela.

—La última vez no parecías necesitar invitación para entrar.

—Has cambiado la cerradura.

—Esta es más difícil de forzar, ¿verdad? —Sonreí, muy contenta. Edward se encogió de hombros y, si fuera otra persona, yo diría que parecía avergonzado—. El cerrajero me aseguró que no podría entrar nadie.

—Porque no me he traído el ariete.

—Pasa, venga. Voy a hacer un café.

Lo rodeé. Se puso en pie y me siguió. No me importó darle la espalda; quizá me pegara un tiro algún día, pero no por la espalda ni después de haberme dicho que solo quería hablar. A pesar de los pesares, Edward tenía sus principios y, si quisiera matarme, no solo me lo habría advertido, sino que hasta me habría dicho cuánto le pagaban, para ver el miedo en mis ojos.

Sí, Edward tenía sus principios y, aunque tuviera bastantes menos que la mayoría de la gente, no los rompía nunca; no traicionaba jamás su código de honor, por rarito que fuera. Si me decía que no iba a causarme problemas, podía creerlo. Ya me gustaría que Jean-Claude también se atuviera a un código.

En la escalera reinaba el silencio que cabía esperar a esas horas y entre semana. Mis vecinos, criaturas diurnas y madrugadoras, roncaban entre las sábanas. Abrí la cerradura nueva e invité a

Edward a entrar.

—Veo que has cambiado de estilo —comentó.

—¿Qué?

—No llevas nada debajo de la chaqueta.

—Oh. —Toma respuesta ingeniosa. No sabía qué decir, o más bien, cuánto decir.

—Así que otra vez jugando con vampiros.

—¿De dónde lo sacas?

—De la quemadura en forma de cruz que tienes en…, en el pecho.

Ah, era eso. Muy bien. Me quité la cazadora, la dejé en el sofá y me quedé con el sujetador y la funda de la pistola, sin sonrojarme. Qué mayor. Me desabroché la funda, fui con ella a la cocina y la dejé en la mesa para sacar el café de la nevera, solo en vaqueros y sujetador. Me habría dado corte delante de cualquier otro hombre, vivo o muerto, pero con Edward era distinto: nunca había habido tensión sexual entre nosotros. Puede que algún día nos liáramos a tiros, pero que nos liáramos de otra forma era inconcebible. Mi quemadura le interesaba más que mis curvas.

—¿Cómo te has hecho eso? —me preguntó.

Puse en marcha el molinillo, y el olor bastó para que me sintiera mejor. Llené el filtro de la cafetera, eché agua y apreté el botón. Mis habilidades culinarias acaban ahí.

—Voy a ponerme una camisa —dije.

—No te conviene ponerte nada que te roce.

—Pues no me la abrocharé.

—¿No vas a decirme cómo te lo has hecho?

—Sí.

Cogí la pistola y fui al dormitorio. Enterrada en el armario tenía una camisa de manga larga color lila descolorido, que en tiempos mejores había sido morada. Era de hombre y me llegaba por las rodillas, pero resultaba cómoda. Me subí las mangas hasta los codos y me abroché los botones inferiores. Me miré al espejo y vi que tapaba bastante. Perfecto.

Dudé un poco, pero al final dejé la Browning Hi-Power en la funda de la cabecera de la cama. No parecía que las cosas fueran a ponerse feas con Edward, y cualquier cosa que consiguiera burlar la cerradura nueva y entrara por la puerta tendría que burlarlo

también a él, así que me sentía bastante a salvo.

Me lo encontré repantingado en el sofá con las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos, y los hombros a la altura del reposabrazos.

—Ponte cómodo —le dije.

—¿Vas a contarme lo de los vampiros? —preguntó sonriente.

—Sí, pero antes tengo que decidir hasta dónde.

—Por supuesto. —Su sonrisa se amplió.

Saqué dos tazas, el azucarero y la leche. El café ya estaba saliendo, con un aroma cálido tan denso que daba para abrazarlo.

—¿Cómo lo quieres? —le pregunté.

—Como lo tomes tú.

—¿No tienes ninguna preferencia? —Me volví para mirarlo, y él sacudió la cabeza contra el respaldo—. De acuerdo.

Eché café en las tazas, puse tres terrones y un montón de leche en cada una, las removí y las dejé en la mesa de la cocina.

—¿No vas a traérmelo? —protestó.

—Prohibido tomar café en mi sofá blanco.

—Ah. —Se levantó con fluidez, rebosante de energía. Me habría impresionado si no me hubiera pasado la noche rodeada de vampiros.

Se sentó frente a mí. Tenía los ojos del color del cielo de primavera, ese azul claro que se las arregla para dar impresión de frío. Su rostro era agradable, y su expresión, neutra y atenta.

Le conté lo de Yasmín y Marguerite, pero no le hablé del hombre al que habían matado los vampiros, ni de Jean-Claude, ni de la cobra gigante, ni de Stephen Hombrelobo ni de Rick Zeeman. No me llevó mucho tiempo.

Cuando terminé, Edward se quedó en silencio, mirándome por encima de la taza. Bebí un trago y le devolví la mirada.

—Eso explica la quemadura —dijo.

—¿Verdad?

—Pero te has dejado muchas cosas.

—¿Tú qué sabes?

—Te he seguido.

Estuve a punto de atragantarme con el café.

—¿Qué? —pregunté cuando supuse que no me pondría a toser.

—Te he seguido. —Mantuvo la expresión neutra y la sonrisa

amistosa.

—¿Por qué?

—Porque me han encargado que liquide al amo de los vampiros de la ciudad.

—De eso hace tres meses.

—Ya me encargué de Nikolaos, pero ahora hay otro amo con vida.

—Tú no mataste a Nikolaos. Fui yo.

—Es verdad —dijo—. ¿Quieres la mitad del dinero? —Negué con la cabeza—. Entonces, ¿de qué te quejas? Me rompí un brazo ayudándote a matarla.

—Y yo me llevé catorce puntos, y los dos salimos con mordeduras de vampiro.

—Y tuvimos que limpiárnoslas con agua bendita.

—Y no veas cómo escuece.

Edward asintió y bebió otro trago de café. Algo se agitó en su mirada, algo esquivo y ominoso. Por mis niños que su expresión no había cambiado, pero de repente me costaba mirarlo a la cara.

—¿Por qué me has seguido? —le pregunté.

—Porque me habían informado de que hoy te reunirías con el amo.

—¿Quién te dijo eso?

Negó con la cabeza, y exhibió una sonrisa inescrutable.

—Vengo del Circo y he visto con quiénes estabas. Has venido a casa después de jugar con los vampiros, así que tiene que ser uno de ellos.

Me esforcé por mantenerme impasible, y supongo que notó el esfuerzo, pero no el pánico. Edward había estado siguiéndome y no me había dado cuenta. Tendría fichados a todos los vampiros a los que había visto, y la lista no era tan larga. Ataría cabos.

—¡Un momento! ¿Me has visto enfrentarme a la serpiente y no me has echado una mano?

—Llegue a la carpa cuando ya había salido la gente, y solo vi el final del espectáculo.

Fingí que me concentraba en el café mientras buscaba la forma de salir de aquel lío. Lo habían contratado para que matara al amo, y yo lo había guiado hasta él. Había traicionado a Jean-Claude, pero ¿a mí qué más me daba?

Edward me miraba como si quisiera aprenderse mi cara de memoria, a la espera de alguna expresión que me delatara, así que hice lo posible por mantenerme inexpresiva. Puso esa sonrisa suya tan típica de gato que se ha comido al canario. Se lo estaba pasando en grande. Yo, ni por asomo.

—Solo has visto a cuatro vampiros —continuó—: Jean-Claude, la negra exótica que debe de ser Yasmín y los dos rubios. ¿Sabes cómo se llaman? —Negué con la cabeza—. Si lo supieras, ¿me lo dirías?

—Puede ser.

—Esos dos me dan igual. Ninguno de ellos era maestro vampiro.

Le sostuve la mirada, emulando su falta de expresividad, aunque no se me daba tan bien como a él. Si practicaba lo suficiente…

—Así que nos quedan Jean-Claude y Yasmín —continuó—. Yasmín es nueva en San Luis, así que solo nos queda Jean-Claude.

—¿De verdad crees que el amo de la puta ciudad iría exhibiéndose por ahí? —Intenté ser sarcástica. No era la mejor actriz del mundo, pero no hice mal papel.

—Es Jean-Claude, ¿verdad? —Edward no se dejaba despistar tan fácilmente.

—Sabes de sobra que no es suficientemente poderoso para dominar la ciudad. ¿Cuántos años tiene? ¿Doscientos y pico? Aún le falta.

—Pues no es Yasmín. —Estaba desconcertado. Bien.

—Cierto.

—¿Has visto a algún otro vampiro?

—Aunque me hayas seguido hasta el Circo, no has podido controlar todos mis movimientos. Es imposible; los vampiros y los cambiaformas te habrían oído si te hubieras acercado más de la cuenta. —Él asintió—. He visto al amo, pero no era ninguno de los que han bajado a enfrentarse con la serpiente.

—¿Así que no les echa una mano a los suyos cuando arriesgan la vida? —Había recuperado la sonrisa.

—Sabes que el amo no necesita estar presente para conferir poder a los demás vampiros.

—Pues no lo sabía.

—No te lo creas si no quieres —dije encogiéndome de hombros y rezando para que se lo creyera.

—Sueles mentir mucho peor. —Frunció el ceño.

—No estoy mintiendo. —Hablé con voz pausada, normal, sincera. La sinceridad personificada.

—Suponiendo que Jean-Claude no sea el amo, ¿sabes quién es?

Era una pregunta con trampa: visto el planteamiento inicial, no podía responder que sí, pero ya que me había puesto a soltar trolas, ¿por qué no continuar?

—Sí.

—Pues dímelo.

—No. Me mataría si se enterase.

—Podemos matarlo juntos, como a la última —dijo cargado de razón.

Lo medité un momento. Pensé en decirle la verdad: quizá los de la Alianza Humana no estuvieran a la altura, pero Edward sí. Podríamos matarlo juntos, en equipo, y me quitaría una complicación de encima. Pero sacudí la cabeza y suspiré. Mierda.

—No puedo.

—Será que no quieres.

—Será. —Asentí.

—Si lo que dices es cierto, eres la única humana que sabe quién es el amo, y yo necesito enterarme. —La máscara amistosa se evaporó de su cara, y sus ojos se volvieron amenazadores y despiadados como el cielo invernal. No había sentimientos a los que apelar—. No te interesa ser la única humana que tiene esa información, Anita.

Tenía razón: no me interesaba. Pero ¿qué podía decir?

—Es lo que hay.

—Si me dices quién es te ahorrarás un montón de problemas.

Qué cosas: me había creído. Bajé la vista al café para que no viera mi expresión de triunfo. Cuando volví a mirarlo ya la había controlado. Si al final me iba a llevar un Oscar y todo.

—Sabes que no cedo a las amenazas.

Asintió, se terminó el café y dejó la taza en mitad de la mesa.

—Haré lo que sea necesario para terminar este trabajo. —Sé que hablaba de torturarme para sacarme la información, y hasta parecía que lo sentía, aunque eso no iba a detenerlo. Uno de sus principios era no dejar nunca un trabajo a medias, y seguro que no permitiría que una minucia como la amistad empañara su historial.

—No lo dudo.

—Me salvaste la vida, pero yo te la salvé a ti, así que estamos en paz. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Bien. —Se puso en pie, y yo también. Nos miramos y sacudió la cabeza—. Mañana nos veremos y volveré a preguntártelo.

—No me impresionas. —Por fin empezaba a cabrearme. Se había presentado pidiendo información y había pasado a las amenazas. No disimulé el enfado; por una vez no necesitaba actuar.

—Eres dura, pero no tanto. —Sus ojos no transmitían nada, pero me recordaron los de un lobo que había visto una vez en California. Rodeé un árbol y me lo encontré de cara. Me quedé helada; hasta entonces no había entendido en qué consistía la indiferencia. Al lobo le importaba un carajo hacerme daño o no: yo elegía. Si hacía algo que le pareciera molesto, me atacaría; de lo contrario, se marcharía. Pero le daba igual; estaba dispuesto a hacer cualquiera de las dos cosas. Yo era quien tenía miedo, quien se había sobresaltado tanto que no podía ni respirar. Aguanté la respiración a la espera de que actuara el lobo, que al final desapareció entre los árboles.

Cuando recuperé el aliento volví al lugar donde estaba acampada. A pesar de lo mucho que me había asustado, aún recuerdo los ojos gris claro del lobo con todo detalle, y nunca podré quitarme esa imagen de la cabeza. Por terrorífico que fuera, también había sido maravilloso contemplar a un depredador sin barreras protectoras.

Al mirar a Edward me invadió la misma sensación; en cierto modo, era maravilloso. Pero no le habría dicho nada en ningún caso: no pensaba dejarme amedrentar por nadie. Yo también tenía mis principios.

—No quiero verme obligada a matarte, Edward.

—¿Tú a mí? —Sonrió con sorna.

—Haz la prueba.

La risa desapareció de sus ojos, de sus labios, de su cara, y volvió a mirarme con su rostro verdadero: el de depredador. Tragué saliva y me acordé de respirar despacio, con regularidad. Así que me mataría. Quizá sí, quizá no.

—¿El amo merece que muera uno de nosotros? —le pregunté.

—Es una cuestión de principios.

—Para mí también.

—Entonces ya hemos dejado clara nuestra postura.

—Sí.

Se dirigió a la puerta. Lo seguí y abrí, y se detuvo en el umbral.

—Tienes hasta el anochecer.

—Mi respuesta será la misma.

—Ya lo sé.

Se marchó sin mirar atrás, y me quedé contemplándolo hasta que desapareció por la escalera. Después cerré la puerta con cerrojo y me apoyé en ella, buscando la forma de salir de aquel atolladero.

Si se lo decía a Jean-Claude, quizá fuera capaz de acabar con Edward, pero yo no entregaba humanos a los monstruos, bajo ningún concepto. Si se lo decía a Edward, era posible que consiguiera matar a Jean-Claude, y hasta que yo lo ayudara.

Probé a imaginar el cuerpo perfecto de Jean-Claude hecho un colador, cubierto de sangre; su cara destrozada por un disparo de escopeta. Sacudí la cabeza. No podía hacerlo. No sabía muy bien por qué, pero no podía poner a Jean-Claude en manos de Edward.

No era capaz de traicionar a ninguno de los dos, y eso me dejaba hasta el cuello de mierda… de cocodrilo. Para variar.

ONCE

Estaba en la orilla, bajo los lóbregos árboles que la bordeaban. Las aguas negras del lago se agitaban en la oscuridad, mientras la luna, grande y resplandeciente, trazaba un sendero plateado en el lago. Jean-Claude salía del agua, que caía en chorros iridiscentes de los mechones empapados de pelo negro y de la camisa blanca, que se le pegaba al cuerpo marcándole los pezones. Me tendía la mano.

Yo llevaba un vestido largo negro; notaba el peso que me envolvía y la falda pegada a los muslos. Me cubría los hombros con una capa, también muy pesada. Estábamos en otoño y había luna llena.

—Ven conmigo —decía Jean-Claude.

Yo empezaba a adentrarme en el agua, que me levantaba el vestido y me empapaba la capa. Me la quitaba y se hundía; la perdía de vista. El agua estaba cálida como la de la bañera, cálida como la sangre. Levantaba una mano hacia la luna, y el líquido que chorreaba era denso y espeso; no parecía agua.

Llevaba un vestido que nunca había imaginado, a la orilla de un lago que no conocía, y veía acercarse al apuesto monstruo, elegante y cubierto de sangre. Me desperté jadeando, agarrada a las sábanas como si en ello me fuera la vida.

—Hijo de puta —susurré—. Me prometiste mantenerte apartado de mis sueños.

Vi en el despertador luminoso de la mesilla que eran las dos de la tarde. Llevaba diez horas frita. Debería estar descansada, pero no era así; tenía la impresión de haber estado corriendo de pesadilla en pesadilla, sin parar un momento, aunque solo recordaba la última. Si todos mis sueños habían sido como aquel, prefería no recordarlos.

¿Y por qué volvía Jean-Claude a entrar en mis sueños? Me había dado su palabra de que se abstendría, pero quizá su palabra no

valiera nada. Quizá.

Me desnudé frente al espejo del cuarto de baño. Tenía las costillas y el abdomen cuajados de cardenales oscuros, de color morado, y me dolía el pecho al respirar, pero no tenía nada roto. La quemadura estaba tan fea como la última vez que la había visto, con la piel chamuscada por las partes que no estaban cubiertas de ampollas. El dolor de las quemaduras parece llegar hasta el hueso. Cada vez que me quemo me da la impresión de que tengo terminaciones nerviosas muy por debajo de la piel; si no, ¿cómo puede doler tanto?

Había quedado con Ronnie a las tres en el gimnasio. No os lieis: era mi amiga Verónica. Se hacía llamar Ronnie porque opinaba que conseguía más trabajo de detective privada si la gente la tomaba por un hombre. Triste pero cierto. Íbamos a levantar pesas y correr. Me puse un sujetador deportivo negro, con cuidado de no rozarme la quemadura. El elástico me apretaba las contusiones, pero no era para tanto. Me unté crema antiséptica en la quemadura, me la tapé con una gasa y me puse una camiseta roja de hombre, con las mangas y el cuello cortados. Unos pantalones de ciclista negros, unos calcetines de deporte con una raya roja y unas deportivas negras completaban mi atuendo.

La camiseta dejaba ver la gasa, pero no los cardenales. Casi todos los asiduos del gimnasio estaban acostumbrados a verme aparecer con magulladuras o cosas peores, y ya no hacían demasiadas preguntas. Según Ronnie, era porque siempre les soltaba alguna bordería, pero me daba igual: me gusta que me dejen en paz.

Ya me había puesto la chaqueta y tenía la bolsa en la mano cuando sonó el teléfono. Vacilé, pero al final decidí cogerlo.

—¿Sí?

—Soy Dolph.

Se me encogió el estómago. ¿Otro asesinato?

—¿Qué pasa?

—Hemos identificado al desconocido que examinaste.

—¿La víctima de los vampiros?

—Sí.

Dejé escapar el aire que había estado aguantando. No había muerto nadie más, y hacíamos progresos. ¿Podía haber algo mejor?

—Calvin Barnabas Rupert, Cal para los amigos. Veintiséis años, casado con Denise Smythe Rupert desde hace cuatro. Sin hijos. Era agente de seguros, y no hemos descubierto nada que lo relacione con la comunidad vampírica.

—Estaría en el sitio adecuado, pero en el momento inadecuado.

—¿Lo eligieron al azar? —Lo preguntó como si yo lo supiera.

—Quizá.

—Si así fuera, no tendríamos ninguna pauta y no sabríamos por dónde empezar a buscar.

—Y quieres que averigüe si Cal Rupert se mezclaba con monstruos.

—Sí.

—Lo intentaré —dije con un suspiro—. ¿Algo más? Tengo que salir.

—Muy bien. Llámame si te enteras de algo. —Su voz sonaba rara.

—Si hubierais encontrado otro cadáver, me lo dirías, ¿verdad?

—Y te haría venir a medir los bocados. —Soltó una risa amarga —. ¿Por qué?

—No sé, pareces desalentado.

—Dijiste que tendremos más cadáveres. ¿Has cambiado de idea?

Quería decirle que sí, que me lo había pensado mejor, pero no me lo creía ni yo.

—Si hay una manada de vampiros descontrolados, veremos más cadáveres.

—¿Podría haber sido otra cosa?

Lo medité un momento y sacudí la cabeza.

—No se me ocurre nada.

—Vale. Luego hablamos.

Oí el zumbido de la línea muerta antes de poder despedirme. A Dolph no le iban esas formalidades.

Llevaba la pistola pequeña, una Firestar de 9 mm, en el bolsillo de la chaqueta; es imposible ponerse una sobaquera con ropa de gimnasia. La Firestar solo tenía ocho balas, frente a las trece de la Browning, pero la Browning tenía cierta tendencia a sobresalir del bolsillo y atraer miradas. Además, si no conseguía acabar con los malos con ocho balas, era poco probable que cinco

más sirvieran de gran cosa. Por si acaso, llevaba un cargador de repuesto en la bolsa; con tanto delincuente suelto por ahí, una chica debe tomar sus precauciones.

DOCE

Ronnie y yo estábamos haciendo circuitos de trabajo en Vic Tanny. Había dos juegos completos de máquinas, y el jueves a las tres y cuarto de la tarde los teníamos casi para nosotras solas. Yo estaba trabajando en el aparato de abductores y aductores, que tenía una palanca lateral para elegir qué músculos se ejercitaban. En la posición de aductores presentaba un aspecto vagamente obsceno, parecido a una silla de tortura ginecológica. Era uno de los motivos por los que ni Ronnie ni yo íbamos nunca al gimnasio con pantalón corto.

Estaba concentrada en apretar los muslos sin hacer saltar las pesas: si hacen ruido es que se están dando tirones sin control o que se ha puesto demasiado peso. Yo estaba levantando veinticinco kilos; no era excesivo.

Ronnie estaba tumbada boca abajo trabajando con el curl de piernas, flexionando las rodillas hasta casi tocarse el culo con los tobillos. Se le marcaban mucho los músculos. Ninguna de las dos tiene una musculatura excesiva, pero las dos estamos cachas. Tal que Linda Hamilton en *Terminator 2*.

Ronnie terminó antes que yo y se puso a pasear entre las máquinas mientras esperaba. Bajé las pesas y casi ni se oyeron, aunque tampoco es grave que hagan ruido al terminar.

Dejamos los aparatos y nos pusimos a correr por la pista del gimnasio. A un lado, una pared acristalada la separaba de la piscina, donde un hombre con gafas de natación y un gorro de baño negro hacía largos. Al otro lado estaban la sala de pesas y la de aeróbic. Los extremos de la pista tenían espejos, de modo que nos veíamos de frente mientras corríamos en todo momento. Hay días en que habría preferido no verme, aunque cuando estaba de buenas lo encontraba divertido y todo, aparte de que servía para comprobar que las zancadas eran regulares y los brazos se movían

correctamente.

Mientras corríamos le conté a Ronnie lo del hombre asesinado por los vampiros, lo que significa que no estábamos esforzándonos lo suficiente. Aumenté la velocidad, pero eso no me impidió seguir hablando; cuando se tiene la costumbre de correr seis kilómetros al aire libre bajo el sol de San Luis, la pista cubierta de Vic Tanny no es para tanto. Dimos dos vueltas y nos dirigimos al trote hacia las máquinas.

—¿Cómo dices que se llamaba la víctima? —Ronnie hablaba con normalidad, sin el menor indicio de fatiga. Convertí el trote en carrera y se acabó la charla.

Tocaba trabajar los brazos; yo me dediqué a las poleas, y Ronnie, al press de banca. Dimos otras dos vueltas a la pista e intercambiamos los aparatos.

—Calvin Rupert —contesté cuando recuperé el aliento. Hice una serie de doce con cuarenta y cinco kilos. De todos los aparatos, ese es el que me resulta más fácil. Qué cosas, ¿no?

—¿Cal Rupert? —preguntó.

—Así lo llamaban. ¿Por qué?

—Lo conocía.

Me quedé mirándola mientras mi cuerpo hacía ejercicio sin mí. Estaba conteniendo el aire, y todo el mundo sabe que eso es malo.

—Más detalles —dije cuando me acordé de respirar.

—Lo conocí cuando estaba investigando la Liga Antivampiros, cuando aquella oleada de asesinatos de nomuertos. Cal Rupert estaba afiliado.

—Descríbemelo.

—Rubio, ojos claros, no sé si azules o grises, no muy alto, buen tipo… No estaba mal.

Quizá hubiera más de un Cal Rupert en San Luis, pero no me parecía probable que se parecieran tanto.

—Le pediré a Dolph que lo compruebe, pero si pertenecía a la Liga, suena más a ejecución que a asesinato.

—¿Qué quieres decir?

—En la Liga Antivampiros hay partidarios del exterminio. —Pensé en la Alianza Humana, la facción de Jeremy Ruebens. ¿Se habrían cargado a algún vampiro? ¿Lo de Rupert sería una represalia?—. Necesito que averigües si seguía en la Liga o se había

apuntado a un grupo nuevo, más radical, llamado Alianza Humana.

—Un nombre pegadizo —dijo Ronnie.

—¿Puedes enterarte? Como me ponga yo a hacer preguntas, acabo en la hoguera.

—Será un verdadero placer ayudar a la vez a mi mejor amiga y a la policía. Un detective privado no sabe nunca cuándo le puede venir bien que la autoridad le deba una.

—Cierto. —En aquella ocasión me tocó esperar a Ronnie. Ella era más rápida en los aparatos de piernas, pero de cintura para arriba la ganaba de calle—. Llamaré a Dolph en cuanto salgamos. Probablemente lo mataron por eso; si no, sería demasiada casualidad.

—¿Ya has decidido qué te vas a poner para la fiesta de Halloween de Catherine? —me preguntó Ronnie cuando volvimos a la pista.

—¡Mierda! —Estuve a punto de trastabillar.

—Supongo que eso significa que te habías olvidado. Y eso que no hace ni dos días estabas echando pestes.

—He estado ocupada, ¿vale? —Pero no era excusa: Catherine Maison-Gillett era una de mis mejores amigas; tanto que me había dejado poner un vestido rosa con mangas de farol, la prenda más humillante del mundo, para ir a su boda. Todas soltamos la típica mentira de las damas de honor: que podríamos acortar el vestido y reciclarlo como ropa de calle. Ni en un millón de años. O que podríamos usarlo cuando nos invitaran a una fiesta, pero ¿quién se disfrazaría de merengue una vez pasada la fiesta de graduación? Esperaba que no me invitaran a ninguna fiesta en la que fuera adecuado aparecer con una cosa de vuelo y mangas de farol que parecía salida de una escena descartada de *Lo que el viento se llevó*.

Aquella era la primera fiesta que organizaba Catherine después de la boda. En mi honor empezaba bastante antes del anochecer, para que yo pudiera hacer acto de presencia. Cuando alguien se toma tantas molestias, por lo menos hay que pasar a saludar. Arg.

—El sábado he quedado con un tío —dije.

Ronnie dejó de correr y se quedó mirándome en el espejo. Yo seguí corriendo; si quería interrogarme, que me alcanzara.

—¿Con un tío? —repitió. Asentí para ahorrar aliento—. Cuéntamelo todo. —Su voz era ligeramente amenazadora.

Sonreí y le relaté una versión censurada de mi encuentro con Richard Zeeman. Aunque tampoco omití gran cosa.

—¿La primera vez que lo viste estaba desnudo en una cama? —dijo entre divertida y escandalizada. Volví a asentir—. La verdad es que te buscas sitios muy raros para ligar.

—¿Cuándo fue la última vez? —pregunté mientras corría.

—¿Qué me dices de John Burke?

—Los capullos no cuentan.

Ronnie se lo pensó un rato y al final sacudió la cabeza.

—La verdad es que hacía mucho.

—¿Ves?

Trabajamos en el último aparato, dimos las dos últimas vueltas a la pista y nos pusimos a hacer estiramientos. Después nos pegaríamos una ducha y adiós al gimnasio. A ninguna de las dos nos gustaba hacer ejercicio, pero las dos necesitábamos estar en forma por si teníamos que huir de los malos o perseguirlos. Aunque yo llevaba bastante sin perseguir a nadie; tenía la impresión de que últimamente me dedicaba sobre todo a la parte de huir.

Fuimos a una zona despejada que había cerca de las pistas de squash y las salas de bronceado; era el único lugar con espacio suficiente para hacer estiramientos. Siempre los hacía antes y después del ejercicio; había sufrido demasiadas lesiones para no tener cuidado.

Empecé con unos giros lentos del cuello, y Ronnie me imitó.

—Supongo que tendré que cancelarlo —comenté.

—Ni se te ocurra —dijo Ronnie—. Invítalo a la fiesta.

—¿Estás de coña? ¿Cómo voy a meterlo en un sitio lleno de desconocidos la primera vez que quedamos?

—¿A quién conoces tú, aparte de Catherine? —En eso tenía razón.

—A su marido.

—Claro. Fuiste a la boda.

—Y tanto.

—No seas idiota. —Me miraba muy seria—. Invítalo a la fiesta y ya haréis espeleología la semana que viene.

—¿Esperas que salga dos veces con el mismo hombre? —Negué con la cabeza—. ¿Y si no congeniamos?

—Basta de excusas. Esto es lo más parecido a una relación que

has tenido en varios meses, así que no lo estropees.

—No salgo con hombres porque no tengo tiempo.

—Tampoco tienes tiempo para dormir, pero te las apañas.

—Está bien, lo invitaré a la fiesta, pero puede que no le apetezca ir. Ni a mí me apetece…

—¿Y eso?

Le lancé una mirada asesina y ella puso cara de inocente.

—Soy reanimadora, la reina de los zombis. Que me presente en una fiesta de Halloween me parece exagerado.

—No tienes por qué decir a qué te dedicas.

—No me avergüenza.

—Tampoco he dicho eso.

—Olvídalo. —Sacudí la cabeza—. Le haré la contraoferta a Richard; a partir de ahí, ya veremos.

—Tendrás que ponerte algo sexy para la fiesta.

—Más quisieras.

—Más quisieras tú. —Se echó a reír.

—De acuerdo, de acuerdo, me compraré un vestido sexy si encuentro algo de mi talla tres días antes de Halloween.

—Yo te ayudo. Algo encontraremos.

Ronnie me ayudaría a encontrar algo. Dicho así, sonaba pelín ominoso. ¿Nerviosa yo? ¿Porque había quedado con un tío? Anda ya…

TRECE

Un rato después, a las cinco y cuarto, llamé a Richard Zeeman.

—¿Richard? Hola, soy Anita Blake.

—Hombre, ¡qué alegría! —A pesar de que no lo veía, me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Se me había olvidado que el sábado por la tarde tengo una fiesta de Halloween. Empieza temprano para que yo pueda ir, así que ni hablar de escaquearme.

—Lo entiendo —dijo con un tono estudiado: afable e indiferente.

—¿Quieres acompañarme a la fiesta? La noche de Halloween me toca trabajar, claro, pero tenemos todo el día.

—¿Y la espeleología?

—La dejamos para otro momento.

—¿Vamos a salir dos veces? Parece que esto va en serio.

—Deja de cachondearte.

—¿Yo?

—Joder, ¿quieres venir, o no?

—Si me prometes que la semana que viene iremos a la cueva.

—Solemnemente —dije.

—Trato hecho. No tengo que disfrazarme, ¿verdad?

—Lo siento, pero sí. —Oí un suspiro al otro lado de la línea—. ¿Vas a echarte atrás?

—No, pero tendrás que quedar conmigo dos veces como mínimo para que haga el ridículo delante de desconocidos.

—Vale. —Me alegré de que no pudiera ver mi sonrisa radiante; me había hecho demasiada ilusión.

—¿De qué vas disfrazada tú?

—Aún no lo sé. Como íbamos diciendo, se me había olvidado lo de la fiesta.

—Vaya. Creo que la elección del disfraz dice mucho de quien lo lleva, ¿no te parece?

—A estas alturas, nos podemos dar con un canto en los dientes si encontramos algo de nuestra talla.

—Puede que tenga un as en la manga —dijo riendo.

—¿Qué?

—No seas tan desconfiada. —Seguía riéndose—. Un amigo mío es muy aficionado a la guerra de Secesión, y su mujer y él participan en recreaciones históricas.

—¿Quieres decir que se ponen ropa de época?

—Exactamente.

—¿Y tendrán cosas de nuestra talla?

—¿Cuál usas tú? —Era una pregunta demasiado personal para alguien que ni siquiera me había besado.

—La cuarenta.

—¿Nada menos?

—Tengo demasiado pecho para la treinta y ocho, y la treinta y nueve no existe.

—Nunca es demasiado.

—No sigas por ahí…

—Lo siento. No he podido evitarlo.

—¡Mierda! —exclamé al oír el busca.

—¿Qué es ese pitido?

—Alguien que intenta localizarme. —Pulsé el botón y vi el número de la policía—. Tengo que hacer una llamada. ¿Te vuelvo a llamar dentro de un rato?

—Esperaré con el corazón en un puño.

—Estoy frunciendo el ceño, ¿sabes?

—Gracias por la confidencia. No me apartaré del teléfono. Snif.

—Corta el rollo.

—¿Qué he hecho ahora?

—Hasta luego.

—No tardes.

Colgué antes de que pudiera soltar otra coña, aunque lo triste era que me hacían gracia. ¿Me remataría alguien para que dejara de sufrir?

Marqué el número de Dolph, que contestó en el acto.

—¿Anita?

—Sí.

—Tenemos otra víctima de vampiros. Muy parecida a la

primera, aunque esta vez es una mujer.

—Joder.

—Sí. Estamos en De Soto.

—Eso queda más lejos que Arnold.

—¿Y?

—Nada. Dime cómo llegar.

Me dio instrucciones.

—Tardaré una hora por lo menos —dije.

—El fiambre no va a moverse de aquí, y nosotros tampoco. —Parecía desalentado.

—Anímate: creo que tengo una pista.

—Dime.

—Verónica Sims conoce a un Cal Rupert que encaja con la descripción.

—¿Por qué le explicas nada a una detective? —preguntó desconfiado.

—Es amiga mía, y dado que acaba de proporcionarnos la primera pista, deberías alegrarte.

—Sí, qué alegría, bien por el sector privado. Desembucha.

—Lo conoció hace dos meses, y era miembro de la Liga Antivampiros.

—¿Una venganza?

—Podría ser.

—Y yo casi preferiría que fuera la pauta; al menos sabríamos por dónde empezar. —Soltó algo que estaba a medio camino entre una risa y un gruñido—. Le diré a Zerbrowski que tenemos un rastro fresco. Le gustará.

—Cómo mola la jerga policial.

—¿Esto es jerga? —Casi noté como sonreía—. Si averiguas algo más, avisa.

—Sus órdenes, mi sargento.

—Guárdate el cachondeo.

—Soy de espíritu generoso: no me guardo nada que pueda compartir.

—Ven de una vez y todos podremos largarnos. —Colgó. Yo también colgué.

Richard Zeeman contestó al segundo timbrazo.

—¿Diga?

—Hola, soy Anita.
—¿Qué hay?
—La policía me necesita.
—¿Un delito sobrenatural?
—Sí.
—¿Es peligroso?
—Pregúntaselo a la víctima.
—Me has entendido de sobra.
—Es mi trabajo, Richard. Si no puedes soportarlo, no sé por qué insistes en verme.
—Eh, no te pongas a la defensiva. Solo pretendo averiguar si vas a correr peligro.
—Vale. Tengo que irme.
—¿Qué pasa con los disfraces? ¿Quieres que llame a mi amigo?
—Sí, claro.
—¿Te fías de mí para que elija el tuyo?
Lo pensé antes de contestar. ¿Confiaba en su criterio? No. ¿Tenía tiempo para elegir algo por mi cuenta? Menos.
—Qué remedio —dije—. A caballo regalado…
—Sobreviviremos a la fiesta, y otro sábado podremos revolcarnos por el barro.
—Espero impaciente.
—Y yo. —Rio.
—Tengo que irme.
—Si quieres que te lleve los disfraces para que les eches un vistazo, dame tu dirección.
Se la di.
—Espero que te guste el tuyo —dijo después.
—Yo también. Hablamos luego.
Dejé el auricular en el soporte de la cabina y me quedé mirándolo. Había sido demasiado fácil, demasiado cómodo. Probablemente me elegiría un disfraz espantoso, lo pasaríamos fatal y encima tendríamos que volver a vernos al cabo de una semana. Ay.
Ronnie me tendió una lata de zumo y bebió un trago del suyo, de arándanos. Yo odio los arándanos, así que a mí me había comprado uno de pomelo rosa.
—¿Qué ha dicho tu bomboncito?

—Vuelve a llamarlo así y te mato.

—Huy, ha sido un lapsus. —No se le daba mal fingir vergüenza.

—Por esta vez te perdono.

Sonreí, aunque sabía que no lo sentía en absoluto. Y puesto que yo me cachondeaba de ella siempre que quedaba con un tío… Donde las dan las toman, ya, pero qué putada.

CATORCE

El sol se hundía en una franja carmesí que tenía el aspecto de una herida sangrante. Al oeste se amontonaban las nubes, de color morado. Hacía viento y olía a lluvia.

Ruffo Lane era un camino estrecho por el que apenas podían cruzarse dos coches. La grava rojiza crujía bajo mis pies, y el aire agitaba la hierba alta y seca de la cuneta. Una larga hilera de coches patrulla y vehículos policiales sin distintivos bordeaba la carretera hasta que se perdía de vista en la cima de una colina. El condado de Jefferson está cuajado de colinas.

Cuando me sonó el busca ya me había puesto un mono nuevo, unas zapatillas de deporte negras y unos guantes de látex, así que tuve que pelearme con la cremallera para sacar el aparato. Tampoco resultaba fácil leer la pantalla casi a oscuras, pero no necesitaba ver el número para saber que era Bert. Solo faltaba media hora para que anocheciera por completo, y mi jefe se preguntaría por qué no estaba aún en el trabajo. ¿Sería capaz de despedirme? Con aquel cadáver delante, me daba igual.

La mujer estaba tumbada de lado, en posición fetal, cubriéndose el pecho desnudo con los brazos, como si conservara el pudor después de muerta. Una muerte violenta es la peor invasión posible de la intimidad. La fotografiarían, la grabarían en vídeo, la abrirían en canal y después le coserían los tajos; no quedaría ninguna parte de su cuerpo sin examinar, ni por dentro ni por fuera. Me daba mal rollo. Lo suyo sería taparla con una manta y dejarla en paz, pero eso no ayudaría a evitar el siguiente asesinato. Y habría más: el segundo cadáver lo demostraba.

Observé a los policías y a los enfermeros del depósito, que esperaban para llevársela. Yo era la única mujer, con excepción de la difunta. Ya estaba acostumbrada, pero aquella vez me molestaba, no sabía muy bien por qué. El pelo del cadáver, que le llegaría por

la cintura, formaba un charco de color claro en la hierba. Era rubia, como la primera víctima. ¿Sería coincidencia? Con dos no bastaba para saberlo, pero si la tercera víctima también tenía ese color de pelo…

Si solo mataban a blancos de pelo rubio afiliados a la Liga Antivampiros, tendríamos una pauta, algo que siempre resulta útil a la hora de resolver delitos en serie. Esperaba que hubiera una pauta.

Sujeté la linterna con la boca mientras medía los mordiscos. Aquel cadáver no tenía ninguno en las muñecas; en su lugar mostraba marcas de cuerda. Así que la habían atado…

Quizá la hubieran colgado del techo como si fuera un trozo de carne. Los vampiros decentes que se alimentan de humanos son seres de ficción, igual que los vampiros que aseguran que solo van a chupar un poco, o que no va a doler. Sí, claro: la puntita nada más.

Tenía una incisión limpia a cada lado del cuello, y le faltaba un trozo de carne del pecho izquierdo, como si le hubieran pegado un mordisco a la altura del corazón. Además tenía el brazo derecho casi arrancado, sujeto a duras penas por unos ligamentos rosados. A la luz de la linterna, la cabeza del húmero se veía muy blanca.

El último asesino en serie del que me había ocupado se dedicaba a descuartizar a sus víctimas. Me había tocado andar por moquetas tan empapadas de sangre que hacían *chof*; había tenido que coger trozos de intestino y examinarlos en busca de pistas. Era lo peor que había visto en mi vida. Lo siguiente, lo que tenía delante en aquel momento.

Me alegraba de que aquella mujer no estuviera desmembrada, pero no porque me permitiera suponer que su muerte había sido menos dolorosa, que eso esperaba, ni porque me sirviera para encontrar más pistas, que tampoco había. Simplemente, ya había cubierto mi cuota de casquería para todo el año.

Hace falta práctica para sujetar un lápiz linterna con la boca mientras se miden heridas y no babearlo todo, pero no se me daba mal. El truco consiste en sorber el extremo de vez en cuando.

Le alumbré los muslos para ver si tenía lesiones en la entrepierna, como el hombre. Quería asegurarme de que los autores eran los mismos. El hombre no tenía marcas de cuerdas en las muñecas, lo que indicaba que los primeros vampiros estaban

aprendiendo a organizarse, o que les había salido competencia. Ya, sería demasiada casualidad, pero solo faltaba que hubiera más de un clan de vampiros asesinos. Con uno ya teníamos de sobra; dos serían para echarse a correr. Prefería no creerlo, pero por si acaso…

El brazo izquierdo de la mujer estaba pegado al torso a causa del *rigor mortis*, inmovilizando el otro, y habría hecho falta un hacha para moverle las piernas antes de que se le pasara, en cuarenta y ocho horas más o menos. No podía esperar dos días, pero tampoco era plan de cortarla en pedacitos.

Me puse a cuatro patas delante del cadáver y le pedí perdón por lo que estaba a punto de hacer: no había más remedio.

La luz de la linterna titubeó sobre sus piernas como un puntero. Metí los dedos entre los muslos y empujé, tratando de descubrir si tenía alguna herida.

Debía de parecer que estaba propasándome, pero no se me ocurría ninguna forma más digna de hacer la comprobación. Levanté la vista e intenté no pensar en el tacto gomoso de la piel. El sol era apenas una mancha rojiza en el cielo del oeste, y la oscuridad se extendía como un charco de tinta. Y moví las piernas del cadáver sin dificultad.

Di un respingo y estuve a punto de tragarme la linterna. ¿Dónde estaba el *rigor mortis*? Vi que además tenía la boca entreabierta. ¿No la tenía cerrada un momento antes?

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Aunque la hubieran vampirizado, no le tocaría revivir hasta la tercera noche. Y la causa de la muerte había quedado clara: múltiples mordeduras de vampiro en un festival de sangre. Estaba muerta y nada más.

Ya era de noche, y no era que el cuerpo se hubiera puesto a brillar con luz propia, pero casi. Si había salido la luna, estaría escondida entre las nubes negromoradas; sin embargo, la piel parecía iluminada. Sobre la hierba, los cabellos brillaban como hilos de seda. Hacía un momento era una mujer muerta; de repente se había transformado en una mujer bellísima.

Dolph se cernía a mi lado como una montaña. Medía dos metros, así que ya lo veía grande en circunstancias normales, pero estando de rodillas me parecía gigantesco. Me incorporé y me saqué la linterna de la boca, aunque antes me quité un guante: después de haber tocado heridas ajenas no hay que tocar nada que se vaya a

chupar. Por el VIH y esas cosas. Me enganché la linterna en la parte superior del mono, me quité el otro guante y me guardé los dos en el bolsillo.

—¿Y bien? —dijo Dolph.

—¿No te parece que ha cambiado?

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—El cadáver. ¿No lo ves distinto?

—Ahora que lo dices… —Lo observó atentamente e hizo un gesto de negación—. Es como si estuviera dormida. Tendremos que pedir una ambulancia, y que un médico expida un certificado de defunción.

—No respira.

—¿A ti te gustaría que se basaran solo en eso para declararte muerta?

—Supongo que no —dije tras pensarlo un momento. Dolph estaba buscando algo en la libreta.

—Me dijiste que no basta con morir por mordeduras de vampiros para revivir, y que nunca vampirizan en grupo. —En efecto, se lo había dicho. Eso me pasa por bocazas.

—Es lo que suele ocurrir.

—Pero no en este caso —dijo mirando a la mujer.

—Me temo que no.

—¿Puedes explicármelo? —No parecía contento, y ¿cómo culparlo?

—A veces basta con un solo mordisco para convertirse en vampiro. He leído un par de artículos sobre el tema: hay maestros vampiros tan poderosos que pueden contaminar todos los cadáveres que toquen.

—¿Dónde lo has leído?

—En la *Gaceta Vampírica*.

—No me suena.

—Habrán decidido enviarme ejemplares promocionales porque soy especialista en biología sobrenatural. —Me encogí de hombros. De pronto caí en una cosa que no me hizo ninguna gracia—. ¡Dolph!

—¿Sí?

—El primer cadáver… Esta es la tercera noche.

—No resplandecía.

—Este tampoco mientras quedaba luz.

—¿Crees que el primero va a revivir? —preguntó. Yo asentí—. Qué marrón.

—Exactamente.

—Un momento. Así podrá decirnos quién lo mató.

—No revivirá como un vampiro normal: lo mataron entre varios, así que será más animal que persona.

—Explícate.

—Si se llevaron el cadáver al Hospital Municipal de San Luis, estará a buen recaudo tras una puerta de acero chapado en plata, pero si se les ocurrió hacerme caso y lo llevaron al depósito… Llama inmediatamente para que evacuen el edificio.

—¿Lo dices en serio?

—No sabes cuánto.

No discutió; yo era su asesora para asuntos sobrenaturales, y mis palabras iban a misa mientras no se demostrara lo contrario. Por otra parte, Dolph no era mal jefe: si le pedía su opinión a alguien, era porque creía que valía la pena hacerle caso.

Se metió en su coche, que por supuesto, era el más cercano a la escena del crimen, y llamó al depósito.

—Está en el Municipal —me dijo asomándose por la puerta abierta—. Llevan allí a todas las víctimas de vampiros, hasta cuando los expertos nos aseguran que no hay peligro. —Sonreía.

—Llama al hospital para comprobar que lo hayan puesto en la cámara acorazada.

—Si siguieron el procedimiento habitual con las víctimas de vampiros, digo yo…

—Eso espero yo también, pero me quedaré mucho más tranquila si nos aseguramos.

Dolph aspiró profundamente y dejó escapar el aire poco a poco.

—Vale. —Volvió a coger el teléfono y marcó el número de memoria. Si es que vaya añito llevaba.

Me acerqué a la puerta a escuchar, pero no hubo gran cosa que oír, porque no contestaron. Dolph se quedó mirándome mientras sonaban los timbrazos, planteando la pregunta con los ojos.

—Debería haber alguien —dije.

—Sí.

—Cuando reviva será una bestia. Lo destrozará todo a su paso a

no ser que el maestro que lo vampirizó vaya a buscarlo, o a no ser que esté muerto de verdad. Los vampiros de ese tipo se denominan *animalísticos*; son demasiado infrecuentes para tener un nombre coloquial.

—¡Zerbrowski! —gritó Dolph después de colgar, saliendo del coche.

—Voy —gritó Zerbrowski mientras se acercaba al trote; estaba bien adiestrado—. ¿Qué tal, Blake?

¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba como la mierda?

—Bien —contesté encogiéndome de hombros. En aquel momento me volvió a sonar el busca—. ¡Coño, Bert!

—Llama a tu jefe —dijo Dolph— y dile que deje de dar la vara.

Me pareció bien.

Dolph siguió ladrando órdenes, que los hombres se apresuraron a obedecer. Me metí en su coche y llamé a Bert, que respondió al primer timbrazo. Mala señal.

—Más vale que seas Anita.

—¿Y si soy otra?

—¿Dónde demonios te has metido?

—Estoy en la escena de un crimen, con un cadáver fresco. —Eso lo desbravó un poco.

—Vas a llegar tarde a tu primera cita.

—Sí.

—Pero no voy a gritarte.

—Así me gusta. ¿Qué pasa?

—Nada, excepto que el empleado más reciente de Reanimators, Inc. se va a encargar de tus dos primeras citas. Se llama Lawrence Kirkland. A ver si puedes alcanzarlo en la tercera, y te encargas del resto y le echas una mano.

—¿Ya has contratado a alguien? ¿Cómo te las has apañado para encontrar un reanimador tan deprisa? Y sobre todo, un reanimador capaz de levantar dos zombis en una noche.

—Se me da bien encontrar personal.

Dolph entró en el coche, y yo pasé al asiento del acompañante.

—Despídete de tu jefe —me dijo.

—Tengo que dejarte, Bert.

—¡Espera! Tenemos un recado urgente para ti. Tienes que ejecutar a un vampiro en el Hospital Municipal de San Luis.

—¿Nombre? —Tenía un nudo en la garganta.

—Calvin Rupert —leyó Bert.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—¿Cuándo han llamado?

—A las tres de la tarde, ¿por qué?

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Se puede saber qué pasa? —insistió Bert.

—¿Por qué decían que era urgente?

Zerbrowski ocupó el asiento trasero; Dolph arrancó y conectó las sirenas y las luces. Nos siguió un coche patrulla, también con toda la discoteca en marcha.

—Rupert había firmado una petición de muerte permanente en la que establece que, en caso de mordedura de vampiro, hay que atravesarle el corazón con una estaca.

No me extrañaba, dado que era miembro de la Liga Antivampiros. Qué coño, si yo también tenía una petición de esas.

—¿Tenemos orden de ejecución?

—Solo hace falta si el cadáver revive como vampiro, pero tenemos el permiso de su familiar más cercano. Vete al hospital y clávale la estaca.

Me agarré al salpicadero cuando el coche entró a trompicones en la carretera. La grava salpicó la carrocería. Sujeté el auricular entre el hombro y la barbilla para ponerme el cinturón.

—Estoy de camino —dije al teléfono.

—Como no te localizaba, ya he mandado a John —dijo Bert.

—¿Cuánto hace?

—Poco después de que no me contestaras al busca.

—Vuelve a llamarlo y dile que no vaya.

—¿Ocurre algo? —Por fin se daba cuenta.

—En el hospital no cogen el teléfono.

—¿Y qué?

—Que puede que ya sea un vampiro y haya matado a todo el mundo, y John va para allá.

—Ahora lo llamo.

La línea se cortó, y colgué mientras cogíamos la autopista 21.

—Cuando lleguemos podemos matar al vampiro —dije.

—Eso es asesinato —dijo Dolph.

—Cal Rupert tenía una petición de muerte permanente.

—¿De verdad?

—Sí.

Dolph se limitó a asentir. Zerbrowski sonrió de oreja a oreja y cogió la escopeta.

—¡Pues vamos a volarle los sesos! —dijo.

—¿Llevas munición normal?

—Claro —contestó Zerbrowski.

—Por favor, decidme que no soy la única que lleva balas de plata.

—La plata está más cara que el oro —dijo Dolph—. ¿Crees que la policía puede permitirse esos lujos?

No lo creía, pero esperaba estar equivocada.

—¿Y qué hacéis cuando os enfrentáis a vampiros o licántropos?

—Lo mismo que cuando nos enfrentamos a una banda con armas semiautomáticas —contestó Zerbrowski, apoyándose en el respaldo.

—¿Y eso consiste en…?

—Resignarnos a la inferioridad de condiciones. —Tampoco le hacía gracia. Crucé los dedos para que los empleados del hospital hubieran salido corriendo, pero no las tenía todas conmigo.

QUINCE

Mi kit de cazavampiros incluía una recortada con postas de plata, estacas, una maza, un montón de crucifijos y suficiente agua bendita para ahogar a un vampiro. Por desgracia, lo tenía en el armario del dormitorio. Normalmente lo llevaba todo en el maletero, salvo la recortada, que era ilegal. Si me pillaban con ella encima y sin una orden de ejecución, iría de cabeza a la cárcel. Aquella legislación, aprobada unas semanas atrás, estaba destinada a impedir que algún ejecutor de gatillo fácil se cargara a alguien y se fuera de rositas con un «Huy, perdón». Yo no soy de esos, de verdad de la buena.

Dolph apagó la sirena y las luces cuando nos acercamos al hospital. Entramos en el aparcamiento en silencio, seguidos por el coche patrulla, que también había desconectado toda la parafernalia. Dos agentes de uniforme nos esperaban pistola en mano al lado de otro coche patrulla.

Todos salimos armados de los coches. Me sentía transportada a una película de Clint Eastwood. No veía el coche de John Burke, cosa que podía significar que él estaba más pendiente del busca que yo. Me hice el firme propósito de contestar inmediatamente a todos los mensajes que me llegaran si el vampiro no había salido de la cámara acorazada. No soportaba la idea de que se hubieran perdido vidas a causa de mi negligencia.

Uno de los uniformados que nos esperaban se acercó a Dolph, muy pegado a la pared.

—No ha pasado nada en el tiempo que llevamos aquí —le dijo.

—Bien. Las fuerzas especiales llegarán en cuanto puedan. Estamos en la lista.

—¿Cómo que estamos en la lista? —pregunté.

—Ellos sí que tienen balas de plata, pero estarán liados con alguna otra cosa.

—¿Y vamos a esperarlos?

—No.

—Pero, sargento, se supone que debemos esperar a que lleguen antes de enfrentarnos a un enemigo sobrenatural —dijo el policía.

—Eso no se aplica a la BRIP —dijo Dolph.

—Deberíais tener balas de plata —dije yo.

—Hemos presentado la solicitud.

—Una solicitud. Eso sí que es útil.

—Como civil, te toca esperar fuera, así que no protestes.

—También soy la ejecutora de vampiros oficial del estado de Misuri, por no mencionar que si hubiera contestado al busca en lugar de tocarle los cojones a Bert, Cal estaría ya con una estaca en el corazón y no tendríamos que hacer esto, así que no puedes dejarme al margen. Era mi trabajo, no el tuyo.

Dolph me miró detenidamente durante un buen rato y al final asintió lentamente.

—Si no fueras tan bocazas —me dijo Zerbrowski—, podrías haberte quedado en el coche.

—Pero es que no quiero.

—Pues a mí me encantaría.

Dolph se encaminó a las puertas, y Zerbrowski y yo lo seguimos. No en vano era la asesora de la policía en asuntos sobrenaturales; si las cosas iban a ponerse feas, estaba dispuesta a ganarme el sueldo.

Todas las víctimas de vampiros se custodiaban en el sótano del Hospital Municipal de San Luis, aunque hubieran muerto en otro condado: no hay tantos depósitos acondicionados para contener a los vampiros recientes. Hasta tenía una reserva de sangre para que saciaran el apetito inicial: con un aperitivo se calmaban bastante.

En circunstancias normales, el cadáver estaría en la cámara de los vampiros y no pasaría nada grave, pero yo había jurado y perjurado que no representaba ningún riesgo. Yo era su asesora, la experta a la que llamaban cuando había que clavar una estaca. Si decía que un cadáver no iba a revivir, me creían. Pero la había cagado. Que Dios nos pille confesados, pero la había metido hasta el corvejón.

DIECISÉIS

El Hospital Municipal de San Luis era un gigante de ladrillo rojo impertérrito en pleno campo de batalla. A unas pocas manzanas se podían ver musicales ganadores de premios Tony, recién traídos de Broadway, pero por las mismas, el hospital podía haberse encontrado en la cara oculta de la Luna, suponiendo que allí hubiera suburbios.

El suelo estaba decorado con cristales rotos.

Aquel hospital, como tantos otros hospitales urbanos, perdía dinero, de modo que lo cerraron. Pero el depósito de cadáveres siguió en marcha porque no había presupuesto para trasladar la cámara de los vampiros.

La cámara acorazada se construyó a principios de la década de 1990, cuando todavía se buscaba una cura para el vampirismo. La idea era encerrar a los vampiros, esperar a que revivieran e intentar revertir su estado. El proyecto contó con la colaboración de muchos vampiros que querían volver a ser humanos, pero se clausuró cuando un paciente se comió la cara del doctor Henry Mulligan, el director del equipo que buscaba la cura.

Y así fue como se acabó lo de andar ayudando a los pobres vampiros incomprendidos.

Sin embargo, la cámara se seguía usando para custodiar a la mayoría de las víctimas de vampiros. Era más que nada por precaución, porque los vampiros solían despertarse junto a un asesor que los ayudaba a integrarse en el mundo del vampirismo civilizado.

Me había olvidado de lo del asesor vampírico: era un programa piloto que solo llevaba un mes en marcha. ¿Bastaría con un vampiro con experiencia para controlar a un vampiro animalístico, o haría falta un maestro vampiro? En realidad, no tenía la menor idea.

Dolph estaba empuñando la pistola, pero con balas

convencionales, no le resultaría mucho más útil que liarse a escupitajos. Zerbrowski sujetaba la escopeta como si supiera usarla. Detrás de mí iban cuatro policías de uniforme, todos con armas y muchas ganas de usarlas. Así pues, ¿por qué no las tenía todas conmigo? Porque yo era la única que llevaba balas de plata.

Las puertas dobles se abrieron automáticamente, encañonadas por siete pistolas. Me costó no pegarle un tiro al puto cristal. Un policía soltó una risita. A ver si era que estábamos nerviosos…

—Bueno —dijo Dolph—, ahí dentro hay civiles. No le peguéis un tiro a nadie.

La primera pareja de uniformados estaba compuesta por un chico rubio y su compañero, negro y mucho mayor. Los de la otra andaban por la treintena: uno era alto y delgado, con la nuez muy marcada, y el otro, bajo y pálido, tenía los ojos vidriados por el miedo.

Todos llevaban un alfiler de corbata en forma de cruz; se usaban cada vez más, y habían pasado a formar parte del uniforme de la policía de San Luis. Quizá sirvieran para mantenerlos con vida.

Yo no había tenido tiempo de cambiar la cadena de mi crucifijo, así que me había puesto una pulsera llena de crucecitas. También llevaba una tobillera, no solo porque hacía juego con la pulsera, sino porque prefería tener repuesto.

Me costaría mucho decidirme entre el crucifijo y la pistola. Mucho mejor llevar las dos cosas.

—¿Tienes alguna sugerencia, Anita? —preguntó Dolph.

No hacía tanto, ni siquiera habrían llamado a la policía. Ah, los viejos tiempos, cuando los vampiros se dejaban en manos de los expertos. En aquella época les clavábamos una estaca y fin del problema. Yo había pertenecido a ese puñado de valientes que se encargaban de ellos, y me había ganado el mote de la Ejecutora.

—Podemos formar un círculo, mirando hacia fuera. Así reduciremos las posibilidades de no verlo llegar.

—¿No lo oiremos? —preguntó el policía rubio.

—Los nomuertos no hacen ruido —dije. Él puso cara de espanto —. Era una broma, agente.

—Pues qué gracia. —Parecía ofendido, y supongo que no le faltaba razón.

—Perdona. —Dolph me miraba con el ceño fruncido, así que

dije—: Ya me he disculpado.

—No les tomes el pelo a los novatos —dijo Zerbrowski—. Seguro que es su primer vampiro.

—Es su primer día —dijo el negro, riendo sin ganas.

—Virgen santa. ¿No será mejor que espere en el coche?

—Sé defenderme —protestó el rubio.

—No es eso —dije—, pero ¿no pone en alguna parte que los policías deben llevar no sé cuánto tiempo de servicio antes de enfrentarse a un vampiro?

—Puedo con ello.

Sacudí la cabeza. Joder, su primer día. Tendría que estar dirigiendo el tráfico en un sitio fácil, no en medio de una trifulca con un nomuerto descontrolado.

—Yo iré en cabeza —dijo Dolph—. Anita, a mi derecha. —Señaló al policía negro y a su compañero—. Vosotros dos, a mi izquierda. —Señaló a los otros dos agentes—. Junto a la señorita Blake. Zerbrowski, tú vas detrás.

—Muchas gracias, sargento —dijo entre dientes.

Estuve a punto de dejar así las cosas, pero no podía.

—Soy la única que lleva balas de plata —dije—. Debería ir en cabeza.

—Eres la única civil.

—No tengo nada de civil y lo sabes de sobra.

—Está bien —dijo Dolph, mirándome fijamente—. Vas en cabeza, pero si te matan, se me cae el pelo.

—Intentaré recordarlo —dije sonriendo.

Me coloqué un poco por delante de los demás, que formaron un círculo a mis espaldas. Zerbrowski levantó el pulgar para darme ánimos y me arrancó otra sonrisa. Dolph hizo un gesto casi imperceptible: había llegado el momento de dar caza al monstruo.

DIECISIETE

Las paredes eran de dos tonos de verde: caqui oscuro por debajo y verde vómito por arriba. La decoración de los edificios públicos, tan atractiva como un dolor de muelas. Grandes conductos de vapor, del diámetro de mi cabeza, cubrían las paredes. También estaban pintados de verde, y convertían el pasillo en un pasadizo angosto.

Las conducciones eléctricas, más estrechas y de un tono plateado, corrían en paralelo. No habría sido fácil instalar electricidad en un edificio en que no se había previsto.

Se notaba que habían ido añadiendo capas de pintura sin quitar las anteriores. Si se raspaba irían saliendo distintos colores, como los estratos de una excavación arqueológica. Cada color tenía su historia, había presenciado distintos tipos de dolor.

Parecían las tripas de un barco gigantesco, con un silencio opresivo en lugar del rugido de los motores. Sí, hay sitios donde el silencio resulta opresivo, y el Hospital Municipal de San Luis era uno de ellos.

Si fuera supersticiosa habría dicho que era un lugar perfecto para los fantasmas. Hay fantasmas de varias clases. Los normales son espíritus de muertos que se han quedado en la Tierra en vez de ir al Cielo o al Infierno. Los teólogos llevan siglos debatiendo qué significa la existencia de los fantasmas para Dios y la Iglesia. No creo que a Dios le preocupe mucho, pero a la Iglesia, desde luego.

Con la cantidad de gente que había muerto allí, debería haber muchos fantasmas de verdad, pero nunca había visto ninguno, y no me tomo en serio a los fantasmas hasta que me rodean con sus brazos gélidos.

Pero hay muchos tipos de fantasmas: las improntas psíquicas y las emociones fuertes impregnan las paredes y los suelos de los edificios, y forman una especie de grabación emocional, a veces visual, a veces sonora y a menudo táctil; esta última se manifiesta

con un escalofrío que recorre la columna de quienes pasan por determinado lugar.

El viejo hospital tenía un montón de rincones que ponían los pelos de punta. No se veía ni se oía nada, pero al caminar por allí teníamos la impresión de que había algo al acecho, justo fuera de nuestro alcance, pero que casi se podía ver y tocar. En aquella ocasión era, probablemente, un vampiro.

Solo se oían nuestras pisadas, el roce de la ropa y nuestro movimiento. No había ningún otro sonido. Cuando reina el verdadero silencio se empiezan a oír cosas, aunque solo sea la sangre en los oídos.

Estábamos llegando a la primera esquina. Como iba en cabeza, como me había ofrecido a ir en cabeza, me tocaba ser la primera en girar. Hubiera lo que hubiera a la vuelta, me tocaba a mí. Eso me pasa por hacerme la valiente.

Me apoyé en una rodilla y sujeté la pistola con las dos manos, con el cañón hacia el techo: no se puede disparar a lo que no se ve. Hay varias formas de doblar una esquina cuando no se sabe qué se va a encontrar, pero ninguna es del todo segura, y en cualquier caso se trata de decidir si es más probable recibir un disparo o toparse de narices con algo. Con un vampiro, lo que más me preocupaba era que me agarrara y me destrozara el cuello.

Apoyé el hombro derecho en la pared, respiré profundamente y me lancé hacia delante. No doblé la esquina limpiamente con la espalda pegada a la pared, sino que aterricé de costado con la pistola por delante, bien sujeta. Creedme: es la forma más rápida de doblar una esquina y ser capaz de apuntar, aunque es la menos recomendable cuando existe la posibilidad de recibir un tiro.

Me quedé tumbada en el pasillo. El pulso me atronaba en los oídos. La buena noticia era que no había ningún vampiro; la mala, que había un cadáver.

Me incorporé lentamente, sin dejar de rastrear el pasillo en penumbra en busca de trazas de movimiento. A veces, con los vampiros, no se ve ni se oye nada; solo se siente en la espalda, en el vello de la nuca. El cuerpo tiene reacciones más antiguas que el pensamiento. De hecho, si se piensa en vez de actuar, se puede acabar muerto.

—Despejado —anuncié. Seguí arrodillada en mitad del pasillo,

pistola en mano y dispuesta a enfrentarme a lo que llegara.

—¿Ya has terminado de revolcarte? —preguntó Dolph.

Lo miré y volví a mirar el pasillo. No había moros en la costa. De verdad.

El muerto llevaba un uniforme azul claro, con el distintivo de la empresa de seguridad en la manga. Tenía el pelo rubio, la mandíbula firme, la nariz voluminosa y unas pestañas que destacaban como puntillas grises en sus mejillas pálidas. Le habían destrozado el cuello; las vértebras brillaban a la luz de los fluorescentes. Las paredes verdes salpicadas de sangre parecían una felicitación de Navidad algo macabra.

El segurata llevaba una pistola en la mano derecha. Apoyé la espalda en la pared y observé el pasillo hasta las esquinas siguientes. Que los policías se encargaran de investigar el cadáver; mi trabajo consistía en mantenerlos con vida.

Dolph se agachó junto al cadáver e hizo una especie de flexión para acercarse a oler la pistola.

—Había disparado.

—Yo no huelo a pólvora —dije sin mirar a Dolph. Estaba demasiado ocupada inspeccionando el pasillo por si se movía algo.

—Pero la pistola se ha usado. —Tenía la voz pastosa.

Me volví a mirarlo. Estaba rígido, como si le doliera algo.

—Lo conocías, ¿verdad? —pregunté.

—Jimmy Dugan —confirmó Dolph—. Fuimos compañeros durante unos meses cuando yo era más joven que tú. Se retiró, pero con la pensión no le llegaba, así que consiguió trabajo aquí. —Sacudió la cabeza—. Mierda.

¿Qué podía decir? «Lo siento» no bastaba; «Lo siento muchísimo» era un poco mejor, pero seguía siendo insuficiente. No se me ocurría nada apropiado, y tampoco podía hacer nada, de modo que me quedé plantada en el pasillo ensangrentado, callada e inmóvil.

Zerbrowski se agachó al lado de Dolph y le puso una mano en el hombro. Dolph levantó la mirada, con los ojos cargados de emociones: ira, dolor, tristeza; todo y nada a la vez.

Me quedé un rato mirando el cadáver, que aún empuñaba el arma con firmeza, e intenté decir algo útil.

—¿Los guardias de aquí llevan balas de plata?

—¿Por qué? —preguntó Dolph. Cuando volví a mirarlo, su expresión era inconfundible: cólera.

—Es lo lógico. Si alguien coge su pistola, ya tendremos dos.

—Zerbrowski —dijo Dolph.

Zerbrowski cogió el arma con delicadeza, como si tuviera miedo de despertar a su dueño. Pero aquella víctima de vampiro sí que no iba a revivir: tenía la cabeza casi arrancada. Era como si lo hubieran vaciado de carne alrededor de la columna con una cuchara gigante.

—Plata —anunció Zerbrowski tras examinar las balas.

Volvió a colocar el cargador en su sitio y se levantó, con la pistola en la mano derecha. Sujetaba la escopeta con la izquierda, sin demasiada convicción.

—¿Lleva otro de repuesto? —pregunté.

Zerbrowski fue a agacharse de nuevo, pero Dolph sacudió la cabeza. Se encargó personalmente de registrar al muerto y acabó con las manos chorreando sangre. Intentó limpiárselas con un pañuelo blanco, pero había demasiada. Para sacársela tendría que enjabonarse y frotarse a fondo.

—Lo siento, Jimmy —dijo en voz baja. Seguía sin llorar. Yo habría llorado; claro que las mujeres tenemos el conducto lacrimal más activo y se nos saltan las lágrimas con más facilidad. En serio —. No llevaba más —añadió Dolph mirándonos—. Pensaría que con cinco balas le bastaba para un trabajo de seguridad de mierda. —Tenía la voz cargada de cólera; es mejor cabrearse que llorar, cuando se puede.

Seguí comprobando el pasillo, pero una y otra vez volvía a mirar el cadáver. Había muerto porque yo no había hecho bien mi trabajo. Si no les hubiera dicho a los de la ambulancia que no había peligro, lo habrían metido en la cámara acorazada y Jimmy Dugan seguiría con vida.

Odio ser la culpable de algo así.

—Sigue —dijo Dolph.

Encabecé la marcha una vez más. Al llegar a la esquina siguiente volví a arrodillarme y tirarme al suelo. Estaba de lado, apuntando con las dos manos, pero no aprecié ningún movimiento en el largo pasillo verde, aunque sí que vi algo en el suelo: primero, unas piernas enfundadas en un pantalón azul claro empapado de sangre;

a continuación, una cabeza con coleta, tirada a un lado como un trozo de carne.

Me incorporé sin bajar la pistola, buscando algo a lo que apuntar, pero lo único que se movía era la sangre, que seguía chorreando por las paredes. Caía lentamente, como la lluvia al final del día, y se hacía más densa a medida que se acercaba al suelo.

—¡Joder! —No sabía muy bien qué policía lo había dicho, pero estaba de acuerdo.

El torso de la mujer estaba arrancado, como si el vampiro le hubiera clavado las dos manos en el pecho y hubiera tirado. Le había tronchado la columna como un junco, y el suelo estaba cuajado de trozos de carne, huesos y sangre, que parecían los pétalos de una flor macabra.

Noté el sabor de la bilis en la garganta. Respiré por la boca dando grandes bocanadas. Craso error: el aire sabía a sangre, y estaba cálido y un poco salado. También había un trasfondo amargo, a causa de los intestinos abiertos. El olor de los muertos recientes está a medio camino entre el de un matadero y el de una letrina: la muerte apesta a sangre y mierda.

Zerbrowski estaba inspeccionando el pasillo con la pistola prestada en la mano. Tenía cuatro balas. Yo tenía trece, además de un cargador de repuesto. ¿Y la pistola de la guardia de seguridad muerta?

—¿Y su arma? —pregunté.

Zerbrowski me miró, bajó la vista y se puso a inspeccionar de nuevo el cadáver.

—No la veo.

No había visto nunca un vampiro con pistola, pero para todo hay una primera vez.

—¡Dolph! ¿Dónde está el arma de la guardia?

Dolph se arrodilló en la sangre e intentó registrar el cadáver. Movió unos cuantos trozos de carne y ropa, como si quisiera mezclarlos bien. En otros tiempos, aquella visión me habría provocado una vomitera, pero ya estaba curada de espanto. ¿Era mala señal que hubiera dejado de echar la papa encima de los cadáveres? Pues igual.

—Dispersaos y buscad la pistola —dijo Dolph.

Los cuatro agentes uniformados se pusieron a buscar. El rubio

estaba pálido y no paraba de tragar saliva, pero aguantaba el tipo. Qué valiente. El primero en desmoronarse fue el alto de la nuez prominente: resbaló en un trozo de carne y, cuando cayó de culo en un charco de sangre medio coagulada, se puso de rodillas y potó contra la pared.

Yo empezaba a respirar a trompicones. La sangre y la carnicería no habían bastado, pero aquello podía ser la última gota.

Apreté la espalda contra la pared y avancé hacia la esquina siguiente. No iba a vomitar. No iba a vomitar. Por favor, por favor, por favor, que se me asentara el estómago.

¿Habéis intentado apuntar con un arma mientras echáis la primera papilla? Es prácticamente imposible; el que vomita se queda indefenso. Después de ver lo que les había pasado a los dos guardias de seguridad, prefería no quedarme indefensa.

El novato rubio estaba apoyado en la pared, con la cara perlada de sudor. Me bastó con verlo para darme cuenta.

—No —le susurré—. No, por favor.

Pero cayó de rodillas y aquello ya fue demasiado: adiós a todo lo que había comido aquel día. Por lo menos no lo eché sobre el cadáver, como me pasó una vez, cosa que bien se encargaba de recordarme Zerbrowski siempre que podía. En aquella ocasión me llevé una bronca por alterar las pruebas.

Si yo hubiera sido el vampiro, habría aprovechado cuando había tres cazadores potando, pero no pasó nada: no apareció ningún monstruo pegando berridos. Qué suerte.

—Si habéis terminado —dijo Dolph—, tenemos que encontrar una pistola y al que ha hecho esto.

Me limpié la boca con la manga del mono. Estaba sudando, pero no había tenido tiempo de quitármelo. Las zapatillas se me pegaban al suelo y hacían ruido cuando andaba. Las tenía pringadas de sangre; quizá el mono no estuviera de más.

Lo que quería era un paño húmedo, pero me tocaba seguir avanzando por el pasillo verde, dejando huellas ensangrentadas a mi paso. Miré el suelo y allí estaba: otras huellas que se alejaban del cadáver.

—¿Dolph?

—Las veo.

El rastro salía de la carnicería y doblaba la esquina, alejándose

de nosotros. La primera impresión fue de alivio por tenerlo lejos, pero qué coño, habíamos ido a plantarle cara.

—¡Anita! —Era Dolph, arrodillado junto al mayor trozo de tórax.

Me acerqué evitando las pisadas sangrientas: está muy feo pisar las pistas y a la policía no le gusta.

Dolph señaló un trozo de tela ennegrecido. Me arrodillé con mucho cuidado y me alegré de seguir llevando el mono: ya podía revolcarme por la sangre, que no me mancharía la ropa. Siempre preparada.

La camisa de la mujer estaba carbonizada. Dolph la movió con la punta del bolígrafo, y el tejido se desmigajó como el pan duro capa tras capa, desmoronándose. El bolígrafo hizo un agujero, y el cadáver despidió un montón de ceniza y un olor acre.

—¿Qué demonios le ha pasado? —preguntó Dolph.

Tragué saliva. Aún notaba el sabor del vómito, y aquello no me estaba ayudando.

—Eso ya no es tela.

—¿Entonces?

—Es carne.

Dolph me miró fijamente, sujetando el bolígrafo como si estuviera a punto de romperse.

—Lo dices en serio.

—Quemaduras de tercer grado.

—¿A qué se deben?

—Pásame eso. —Eché mano al boli y me lo cedió sin decir nada.

Me puse a escarbar en lo que quedaba del pecho del cadáver. La carne estaba tan quemada por aquella zona que la camisa se le había pegado. La aparté poco a poco, abriéndome paso por una piel quebradiza y crujiente como la de un pollo asado. Cuando había hundido la mitad del bolígrafo toqué algo sólido, y tiré de ello para acercarlo a la superficie. Metí los dedos y saqué un trozo de metal fundido de la carne quemada.

—¿Qué es eso? —preguntó Dolph.

—Lo que queda de su crucifijo.

—No.

La plata brillaba entre las cenizas.

—Era un crucifijo, Dolph. Se calentó tanto que se fundió; se le

enterró en el pecho y le prendió la ropa. Lo llamativo es que el vampiro siguiera en contacto con el metal candente. Se quemaría tanto como ella, pero no parece que le importara.

—Amplía eso.

—Parece que los vampiros animalísticos son como los consumidores de polvo de ángel: no sienten el dolor. Creo que cuando entró en contacto con el crucifijo siguió destrozándola como si nada, mientras los dos ardían. Contra un vampiro normal, no le habría pasado nada.

—Así que a este no lo paran las cruces —dijo Dolph.

—A las pruebas me remito —contesté mirando el trozo de metal.

Los cuatro agentes de uniforme observaban nerviosos el pasillo mal iluminado; no se esperaban que los crucifijos fueran inútiles. Yo tampoco. La parte de que esos vampiros no sienten dolor se mencionaba en una pequeña nota al pie, en uno de los artículos; a nadie se le había ocurrido que significara que las cruces no servían de protección. Si salíamos vivos, tendría que redactar un artículo para la *Gaceta Vampírica*. Crucifijos que se derriten y se entierran en la carne, toma ya.

—Manteneos juntos —dijo Dolph, poniéndose en pie.

—Si los crucifijos no nos sirven —dijo un policía—, tendremos que retroceder y esperar a las fuerzas especiales.

Dolph se quedó mirándolo un momento.

—Puedes irte si quieres. —Bajó la vista hacia la guardia muerta —. Los que no quieran presentarse voluntarios, que salgan a esperar a los especialistas.

El alto asintió y cogió del brazo a su compañero, que tragó saliva, pasó la mirada del sargento al cadáver chamuscado y se dejó arrastrar hacia la salida, de vuelta a la seguridad y la cordura. ¿No habría estado bien que pudiéramos irnos todos? Pero no podíamos permitir que algo así huyera: tendríamos que matarlo, con orden de ejecución o sin ella, para evitar que escapara.

—¿Qué hacéis el novato y tú? —le preguntó Dolph al policía negro.

—Yo no he huido nunca de un monstruo, pero él puede salir con los otros si quiere.

—Me quedo —dijo el rubio sacudiendo la cabeza, pistola en mano, con los nudillos blancos por la tensión.

Su compañero le dedicó una sonrisa más significativa que ninguna palabra. Se estaba portando como un machote. ¿O debería decir como un adulto? En cualquier caso, se quedaba.

—Pasada la siguiente esquina veremos la cámara —dije.

Dolph miró en aquella dirección. Sus ojos se cruzaron con los míos, y me encogí de hombros. No sabía qué nos íbamos a encontrar; aquel vampiro hacía cosas que me habían parecido imposibles. Las reglas habían cambiado, y no a nuestro favor.

Vacilé un momento al acercarme al recodo, apreté la espalda contra la pared y doblé la esquina lentamente. Me encontré frente a un pasillo corto y recto. Había una pistola en el suelo. ¿Sería la de la guardia de seguridad? Puede. En la pared de la izquierda debería haber habido una gran puerta de acero llena de crucifijos, pero la habían reventado desde dentro y en su lugar había un montón de metal retorcido. Por lo visto sí que habían guardado el cadáver en la cámara. Todos deberían haber estado a salvo, y no tendrían que haber muerto los guardias. En la cámara no había luz ni se apreciaba movimiento. Si había un vampiro al acecho, no lo veía. Claro que tampoco estaba tan cerca, y no me parecía buena idea acercarme más…

—Todo despejado —dije.

—No suenas muy segura —dijo Dolph.

—No lo estoy. Asómate con cuidado y echa un vistazo a los restos de la cámara.

Se asomó, pero sin ningún cuidado, y dejó escapar un silbido.

—¡Coño! —dijo Zerbrowski muy despacio.

—Sí —convine.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Dolph.

—Supongo.

—Serás la experta, pero no pareces tenerlas todas contigo.

—Si me hubieras preguntado si un vampiro podría atravesar una puerta de acero chapado en plata de metro y medio de espesor, llena de cruces, te habría dicho que era imposible. —Me quedé mirando el gurruño de metal—. Pero ahí lo tienes.

—¿Eso significa también que estás tan desconcertada como nosotros? —preguntó Zerbrowski.

—Exactamente.

—Pues estamos apañados.

Sentía estar de acuerdo.

DIECIOCHO

La cámara se cernía ante nosotros, negra como boca de lobo y, quizá, con un vampiro loco dentro. La ilusión de mi vida.

—Me toca ir delante —dijo Dolph. Había cogido la segunda pistola y se había guardado la suya. Como ya tenía balas de plata, ya podía, y en eso era un buen jefe: no permitía nunca que sus hombres hicieran nada que él no estuviera dispuesto a hacer. Ya me gustaría que Bert fuera así; Bert era más bien de los que entregarían al primogénito de un empleado y después dirían: «Te parece bien, ¿no?».

Dolph se detuvo ante el boquete de la cámara. La oscuridad era tan densa que se podía cortar; era la oscuridad absoluta de una cueva, una oscuridad de esas en las que ya te pueden meter el dedo en el ojo, que no lo vas a cerrar.

Nos indicó que nos acercáramos, pero pasó de largo y siguió por el pasillo. Había más pisadas ensangrentadas que entraban en la cámara, volvían a salir y se perdían tras otro recodo. ¿Es que no sabían construir en línea recta?

Zerbrowski y yo nos colocamos a los lados de Dolph. La tensión me cargaba el cuello y los hombros. Aspiré profundamente y solté el aire poco a poco. Mucho mejor. Hala, si ni siquiera me temblaba la mano.

Dolph no dobló la esquina tirándose al suelo; se limitó a pegarse a la pared y girar bruscamente apuntando con las dos manos, dispuesto a lo que fuera.

—¡No dispare, que estoy vivo!

—Es John Burke —dije al reconocer la voz—. Trabaja conmigo.

—Lo conozco —dijo Dolph volviéndose para mirarme.

Me encogí de hombros: más vale prevenir. No creía que Dolph fuera a pegarle un tiro a John por accidente, pero había otros dos polis que no lo conocían, y cuando hay armas de fuego de por

medio, toda precaución es poca. Norma de supervivencia.

John era alto, esbelto y de piel cetrina, con el pelo negro azabache surcado por un mechón blanco en el centro. Le quedaba muy apañado. Siempre había sido guapo, pero desde que se había afeitado tenía menos pinta de villano de Hollywood y más de galán. Alto, misterioso, atractivo y muy diestro en la caza de vampiros. ¿Se podía pedir algo más? Pues sí, mucho más, pero esa es otra historia.

John se acercó sonriendo. Llevaba una pistola en una mano y, mejor aún, un kit de cazavampiros en la otra.

—Me he adelantado para asegurarme de que el vampiro no salía a la calle mientras estabais de camino.

—Gracias —le dije.

—Se hace lo que se puede por la seguridad ciudadana.

—Lo que tú digas.

—¿Dónde está el vampiro? —preguntó Dolph.

—Le estaba siguiendo la pista —dijo John.

—¿Cómo?

—Por las huellas de pies descalzos.

¡Coño, claro! El vampiro iba descalzo, pero John no. Me volví hacia la cámara. Demasiado tarde, demasiado despacio. Una puta chapuza.

Salió de la oscuridad, tan deprisa que costaba seguirlo con la vista. Era un simple borrón que se lanzó contra el novato y lo arrastró contra la pared. El chico gritó, apretándole la pistola contra el pecho. Los disparos atronaron en el pasillo y resonaron en las cañerías, pero las balas salieron por la espalda del vampiro como si atravesaran papel. Magia.

Me adelanté, intentando apuntar sin darle al novato, que no paraba de gritar. Su sangre nos empapó como una lluvia cálida. Disparé contra la cabeza del vampiro, pero se movió a una velocidad increíble, aplastando al policía contra una pared mientras lo despedazaba. Hubo muchos gritos y movimientos, pero parecían lejanos, irreales. Todo pasó muy deprisa, y yo era la única con balas de plata que estaba lo bastante cerca. Me adelanté y apoyé el cañón de la pistola en la nuca del vampiro. Un vampiro normal no me lo habría permitido. Disparé, pero el bicho se giró, levantó al hombre por los aires y lo lanzó hacia mí. La bala falló el objetivo, y caímos al suelo. El peso de dos hombres adultos me dejó sin aire durante

un momento. Tenía al novato encima, gritando, sangrando, muriendo.

Puse la pistola en la base del cráneo del monstruo y disparé. Saltó un montón de sangre, huesos y cosas más pesadas y húmedas, pero el vampiro siguió ensañándose con el cuello del joven. Debería haber muerto, pero qué va.

Se echó hacia atrás, rechinando los dientes ensangrentados. Se estaba tomando un respiro entre trago y trago. Le metí la pistola en la boca y noté como los dientes arañaban el metal. Le reventó la cara, desde el labio superior hasta el cráneo. La mandíbula inferior siguió boqueando, pero ya no podía morder. El cuerpo decapitado apoyó las manos en el suelo, como si quisiera levantarse. Le coloqué la pistola en el pecho y disparé; a bocajarro puede que le arrancara el corazón. Nunca había intentado cargarme a un vampiro solo con una pistola, y no sabía si funcionaría. Tampoco sabía qué sería de mí de no ser así.

El cuerpo de la cosa se estremeció y dejó escapar el aliento en un largo suspiro.

Vi que Dolph y Zerbrowski tiraban de él hacia atrás. Creo que ya me lo había cargado, pero les agradecía la ayuda por si las moscas. John lo roció con agua bendita, que se puso a espumear en el vampiro moribundo. Se estaba muriendo de verdad.

El novato no se movía. Su compañero me lo quitó de encima y lo acunó como si fuera un niño. La sangre le había pegado el pelo a la cara, y tenía los ojos claros muy abiertos, fijos en ninguna parte. Los muertos siempre están ciegos, de una forma o de otra.

Había sido valiente, un buen chaval. Tampoco era mucho más joven que yo, pero mirando su cara pálida y sin vida me sentía como si tuviera un millón de años. Estaba muerto, sin más. El valor no salva a nadie de los monstruos; solo mejora las probabilidades.

Dolph y Zerbrowski habían dejado al vampiro en el suelo, y John estaba sentado a horcajadas sobre él con una estaca y un mazo. Yo llevaba años sin usar una estaca; prefería la recortada. Claro que siempre he sido una cazavampiros muy progresista.

El vampiro estaba muerto. No hacía falta atravesarle el corazón, pero me quedé mirando, sentada contra la pared. Por si acaso. La estaca entró con facilidad porque yo ya había hecho el agujero. Aún tenía la pistola en la mano, pero prefería no enfundarla todavía: la

cámara seguía siendo un misterio y, con frecuencia, donde hay un vampiro hay más.

Dolph y Zerbrowski se acercaron a la cámara, pistola en mano. Debería haberme levantado para acompañarlos, pero en aquel momento me pareció más importante respirar. Podía sentir la sangre que me recorría las venas, y notaba mi pulso. Me alegraba de seguir viva, pero me partía el alma no haber conseguido salvar al chico. Me jodía un montón.

—¿Cómo estás? —preguntó John, arrodillándose junto a mí.

—Bien.

Me miró con incredulidad, pero no se atrevió a llevarme la contraria. Así me gusta.

Se encendió la luz de la cámara: una luz intensa, amarillenta, cálida como un día de verano.

—Coño —dijo Zerbrowski.

Me incorporé y estuve a punto de caerme; me temblaban las piernas. John me sujetó por el brazo, y me quedé mirándolo hasta que me soltó.

—Tan cabezota como siempre —dijo con una media sonrisa.

—Ahí.

Habíamos llegado a salir dos veces. Craso error. Solo conseguimos sentirnos más incómodos trabajando juntos, y es que no le sentaba muy bien que yo fuera capaz de hacer las mismas cosas que él. Tenía esas ideas sudistas trasnochadas sobre las señoritas: que si una señorita no debería pasearse armada por ahí ni ponerse perdida de sangre y cadáveres. Se me ocurrían cinco palabras que dedicar a cualquiera que tuviera esa actitud. Sí, justo esas cinco.

Había un terrario grande destrozado contra una pared. Antes tendría conejillos de indias, ratas o conejos, pero solo quedaban manchas de sangre y trozos de piel peluda. Los vampiros no comen carne, pero si se coge un recipiente de cristal lleno de animalitos y se estampa contra la pared, el resultado son animalitos troceados. ¿O debería decir puré?

Cerca de los cristales había una cabeza, probablemente de hombre a juzgar por el corte de pelo, pero no me acerqué a comprobarlo. No quería verle la cara. Ya había sido muy valiente y no me quedaba nada que demostrar.

El cuerpo estaba en una pieza, o casi. Parecía que el vampiro le hubiera hundido las manos en el pecho para arrancarle las costillas. Estaba casi partido por la mitad, pero lo unía una tira rosada de músculo e intestinos.

—La cabeza tiene colmillos —dijo Zerbrowski.

—El asesor vampírico —dije.

—¿Qué pasó? —preguntó Dolph.

Me encogí de hombros.

—Supongo que estaba inclinado sobre el vampiro cuando revivió, y nada más verlo, se lo cargó directamente.

—¿Para qué?

—Parecía más un animal que otra cosa. Se despertó en un lugar extraño, con un desconocido encima, y reaccionó como una fiera enjaulada.

—¿Y cómo es que el asesor no fue capaz de controlarlo? ¿No está para eso?

—Solo podría controlar a un vampiro animalístico el maestro que lo ha creado. El asesor no era suficientemente poderoso.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó John. Se había guardado la pistola. Yo seguía empuñando la mía. Sería una chorrada, pero me hacía sentir mejor.

—Ahora tengo que intentar llegar a tiempo a mi tercera reanimación de la noche.

—¿Así, por las buenas?

Lo miré, dispuesta a cabrearme si hacía falta.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Tener un ataque de histeria? Eso no resucitaría a los muertos y me haría sentir peor aún.

—Lástima que no hagas juego con el envoltorio. —Suspiró.

Me guardé la pistola en la sobaquera y lo miré sonriente.

—Que te folle un pez.

Sí, esas eran las cinco palabras.

DIECINUEVE

Me había limpiado casi toda la sangre de la cara y las manos en el lavabo del hospital, y llevaba el mono ensangrentado en el maletero. Ya estaba presentable o, al menos, tan presentable como podía. Bert me había dicho que tenía la tercera cita en el cementerio Oakglen, a las diez. En teoría, el empleado nuevo ya había levantado dos zombis y se iba a quedar mirando mientras yo levantaba el tercero. No me quejaba.

Cuando entré en el cementerio ya eran las once menos veinticinco. Mierda. No creía que el nuevo reanimador se llevara muy buena impresión de mí, por no mencionar al cliente. La señora Doughal había enviudado cinco días atrás, y su difunto marido no había dejado testamento. Siempre comentaba que tenía que redactarlo, pero ya sabéis cómo son estas cosas: se van dejando para más adelante, y al final…

Tenía que levantar al señor Doughal delante de una viuda, dos abogados, dos testigos, sus tres hijos adultos y cuatro lagartijas que pasaban por ahí. Un mes atrás habían autorizado las reanimaciones de muertos de una semana o menos para que dictaran testamento. Gracias a eso, los Doughal se ahorrarían un montón de impuestos. Descontando los honorarios de los abogados, claro.

Había una hilera de coches a un lado de la estrecha carretera de grava. El césped se iba a quedar hecho polvo, pero si hubieran aparcado en la carretera, la habrían dejado intransitable. Claro que ¿quién iba a pasearse por una carretera de cementerio a las diez y media de la noche, aparte de un puñado de reanimadores, sacerdotes vodun, porretas adolescentes, necrófilos y satanistas? Para oficiar ritos en un cementerio después del anochecer había que ser feligrés de una religión reconocida y conseguir un permiso, o ser reanimador. En nuestro caso no hacía falta permiso, más que nada porque no teníamos fama de ir por ahí realizando sacrificios

humanos. Unas cuantas ovejas negras habían echado a perder la reputación de los practicantes del vudú. Yo, como buena cristiana, también miraba con malos ojos a los satanistas. Vamos, que a fin de cuentas son mala gente, ¿no?

Sentí la magia en cuanto pisé la carretera. Intentaban reanimar a un muerto, y muy cerca.

El nuevo ya había levantado dos zombis. ¿Podría con el tercero?

Ni Charles ni Jamison eran capaces de levantar más de dos por noche. ¿Cómo se las habría arreglado Bert para encontrar a alguien tan poderoso en tan poco tiempo?

Había cinco coches, sin contar el mío, y una docena de personas apiñadas alrededor de la tumba. Hombres y mujeres llevaban traje de chaqueta; ellos, con corbata. Me sorprende que tanta gente se arregle para ir al cementerio. Será porque lo normal es visitarlos en los entierros, pero el caso es que de entierro van vestidos casi todos mis clientes: con ropa formal, austera y oscura.

—Escúchanos, Andrew Doughal, te conminamos a que te levantes y vengas a nosotros. Andrew Doughal, ven a nosotros. —La voz del director del coro de dolientes era masculina.

La magia crepitó en el aire y se hizo opresiva. Me costaba llenar de aire los pulmones. Era una magia fuerte, pero inestable. Podía notar la inseguridad del reanimador como un soplo de aire frío. Sería poderoso, pero era joven y no controlaba mucho los poderes. Si había cumplido los veintiuno, me comería el sombrero.

Eso había encontrado Bert: un niñato sin formar. Y estaba levantando el tercer zombi de la noche. Lo que hay que aguantar.

Me quedé a la espera, entre los árboles. El chico era bajo, casi tanto como yo, y llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca de vestir con manchas oscuras de sangre seca. Tendría que darle unas clases sobre lo que había que ponerse, igual que Manny me las había dado a mí. Los reanimadores aún tenían que empezar de aprendices: no había cursos de levantamiento de zombis.

Invocaba a Andrew Doughal todo solemne, mientras los abogados y familiares lo contemplaban desde fuera. No había ningún miembro de la familia con él, dentro del círculo de sangre. Era aconsejable situar a un familiar detrás de la lápida, para que ayudara a controlar al zombi; si no, solo podría controlarlo el reanimador. Si no se había hecho en aquel caso, no había sido por

negligencia; era por imperativo legal. No se puede levantar a un muerto para que dicte testamento si entre los controladores hay alguien que sea parte interesada.

Las flores del túmulo se estremecieron, y de entre ellas salió una mano pálida que parecía intentar agarrarse a algo. La siguió otra mano, y luego una cabeza. El zombi salía de la tumba como si estuvieran tirando de él con cuerdas.

El nuevo reanimador se tambaleó y cayó de rodillas en la tierra. La magia también se tambaleó; el chaval se había puesto en el plato un zombi de más. El muerto seguía saliendo de la tumba, intentaba sacar las piernas, pero no lo controlaba nadie. Lawrence Kirkland había levantado el zombi, pero no podría darle instrucciones. Los zombis incontrolados son los que nos dan mala fama.

—¿Va todo bien? —preguntó un abogado.

Lawrence Kirkland asintió, demasiado agotado para hablar. ¿Se habría dado cuenta de qué había hecho? Me pareció que no; no estaba suficientemente asustado. Me acerqué al grupo.

—Señorita Blake, la echábamos de menos —me dijo el abogado —. Su… compañero parece indispuesto.

Le dediqué mi mejor sonrisa profesional. Todo va de maravilla, ¿ven? Confíen en mí, no hay ningún zombi a punto de montar la de Dios.

Caminé hasta el borde del círculo de sangre y noté una especie de viento que me rechazaba. El círculo se había cerrado, y yo me había quedado fuera. No podría entrar a no ser que el chico me invitara.

—Lawrence —susurré—. ¡Lawrence Kirkland!

Volvió la cabeza hacia mí lentamente. A pesar de la oscuridad pude ver el cansancio en sus ojos. Le temblaban los brazos. Virgen santa.

Me acerqué para que el público no pudiera oírme; tenía que fingir que no pasaba nada raro, mientras pudiera. Si teníamos suerte, el zombi se marcharía sin más; si no, le haría daño a alguien. Los muertos no suelen ser muy rencorosos, pero a veces les da por ahí, y si Andrew Doughal odiaba a alguno de sus parientes, aquella noche podía alargarse mucho.

—Lawrence, tienes que romper el círculo y dejarme entrar.

Me miró embobado, sin dar indicios de comprensión. Mierda.

—Lawrence, rompe el círculo ahora mismo.

El zombi ya se había liberado hasta las rodillas, y su camisa blanca resplandecía en contraste con el traje negro. Incómodo durante toda la eternidad. No tenía mal aspecto para un muerto viviente: la piel estaba floja y pálida, pero sin signos de putrefacción, y le quedaba una buena mata de pelo canoso. El chico había hecho un buen trabajo con su tercer zombi; si además conseguía cederme el control, miel sobre hojuelas.

—Lawrence, rompe el círculo, por favor.

Dijo algo en voz demasiado baja. Me acerqué tanto como me lo permitió la sangre.

—¿Qué?

—Larry. Me llamo Larry.

Sonreí; era ridículo. Le preocupaba que lo llamara Lawrence en vez de Larry mientras un zombi descontrolado salía de la tierra. ¿Una ida de olla transitoria? Más le valía.

—Abre el círculo, Larry.

Avanzó a cuatro patas y estuvo a punto de darse de morros con las flores, pero consiguió apartar un poco de sangre con la mano, y la magia se esfumó. Ya no había círculo de poder; así de fácil. Manos a la obra.

—¿Dónde tienes el cuchillo? —pregunté. Intentó girarse, y vi el brillo del acero al otro lado de la tumba—. Tú descansa; yo me encargo.

Se tumbó hecho un ovillo, con los brazos alrededor de las piernas, como si tuviera frío. Lo dejé en paz; antes que nada, controlar al zombi.

Cogí el cuchillo, que estaba junto al cadáver del gallo, y me encaré con el zombi que se apoyaba en su propia lápida, intentando orientarse.

Adaptarse a la muerte no es moco de pavo; las neuronas tardan un poco en revivir, y el cerebro no termina de creerse que debería funcionar. Pero al final se lo cree.

Me subí la manga de la chaqueta y respiré profundamente. No había más remedio, pero no por eso tenía que gustarme. Me pasé el cuchillo por la muñeca y apareció una línea oscura. La piel se abrió y cayó la sangre, casi negra a la luz de la luna. Fue un dolor intenso, punzante. Las heridas pequeñas siempre duelen más que las

grandes… al principio. Aquella era pequeña y no dejaría cicatriz. Además, o me hacía un corte o se lo hacía a alguien, para rehacer el círculo; la ceremonia estaba demasiado avanzada para ir a buscar otro gallo y volver a empezar. Si no terminaba deprisa con aquello, el zombi quedaría a su libre albedrío, y cuando nadie les dice qué tienen que hacer, a los zombis les puede dar por comer gente.

Andrew Doughal estaba sentado en la lápida, con la mirada perdida. Si Larry hubiera tenido suficiente fuerza, el zombi habría sido capaz de hablar y razonar por sí mismo, pero en ese momento era solo un cadáver que esperaba órdenes o un pensamiento fugaz.

Me encaramé a la montaña de gladiolos, crisantemos y claveles. Su aroma se mezclaba con el hedor de la tumba. Metida hasta las rodillas en flores moribundas, agité la muñeca ensangrentada ante la cara del zombi.

Los ojos vacíos siguieron mi mano, inexpresivos como los de un pez muerto. Andrew Doughal estaba ausente, pero dentro de él había algo que olía la sangre y conocía su valor.

Sé que los zombis no tienen alma. De hecho, no puedo levantar un cadáver hasta que lleva muerto tres días, que son los que tarda el alma en abandonar el cuerpo. Casualmente, los vampiros tardan lo mismo en revivir. Qué cosas.

Si no es el alma lo que reanima el cuerpo, ¿qué es? La magia: la mía, o la de Larry. Puede. Aun así, algo había en el cadáver, algo llenaba el vacío que había dejado el alma. Cuando la reanimación marchaba bien, ese algo era la magia. ¿Y en casos como aquel? No lo sabía, y ni siquiera estaba segura de querer saberlo. ¿Qué importancia tenía, si me servía para sacar las castañas del fuego? Sí, claro. Si lo repetía lo suficiente, igual conseguía creérmelo.

Le ofrecí mi muñeca sangrante, y vaciló un momento. Como le diera por rechazarla, a ver qué se me ocurría.

El zombi se quedó mirándome. Solté el cuchillo y me apreté la herida. Salió sangre, densa y viscosa, y el zombi me agarró con unas manos frías pero firmes. Acercó la cabeza a mi muñeca y se puso a chupar, moviendo la mandíbula convulsivamente, tragando tanto y tan deprisa como podía. Me iba a salir el chupetón más gordo del mundo, a juzgar por lo que estaba doliendo.

Intenté retirar la mano, pero el zombi empezó a chupar con más fuerza. No quería soltarme. Lo que faltaba.

—¿Puedes levantarte, Larry? —pregunté en voz baja. Seguíamos intentando fingir que aquello era lo normal. El zombi había aceptado mi sangre, y podría controlarlo si conseguía que me soltara.

—Sí —contestó Larry, levantando la cabeza hacia mí. Se puso en pie apoyándose en la lápida—. ¿Qué quieres? —Buena pregunta.

—Ayúdame a soltarlo. —Seguía intentando apartarme, pero esa cosa se agarraba con uñas y dientes.

Larry lo rodeó con los brazos y tiró, pero no consiguió nada.

—Prueba con la cabeza —le dije.

Le tiró del pelo, pero los zombis no sienten el dolor. A continuación le metió un dedo en la boca y consiguió despegar la ventosa. Parecía a punto de vomitar. Pobrecillo. Pero yo quería recuperar el brazo.

Se limpió el dedo en el pantalón como si le diera asco lo que había tocado. Como que me iba a dar pena.

La herida estaba roja. Al día siguiente tendría un moratón de la hostia.

El zombi estaba de pie y me miraba. Había vida en sus ojos: alguien había llegado a casa. Esperaba que fuera el habitante correcto.

—¿Eres Andrew Doughal? —pregunté.

—Sí —contestó con voz firme. Era una voz acostumbrada a impartir órdenes, pero no me dejé impresionar por ella. La usaba gracias a mi sangre. En realidad, los muertos son mudos y no recuerdan quiénes son hasta que prueban sangre fresca. Homero tenía razón; a saber qué otras cosas de la *Ilíada* son ciertas.

Me apreté la herida con la otra mano y me aparté de la tumba.

—Ahora responderá a sus preguntas —les dije a los congregados —, pero que no sean muy complicadas. Recuerden que se ha pasado casi todo el día muerto.

Los abogados no sonrieron, y la verdad es que no me extrañaba nada. Les indiqué con un gesto que podían acercarse, pero no se movieron. ¿Letrados escrupulosos? Esa sería nueva.

—Adelante —dijo la señora Doughal, dándole un golpecito en el brazo a su abogado—. Esto me está costando una fortuna.

Estuve a punto de decir que no cobramos por tiempo, pero a saber si Bert no había decidido cambiar el sistema de tarifas.

Aunque bien pensado, tampoco era mala idea. Andrew Doughal se portó muy bien y respondió a todas las preguntas con su voz firme y cultivada. Si se pasaba por alto el resplandor de su piel a la luz de la luna, parecía vivo, aunque en unos pocos días, o como mucho en un par de semanas, se pudriría, como todos. Si Bert había dado con la forma de conseguir que los clientes devolvieran a los muertos a la tumba antes de que empezaran a caerse en pedazos, mejor que mejor.

Había pocas cosas más tristes que una familia que volvía al cementerio con la madre empapada en perfume caro para ocultar el olor de la descomposición. El peor caso con el que me había topado era el de una cliente que le había dado un baño a su marido antes de devolverlo. Tuvo que llevar gran parte de su carne en una bolsa de basura, porque se le había desprendido al sumergirse en agua caliente.

Larry retrocedió y tropezó. Lo sujeté y cayó contra mí, pero mantuvimos el equilibrio.

—Gracias… por todo —dijo sonriendo un poco. Se quedó mirándome, muy cerca. A pesar del frío de la noche de octubre, estaba sudoroso.

—¿Has traído abrigo?

—Lo tengo en el coche.

—Ve a ponértelo, o pillarás una pulmonía.

—Lo que usted diga, jefa. —Su sonrisa se amplió. Tenía los ojos más abiertos de lo normal—. Me has salvado el culo. No lo olvidaré.

—Me alegro de que seas agradecido, pero vete a buscar el abrigo o acabarás en la cama con fiebre y sin poder trabajar.

Larry asintió y empezó a caminar lentamente hacia los coches. Se tambaleaba un poco, pero se las apañaba. A mí ya casi no me sangraba la muñeca, y me pregunté si tendría en el coche una tirita suficientemente grande para taparme la herida. Me encogí de hombros y decidí seguir a Larry hacia los coches. Las voces graves de los abogados, cargadas de aplomo jurídico, llenaban la oscuridad y resonaban en los árboles. ¿A quién pretendían impresionar? Porque al cadáver le daba tres leches.

VEINTE

Larry y yo, sentados en la fresca hierba otoñal, contemplábamos a los abogados que tomaban el testamento al dictado.

—Qué solemnes —comentó el chaval.

—Es su trabajo.

—¿Los abogados no pueden tener sentido del humor?

—Lo tienen terminantemente prohibido.

Larry sonrió. Tenía el pelo corto y rizado, de color naranja intenso, y los ojos azules e inmaculados como el cielo de primavera. Lo sabía porque lo había visto a la luz de los faros; en ese momento, a oscuras, parecía castaño y de ojos grises. No me gustaría tener que describir a alguien a quien no hubiera visto con buena luz.

Larry Kirkland tenía la piel pálida de algunos pelirrojos, y no le faltaban ni las pecas. Parecía la mascota de *Mad*, pero más achuchable, aunque dada su escasa estatura, dudo que le gustara el calificativo; yo al menos le tenía mucha tirria. Si se hiciera un referéndum entre los bajitos, seguro que se prohibiría el término *achuchable*. Con mi voto.

—¿Cuánto tiempo llevas de reanimador? —le pregunté.

—Unas ocho horas —contestó después de echar un vistazo a la esfera fosforescente de su reloj.

—¿Es tu primer trabajo? —pregunté alucinada. El chico asintió.

—¿No te ha hablado de mí el señor Vaughn?

—Bert solo me ha dicho que ha contratado a otro reanimador y que se llama Lawrence Kirkland.

—Estudio en la Universidad de Washington, y este semestre nos toca hacer prácticas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte, ¿por qué?

—Así que ni siquiera eres mayor de edad.

—Y no puedo beber alcohol ni ir a espectáculos porno, pero

mientras el trabajo no me obligue a entrar en sitios donde… —Me miró y se acercó un poco—. ¿Tenemos que ir a espectáculos porno?

Su expresión no me decía nada, y no supe si bromeaba, aunque supuse que sí.

—Veinte años deberían ser suficientes.

—Pues cualquiera lo diría. Por la cara que pones…

—Lo que me molesta no es tu edad.

—Entonces, ¿qué es?

No estaba segura de saber expresarlo, pero tenía una cara agradable y risueña. Era una cara más acostumbrada a reír que a llorar, flamante como una moneda recién acuñada, y yo no quería sentirme responsable de que cambiara. No quería sacarlo del cascarón para que se revolcara por el fango.

—¿Alguna vez has perdido a alguien? De la familia, quiero decir.

—Eso huele a conversación seria. —El humor le desapareció del rostro. Parecía un niño desconcertado.

—No sabes cuánto.

—¿Por qué…?

—Contesta a mi pregunta. ¿Has perdido a algún familiar?

—Hasta conservo los cuatro abuelos.

—¿Has experimentado algún episodio violento?

—Tenía muchas peleas en el instituto.

—¿Y eso?

—Creían que por ser bajito podían sobrarse conmigo. —Sonrió y tuve que imitarlo.

—Y les demostraste que se equivocaban.

—Huy, qué va. Me pasé años recibiendo. —Volvió a sonreír.

—¿Ganaste alguna pelea?

—Alguna que otra.

—Pero ganar no es lo importante.

—No. —Me miró fijamente, muy serio.

Durante un breve momento nos entendimos a la perfección: los dos habíamos sido los más bajitos de la clase. Siempre éramos los últimos a los que elegían al formar equipos para los deportes; habíamos tenido que aguantar las chanzas de los matones… La baja estatura puede agriar el carácter. Estaba segura de que nos entendíamos, pero como yo era la mujer, me tocaba ponerlo en

palabras. A los hombres les gusta mucho eso de leer la mente, pero a veces hay errores de interpretación, y tenía que estar segura.

—Lo importante es aguantar las palizas sin rendirse —dije.

—Y aguantar el tipo como sea —añadió asintiendo.

Me había cargado nuestro primer momento de conexión espiritual hablando, pero qué se le iba a hacer.

—¿No has sufrido nada violento, aparte de las peleas del instituto?

—Voy a conciertos de rock.

—No es lo mismo.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que no deberías haber intentado levantar el tercer zombi.

—Pero lo he conseguido, ¿no? —Se había puesto a la defensiva, pero lo seguí presionando. Cuando tengo algo que demostrar soy más perseverante que considerada.

—Lo has levantado, sí, pero has perdido el control. Si yo no hubiera aparecido, el zombi podría haberle hecho daño a alguien.

—Solo era un zombi. No atacan a la gente.

Lo miré para ver si estaba de guasa, pero resultó que no. Mierda.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Qué tengo que saber?

Me tapé la cara con las manos y conté despacio hasta diez. No estaba cabreada con Larry, sino con Bert, pero no podría gritarle a Bert hasta el día siguiente, y a Larry lo tenía a mano, así que le había tocado.

—Que no controlabas al zombi. Si yo no le hubiera dado sangre, la habría buscado por su cuenta. ¿Lo entiendes?

—Creo que no.

—Habría atacado a alguien —dije con un suspiro—. Le habría pegado un mordisco.

—Eso de que los zombis muerden a los vivos es pura superstición. Cuentos de miedo.

—¿Eso es lo que enseñan ahora en la universidad? —pregunté.

—Sí.

—Ya te prestaré unos ejemplares de *El Reanimador*, pero créeme: los zombis atacan a los vivos, y hasta pueden matarlos. Lo he visto.

—Solo intentas asustarme.

—Prefiero que estés asustado a que hagas estupideces.

—Lo he levantado, ¿qué más se supone que tenía que hacer? —me preguntó desconcertado.

—Quiero que entiendas lo que ha estado a punto de pasar. Quiero que entiendas que este trabajo no es ningún juego, ni un truco para entretener a los amigos. Es algo muy serio y puede ser peligroso.

—De acuerdo. —Cedía con demasiada facilidad: no me había creído; solo me seguía la corriente. Pero hay cosas que no se aprenden hasta que se sufren en carne propia. Me habría gustado poder envolver a Larry en celofán y dejarlo en un estante, a salvo y con la inocencia intacta, pero aquello no funcionaba así. Si seguía en el negocio el tiempo suficiente, ya se le saltaría el barniz, pero no era nada que se le pudiera dejar claro a nadie que, a los veinte años, ni siquiera se había visto afectado por la muerte. Esa gente no cree en el hombre del saco.

A los veinte años, yo ya creía en todo. De repente me sentí muy vieja.

Larry se sacó un paquete de tabaco del bolsillo del abrigo.

—Dime que no fumas, por favor.

—¿Tú no? —Me miró sobresaltado.

—No.

—¿Te molesta que fumen cerca de ti?

—Sí.

—Mira, me siento bastante mal y necesito un cigarro, ¿vale?

—¿Lo necesitas?

—Sí, lo necesito. —Sostenía un cigarrillo, muy blanco, entre dos dedos de la mano derecha. Ya se había guardado el paquete y había sacado un mechero. Me miró muy fijamente. Le temblaban un poco las manos.

Mierda. Había levantado tres zombis la primera noche, y yo quería convencer a Bert de que no era buena idea mandarlo a trabajar solo.

Ademas, estábamos al aire libre.

—Adelante —le dije.

—Gracias. —Encendió el cigarrillo y aspiró una profunda calada de nicotina y alquitrán. El humo le salió por la nariz y la boca como un fantasma blanquecino—. Mucho mejor.

—Mientras no fumes cuando estemos en el coche… —Me encogí

de hombros.

—Vale. —Cuando aspiró, la punta del cigarrillo se iluminó con un resplandor naranja. Fijó la vista a mi espalda—. Nos reclaman.

Me volví y, en efecto, los abogados nos hacían señas. Como quien llama a la señora de la limpieza: venga a arreglar el desastre que hemos montado. Me puse en pie, y Larry me siguió.

—¿Seguro que ya estás en condiciones? —le pregunté.

—No podría reanimar ni a una hormiga, pero creo que podré mirarte trabajar.

Estaba ojeroso y demacrado, pero si quería hacerse el machote, ¿quién era yo para impedírselo?

—De acuerdo, vamos allá.

Saqué la sal del maletero. Los pertrechos para levantar zombis son perfectamente legales. Supongo que el machete que usaba para decapitar a los gallos se podría catalogar como arma, pero todo lo demás se consideraba inofensivo. Una muestra de cuánto sabían de mi oficio los leguleyos.

El aspecto de Andrew Doughal había mejorado mucho. Aún estaba un poco cerúleo, pero tenía una expresión seria, preocupada, viva. Se pasó una mano por la elegante solapa de la chaqueta y me miró de arriba abajo, no solo porque era más alto que yo, sino porque lo suyo eran los aires de superioridad. Los hay con talento para la altanería.

—¿Sabe qué esta ocurriendo, señor Doughal? —le pregunté.

—Me voy a casa con mi mujer —dijo bajando la vista a lo largo de su afilada nariz de patricio.

Suspiré. Me daban mucha grima los zombis que no se daban cuenta de que estaban muertos. Tenían un comportamiento tan humano…

—¿Sabe por qué estamos en un cementerio?

—¿Qué pasa? —preguntó un abogado.

—Se le ha olvidado que está muerto —contesté en voz baja.

El zombi seguía mirándome con su expresión de perfecta arrogancia. En vida debía de haber sido insoportable, pero hasta los hijoputas dan algo de pena de vez en cuando.

—¿A qué vienen esas necedades? —dijo—. Está desvariando.

—¿Me puede explicar qué hacemos en un cementerio? —le pregunté.

—A usted no tengo nada que explicarle.

—¿Recuerda cómo ha venido?

—En coche, por supuesto. —Un deje de incertidumbre le empañó ligeramente la voz.

—Eso es lo que supone, porque la verdad es que no recuerda haber venido en coche al cementerio, ¿verdad?

—Pues, pues… —Miró a su mujer y a sus hijos, que se dirigían hacia los coches sin mirar atrás. Estaba muerto y ya no había vuelta de hoja, aunque era raro que una familia lo aceptara y se marchara sin más. Los parientes solían mostrarse horrorizados, entristecidos y a veces incluso asqueados, pero nunca indiferentes. Los Doughal tenían su testamento y se largaban. Ya tenemos la herencia; que papá se las componga para volver a la tumba.

—¿Emily? —llamó. La viuda titubeó y se envaró, pero uno de sus hijos la cogió del brazo y la condujo hacia los coches. ¿Estaría avergonzada, o asustada?—. ¡Quiero volver a casa! —La arrogancia había desaparecido y solo quedaba un miedo visceral, el deseo desesperado de no creerme. Si se sentía tan vivo, ¿cómo podía estar muerto?

—Lo siento, Andrew —dijo la mujer volviendo un segundo la cabeza. Sus hijos la arrastraron al interior del coche más cercano. Se escabullían a tal velocidad que cualquiera diría que acababan de atracar un banco y tenían que salir por patas.

Los abogados y los testigos se alejaban tan deprisa como podían, dentro de los límites del decoro. Habían terminado con su trabajo y ya no tenían nada más que hacer con el cadáver; el problema era que el cadáver los miraba como un niño al que estuvieran abandonando.

Ya podía haber seguido comportándose como un impresentable.

—¿Por qué me dejáis? —preguntó.

—Murió hace casi una semana, señor Doughal.

—Eso es mentira.

—Es cierto. —Larry se colocó a mi lado—. Yo mismo lo he levantado de la tumba.

Nos miró a uno y a otro. Empezaba a quedarse sin justificaciones.

—No me siento muerto.

—Confíe en nosotros, señor Doughal: está muerto —le dije.

—¿Me dolerá?

Muchos zombis hacían esa pregunta ante la perspectiva de volver a la tumba.

—No, señor Doughal, no le dolerá, se lo prometo.

Respiró profundamente, algo tembloroso, y asintió.

—¿Estoy verdaderamente muerto, del todo? —preguntó.

—Sí.

—Entonces devuélvanme a la tierra, por favor. —Había recuperado el aplomo. Era una pesadilla enfrentarse a un zombi que se negaba a aceptar su condición. Aun así era posible devolverlos, pero sus familiares tenían que sujetarlos a la tumba mientras gritaban y se debatían. Solo me había pasado dos veces, pero tenía el recuerdo de las dos grabado a fuego. Hay recuerdos que no se difuminan con el tiempo.

Le eché un puñado sal en el pecho; resonó como una lluvia de granizo contra un tejado.

—Con la sal te consigno a la tumba. —Cogí el cuchillo ensangrentado y limpié los restos de sangre en sus labios. No se apartó; me creía—. Con sangre y acero te consigno a la tumba, Andrew Doughal. Descansa y no vuelvas a caminar.

El zombi se tumbó en el montículo de flores, que lo engulló como las arenas movedizas. Así de fácil: había vuelto a la tierra.

El cementerio estaba desierto. Solo se oían el silbido del viento en las copas de los árboles y el canto melancólico de los últimos grillos de la temporada. En *La telaraña de Charlotte*, los grillos cantan: «El verano termina, se va; el verano está muriendo». Morirían con la primera helada; eran como Chicken Little, que le decía a todo el mundo que se estaba cayendo el cielo, con la diferencia de que los grillos tenían razón.

De repente se quedaron mudos, como si los hubieran apagado con un interruptor. Contuve la respiración y escuché atentamente. Solo se oía el viento, y sin embargo… Tenía los hombros tan tensos que me dolían.

—¿Larry?

—¿Qué? —Se volvió para mirarme con su cara inocente.

Tres árboles más allá, a nuestra izquierda, la silueta de un hombre se recortaba contra la luz de la luna. De reojo, capté un movimiento un poco más a la derecha. Eran varios. La oscuridad

parecía llena de ojos. Había más de dos.

Me coloqué detrás de Larry para que no me vieran sacar la pistola y la oculté con la pierna.

—¿Qué pasa? —susurró alarmado. Tuvo cuidado de no ponernos en evidencia; bien por él. Empezamos a caminar hacia los coches, como si tal cosa: sus amigos y vecinos, los reanimadores, vuelven a casa para tomarse un merecido descanso tras una noche de trabajo productivo.

—Hay gente.

—¿Nos siguen a nosotros?

—Supongo que a mí.

—¿Por qué?

—No hay tiempo. Cuando te diga, sal corriendo hacia los coches.

—¿Cómo sabes que quieren hacernos algo? —Tenía los ojos muy abiertos: había visto las sombras que se nos acercaban en la oscuridad.

—¿Cómo sabes tú que no? —le pregunté.

—Tienes razón. —Respiraba agitadamente. Aún nos faltaban diez metros para llegar.

—¡Corre! —le dije.

—¿Qué? —preguntó sobresaltado.

Lo cogí del brazo y corrí hacia los coches. Seguía intentando ocultar el arma, confiando que no la hubieran visto. Larry jadeaba por el miedo, el tabaco y, probablemente, porque no hacía footing en días alternos.

Delante de los coches apareció un hombre con un revólver enorme. Le disparé con la Browning sin pararme a apuntar, al tiempo que el cañón de su arma emitía un destello. El hombre dio un salto; no estaría acostumbrado a servir de blanco. Su disparo se perdió en la oscuridad, a nuestra izquierda, y él se quedó congelado durante el segundo que tardé en apuntar y disparar de nuevo. Cayó al suelo y dejó de moverse.

—Mierda —dijo Larry entre dientes.

—¡Está armada! —gritaron a lo lejos.

—¿Dónde está Martin?

—Le ha pegado un tiro.

Supongo que Martin era el del revólver. Seguía en el suelo, pero no sabía si lo había matado, y ni siquiera estaba muy segura de que

me importara, siempre que no se levantase y volviera a disparar.

Mi coche era el más cercano. Le di las llaves a Larry.

—Entra, abre la puerta del acompañante y arranca, ¿entendido?

Asintió. Las pecas resaltaban con la palidez de su cara. Confié en que no le entrara el pánico y se largara sin mí. No lo creía capaz de hacerlo por falta de consideración, pero sí por miedo.

Las sombras convergían desde todas partes. Eran una docena o más. El viento me transmitía el sonido de carreras en la hierba.

Larry pasó por encima de Martin, y yo le di una patada en la mano inerte para quitarle el revólver, un 45, que se perdió de vista debajo del coche. Si hubiera tenido tiempo, le habría comprobado el pulso; prefiero saber si he matado a alguien o no, más que nada porque luego es más fácil prestar declaración.

Larry entró en el coche y se inclinó para abrir la otra puerta. Apunté a una de las sombras que corrían y apreté el gatillo. El hombre trastabilló, cayó y se puso a gritar. Los otros titubearon; tampoco parecían demasiado acostumbrados a recibir disparos. Pobrecillos.

—¡Sal de aquí! —grité mientras entraba en el coche.

Larry arrancó salpicando grava. Salimos dando tumbos a toda hostia, con la luz de los faros saltando al compás.

—No te estrelles contra un árbol —le dije.

—Lo siento. —El coche pasó de la velocidad vertiginosa a la de agarrarse y cruzar los dedos. De momento había esquivado los árboles; ya era algo.

La vegetación y las lápidas se iluminaban a nuestro paso. Larry tomó una curva, y nos encontramos con que había un hombre plantado en mitad de la carretera, más adelante. Era Jeremy Ruebens, de la Alianza Humana, pálido y fantasmal a la luz de los faros. Si llegábamos a la curva que había detrás de él, saldríamos a la autovía y estaríamos a salvo.

El coche perdió velocidad.

—¿Qué haces? —pregunté.

—No quiero atropellarlo —dijo Larry.

—¿Cómo que no?

—¡No! —Transmitía más miedo que indignación.

—Solo está jugando a la gallina. Se apartará.

—¿Estás segura? —Como un niño que no acaba de creerse que

no hay monstruos debajo de la cama.

—Sí. Pisa a fondo y vámonos de aquí.

Aceleró. El coche saltó hacia delante, hacia la silueta envarada de Jeremy Ruebens.

—No se aparta —dijo Larry.

—Por ahora.

—¿Seguro?

—Que sí.

—Espero que tengas razón —susurró. Me miró de reojo y volvió a concentrarse en la carretera.

Cuando estábamos a punto de darle, Jeremy Ruebens se lanzó a la cuneta. Oímos el roce de su abrigo contra la carrocería. Por los pelos.

Larry aceleró, dobló la curva y enfiló el último tramo. Salimos a la autopista con un rechinar de neumáticos y una lluvia de grava, pero lo habíamos conseguido: estábamos fuera del cementerio. Di gracias al cielo.

El niñato tenía los nudillos blancos, pero seguía aferrando el volante.

—Ya puedes relajarte —le dije—. Estamos a salvo.

Tragó saliva con tanta fuerza que lo oí, y después asintió. El coche fue acercándose gradualmente al límite de velocidad. Tenía la cara bañada en sudor, y no precisamente porque estuviera acalorado.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—No lo sé. —Parecía ausente. Estaba en shock.

—Lo has hecho muy bien.

—Creía que iba a atropellarlo. Creía que iba a matarlo con el coche.

—Él también lo creía: por eso se ha apartado.

—¿Y si no?

—Ya ves que sí.

—Pero ¿y si…?

—Pues le habríamos pasado por encima y estaríamos donde estamos: a salvo en la carretera.

—Me habrías dejado atropellarlo, ¿verdad?

—Lo importante es sobrevivir, Larry. Si no puedes con ello, búscate otro trabajo.

—A los reanimadores no les pegan tiros.

—Esos tipos eran de la Alianza Humana, una asociación de fanáticos ultraderechistas que odian cualquier cosa que tenga que ver con lo sobrenatural. —No le comenté que Jeremy Ruebens había ido a verme; no le pasaría nada por no saberlo.

Me quedé mirándolo. Estaba muy pálido y desorientado. Se había enfrentado a un dragón, y no era precisamente de los más temibles, pero después de vivir una situación violenta no volvemos a ser los mismos. La primera vez que tenemos que decidir si vivimos o morimos, nosotros o ellos, nos cambia para siempre y no hay vuelta atrás. Enfrentada a la conmoción de la cara de Larry, me habría gustado que las cosas hubieran sido distintas; me habría gustado que siguiera risueño, inocente y confiado. Pero como decía mi abuela paterna, hay que ser gilipollas para creer que de ilusión también se vive.

Larry había entrado en mi mundo. Faltaba ver si estaría dispuesto a encajar otra dosis o saldría corriendo. Huir o perseverar, escaquearse o plantar cara: el eterno dilema. No sabía muy bien qué prefería. Quizá viviera más tiempo si se mantenía alejado de mí; por otra parte, quizá no. Cara, chungo; cruz, peor.

VEINTIUNO

—¿Qué pasa con mi coche? —preguntó Larry, alarmado.

—Lo tienes asegurado, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Sí, pero…

—Como no han conseguido triturarnos, igual les da por triturarte el coche.

El chaval me miró buscando indicios de que era una broma. Ya le gustaría.

De repente, una bicicleta salió de la oscuridad y se nos plantó delante. Los faros iluminaron el semblante pálido de un niño.

—¡Cuidado! —grité.

Larry volvió a mirar la carretera justo a tiempo para ver los ojos desorbitados del crío. Los frenos chirriaron, y el niño desapareció de la estrecha franja iluminada. Se oyó un golpe antes de que detuviera el coche. Larry jadeaba; yo había dejado de respirar.

Teníamos el cementerio a la derecha. Estábamos demasiado cerca para pararnos; sin embargo… Mierda. Era un puto crío.

Me volví para mirar. La bicicleta era un amasijo de hierros, y el niño estaba inmóvil. Que no estuviera muerto, por favor…

No creía que los de la Alianza Humana tuvieran tanta imaginación como para usar un niño de cebo, pero si se trataba de una trampa, era de las mejores, porque yo no podía dejarlo tirado en el arcén.

Larry se agarraba al volante con tanta fuerza que le temblaban los brazos. Si antes me había parecido que estaba pálido, no había visto nada. Parecía un fantasma descompuesto.

—¿Está… herido? —preguntó con una voz áspera por las lágrimas contenidas. En realidad quería preguntar si estaba muerto, pero no se atrevió a pronunciar la palabra. Prefería apartarla de su mente.

—Quédate en el coche —le dije.

Larry no contestó. Se quedó mirándose las manos, sin atreverse a levantar la vista. Joder, tampoco era culpa mía que hubiera perdido la flor, así que ¿por qué me sentía culpable?

Salí del coche, con la Browning preparada por si a aquellos locos les había dado por seguirnos a la carretera. Podían haber recuperado el 45 y estar en camino. El niño no se había movido, pero estaba demasiado lejos para ver si respiraba. Sí, seguro que era eso. Lo tenía a un metro por lo menos.

Por favor, que estuviera vivo.

Estaba tendido boca abajo, con un brazo aprisionado por el cuerpo, probablemente roto. Inspeccioné la oscuridad del cementerio mientras me arrodillaba a su lado; no parecía que una turba de ultras exaltados anduviera al acecho. El chaval llevaba el atuendo prototípico: camisa de rayas, pantalón corto y zapatillas de deporte. ¿Quién le había puesto ropa de verano en una noche tan fría? ¿Su madre? ¿Una mujer lo había vestido amorosamente y lo había mandado a morir?

Tenía el pelo castaño ondulado, suave como el de un bebé. La piel de su cuello estaba helada. ¿Por la conmoción? Aunque hubiera muerto, aún no se habría enfriado. Intenté encontrarle el pulso, pero no hubo manera. Por favor, Dios, por favor.

Levantó la cabeza y soltó un gemido. Estaba vivo. Gracias, Dios mío.

Intentó enderezarse, pero se desmoronó dejando escapar un grito.

Larry se había apeado y se nos acercaba.

—¿Cómo está?

—Vivo —contesté.

El niño se empeñaba en incorporarse, de modo que lo cogí por los hombros para ayudar, intentando sostenerlo con el brazo derecho. Alcancé a ver de refilón unos ojos marrones muy grandes, una cara molletuda… y un cuchillo más grande que el niño, en su mano derecha.

—Dile que venga a ayudarte —susurró. Entre los labios regordetes asomaban unos colmillos minúsculos. El filo del cuchillo me apretaba el estómago por encima de la riñonera: la punta se había introducido bajo la chaqueta de cuero y estaba en contacto con la camisa. Fue uno de esos momentos en que el tiempo se estira

y se desencadena una pesadilla a cámara lenta: pude decidir con calma entre traicionar a Larry y morir. No había color: nunca les entrego a nadie a los monstruos. Así que…

—¡Corre! —grité.

El vampiro no me apuñaló; solo se quedó paralizado. Quería capturarme viva: por eso me había amenazado con el cuchillo, no con los colmillos. Me puse en pie, y el vampiro se limitó a mirarme. Mira por dónde, no tenía plan B.

El coche estaba parado, arrojando luz por las puertas abiertas. Los faros conferían un aire muy teatral a la escena. Larry titubeó.

—¡Métete en el coche!

Se acercó a la portezuela abierta, y los faros iluminaron a una mujer. Llevaba un abrigo blanco y largo, que mostraba un traje de chaqueta elegante, de tonos crema y ocre. Abrió la boca y rugió, enseñando los colmillos.

—¡Detrás de ti! —grité mientras echaba a correr.

Larry me miró, miró más allá de donde estaba yo y abrió mucho los ojos. Oí los piececitos a mi espalda. Larry estaba aterrorizado; ¿sería la primera vez que veía un vampiro?

Desenfundé mientras corría. Es imposible acertar a nada a la carrera, y tenía un vampiro delante y otro detrás. Cara o cruz, para variar.

La vampira tomó impulso en el capó del coche y salió despedida con un salto largo y ágil que la llevó contra Larry. Los dos cayeron al suelo.

No podía pegarle un tiro sin arriesgarme a dar a Larry, así que giré en redondo y disparé a bocajarro contra la cara del niño vampiro.

Sus ojos se agrandaron mientras yo apretaba el gatillo. Noté un golpe en la espalda y fallé el tiro. Caí de bruces y me quedé tendida con algo pesado encima.

Me había quedado sin aire, pero me volví con intención de apuntar a lo que tuviera en la espalda: si no hacía algo deprisa, quizá no tuviera que volver a preocuparme por la respiración.

El niño se abalanzó contra mí, blandiendo el cuchillo. La pistola no llegaría a tiempo; si hubiera tenido aire, habría gritado. El cuchillo se me hundió en la manga de la chaqueta, y oí el golpe de la hoja contra el asfalto. Tenía el brazo aprisionado; apreté el

gatillo, y una bala inofensiva se perdió en la oscuridad.

Me contorsioné para intentar ver qué, o quién, tenía pegado a la espalda. Era un *qué*: los faros traseros del coche iluminaban un rostro plano de pómulos marcados, con los ojos estrechos, algo almendrados, y el pelo largo y liso. Un poco más étnico y nos lo habríamos encontrado labrado en piedra, rodeado de serpientes y de dioses aztecas.

Me atrapó la mano derecha, la que estaba sujeta al asfalto y todavía sostenía la pistola, y me apretó los dedos contra el metal.

—Suelta el arma o te destrozo la mano —dijo en voz baja, muy grave.

Larry soltó un aullido lastimero.

Si alguien grita, es que no tiene nada mejor que hacer. Me subí la manga izquierda contra el asfalto, para revelar la muñeca, donde llevaba el reloj y la pulsera. Los tres crucifijos brillaron a la luz de la luna, y el vampiro siseó, sin soltarme. Le froté con la pulsera la mano que me sujetaba, y me llegó el olor de la carne quemada. Entonces, con la mano libre, me sujetó por la manga y me llevó el brazo de los crucifijos a la espalda, de forma que no pudiera alcanzarlo con él.

Si hubiera sido un muerto reciente, le habría bastado con ver los crucifijos para echarse a aullar; pero no era simplemente antiguo; era antiquísimo. Necesitaría bastante más que una cruz consagrada para quitármelo de encima.

Larry volvió a gritar.

Yo también grité, porque no podía hacer nada más, salvo aferrarme a la pistola mientras el vampiro me hacía picadillo la mano, y eso no sería muy productivo. No querían matarme, pero no parecía que les importara herirme, y aquel tipo podía convertirme la mano en una pulpa sanguinolenta, de modo que solté la pistola y grité, mientras intentaba aflojar el cuchillo que me inmovilizaba el brazo y liberar la otra manga de la mano del vampiro para tocarlo con las cruces.

De repente sonó un disparo. Todos nos quedamos paralizados y después miramos hacia el cementerio. Jeremy Ruebens y compañía habían recuperado la pistola y nos disparaban. ¿Acaso les había parecido que aquellos monstruos estaban conchabados con nosotros? ¿O les daba igual a quién alcanzaban?

—¡Ayúdame, Alejandro! —gritó una mujer a nuestras espaldas. De repente, el vampiro que llevaba de mochila se esfumó; no sabía por qué, ni me importaba. Me quedé con el monstruo enano casi encima, mirándome con sus enormes ojos marrones.

—¿No te duele?

—No. —La pregunta me sorprendió tanto que contesté antes de darme cuenta.

El niño, decepcionado, se puso de cuclillas junto a mí.

—Quería hacerte un corte para lamer la sangre de la herida. —Su voz seguía siendo la de un niño; siempre lo sería. Pero la experiencia de sus ojos me traspasó la piel como un hierro candente. Era antiguo, mucho más que Jean-Claude.

Una bala alcanzó el faro trasero del coche, justo por encima de la cabeza del niño, que se volvió hacia los fanáticos con un rugido muy poco infantil. Intenté arrancar el cuchillo del asfalto, pero estaba bien incrustado.

El vampiro se desvaneció en la oscuridad como una ráfaga de viento. Iba a por los fanáticos; que Dios se apiadara de ellos.

Me volví para mirar a Larry. Estaba en el suelo y tenía encima a una mujer de pelo largo, castaño y ondulado. El tal Alejandro, que era el tipo que me había estado inmovilizando, y otra mujer, forcejeaban con ella; al parecer le había dado por matar a Larry, e intentaban detenerla. Me pareció bien.

Otra bala surcó el aire, pero ni se nos acercó. Se oyó un grito estrangulado y se acabaron los disparos. ¿El niño habría alcanzado al tirador? ¿Larry estaría herido? ¿Qué podía hacer para ayudarlo y, ya puestos, para salir de aquello?

Los vampiros parecían muy ocupados; si iba a actuar, aquel parecía el momento adecuado. Intente bajarme la cremallera de la chaqueta con la mano izquierda, pero se encalló a medio camino. Cojonudo. Mordí la solapa y di un tirón. Vale, ya me había desabrochado la chupa. ¿Qué más?

Me bajé la manga izquierda con los dientes, me senté en el extremo y saqué el brazo. Después, sacar el derecho resultó más fácil.

Alejandro cogió en vilo a la mujer de pelo castaño. La lanzó por encima del coche y la perdí de vista, pero no la oí caer. Puede que supiera volar, pero en tal caso, no quería saberlo.

Larry estaba oculto tras una cortina de pelo claro. La segunda mujer lo sujetaba como a un príncipe al que fuera a besar. Alejandro la agarró por la melena, la obligó a ponerse en pie y la lanzó contra el coche. Ella se tambaleó, pero no cayó, e hizo ademán de morderlo, como si fuera un perro atado.

Tracé un círculo amplio a su alrededor, con los crucifijos siempre por delante, como en cualquier peli de vampiros. Aunque, bien pensado, nunca he visto a ningún cazavampiros con cruces en la pulsera.

Larry estaba a cuatro patas, tambaleándose. Hablaba con voz aguda, al borde de la histeria, y no paraba de repetir: «Estoy sangrando. Estoy sangrando».

Lo toqué, y saltó como si se hubiera quemado. Me miró aterrado.

La sangre le goteaba camisa abajo, negra a la luz de la luna. Lo había mordido, por el amor de Dios. Lo había mordido.

—¿No oléis la sangre? —gemía la rubia, debatiéndose para llegar a Larry. Parecía un ruego.

—Contrólate o te controlo —ordenó Alejandro con una furia contenida que pareció cortar el aire. La vampira se inmovilizó.

—Ya está, ya está —dijo atemorizada. Nunca había visto a un vampiro tan acojonado ante otro. Parecía… ¿qué? ¿Muerta de miedo? Bueno, algo parecido. Allá ellos; yo tenía mejores cosas que hacer. Por ejemplo, dar con la forma de esquivarlos a todos y meterme en el coche.

Alejandro tenía a la mujer sujeta contra el coche, con una mano. Con la izquierda sujetaba mi pistola. Me quité la tobillera de colgantes. Es imposible pillar desprevenido a un vampiro; hasta los muertos recientes están más a la que salta que un gato de rabo largo en una habitación llena de mecedoras. Ya que no tenía oportunidad de sorprenderlo, probé con métodos más expeditivos.

—¡Lo ha mordido! ¡Me cago en la hostia! ¡Lo ha mordido! —grité mientras le tiraba de la camisa para llamar su atención. Le colé la tobillera por la espalda.

El vampiro se echó a gritar.

Le pasé los crucifijos de la pulsera por la mano; cuando soltó la pistola, la recogí. De la espalda le salía una lengua de fuego azulado. Intentaba alcanzársela, pero no llegaba. Vuelta y vuelta,

cariño.

Mientras se debatía entre gritos, el vampiro me dio un golpe de refilón en la cabeza; salí despedida y di de bruces contra el asfalto. Amortigüé lo que pude con los brazos, pero no conseguí evitar que mi cabeza rebotara en la carretera.

El mundo se llenó de puntos negros. Cuando se me aclaró la vista tenía encima una cara muy pálida. El pelo largo, rubio platino, me rozó la mejilla cuando la vampira se inclinó para morder.

Aún llevaba la Browning en la mano derecha. Apreté el gatillo, y el cuerpo de la mujer salió despedido como si hubieran tirado de él. Cayó en la carretera, sangrando. Lo del estómago no era nada comparado con el agujero que tenía en la espalda. Esperaba haberle deshecho la columna.

Conseguí ponerme en pie.

Alejandro se arrancó la camisa, y los crucifijos cayeron a la carretera en un charco de fuego azul. Tenía la espalda achicharrada, con ampollas aquí y allá para añadir una nota de color. Se giró hacia mí y le pegué un tiro en el pecho, apresuradamente. No lo derribé.

Larry lo agarró por el tobillo, pero el vampiro siguió avanzando, arrastrando al joven como si fuera un juguete. Lo cogió por el brazo y lo puso en pie, pero Larry le pasó una cadena por el cuello. El pesado crucifijo de plata estalló en llamas, y Alejandro, en gritos.

—¡Entra en el coche ahora mismo! —ordené.

Larry se metió por la puerta del conductor y desde allí pasó al asiento del acompañante; después cerró su puerta y echó el seguro, como si fuera a servir de algo. El vampiro rompió la cadena y la lanzó a lo lejos; el crucifijo se perdió entre los árboles como una estrella fugaz.

Entré en el coche, cerré la puerta, eché el seguro de la Browning y me la coloqué entre las piernas.

Alejandro, el vampiro, se retorcía de dolor. De momento no estaba en condiciones de perseguirnos. Mira qué bien.

Puse el coche en marcha y pisé el acelerador. El vehículo culeó; reduje a warp uno y lo enderecé. Nos sumergimos en el túnel de oscuridad con un círculo de luz mortecina que proyectaba sombras de árboles. Y al final de la arboleda vi una forma humana, con el pelo largo y castaño agitado por el viento. Era la primera vampira

que había atacado a Larry, y estaba allí, en mitad de la carretera, inmóvil. Estábamos a punto de averiguar qué tal se les daba a los vampiros jugar a la gallina.

Dispuesta a seguir mi propio consejo, pisé el acelerador a fondo, y el coche salió disparado hacia delante. La vampira siguió sin moverse mientras nos precipitábamos hacia ella.

En el último instante me di cuenta de que no se iba a apartar, y yo tampoco tenía tiempo. Estábamos a punto de averiguar si era cierta mi teoría sobre los automóviles y la carne de vampiro. Y nunca tengo a mano el coche de plata cuando lo necesito.

VEINTIDÓS

Los faros iluminaron a la vampira como si fueran focos. Vi la imagen de una tez pálida, un pelo castaño y unos colmillos desafiantes. La atropellé a cien por hora. El coche se sacudió, y la mujer nos cayó encima. Todo parecía ocurrir a cámara lenta y, sin embargo, demasiado deprisa para que pudiera hacer nada. Cuando golpeó el parabrisas se oyó un *crac*.

El cristal se llenó de grietas en forma de telaraña, y de repente me encontré sin visibilidad. Aun así, el vidrio de seguridad había cumplido su función: no se había desmenuzado ni nos había cortado a cachitos; solo se había astillado, pero hasta tal punto que no permitía ver nada. Frené de golpe, y un brazo atravesó el cristal, arrojando un montón de esquirlas brillantes encima de Larry.

El chico gritó. La mano le aferró la camisa y lo arrastró hacia los dientes del parabrisas.

Giré a la izquierda tan bruscamente como pude; el coche derrapó, y no tuve más remedio que soltar el freno y el acelerador.

Larry se agarraba con fuerza al reposabrazos y a la cabecera del asiento. Gritaba y hacía lo posible por no dejarse arrastrar. Recé para mis adentros y solté el volante. El coche entró en trompo. Pasé una cruz por la mano; empezó a echar humo, soltó a Larry y desapareció por el hueco del parabrisas.

Intenté dominar el volante, pero ya era tarde: el coche se salió de la carretera y entró derrapando en la cuneta. El metal protestó mientras se rompía algo muy grande. Me vi lanzada contra la puerta del conductor, con Larry encima; después caímos hacia el otro lado. Y se terminó. El silencio nos sobresaltó; era como si nos hubiéramos quedado sordos. Sentía el eco del estruendo en todo el cuerpo.

—Gracias a Dios —dijo alguien. Era yo.

La puerta del acompañañante se desprendió como la cáscara de una nuez, y me aparté a toda prisa. Larry se quedó desconcertado

mientras lo arrastraban fuera. Me eché al suelo del coche, pistola en mano, mirando hacia donde había salido el cuerpo de Larry.

Estaba justo delante, y una mano le atenazaba la garganta. No sabía si podía respirar. Apunté al rostro bronceado de Alejandro, el vampiro, que me miraba con expresión inescrutable.

—¿Quieres que le desgarre el cuello? —dijo.

—¿Quieres que te vuele la cabeza? —Vi como entraba una mano por el parabrisas roto—. Ojo, que te quedas sin cara.

—Él morirá primero —dijo el vampiro. Pero la mano se apartó del parabrisas. Su inglés estaba teñido de algún otro idioma; la tensión le había hecho aflorar el acento.

Larry tenía los ojos como platos y la respiración agitada, demasiado agitada. Iba a hiperventilar, si vivía lo suficiente.

—Decídete —dijo el vampiro en tono neutro, sin rastro de emociones. La expresión de Larry ya transmitía bastantes por los dos.

Le puse el seguro a la pistola y la deposité, con la culata por delante, en la mano que me tendía. Sabía que estaba cometiendo un error, pero también sabía que no podía cruzarme de brazos mientras le desgarraban el cuello a Larry. Hay cosas más importantes que la supervivencia física; por ejemplo, poder mirarse al espejo. Entregué el arma por el mismo motivo por el que había parado a socorrer al niño: no tenía elección. Era de los buenos, y a los buenos nos va eso de sacrificarnos. Seguro que lo pone en algún sitio.

VEINTITRÉS

La cara de Larry era una mascara sanguinolenta. Ningún corte parecía grave, pero las heridas superficiales sangran que da gusto. El vidrio de seguridad resistía los choques, pero no los ataques de vampiros; a ver si los fabricantes toman nota.

La mano de Alejandro, que aún sujetaba el cuello de Larry, chorreaba sangre. El vampiro se había metido mi pistola en los pantalones; por su forma de manejarla, se notaba que sabía usarla. Ya era mala suerte, con tanto vampiro tecnófobo… Una ventaja menos.

La sangre de Larry, pringosa y cálida como la gelatina a medio solidificar, corría por la mano del vampiro impávido: un autodominio férreo. Miré sus ojos casi negros y sentí el peso de los siglos como unas alas monstruosas que se desplegaran ante mí. El mundo empezó a dar vueltas; tenía la sensación de que me hundía y alargué la mano para tocar algo, para evitar precipitarme al vacío. Una mano me sujetó. Tenía la piel fría y tersa. Me aparté de un tirón y me di contra el coche.

—¡No me toques! ¡Ni se te ocurra tocarme!

El vampiro se quedó indeciso, con una mano ensangrentada alrededor del cuello de Larry y la otra tendida hacia mí en un gesto muy humano. En cuanto a Larry, parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—Lo estás estrangulando —dije.

—Perdón —dijo el vampiro, soltándolo.

Larry cayó de rodillas, respirando con jadeos entrecortados. Quería preguntarle cómo estaba, pero me abstuve: mi trabajo consistía en sacarlo y salir de allí, con vida si era posible, y además tenía una idea bastante aproximada de cómo se sentía: fatal. Para qué hacer preguntas tontas. Bueno, tal vez una…

—¿Qué quieres? —le pregunté al vampiro.

Me miró, y contuve el impulso de devolverle la mirada para hablar con él. Era difícil. Acabé con la vista clavada en el agujero que le había hecho mi bala en el pecho. Era muy pequeño y había dejado de sangrar. Mierda, sí que se curaba deprisa. Me concentré en la herida, combatiendo el impulso de establecer contacto visual. Es difícil hacerse la dura con alguien a quien no se mira a la cara, pero ya llevaba años de práctica antes de que a Jean-Claude le diera por hacerme su fatídico «regalo». Y a base de práctica… Bueno, ya sabéis.

El vampiro no contestó, de modo que repetí la pregunta, con la voz firme y controlada. No se me notó el miedo; qué mayor.

—¿Qué quieres?

Sentí la mirada de Alejandro por todo el cuerpo, como si me lo estuviera recorriendo con un dedo, y me puse a temblar de forma incontrolable. Larry se arrastró hacia mí, con la cabeza gacha y goteando sangre.

Me arrodillé a su lado y, casi sin querer, solté la gilipollez de rigor:

—¿Cómo estás?

Me miró a través de la sangre que le cubría los ojos.

—Nada que no se cure con unos puntos. —Intentaba bromear. Quería abrazarlo y asegurarle que ya había pasado lo peor, pero no me gusta hacer promesas que no pueda mantener.

No era que el vampiro se moviera, pero algo me hizo volverme hacia él. La hierba otoñal le llegaba por las rodillas. Era bajo en comparación con un hombre blanco, anglosajón y del siglo XX. Llevaba un cinturón con hebilla de oro, labrada con la forma de una figura humana estilizada. Igual que el rostro del vampiro, parecía sacada de una postal azteca.

El impulso de levantar la vista y mirarlo a los ojos me hacía hormiguear la piel. Llegué a enderezar un poco la cabeza, pero reaccioné a tiempo. El muy capullo me la estaba jugando y yo no podía hacer nada. Ni siquiera sabía qué hacía exactamente, a pesar de que me lo estaba haciendo a mí; me engatusaba como a una turista.

O no tanto. No me habían hincado el diente, y todo parecía indicar que querían algo más que sangre; de lo contrario llevaría rato muerta, y Larry también. Aún tenía los crucifijos consagrados.

¿Qué podría hacerme aquella criatura si me los quitaba? Mejor no averiguarlo.

Seguíamos con vida, y eso significaba que muertos no servíamos a sus propósitos, pero ¿cuáles eran?

—¿Qué demonios quieres? —Me tendió la mano para ayudarme a incorporarme, pero me levanté yo sólita y escudé a Larry.

—Dime quién es tu amo y no te haré nada.

—Y entonces, ¿quién se encargará?

—Muy lista, pero te garantizo que, si me das el nombre, te permitiré marchar sana y salva.

—En primer lugar, no tengo amo, pero es que ni siquiera estoy segura de tener a nadie que me comprenda. —Contuve el impulso de mirarlo para ver si había pillado el chiste. No me cabía duda de que a Jean-Claude no se le habría escapado.

—¿Te atreves a bromear? —preguntó sorprendido, al borde de la indignación. Supongo que eso era bueno.

—No tengo amo —insistí. Los maestros vampiros podían saber, por el olor, si alguien mentía o decía la verdad.

—Si crees eso, no tienes ni idea. Llevas dos marcas de un maestro. Dame su nombre y acabare con él. De paso, te librarás del… problema.

Vacilé. Era más antiguo que Jean-Claude; mucho más. Quizá fuera capaz de matar al amo de los vampiros de la ciudad. Claro que eso lo convertiría en amo a él, y teníamos a sus tres ayudantes de propina. Cuatro vampiros… y había cinco matando gente por ahí. Solo faltaba otro para completar el cuadro. No podía haber tantísimos maestros descontrolados en una ciudad de tamaño medio.

Y sospechaba que a los demás vampiros de la zona no les hacía nada de gracia que un maestro se estuviera dedicando a matar civiles.

—No puedo. —Sacudí la cabeza.

—Deseas desembarazarte de él, ¿verdad?

—No sabes hasta qué punto.

—Pues déjame liberarte. Te puedo ayudar.

—¿Igual que ayudaste al hombre y a la mujer asesinados?

—Yo no los asesiné —dijo con voz pausada. Sus ojos eran tan potentes que daba para ahogarse en ellos, pero su voz no era tan

buena; no tenía magia. Tanto Jean-Claude como Yasmín usaban la voz mucho mejor. Bueno era saber que cada habilidad se desarrolla más o menos según el vampiro: la antigüedad no lo es todo.

—De modo que no asestaste el golpe mortal, ¿y qué? Tus seguidores cumplen tu voluntad, no la suya.

—No te imaginas cuánto margen dejamos al libre albedrío.

—¡Basta! —estallé.

—¿Qué quieres decir?

—No me vendas motos.

—¿Preferirías que perdiera los estribos? —preguntó divertido.

La verdad era que sí, pero me abstuve de decirlo.

—No pienso darte el nombre. ¿Qué más quieres?

Sentí una ráfaga de viento en la espalda. Giré en redondo y vi que la mujer de blanco se abalanzaba hacia mí con las fauces abiertas de mala manera y las garras manchadas de sangre ajena. Caímos las dos en la hierba, y ella quedó encima. Se lanzó contra mi cuello como una serpiente, pero le planté la muñeca izquierda en la cara, y un crucifijo le rozó los labios, arrancando un destello y el hedor de la carne quemada. La vampira desapareció en la oscuridad, gritando. Nunca había visto a nadie moverse tan deprisa. ¿Había sido capaz de realizar sus artimañas a pesar de la cruz consagrada? ¿Cuántos vampiros de más de quinientos años podía haber en el mismo clan? Esperaba que dos como máximo; como fueran más, no habría nada que hacer.

Me puse en pie. El maestro vampiro estaba agazapado junto a los restos de mi coche, y no se veía a Larry por ninguna parte. Sentí la tenaza del miedo, pero después comprendí que Larry se había metido debajo del coche para que el vampiro no pudiera alcanzarlo. Si todo lo demás falla, escóndete: a los conejos les funciona ese truco.

El vampiro dobló la espalda llena de ampollas en un ángulo imposible, para tirar de Larry.

—Como no salgas, te arranco el brazo —dijo.

—Cualquiera diría que intentas sacar un gatito de debajo de la cama.

Alejandro se giró e hizo un gesto de dolor casi imperceptible. Así que estaba tocado. ¡Bieeen!

Me pareció que algo se movía a mis espaldas, y me dejé llevar

por el instinto: giré, con las cruces por delante, y me encontré con dos vampiros. Una de ellos era la mujer del pelo claro. Lástima: el disparo no le había destrozado la columna. El otro podría ser su hermano. Los dos bufaron y se apartaron de los crucifijos. Menos mal que aún impresionaban a alguien.

El maestro se me acercó por atrás, pero lo oí llegar, no sé si porque las quemaduras lo hacían patoso o porque los crucifijos me ayudaban. Estaba a medio camino entre los vampiros, blandiendo las cruces a un lado y otro. Los rubios me miraban con miedo escudados tras los brazos, pero el maestro no se dejó amilanar y se me acercó rápidamente. Di un paso atrás, intentando interponer los crucifijos entre nosotros, pero me sujetó por el antebrazo izquierdo. Las cruces colgaban a unos centímetros de su piel.

Di un tirón para apartarme de él tanto como pudiera y lo golpeé en el plexo solar con todas mis fuerzas. Soltó un gemido, pero me descargó la mano contra la cara; me tambaleé y noté el sabor de la sangre. Apenas me había rozado, pero había transmitido el mensaje: si nos liábamos a hostias, yo tenía las de perder.

Aun así, lo golpeé en la garganta, y es que prefería morir de una paliza a vivir con colmillos. Dejó escapar un sonido ahogado, de sorpresa, y cerró una mano alrededor de mi puño, apretando lo justo para exhibir su fuerza, sin hacerme daño. Oh, qué machote.

Levantó los brazos y me atrajo hacia sí. Yo no quería acercarme, pero no podía hacer gran cosa por impedirlo. A no ser, por supuesto, que a los vampiros les molestaran las patadas en los huevos. El golpe en la garganta le había dolido… Le miré la cara, tan cercana que podría haberla besado, y me apoyé en él para apartar la parte inferior del cuerpo. No dejaba de tirar de mí, de modo que aproveché su impulso.

Lo golpeé de lleno, clavándole bien clavada la rodilla en la entrepierna, y él se dobló, pero no me soltó las manos. Aun así, era un comienzo y, de propina, había despejado una incógnita: los vampiros tenían huevos.

Me sujetó las manos a la espalda, aprisionándome entre los brazos y el cuerpo, rígido e inamovible como una estatua. Un momento antes era blando y susceptible al dolor. ¿Qué había cambiado?

—Quítale eso de la muñeca. —No me decía a mí.

Intenté volver la cabeza para ver qué tenía detrás, pero fue inútil. Sí que vi que los dos vampiros rubios seguían agazapados para evitar la visión de las cruces.

Noté algo en la muñeca y me debatí, pero el vampiro me sujetaba.

—No te muevas: te vas a cortar.

Volví la cabeza cuanto pude y me encontré ante los ojos redondos del niño, que había recuperado el cuchillo y lo usaba para tirar de mi pulsera.

El vampiro me apretó tanto que pensé que me destrozaría los brazos. Debí de gemir.

—No tenía intención de hacerte daño —me susurró al oído—, pero tú decides.

La pulsera se rompió y cayó en la hierba. El maestro vampiro respiró con fuerza, como si de repente le resultara más fácil. No me sacaba más de cinco centímetros, pero me sujetaba las dos muñecas con una mano, apretando lo justo para evitar que me soltara. Me hacía daño, y tuve que esforzarme para no soltar ningún sonido desvalido.

Me agarró del pelo con la mano libre y me echó la cabeza hacia atrás, para verme los ojos. Los suyos eran de un negro uniforme; no se le veía el blanco.

—Conseguiré su nombre, cueste lo que cueste —me dijo.

Le escupí a la cara.

Con un rugido, me apretó las muñecas hasta hacerme gritar.

—Podríamos haberlo hecho por las buenas —dijo—, pero ahora me apetece verte sufrir. Mírame a los ojos, mortal, y abandona toda esperanza. Prueba mi mirada: ya no habrá secretos entre nosotros. —Bajó mucho la voz—. Quizá me beba tu mente, tal como otros beben sangre, y no deje nada más que un caparazón descerebrado.

Me quedé mirando la oscuridad de sus ojos y sentí que me precipitaba hacia delante, arrastrada por una negrura que jamás había conocido la luz.

VEINTICUATRO

Tenía delante una cara que no reconocí de inmediato. Se sujetaba un pañuelo ensangrentado contra la frente. Pelo corto, ojos claros, pecas…

—Hola, Larry —dije. Mi voz sonó distante, extraña. No recordaba por qué sonaba así.

Seguía siendo de noche. Larry se había limpiado un poco la cara, pero aún sangraba. No podía llevar mucho tiempo inconsciente. ¿Inconsciente? ¿Qué había pasado? Solo recordaba unos ojos muy negros. Me incorporé tan deprisa que, si Larry no me hubiera sujetado, me habría caído.

—¿Dónde están los…?

—¿Los vampiros?

—Sí —susurré, apoyándome en su brazo.

Estábamos rodeados de grupitos cuchicheantes. Los faros de un coche patrulla horadaban la oscuridad, y había dos agentes de uniforme junto al coche, hablando con un hombre que conocía. Intenté recordar cómo se llamaba.

—Karl —dije.

—¿Qué? —preguntó Larry.

—Karl Inger, el hombre que está hablando con la policía.

—Sí. —Larry asintió.

Había otro hombre en el suelo junto a nosotros: Jeremy Ruebens, de la Alianza Humana. La última vez que lo había visto estaba disparando contra nosotros. ¿Qué demonios ocurría allí?

Jeremy me dedicó una sonrisa que pareció sincera.

—¿Cómo es que nos llevamos tan bien de repente? —le pregunté.

—Te hemos salvado. —Su sonrisa se amplió.

Me aparté de Larry y seguí sentada sin ayuda; tras un momento de mareo, el mundo se estabilizó. Es un decir.

—¿Qué ha pasado, Larry?

El chaval miró a Jeremy Ruebens y volvió a mirarme a mí.

—Nos han salvado.

—¿Cómo?

—Le han echado agua bendita a la que me ha mordido. —Se llevó la mano al cuello, inconscientemente, pero se dio cuenta de que lo miraba—. ¿Ahora podrá controlarme?

—¿Entró en tu mente mientras te mordía?

—No sé. ¿En qué se nota?

Abrí la boca para explicárselo, pero volví a cerrarla: era inexplicable.

—Si Alejandro, el maestro vampiro, me hubiera mordido mientras entraba en mi mente, ahora estaría bajo su control.

—¿Alejandro?

—Así lo llamaban los otros vampiros.

Sacudí la cabeza, pero todo empezó a dar vueltas y tuve que tragar saliva para no vomitar. ¿Qué me había hecho? No era la primera vez que se metían en mi mente, pero nunca había tenido una reacción tan violenta.

—La ambulancia está de camino —dijo Larry.

—No la necesito.

—Llevaba una hora inconsciente, señorita Blake —dijo Ruebens—. Como no se despertaba, los policías han pedido una ambulancia.

Tenía a Ruebens tan cerca que podría tocarlo con solo estirar los dedos. Estaba eufórico, como una recién casada, y me miraba todo afable. ¿Por qué me había convertido de repente en su mejor amiga?

—De modo que le han echado agua bendita a la vampira que te había mordido —le dije a Larry—. ¿Y después?

—Han ahuyentado a los demás con crucifijos y amuletos.

—¿Amuletos?

Ruebens sacó una cadena que llevaba dos colgantes con libros en miniatura, de tapas metálicas. Los dos me habrían cabido en la palma de la mano.

—No son amuletos, Larry. Son torás en miniatura.

—Como llevan la estrella de David en la tapa…

—La estrella no funciona. Es un símbolo más cultural que religioso.

—Así que son como biblias.

—Supongo que sí. La Torá contiene el Antiguo Testamento.

—¿También funcionaría la Biblia?

—No sé. Probablemente, pero nunca llevo una encima cuando me atacan los vampiros. —Culpa mía, supongo, porque ¿cuánto hacía desde que había consultado la Biblia por última vez? Empezaba a parecer una cristiana dominguera. Pero ya me preocuparía por el alma cuando el cuerpo se sintiera un poco mejor.

—Diles que cancelen la ambulancia; estoy bien.

—De eso nada —dijo Ruebens, extendiendo el brazo hacia mí. Lo miré y se detuvo en seco—. Permítanos ayudarla, señorita Blake. Recuerde que tenemos enemigos comunes.

Los policías se acercaban a nosotros por la hierba oscura. Y también se acercaba Karl Inger, que seguía hablando con los agentes.

—¿Le han dicho a la policía lo del tiroteo? —le pregunté a Ruebens. Se le demudó el rostro—. No han dicho nada, ¿verdad?

—La hemos salvado de un destino peor que la muerte. Lamento lo ocurrido: si los vampiros son sus enemigos, eso nos convierte en aliados, por mucho que levante muertos.

—Ya: los enemigos de sus enemigos son sus amigos —dije. Él asintió. Los policías estaban llegando—. De acuerdo, pero no vuelva a apuntarme con un arma, u olvidaré que me ha salvado.

—No volverá a ocurrir, señorita Blake. Le doy mi palabra.

Me apetecía soltar alguna bordería, pero los policías me habrían oído. No pensaba delatar a Ruebens ni a la Alianza Humana, así que tendría que reservarme el sarcasmo para otra ocasión. Conociendo a Ruebens, ya se presentaría.

Mentí a la policía sobre la intervención de la Alianza Humana, y no les expliqué qué quería Alejandro de mí. Que pensaran que era el tercer ataque del clan descontrolado. Ya les diría la verdad a Dolph y a Zerbrowski, pero en aquel momento no me apetecía contarles toda la película a unos desconocidos. Ni siquiera estaba muy segura de querer contársela a Dolph; prefería omitir el detalle de que me temía que era la sierva humana de Jean-Claude.

Eso, mejor no mencionarlo.

VEINTICINCO

El coche de Larry era un Mazda de último modelo. Los de la Alianza Humana habían estado tan entretenidos con los vampiros que no habían tenido tiempo de destrozarlo. Menos mal, porque mi coche era siniestro total. Bueno, eso es lo que dictaminaría la aseguradora, después de realizados todos los trámites, pero la cuestión era que se había roto algo muy grande en los bajos; chorreaba líquidos más oscuros que la sangre por todos lados, y el morro parecía pisoteado por un elefante. Estaba claro que no tenía salvación.

Tuvimos que tirarnos varias horas en urgencias. Los de la ambulancia habían insistido en que tenían que examinarme, y a Larry le tenían que dar puntos en la frente. El flequillo anaranjado le cubría la herida: su primera cicatriz, a la que seguirían muchas otras si se quedaba en el negocio y cerca de mí.

—¿Cuánto tiempo llevas en este trabajo? ¿Catorce horas? Y ¿qué te parece de momento?

Me miró de reojo y volvió a concentrarse en la carretera, con una sonrisa desprovista de humor.

—No sé.

—¿Quieres dedicarte a la reanimación cuando termines los estudios?

—Eso pensaba. —La sinceridad era un bien escaso.

—¿Ya no estás tan seguro?

—No mucho.

Lo dejé estar. El cuerpo me pedía que intentara convencerlo para que se dedicara a otra cosa, algo normal para gente cuerda, pero sabía que la reanimación no era una simple elección laboral. Si se tenían dotes, había que levantar zombis, porque de lo contrario se corría el riesgo de que el poder aflorase en los momentos más inoportunos. Que le pregunten a Judith, mi madrastra, cuánta gracia le hacía que nos siguieran los bichos atropellados. Por

supuesto, mi trabajo le parecía asqueroso, y qué se le iba a hacer, tenía razón.

—Con una licenciatura en biológicas también se pueden hacer otras cosas —le dije.

—¿Sí? ¿Por ejemplo? ¿Trabajar en el zoo o en una empresa de control de plagas?

—O dar clases. O hacerte asesor forestal, o biólogo de campo, incluso investigador.

—¿Y cuál de esos trabajos está tan bien pagado como este?

—¿Quieres ser reanimador por el dinero? —pregunté decepcionada.

—Quiero hacer algo útil, y ¿se te ocurre otra forma mejor de usar mis capacidades que librar al mundo del peligro de los nomuertos?

Me quedé mirándolo, pero solo veía su perfil levemente iluminado por las luces del cuadro de mandos.

—De modo que no quieres ser reanimador, sino ejecutor de vampiros. —Intenté contener la sorpresa.

—Con el tiempo, sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo haces tú?

—Contesta a mi pregunta.

—Quiero ayudar a la gente.

—Pues hazte policía. Siempre vienen bien los expertos en criaturas sobrenaturales.

—Creo que hoy no se me ha dado muy mal.

—No.

—¿Entonces?

Busqué la forma de decirlo con menos de cincuenta palabras.

—Lo que ha pasado ha sido horrible, pero podría haber sido peor.

—Estamos llegando a la calle Olive. ¿Por dónde sigo?

—Por la izquierda.

Larry cogió el carril izquierdo y se detuvo en el semáforo, con el intermitente puesto.

—No sabes en dónde te metes —le dije.

—Pues explícamelo.

—Mejor aún: te lo voy a enseñar.

—¿Cómo?

—Gira a la derecha antes del tercer semáforo. —Cuando entramos en el aparcamiento, añadí—: Es el primer edificio de la derecha.

Larry ocupó el único sitio que encontró libre: el mío. Mi pobre Nova no volvería a casa.

—Enciende la luz —dije mientras me quitaba la chaqueta.

Larry obedeció. Se le daba mejor que a mí, pero como era a mí a quien obedecía, me parecía bien.

—La quemadura en forma de cruz —dije enseñándole el brazo— me la hicieron unos siervos humanos; les pareció muy gracioso. La cicatriz grande es de una vez que un vampiro me hizo añicos el hueso. A mi fisioterapeuta le parece un milagro que no haya perdido movilidad. Aquí me pusieron catorce puntos, también por un ataque de un siervo humano. Y eso, solo en los brazos.

—¿Hay más? La luz del vehículo lo hacía parecer muy pálido.

—Un vampiro me clavó una estaca rota en la espalda. —Larry hizo un gesto de dolor—. Y también me rompieron la clavícula mientras me masticaban un brazo.

—Intentas asustarme.

—No me digas.

—Pues no funciona.

Debería haber bastado con enseñarle las cicatrices, pero estaba visto que no. Joder. Seguiría contra viento y marea, si no moría antes.

—De acuerdo: te quedarás el resto del semestre, pero prométeme que no saldrás a cazar vampiros sin mí.

—Pero el señor Burke…

—Ayuda a ejecutar vampiros, pero no los caza solo.

—¿Qué diferencia hay entre ejecutarlos y cazarlos?

—Las ejecuciones consisten en clavarle una estaca a un cadáver o a un vampiro bien encadenado.

—¿Y las cacerías?

—Cuando salga en busca de los vampiros que han estado a punto de matarnos, eso será una cacería.

—¿Y no crees que el señor Burke podría enseñarme a cazar?

—Ni siquiera creo que pudiese mantenerte con vida —dije. El chaval puso cara de pasmo—. No pretendo decir que fuera a hacerte

daño deliberadamente, pero si tienes que poner tu vida en manos de alguien, más vale que sea en las mías.

—¿Crees que llegaremos a ese extremo?

—Ya hemos estado a punto.

Guardó silencio durante unos minutos, con la vista clavada en las manos, que recorrían el volante.

—Te prometo que no iré a cazar vampiros con nadie que no seas tú. —Me miró con aquellos ojos tan azules—. ¿Ni con el señor Rodríguez? El señor Vaughn me ha dicho que él te enseñó a ti.

—Es cierto, pero Manny ha dejado las cacerías.

—¿Y eso?

—Su mujer pasaba mucho miedo, y tienen cuatro hijos.

—Ni el señor Burke ni tú tenéis pareja ni hijos.

—Exactamente.

—Yo tampoco.

Fui incapaz de contener una sonrisa. ¿Yo estaba tan ansiosa cuando empecé? Nooo.

—Los listillos no le caen bien a nadie.

Él también sonrió, con tal ingenuidad que no aparentaba más de trece años. ¿Se puede saber por qué no se había ido corriendo con el rabo entre las piernas después de lo que había pasado? ¿Y por qué yo tampoco? No tenía ninguna respuesta razonable. Quizá a Larry se le pudiera dar bien. O quizá acabara muerto. Salí del coche y me incliné sobre la portezuela abierta.

—Vete directo a casa —le dije—, y si no tienes un crucifijo de reserva, cómpratelo mañana sin falta.

—De acuerdo.

Cerré la puerta y perdí de vista su rostro solemne. Subí los escalones sin mirar atrás. No me quedé observándolo mientras se marchaba, aún con vida, aún con ganas de dedicarse a aquello después de su primer encontronazo con los monstruos. Yo le sacaba cuatro años nada más, pero me parecían siglos. Nunca había estado tan verde como él, pero yo había perdido a mi madre con solo ocho años, y eso marca.

Seguía dispuesta a intentar convencerlo para que no se hiciera ejecutor de vampiros, pero si no lo conseguía, trabajaría con él. Solo existen dos tipos de cazavampiros: los buenos y los muertos. Quizá pudiera convertir a Larry en uno de los primeros; era mucho

mejor que la otra opción.

VEINTISÉIS

Eran las tres y media de la noche del jueves al viernes. Estaba siendo una semana muy larga; claro que ¿había tenido alguna semana corta en lo que iba de año? Le había dicho a Bert que necesitaba ayuda, y él había contratado a Larry. ¿De qué me quejaba? De que Larry era otra víctima que esperaba al monstruo adecuado. Deseaba con todas mis fuerzas que no le pasara nada. Ya había visto morir a demasiados inocentes.

La escalera estaba sumida en la tranquilidad de la noche. Solo se oían los conductos de la calefacción y el sonido amortiguado de mis zapatillas de deporte contra la moqueta. Mis vecinos vivían de día; era demasiado tarde para que siguieran en pie y demasiado pronto para que empezaran a levantarse. A esa hora se tiene toda la intimidad del mundo.

Abrí mi flamante cerradura de seguridad y entré en la penumbra de mi piso. Pulsé el interruptor y la luz inundó las paredes, tan blancas como la moqueta, el sofá y el sillón. Por buena visión nocturna que se tenga, la luz siempre se agradece. Los humanos somos bichos diurnos, por mucho que el trabajo nos imponga horarios raros.

Tiré la cazadora a la encimera de la cocina; estaba demasiado sucia para dejarla en el sofá. Toda yo estaba llena de barro y hierbajos. Pero no tenía demasiadas manchas de sangre; la noche no había ido tan mal.

Estaba quitándome la sobaquera cuando noté un movimiento en el aire, como si algo lo hubiera desplazado. Supe que no estaba sola. Tenía la mano en la culata cuando me llegó la voz de Edward desde el dormitorio.

—Ni se te ocurra.

Dudé, sin apartar la mano.

—¿Por qué?

—Porque sabes que dispararía. —Hablaba en voz baja, de depredador. Lo había oído hablar así antes de usar un lanzallamas: tranquilo y en calma, como el camino del Infierno.

Solté el arma. Edward me pegaría un tiro si lo obligaba, y prefería abstenerme. De momento.

Me puse las manos en la nuca sin esperar a que me lo pidiera. Igual salía ganando si me comportaba como una buena prisionera, aunque lo dudaba.

Edward salió de entre las sombras como un fantasma rubio. El pelo corto y la palidez del rostro le contrastaban con la ropa negra. Sostenía una Beretta de 9 mm con las manos enguantadas, y me apuntaba al pecho sin vacilar.

—¿Pistola nueva? —pregunté.

—Sí. —La sombra de una sonrisa le tocó los labios—. ¿Te gusta?

—No está mal, pero ya me conoces.

—No hay nada como la Browning, ¿eh?

Le sonreí. Solo éramos dos colegas que hablaban de trabajo. Se acercó hasta rozarme con el cañón de la pistola y me desarmó.

—Apóyate y separa las piernas.

Puse las manos en el respaldo del sofá y me dejé cachear. No llevaba más armas, pero Edward no tenía por qué saberlo, y jamás pecaba de negligente. Era uno de los motivos por los que seguía con vida; otro, que era muy, muy bueno.

—Decías que no podías abrir mi cerradura —protesté.

—No tenía las herramientas adecuadas.

—Así que no era imposible de forzar.

—Lo sería para casi todo el mundo.

—Pero no para ti.

—No soy casi todo el mundo. —Me miró con ojos azules y vacuos. No pude evitar sonreír.

—Y que lo digas.

—Dime el nombre del amo y no tendremos que pasar por esto —me dijo, agitando la pistola. Se había guardado la Browning en la cintura; esperaba que se hubiera acordado de echar el seguro. O no.

Abrí y cerré la boca, y me quedé mirándolo. No podía entregarle a Jean-Claude. Entre los vampiros, yo era la Ejecutora, pero Edward era la Muerte. Se había ganado el apodo.

—Creía que te ibas a pasar toda la noche siguiéndome —comenté.

—Me fui a casa después de que levantaras el zombi, pero veo que debería haberme quedado. ¿Quién te ha hecho eso en la boca?

—Sabes de sobra que no pienso decirte nada.

—Todo el mundo acaba por hablar.

—¿Tú incluido?

—Yo incluido. —El amago de sonrisa regresó a sus labios.

—¿Así que alguien ha podido con la Muerte? Cuenta, cuenta.

—En otra ocasión. —Su sonrisa se amplió.

—Bueno es saber que la habrá.

—No he venido a matarte.

—Lo único que quieres es acojonarme o torturarme hasta que te diga el nombre del amo, ¿no?

—Exactamente. —De nuevo, la voz baja y tranquila.

—Tenía la esperanza de equivocarme.

—Dime quién es el amo de los vampiros de la ciudad y me marcharé.

—No puedo.

—Si no me lo dices, será una noche muy larga.

—Pues lo será, porque no pienso decirte una mierda.

—Así que no te dejas amilanar.

—Ni por el forro. —Mi respuesta le hizo sacudir la cabeza.

—Ponte de espaldas y coloca las manos detrás del cuerpo.

—¿Para que?

—Hazlo.

—¿Para que puedas atarme las manos?

—Vuélvete de una vez.

—Más quisieras.

—¿Quieres que te pegue un tiro? —Volvió a fruncir el ceño.

—No, pero tampoco voy a dejarme atar por las buenas.

—Eso no duele.

—Lo que me preocupa es lo que viene después.

—Sabías qué iba a hacer si no colaborabas.

—Pues adelante.

—Pon algo de tu parte.

—Eso sería colaborar.

—¡Anita!

—Lo siento, pero estoy en contra de ayudar a que me torturen. Aunque no veo las astillas de bambú. ¿No eran imprescindibles?

—¿Quieres dejarlo ya? —Parecía cabreado.

—¿Qué quieres que deje? —Abrí mucho los ojos y puse mi mejor cara de inocente. Si a la rana Gustavo le funcionaba…

Edward empezó con una risita y acabó riendo a carcajadas, hasta que se le encogió el cuerpo y aflojó la pistola. Le brillaban los ojos.

—¿Cómo voy a torturarte si no dejas de bromear?

—No puedes. Ese es mi plan.

—El mío es distinto. —Sacudió la cabeza—. Pero tienes cada salida…

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Basta, por favor. —Levantó la mano.

—Te haré reír hasta que supliques clemencia.

—Dime el nombre, por favor, Anita. Ayúdame. —El humor desapareció de sus ojos como el sol en el ocaso. Me quedé mirando la reaparición del semblante impasible—. No me obligues a hacerte daño —añadió.

Creo que era la única amiga de Edward, pero eso no le impediría hacerme lo que considerase que hacía falta para realizar su trabajo: no se saltaba esa norma. Si se veía obligado a torturarme, lo haría, aunque no le apeteciera.

—Ahora que me lo has pedido por las buenas, vuelve a la primera pregunta —le dije.

—¿Quién te ha hecho eso en la boca? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Un maestro vampiro.

—Dime qué ha pasado. —Sonaba demasiado a orden, pero él tenía todas las pistolas.

Le conté lo ocurrido con Alejandro, incluido que era tan antiguo que su cercanía hacía que me dolieran los huesos. En medio de las verdades añadí una mentirijilla sin importancia: que era el amo de los vampiros de la ciudad. ¿A que no estuvo mal?

—¿Y de verdad no sabes dónde descansa durante el día?

—Si lo supiera, te lo diría.

—¿A qué ha venido ese cambio de parecer?

—A que ha intentado matarme. Se acabaron las tonterías.

—No me lo creo.

Era una mentira demasiado buena para desperdiciarla, de modo que intenté aprovecharla.

—Y además se ha descontrolado. Sus amigos y él son los que han estado matando inocentes.

Edward torció la boca al oír la última palabra, pero lo dejó estar.

—Que tengas un motivo altruista es un poco más verosímil. Si no fueras tan buenaza, serías peligrosa.

—Me he cargado a unos cuantos.

Me sostuvo la mirada con aquellos ojos azules y vacuos, y después asintió, muy lentamente.

—Cierto. —Me devolvió la pistola, cogiéndola por el cañón, y sentí que se me disipaba la presión del estómago. Respiré a fondo, aliviada.

—Si encuentro a Alejandro, ¿quieres participar?

Lo pensé durante un momento. ¿Quería ir a cazar a cinco vampiros descontrolados, dos de los cuales tenían más de quinientos años? No. ¿Quería que Edward fuera a cazarlos solo? Tampoco. Lo que significaba que…

—Sí. Quiero hacérselo pagar.

—Me encanta mi trabajo —dijo Edward con una sonrisa radiante.

—Y a mí. —Le devolví la sonrisa.

VEINTISIETE

Jean-Claude estaba tumbado en el centro de una cama adoselada, con sábanas ligerísimamente más blancas que su piel. Llevaba una camisa de dormir de cuello abierto, con puntillas que le enmarcaban el pecho en encaje, y mangas rematadas con más puntillas que casi le ocultaban las manos. Debería haber tenido un aspecto afeminado, pero aquel atuendo, vestido por Jean-Claude, resultaba indudablemente masculino. ¿Cómo era posible que a un hombre le quedara tan bien un camisón calado? Claro que no era un hombre. Sería por eso. El pelo se le entremezclaba con el encaje del cuello, invitando a tocarlo. Sacudí la cabeza: ni en sueños. Yo llevaba algo largo y sedoso, de un azul casi tan oscuro como sus ojos. En contraste, los brazos se me veían muy pálidos.

Jean-Claude se arrodilló y me tendió la mano. Era una invitación a que lo abrazara.

Negué con la cabeza.

—Solo es un sueño, *ma petite*. ¿Por qué no te acercas?

—Contigo no es nunca un simple sueño. Siempre significa algo más. —En respuesta, él bajó la mano y acarició la sábana—. ¿Se puede saber qué intentas hacerme? —pregunté.

—Seducirte, por supuesto —dijo mirándome fijamente.

Por supuesto. Qué cosas pregunto.

Sonó el teléfono que había junto a la cama. Era uno de esos teléfonos blancos antiguos, con muchos adornos dorados, y acababa de salir de la nada. Volvió a sonar, y el sueño se deshizo en pedazos. Me desperté y descolgué el auricular.

—¿Sí?

—Hola, ¿te he despertado? —preguntó Irving Griswold.

—Sí. —Parpadeé para enfocar el teléfono—. ¿Qué hora es?

—Las diez. Sabía que antes no te encontraría despierta.

—¿Qué quieres?

—Huy, qué mal café.

—Me acosté muy tarde. Sáltate las coñas.

—Tienes suerte de que un servidor, tu apreciado amigo periodista, esté dispuesto a perdonarte los gruñidos si respondes a unas preguntas.

—¿Preguntas? —Me incorporé—. ¿Qué clase de preguntas?

—¿Es verdad que anoche te salvaron los de la Alianza Humana, tal como afirman?

—Que afirman, ¿qué? ¿No puedes usar frases más largas?

—Jeremy Ruebens ha salido en las noticias de la Cinco, y ha afirmado que, junto con otros miembros de la Alianza Humana, te salvó la vida anoche, cuando te atacaba el amo de los vampiros de la ciudad.

—Ni de coña.

—¿Puedo citar tus palabras?

—No —contesté tras pensarlo un momento.

—Dime algo que pueda citar; te ofrezco la posibilidad de refutarlo.

—Qué palabros usas.

—Porque soy filólogo.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Quieres exponer tu punto de vista?

Guardé silencio mientras pensaba. Además de ser amigo mío, Irving era buen periodista. Si Ruebens ya había dado su versión en las noticias, más me valía dar la mía.

—¿Llamas en diez minutos, para que me prepare un café y me vista?

—A cambio de una exclusiva, lo que sea.

—Hasta luego.

Colgué y fui directa a la cafetera. Luego me puse unos calcetines de deporte y unos vaqueros como complemento de la camiseta enorme con la que había dormido. Cuando Irving volvió a llamarme, tenía una taza de café humeante en la mesilla de noche, junto al teléfono. Café con canela y avellana de
V. J.’s
Tea and Spice Shop, en la calle Olive: la mejor forma de empezar el día.

—Venga, ¿qué pasó? —me dijo.

—¿Y el juego previo?

—Corta el rollo, Blake, que tengo una hora de entrega que cumplir.

Se lo conté todo y, hay que joderse, tuve que reconocer que los de la Alianza Humana me habían salvado el pellejo.

—No puedo confirmar que el vampiro al que ahuyentaron fuera el amo de la ciudad —añadí.

—Eh, que ya sé que el amo es Jean-Claude, ¿no recuerdas que lo entrevisté?

—Claro que sí.

—Por eso sé que no era ese indio.

—Pero los de la Alianza no lo saben.

—¡Hala! ¡Una exclusiva doble!

—No. No comentes que Alejandro no es el amo.

—¿Por qué?

—Yo en tu lugar lo consultaría antes con Jean-Claude —le aconsejé. Oí que se aclaraba la garganta.

—No es mala idea —dijo algo nervioso.

—¿Jean-Claude te ha causado algún problema?

—No, ¿por qué?

—Mientes muy mal para ser periodista.

—Lo que pase entre Jean-Claude y yo no tiene por qué ser asunto de la Ejecutora.

—Muy bien, pero ten cuidado, ¿vale?

—Me halaga que te preocupes por mí, Anita, pero te aseguro que puedo arreglármelas.

—Si tú lo dices… —No le llevé la contraria; estaría de buen humor.

Irving no parecía dispuesto a seguir hablando del tema, de modo que no lo presioné. Nadie podía arreglárselas con Jean-Claude, pero tampoco era asunto mío. Él había insistido en entrevistarlo, y no me sorprendía que tuviera que pagar un precio. Pero no era asunto mío, de verdad.

—Sale mañana en portada —me dijo—. Le preguntaré a Jean-Claude si quiere que mencione que ese vampiro no es el amo de la ciudad.

—Te agradecería que lo omitieras.

—¿Por qué? —Tenía la mosca detrás de la oreja.

—Puede que no sea mala idea que los de la Alianza Humana crean que el amo es Alejandro.

—¿Y eso?

—Así no matarán a Jean-Claude.

—Ah.

—¿Ves?

—Lo tendré en cuenta.

—Bien.

—Tengo que dejarte. Estoy muy ocupado.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego, Anita. Gracias.

Cuando Irving colgó, tomé un trago largo y lento de café. La primera taza de la mañana hay que degustarla con calma. Si los de la Alianza Humana creían lo mismo que Edward, nadie perseguiría a Jean-Claude; todos irían detrás de Alejandro, el maestro vampiro que mataba humanos. Si además se apuntaba la policía, los vampiros descontrolados tendrían las de perder. No estaba mal.

Lo difícil sería conseguir que se lo tragaran, pero por probar…

VEINTIOCHO

Cuando había conseguido vestirme y acabarme el café, volvió a sonar el teléfono. Era una de esas mañanas.

—¡Sí!

—¿Señorita Blake? —preguntó una voz titubeante.

—Sí.

—Soy Karl Inger.

—Disculpe si he sonado brusca. ¿Qué desea?

—Dijo que volvería a escucharme si tuviera un plan mejor. Lo tengo.

—¿Para matar al amo de los vampiros de la ciudad? —Ni que necesitara preguntarlo.

—Sí.

Aspiré a fondo y tapé el auricular antes de dejar salir el aire; solo me faltaba que pensara que estaba soltándole jadeos telefónicos.

—Señor Inger…

—Escúcheme, por favor. Anoche le salvamos la vida, y eso tendría que valer algo. —Ahí me había pillado.

—¿Qué plan tiene?

—Preferiría explicárselo en persona.

—Tardaré bastante en ir a la oficina.

—¿Puedo ir a verla ahora?

—No —contesté sin pensarlo.

—¿No se lleva trabajo a casa?

—Lo evito siempre que puedo.

—Qué desconfiada.

—Siempre.

—¿Podría ser otro sitio? Hay un caballero que desea conocerla.

—¿Quién?, y ¿por qué?

—No creo que le suene.

—Haga la prueba.
—El señor Oliver.
—¿Tiene nombre de pila?
—No sé.
—Ah. ¿Por qué quiere presentarnos?
—Tiene un buen plan para matar al amo.
—A ver.
—No. Es conveniente que el señor Oliver se lo explique en persona; él es mucho más persuasivo que yo.
—A usted no se le da mal.
—Entonces, ¿se reunirá conmigo?
—Claro, ¿por qué no?
—Excelente. ¿Sabe ir a Arnold?
—Sí.
—Hay un lago a las afueras, en la Tesson Ferry. ¿Lo conoce?
Tenía la impresión de que había pasado por ahí de camino a las dos últimas escenas de crimen. Todos los caminos conducían a Arnold.
—Lo encontraré.
—¿Cuánto tardará en llegar?
—Una hora.
—Estupendo. La espero.
—¿Con el señor Oliver?
—No. Iremos a verlo en mi coche.
—¿A qué viene tanto secretismo?
—No es secretismo. —Bajó la voz, algo avergonzado—. Es que no se me da muy bien explicar cómo llegar a un sitio; será más fácil si la llevo.
—Puedo seguirlo en coche.
—Tengo la impresión de que no confía en mí.
—No es nada personal, señor Inger: prefiero no confiar en nadie.
—¿Ni siquiera en quienes le salvan la vida?
—Ni siquiera.
—Nos vemos en el lago en una hora. —No le dio por insistir con la confianza. Mejor.
—De acuerdo.
—Gracias por venir, señorita Blake.
—Estoy en deuda con ustedes, como bien se dedica a

recordarme.

—No hace falta que se ponga a la defensiva; no tenía intención de ofenderla.

—No estoy ofendida. —Suspiré—. No me gusta deber favores.

—Si viene a ver al señor Oliver, estaremos en paz, se lo prometo.

—Le tomo la palabra.

—Hasta dentro de una hora.

—Vale.

Después de colgar caí en la cuenta de que tendría que comer en algún momento. Si se me hubiera ocurrido, habría quedado en dos horas. Tendría que picar algo por el camino… si me daba tiempo después de alquilar un coche. ¿Qué importa una pequeña molestia si es por un amigo? ¿O por alguien que me ha salvado la vida? Y ¿por qué me molestaba tanto estar en deuda con Inger?

Porque era un ultraderechista grillado. Un fanático. No me gustaba tener tratos con fanáticos, y mucho menos, deberles la vida.

En fin. Si me reunía con él, estaríamos en paz. Eso me había asegurado. ¿Por qué no acababa de creérmelo?

VEINTINUEVE

El lago Chip-Away era poco más que un estanque de un cuarto de hectárea, delimitado por una estrecha orilla elevada. Tenía una caseta en la que vendían cebo y comida, y un aparcamiento de grava. Había un coche usado con un cartel de SE VENDE: pesca de pago combinada con venta de coches. Qué ingenioso.

A la derecha del aparcamiento se divisaba un terreno con césped, un cobertizo destartalado y los restos de una barbacoa industrial. Más allá había un bosque, que subía hasta la colina. A la izquierda estaba el río Meramec; no dejaba de ser curioso ver agua de verdad tan cerca del lago artificial.

Aquella apacible tarde de otoño había solo tres coches en el aparcamiento, e Inger estaba junto a un Chrysler Le Baron de color granate brillante. En la orilla había unos cuantos pescadores que lanzaban sedales al agua; les gustaría tanto la pesca que no les importaba pasar un poco de frío.

Aparqué junto al coche de Inger, que se me acercó sonriente y con la mano tendida, como un agente inmobiliario derramando entusiasmo al ver a su cliente. No tenía ni idea de qué vendía, pero sabía de antemano que no me interesaba.

—Cuánto me alegro de que haya venido, señorita Blake. —Estrechó mi mano entre las suyas, cordial, afectuoso, falso.

—¿Qué pretende, señor Inger? —La pregunta hizo que le vacilara la sonrisa.

—No la entiendo.

—Claro que sí.

—No, en serio.

Me quedé mirando su expresión de desconcierto. A lo mejor pasaba tanto tiempo rodeada de canallas que se me había olvidado que no todo el mundo lo era, pero pensar lo peor ahorra muchos disgustos.

—Lo siento, señor Inger, pero persigo a tantos delincuentes que a veces soy un poco negativa. —Seguía desconcertado—. No se preocupe; llévame a ver a ese tal Oliver.

—Al señor Oliver.

—Sí, claro.

—¿Vamos en mi coche? —dijo señalándolo con un gesto.

—Prefiero seguirlo.

—No confía en mí.

Parecía ofendido. Supongo que el común de los mortales no está acostumbrado a despertar sospechas antes de haber hecho nada. La ley dice que cualquier persona es inocente mientras no se demuestre que es culpable, pero la verdad es que cuando se presencia demasiada muerte y dolor se tiende a pensar lo contrario.

—De acuerdo: vamos en su coche.

Pareció alegrarse enormemente. Enternecedor.

Además, yo llevaba dos cuchillos, tres cruces y una pistola. Tanto si el señor Oliver era inocente como si era culpable, estaba preparada. Esperaba no necesitar el armamento con él, pero quizá me hiciera falta más tarde. Tal como marchaban las cosas, no estaba de más ir armada hasta los dientes: cuando menos me lo esperaba, saltaba la liebre. O el dragón. O el vampiro.

TREINTA

Fuimos por la antigua autopista 21 y seguimos en dirección este por Rock Creek, una carretera estrecha y serpenteante en la que apenas podían cruzarse dos coches. Inger tomaba las curvas despacio, pero en general conducía a la velocidad justa para hacer el viaje llevadero.

Había casas de labranza que llevaban allí muchos años, así como construcciones nuevas en parcelas de tierra roja y descarnada como una herida. Inger se adentró en una urbanización llena de chalets grandes de aspecto caro, muy modernos. A lo largo del camino de grava había unos arbolitos lastimeros, atados a estacas, que se estremecían bajo el viento otoñal. Unas cuantas hojas conseguían aferrarse, un poco desconcertadas, a las ramitas escuálidas.

En aquella zona había un bosque poco tiempo atrás. No hay quien entienda la manía de los constructores de talar los árboles crecidos y plantar otros que tardarán decenios en parecer algo.

Aparcamos frente a un sucedáneo de cabaña de troncos, mucho más grande y con muchas más ventanas que ninguna cabaña de verdad. El terreno desnudo tenía el color del óxido, y la grava blanca del camino procedía de algún lugar muy lejano; la grava de la zona era tan roja como la tierra.

Inger empezó a rodear el coche, creo que con intención de abrirme la puerta, pero me adelanté y salí yo sola. Se quedó un poco perplejo, pero lo superaría. Nunca he entendido que una persona perfectamente sana necesite que le abran la puerta ni, mucho menos, que el hombre tenga que dar la vuelta al coche mientras la mujer se queda esperando como un pasmarote.

Lo seguí a los escalones del porche. No estaba mal; era amplio y podría ser cómodo para pasar las veladas de los veranos venideros, aunque de momento allí no había nada más que madera y una cristalera gigantesca cubierta con cortinas estampadas con ruedas

de carreta en tonos rojizos. Muy rústico.

Llamó a la puerta, de madera tallada. En el centro tenía un rectángulo de vidrio emplomado, más decorativo que útil como mirilla. No esperó a que acudiera nadie a la puerta; sacó una llave, abrió y entró. A saber por qué avisaba.

En el interior reinaba la penumbra. Todas las ventanas estaban tapadas con unas cortinas muy resultonas, que mantenían a raya la luminosidad pastosa.

Los suelos de tarima encerada estaban desnudos, y tampoco había adornos en la repisa de la chimenea apagada. Todo olía a nuevo y estaba sin estrenar, como los juguetes en Navidad. Inger avanzaba resuelto, sin mirar atrás, y seguí sus anchas espaldas al interior de la casa. Al parecer, al ver que no esperaba que me abriera la portezuela del coche, había decidido que no hacía falta mantener las formas.

Me parecía bien.

El pasillo estaba tachonado de puertas, bastante espaciadas. Inger llamó a la tercera de la izquierda.

—Adelante —dijo una voz desde dentro.

Inger abrió la puerta, entró y se quedó muy tieso, como un soldado en posición de firmes. ¿Qué había en aquella habitación? Tampoco era tan difícil averiguarlo.

Entré.

Había una hilera de ventanas que daban al norte, todas tapadas con cortinas gruesas. Una fina línea de luz solar se filtraba entre dos cortinas y cruzaba una amplia mesa de despacho impoluta. Al otro lado había un sillón, ocupado por un hombre.

Era diminuto, como un enano o un pigmeo. Digamos que un enano con vestigios de acondroplasia; tenía un cuerpo de proporciones estándar, embutido en un traje a medida. Pero casi no tenía barbilla, cosa que, junto con la frente huidiza, hacía resaltar más el arco superciliar muy marcado y la nariz ancha.

Había algo en su cara que me resultaba conocido, un rasgo que tenía que haber visto en otra persona, porque estaba segura de que a él no lo conocía. Tenía un rostro muy característico.

Me di cuenta de que me había quedado mirándolo fijamente y me sentí avergonzada, cosa que no me hace ninguna gracia. Lo miré a los ojos: eran afables, de un marrón uniforme. Tenía el pelo

oscuro, cortado y peinado minuciosamente por algún peluquero caro. Me sonrió desde detrás de su mesa reluciente.

—Señor Oliver, le presento a Anita Blake —dijo Inger, que se quedó junto a la puerta.

Oliver se levantó y rodeó la mesa para tenderme la mano, pequeña y bien formada.

Medía uno con veinte, ni un centímetro más, pero me bastó estrecharle la mano para notar que era mucho más fuerte de lo que cabía esperar. No parecía musculado, pero irradiaba fuerza.

La baja estatura no lo acomplejaba. Me parecía bien; a mí me ocurría lo mismo.

Sonrió brevemente y volvió al sillón. Inger cogió una silla y la colocó frente a la mesa para que me sentara, pero él se quedó de pie junto a la puerta, ya cerrada. Sin duda, manifestaba un respeto marcial hacia el ocupante del despacho. En cuanto a mí, deseaba ser de su agrado, cosa rara con mi tendencia a desconfiar.

Me descubrí sonriendo. Me sentía cómoda con Oliver, como si fuera mi tío favorito. Fruncí el ceño. ¿De qué iba aquello?

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

Oliver sonrió, todo afabilidad.

—¿A qué se refiere, señorita Blake? —Hablaba en voz baja, con un timbre denso y lleno de matices, como la nata en el café. Casi se podía notar su sabor, agradable y reconfortante. Solo conocía otra voz que tuviera el mismo efecto.

Observé la estrecha franja de luz solar, a pocos centímetros de su brazo. Era mediodía. No podía ser… No, ¿verdad?

Examiné su rostro, muy vivo. No detecté ese rastro tan peculiar que identifica a los vampiros. Sin embargo, ni su voz ni la sensación de bienestar que transmitía resultaban naturales. Nunca me había sentido tan a gusto con nadie de buenas a primeras, y no estaba dispuesta a estrenarme.

—Se le da bien —dije—. Muy bien.

—¿A qué se refiere, señorita Blake? —repitió. Me dieron ganas de acurrucarme en su voz cálida y acogedora, como si fuera una manta.

—¡Ya vale!

Me miró sorprendido, como si no entendiera nada. Una actuación perfecta. Entendí a qué se debía: no estaba actuando.

Había tratado con muchos vampiros antiguos, pero no había visto a ninguno que fuera capaz de hacerse pasar por humano hasta tal punto. Podría presentarse en cualquier sitio sin alarmar a nadie. O a casi nadie.

—Le aseguro que no intento nada, señorita Blake.

Tragué saliva. ¿Sería cierto? ¿Era tan poderoso que los trucos y la voz le salían solos? No; si Jean-Claude podía controlarlos, él también.

—Basta de jueguecitos, ¿vale? Si quiere hablar de negocios, adelante, pero nada más.

Su sonrisa se amplió, aunque no tanto como para enseñar los colmillos. Con unos pocos siglos de práctica se puede aprender a sonreír así.

Y entonces se echó a reír. Fue un sonido maravilloso, como el de una cascada que invitara a zambullirse.

—¡Basta!

Le vi los colmillos cuando terminó de carcajearse.

—Si ha detectado mis jueguecitos, como usted dice, no ha sido por las marcas vampíricas. Se trata de un talento natural, ¿no es así?

—Lo tenemos casi todos los reanimadores.

—No en su grado, señorita Blake. Lo noto en la piel. Tiene poderes de nigromante.

Fui a negarlo, pero me contuve: no servía de nada mentir en algo así. Tenía delante al vampiro más antiguo que hubiera podido concebir, más antiguo que en mis peores pesadillas. Pero no hacía que me dolieran los huesos: me hacía sentir bien. Mejor que Jean-Claude, mejor que nada en el mundo.

—Podría serlo, pero elegí otro camino.

—No, señorita Blake. Todos los muertos reaccionan ante usted. Hasta yo siento el estímulo.

—¿Quiere decir que también tengo poder sobre los vampiros?

—Si aprendiera a controlar su talento, sin duda. Tendría un poder indudable sobre los muertos y nomuertos de toda índole.

Fui a preguntarle cómo podía conseguirlo, pero ¿para qué molestarse? No era probable que un maestro vampiro fuera a darme pistas sobre la forma de dominar a sus seguidores.

—Me está llevando al huerto.

—Le aseguro que hablo muy en serio. Su poder emergente es lo que ha atraído al amo de los vampiros de la ciudad. Quiere controlarlo, por miedo a que se vuelva contra él.

—¿De dónde se saca eso?

—Noto su sabor en las marcas que le ha dejado.

Me quedé mirándolo. Notaba el sabor de Jean-Claude. Mierda.

—¿Qué quiere de mí?

—Directa al grano. Me gusta. La vida humana es demasiado corta para malgastarla con trivialidades.

¿Se trataba de una amenaza? Su rostro sonriente no me daba ninguna pista. Seguía teniendo los ojos brillantes, y seguía irradiando simpatía. Contacto visual; parecía nueva. Clavé la vista en la mesa y me sentí mejor. O peor: de repente era capaz de asustarme.

—Dice Inger que tiene un plan para derrotar al amo de la ciudad. ¿En qué consiste? —le pregunté a la mesa. Ardía en deseos de levantar la vista, de mirarlo a los ojos, de perderme en su calidez reconfortante. Todas las decisiones serían tan fáciles… Sacudí la cabeza—. Si sigue invadiéndome la mente, daré por terminada la reunión.

Volvió a reírse, con un sonido tan acogedor que se me pusieron los pelos de punta.

—Es muy buena. Hacía siglos que no conocía a ningún humano que estuviera a su altura… Una nigromante, nada menos. ¿Se da cuenta de lo infrecuente que es esa habilidad?

—Sí —dije por decir algo.

—Por favor, señorita Blake, no se moleste en mentirme.

—No he venido a hablar de mí. Si no quiere contarme su plan, adiós.

—Yo soy el plan. Puede percibir mi poder, el transcurso de más siglos de los que podría soñar su insignificante amo. Me remonto a la noche de los tiempos.

No sería para tanto, pero lo dejé estar. Era suficientemente antiguo para que no quisiera discutir con él, si podía evitarlo.

—Entrégueme al amo y la liberaré de sus marcas —añadió.

Subí la vista y volví a bajarla rápidamente. Seguía sonriendo, pero ya no colaba. Era una escenificación, como lo demás. Muy buena, eso sí.

—Si nota el sabor del amo en mis marcas, ¿no puede encontrarlo por su cuenta?

—Percibo su poder y puedo evaluarlo como enemigo, pero no sé cómo se llama ni dónde se oculta. —Lo dijo en serio, sin intentar manipularme. Al menos, no me pareció que lo intentara; quizá se tratara de otro truco.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me diga quién es y dónde se oculta durante el día.

—No sé lo segundo. —Me alegraba que además fuera cierto, porque el vampiro habría olido la mentira.

—Entonces, deme su nombre.

—¿Por qué?

—Porque quiero ser el amo de la ciudad.

—¿Para qué?

—¡Cuántas preguntas! ¿No le parece suficiente que la libere de su influencia?

—No. —Sacudí la cabeza para enfatizarlo.

—¿Qué le importa la suerte que corran los vampiros?

—En realidad, nada, pero antes de darle potestad sobre toda esta zona, me gustaría saber qué piensa hacer con ella.

Volvió a reír, sin trucos. Al menos ponía algo por su parte.

—Llevaba mucho tiempo sin conocer a un ser humano tan testarudo. Me gustan las personas obstinadas; el mundo avanza gracias a ellas.

—Responda a mi pregunta.

—No estoy nada conforme con que los vampiros tengan derechos ciudadanos. Quiero dejar las cosas como estaban antes.

—¿Por qué desea que se vuelva a hostigar a los vampiros?

—Son demasiado poderosos para permitirles campar a sus anchas. Sojuzgarán a la humanidad mucho más fácilmente amparándose en la legislación y el derecho de voto que recurriendo a la violencia.

Pensé en la Iglesia de la Vida Eterna, el credo de crecimiento más rápido del país.

—Supongamos que tiene razón. ¿Cómo lo evitaría?

—Impidiendo que tengan voz ni voto.

—Hay más maestros vampiros en la ciudad.

—¿Se refiere a Malcolm, el preboste de la Iglesia de la Vida

Eterna?

—Sí.

—Lo he observado, y no permitiré que prospere su cruzada para legitimar a los vampiros. Desmantelaré su iglesia y prohibiré su fe. Sin duda, estará de acuerdo conmigo en que representa un peligro notorio. —Lo estaba, pero no me daba la gana mostrarme de acuerdo con un maestro vampiro. Me parecía mal. Continuó—: San Luis es un hervidero de vampiros metidos en política y negocios; hay que detenerlos. Somos depredadores, señorita Blake, y eso no cambiará nunca. Si no vuelven a perseguirnos, la humanidad estará condenada. ¿No se da cuenta?

Me daba cuenta. Lo creía.

—¿A usted por qué le preocupa? Hace mucho que dejó de ser humano.

—Soy el vampiro más antiguo que existe y me siento en la obligación de mantener a raya a mis semejantes. Todos estos derechos nuevos están sacando las cosas de quicio, y es preciso ponerles coto. Somos demasiado poderosos para que se nos conceda tanta libertad; los seres humanos tienen derecho a ser humanos. Antaño solo sobrevivían los vampiros más fuertes, inteligentes y afortunados; los necios, los negligentes y los que abusaban de la violencia sucumbían a manos de los cazavampiros. Si se rompe ese equilibrio, el futuro no depara nada bueno.

Habría firmado el discurso sin dudarlo; era espeluznante. Opinaba que el vampiro más antiguo que había conocido en mi vida tenía razón. ¿Podría entregarle a Jean-Claude? ¿Debería entregarle a Jean-Claude?

—Estoy de acuerdo, señor Oliver, pero no puedo entregárselo sin más. Lo cierto es que no sé por qué, pero no puedo.

—La lealtad es un rasgo admirable. Tómese su tiempo, señorita Blake, pero no tarde mucho en decidirse. Debo actuar sin dilación.

—Lo entiendo. —Asentí—. Le daré una respuesta en un par de días. ¿Cómo puedo localizarlo?

—Inger le dará un teléfono. Puede hablar con él sin tapujos.

—Es su siervo humano, ¿verdad? —le pregunté a Inger, que seguía en posición de firmes junto a la puerta.

—Tengo ese honor.

—Pues yo me largo. —Sacudí la cabeza.

—No se sorprenda por no haberse dado cuenta de que Inger está a mi servicio. Si las marcas fuesen perceptibles, ¿cómo podríamos usar a los siervos de ojos, oídos y manos?

En eso tenía razón. En eso y en muchas más cosas. Me levanté; él hizo lo propio y me tendió la mano.

—Disculpe, pero sé de sobra que el contacto facilita la intromisión mental.

—No necesito tocarla para eso —dijo apartando la mano. Era una voz maravillosa, reluciente y alegre como una mañana de Navidad. Se me había formado un nudo en la garganta, y las lágrimas me anegaban los ojos. Mierda, mierda y mierda.

Retrocedí hacia la puerta, e Inger la abrió. No parecía que fueran a intentar retenerme. Oliver no pensaba violar mis pensamientos para obtener el nombre; había decidido dejarme ir en paz: el detalle casi me convencía de que era buen tipo y todo. Me dejaba marchar en vez de exprimirme los sesos.

Cuando salimos, Inger cerró la puerta lentamente, con reverencia.

—¿Qué edad tiene Oliver? —le pregunté.

—¿No la percibe?

—¿Qué edad tiene? —insistí sacudiendo la cabeza.

—Yo tengo más de setecientos años —respondió sonriendo—. El señor Oliver ya era muy antiguo cuando lo conocí.

—Supera de sobra los mil años.

—¿Por qué lo dice?

—Conocí a una vampira que tenía algo más de mil años. Daba miedo, pero no tenía tantísimo poder.

—Si desea conocer su edad, será mejor que se la pregunte a él.

Me quedé mirando el rostro sonriente de Inger, y de repente recordé dónde había visto unas facciones muy parecidas a las de Oliver: en las reproducciones de homínidos prehistóricos. Eso situaba su edad en los cientos de miles de años.

—Virgen santa.

—¿Qué le ocurre, señorita Blake?

—Es imposible que sea tan antiguo —dije sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Cuántos años le echa?

No quería decirlo en voz alta; sería como convertirlo en

realidad. ¿Cuánto poder puede acumular un vampiro en un millón de años?

Del interior de la casa salió una mujer que avanzó hacia nosotros. Iba descalza, con las uñas de manos y pies pintadas de un rojo intenso, y llevaba un vestido entallado del mismo color. Tenía las piernas largas y pálidas, pero de un tono que prometía broncearse si recibía suficiente luz solar. El pelo, denso y muy negro, le llegaba por debajo de la cintura. Lucía un maquillaje impecable. Me sonrió, y entre sus labios escarlata asomaron unos colmillos.

Pero no era una vampira. No sabía qué demonios era, pero sabía qué no era. Miré a Inger, que parecía contrariado.

—¿Nos vamos? —dije.

—Sí. —Caminó hacia la puerta de espaldas, y lo imité. No apartamos la vista de la belleza colmilluda que se nos acercaba por el pasillo.

Se desplazaba con unos movimientos líquidos, tan deprisa que costaba seguirla con la mirada. Los licántropos podían moverse así, pero tampoco era una cambiaformas.

Rodeó a Inger y se dirigió hacia mí. Para qué los disimulos: corrí hacia la puerta. Pero era demasiado rápida para mí, para cualquier humano.

Me cogió el antebrazo derecho y me miró desorientada. Tenía que notar la funda del cuchillo, pero al parecer, no sabía qué era. Mejor para mí.

—¿Qué eres? —le pregunté sin perder la calma. No tenía miedo; era la temible matavampiros. Ya.

Abrió la boca y se pasó la lengua por los colmillos, más largos que los de un vampiro.

—¿Cómo consigues cerrar la boca con eso? —le pregunté.

Parpadeó sorprendida, y la sonrisa desapareció de su cara. Se empujó los colmillos con la lengua hasta que adoptaron una longitud normal.

—Colmillos retráctiles —dije—. Mola.

—Me alegro de que te haya gustado el espectáculo —dijo muy seria—, pero eso no ha sido nada.

Volvió a sacar los colmillos. Abrió mucho la boca, como si bostezara, y los rayos de sol que se colaban entre las cortinas

arrancaron destellos de su dentadura.

—Al señor Oliver no le gustará que la amenaces —dijo Inger.

—Se está volviendo débil, sentimental… —Me clavó los dedos con más fuerza de la que debería tener.

Me atenazaba el brazo derecho, de modo que no podía coger la pistola. Los cuchillos también estaban descartados, por motivos parecidos. Quizá debería llevar más armas.

La mujer soltó un bufido, una explosión de aire que ninguna garganta humana podría producir, y agitó una larga lengua bífida.

—Virgen santa. ¿Qué eres?

Se echó a reír, pero la carcajada no sonó natural; quizá fuera por la lengua. Sus pupilas se convirtieron en rendijas, y sus iris adquirieron un tono dorado.

Intenté zafarme, pero me tenía bien sujeta. Me dejé caer, y ella bajó la mano, pero no me soltó.

Me apoyé en el costado y le descargué una patada en la rodilla con todas mis fuerzas. Ella gritó, cayó al suelo y me soltó el brazo por fin.

Algo sucedía en sus piernas. Parecían estar juntándose, mientras la piel se expandía. No había visto nunca nada parecido, y podría haber sobrevivido sin verlo.

—¿Qué haces, Melanie? —dijo una voz a nuestras espaldas.

Oliver estaba en el umbral, algo apartado de la zona más iluminada del salón. Su voz sonaba como una avalancha, como un árbol al caer. Una tormenta que, solo con palabras, parecía cortar y triturar.

La cosa del suelo se encogió al oírlo. La parte inferior de su cuerpo empezaba a adoptar un aspecto serpentino.

—Una lamia —dije en voz baja. Me aparté y me apoyé en la puerta—. Creía que se habían extinguido.

—Es la última —dijo Oliver—. La mantengo a mi lado porque no me atrevo a dejarla campar a su antojo.

—¿A qué animales puede convocar? —le pregunté.

Suspiró, y en aquel sonido pude reconocer una tristeza inmemorial, demasiado arraigada para transmitirse con palabras.

—A las serpientes. Puedo convocar a las serpientes.

—Claro. —Asentí. Abrí la puerta y salí al porche soleado. Nadie intentó detenerme.

La puerta se cerró a mis espaldas, y al cabo de unos minutos salió Inger, tenso de cólera.

—Le pedimos disculpas humildemente por el comportamiento de Melanie. Es un animal.

—Oliver debería atarla más corto.

—Lo intenta.

Asentí. Sabía en qué consistía intentar algo, hacer todo lo posible. Por otra parte, si podía controlar a una lamia, a mí podría manipularme sin pestañear, y no me daría cuenta. ¿Hasta qué punto eran reales mi confianza, mis buenos deseos, y hasta qué punto me los había inculcado Oliver?

—La llevaré al lago —dijo Inger.

Y al lago fuimos. Había conocido a mi primera lamia y puede que al ser vivo más antiguo del mundo. Un día memorable de cojones.

TREINTA Y UNO

Acababa de llegar a casa y tenía la llave en la cerradura cuando empezó a sonar el teléfono. Empujé la puerta con el hombro y fui a contestar a toda prisa. Levanté el auricular al quinto timbrazo.

—¡Sí!

—¿Anita? —Era Ronnie.

—Sí, soy yo.

—Suenas rara.

—Es que he venido corriendo. ¿Qué hay?

—He recordado cómo conocí a Cal Rupert.

Tardé un momento en caer en la cuenta: se refería a la primera víctima de los vampiros. Me sentí algo avergonzada por no haber pensado en el acto en la investigación que tenía entre manos.

—Dime.

—El año pasado hice un trabajo para un bufete especializado en la tramitación de peticiones de muerte permanente.

—Ya sé que Rupert tenía una. Por eso fui a clavarle una estaca sin esperar la orden de ejecución.

—¿Y también sabías que ese mismo bufete le tramitó otra petición a Reba Baker?

—¿Quién es esa?

—Puede que la segunda víctima.

Se me encogió el estómago: por fin tenía una pista de verdad.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté.

—Era joven y rubia, y faltó a una cita que tenía en el bufete. Cuando intentaron localizarla, resultó que llevaba dos días sin ir a trabajar.

—El tiempo que hace que la mataron.

—Exactamente.

—Llama al sargento Rudolf Storr y explícaselo. Di que llamas de mi parte para que te pongan con él.

—¿No prefieres que lo comprobemos antes?

—No quiero que corras riesgos. Es asunto de la policía. Que se ganen el sueldo.

—Aguafiestas.

—Ronnie, llama a Dolph y que se encargue la policía, que está para eso. Después de ver a los vampiros que han cometido los asesinatos, no creo que nos convenga llamar su atención.

—¿Cómo dices?

Suspiré. Se me había olvidado que Ronnie no tenía ni idea. Le conté una versión abreviada.

—El sábado por la mañana te lo amplío en el gimnasio —dije al final.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien por ahora.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Como siempre. Y tú.

—A mí no suele perseguirme tanta gente como a ti.

—Suerte que tienes.

—Y lo que me alegro. —Colgó.

Teníamos una pista y quizá una pauta, aunque el ataque contra mí no encajaba. A mí me habían atacado para dar con Jean-Claude. Parecía que todos querían quitarle el trabajo, y el problema era que no podía dimitir. Para que hubiera un nuevo amo tenía que morir el anterior. Me gustaba el planteamiento de Oliver y estaba de acuerdo con él, pero ¿sería capaz de sacrificar a Jean-Claude en aras del sentido común?

Pues no lo sabía.

TREINTA Y DOS

Bert tenía un despacho pequeño de paredes azul claro. Le parecía que relajaba a los clientes. A mí me resultaba frío, pero en eso se parecía a su ocupante. Bert medía uno noventa, y tenía las espaldas y la constitución que correspondían a un antiguo jugador de fútbol universitario. También tenía la barriga que correspondía a alguien que comía mucho y hacía poco ejercicio, pero los trajes de setecientos dólares se la disimulaban bastante bien. Por ese precio ya podían disimular el Taj Majal.

Su piel bronceada contrastaba con unos ojos grises y un pelo tan rubio que casi parecía blanco, cortado a cepillo.

Estaba sentada frente a él, con ropa de trabajo: falda roja, chaqueta a juego y una blusa de un granate tan oscuro que me había obligado a maquillarme un poco para no parecer un fantasma. La chaqueta estaba cortada a medida para que no se notara la sobaquera.

Larry estaba a mi lado, con un traje azul, una camisa blanca y una corbata bitono a juego con el traje. La piel que le rodeaba los puntos había florecido en una magulladura multicolor que le cruzaba la frente, y el flequillo no conseguía ocultársela. Parecía que le hubieran dado un golpe con un bate de béisbol.

—Podían haberlo matado por tu culpa —le dije a Bert.

—No corrió ningún peligro hasta que apareciste tú. Los vampiros te perseguían a ti, no a él. —En eso tenía razón, por poco que me gustara.

—Intentó levantar tres zombis en una noche.

—¿No eres capaz? —preguntó Bert con un brillo de frialdad en los ojos.

—Casi. —El chaval tuvo el detalle de mostrarse avergonzado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bert frunciendo el ceño.

—Que levantó el tercero pero perdió el control —contesté por él

—. Si yo no hubiese intervenido, el zombi se habría descontrolado.

—¿Es cierto, Larry? —Bert se apoyó en la mesa, con las manos entrelazadas y una mirada muy seria.

—Me temo que sí, señor Vaughn.

—Eso podría haber tenido consecuencias muy graves. ¿Lo entiendes?

—¿Graves? Habría sido un puto desastre. El zombi podría haberse comido a uno de nuestros clientes.

—Tampoco hace falta asustar al chico, Anita.

—¿Cómo que no? —Me puse en pie.

—Si no hubieras llegado tarde, él no habría intentado levantar el último zombi.

—No, Bert. No cuela eso de que fue culpa mía. Fuiste tú quien lo mandó a trabajar solo el primer día.

—Y se las arregló muy bien.

—Es estudiante y tiene veinte años. —Contuve el impulso de gritar; habría sido contraproducente—. Es un puto trabajo de prácticas. ¿Y si lo hubieran matado?

—¿Puedo intervenir? —dijo Larry.

—No —dije.

—Por supuesto —dijo Bert.

—Soy mayorcito y sé cuidarme.

Quería discutírselo, pero mirando el candor de aquellos ojos azules fui incapaz de llevarle la contraria. Era un niñato. Recuerdo que a su edad creía que me las sabía todas; tardé una buena temporada en darme cuenta de que no tenía ni idea. Y seguía esperando aprender más cosas antes de los treinta, aunque ahí ya no las tenía todas conmigo.

—¿Cuántos años tenías cuando te contraté? —preguntó Bert.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tenías?

—Veintiuno. Acababa de licenciarme.

—¿Cuándo cumples los veintiuno, Larry?

—En marzo.

—¿Ves, Anita? Prácticamente tiene la misma edad que tenías tú.

—Mi caso era distinto.

—¿Por qué? —preguntó Bert.

No era fácil de explicar. Larry seguía teniendo cuatro abuelos y

nunca se había visto envuelto en una situación violenta. Era un inocentón; a su edad, yo había dejado de serlo muchos años atrás. Pero ¿cómo podía explicárselo a Bert sin ofender a Larry? Los veinteañeros son incapaces de aceptar que una mujer sepa más de la vida que ellos. Hay rémoras culturales difíciles de desarraigar.

—A mí me mandabas con Manny, no sola.

—Y a él iba a mandarlo contigo, pero te surgió lo de la policía.

—Eso no vale como argumento, y lo sabes.

—Si te hubieras presentado a trabajar, él no habría tenido que ir solo —dijo Bert encogiéndose de hombros.

—Ha habido dos asesinatos. ¿Qué se supone que tendría que hacer? ¿Decir «Lo siento, chicos, pero tengo que irme a hacer de canguro de un reanimador nuevo, así que apañáoslas»?

—No necesito canguro —protestó Larry. Ninguno de los dos le hizo caso.

—Trabajas para Reanimators, Inc. a tiempo completo.

—Ya hemos tenido esta discusión.

—Demasiadas veces.

—Tú eres el jefe. Haz lo que consideres adecuado.

—No me des ideas…

—¡Un momento! —dijo Larry—. Tengo la impresión de que me estáis usando de excusa para pelearos. Tranquilos, ¿vale?

Los dos le lanzamos una mirada asesina, pero no se dejó amilanar. Bien por él.

—Si no te gusta mi trabajo, despídeme, pero deja de protestar.

Bert se puso en pie lentamente, como un leviatán que surgiera de las aguas.

—Anita…

Sonó el teléfono, y los tres nos quedamos mirándolo como si no supiéramos qué era. Al final, Bert lo cogió.

—¿Qué pasa? —rezongó. Escuchó un momento. Después me tendió el auricular—. Para ti —añadió con una sonrisa falsa y la voz melosa—. Es el inspector Storr. Asuntos policiales.

Tendí la mano sin decir nada, y me pasó el auricular. Aún sonreía, con los ojitos muy brillantes. Mal rollo.

—Hola, Dolph, ¿qué hay?

—Estamos en el bufete que nos ha indicado tu amiga Verónica Sims. Qué detalle, llamarte a ti en primer lugar.

—Pero después os ha llamado a vosotros, ¿no?

—Sí.

—¿Qué habéis averiguado? —No me molesté en bajar la voz; si se tiene cuidado, una parte del diálogo no da demasiadas pistas.

—Han identificado las fotografiás del cadáver. Era Reba Baker.

—Bonita forma de terminar la semana laboral.

—Las dos víctimas eran clientes del bufete y tenían peticiones de muerte permanente. Si morían por mordiscos de vampiro, querían que les clavaran una estaca y las incineraran.

—A mí me suena a pauta.

—Pero ¿cómo lo averiguaron los vampiros?

—¿Es una pregunta con trampa? Alguien se lo diría.

—Ya lo sé —contestó con disgusto patente. ¿Qué me había perdido?

—¿Qué quieres de mí, Dolph?

—He interrogado a todos los empleados, y todos juran y perjuran que no han sido ellos. ¿Es posible que alguien haya facilitado esa información y no lo recuerde?

—¿Que si es posible que los vampiros hayan hecho algún truco para que el traidor no sepa que lo es?

—Exactamente.

—Sí, claro.

—Si vinieras, ¿podrías averiguar quién ha sido?

Miré a mi jefe. Si faltaba otra noche en plena temporada alta, igual me echaba. A veces me daba igual, pero no era el caso.

—Busca pérdidas de memoria. Blancos que hayan durado horas, o incluso toda la noche.

—¿Algo más?

—Si alguien ha estado facilitando información a los vampiros, puede que no lo recuerde, pero un buen hipnotizador podría sacárselo.

—Por aquí protestan como locos alegando algo de derechos y órdenes judiciales. La que tenemos nos permite hurgarles los papeles, no la mente.

—Pregúntale al abogado si quiere ser responsable del asesinato de otro de sus clientes.

—A la abogada, querrás decir.

Oh. Qué sexista por mi parte.

—Pregúntale si le apetecería tener que explicarle a la familia de su cliente por qué obstaculizó la investigación.

—La familia no tendría por qué enterarse.

—Si no lo sacáis a la luz.

—Eso sería chantaje.

—No me digas.

—Seguro que fuiste policía en otra vida. Eres demasiado retorcida.

—Gracias por el cumplido.

—¿Nos recomiendas algún hipnotizador?

—Alvin Thormund. Un momento, ahora te doy su número.

Saqué el tarjetero del bolso. Intentaba conservar solo las tarjetas que me resultaran útiles para el trabajo, y habíamos recurrido a Alvin en varios casos de víctimas de vampiros con amnesia. Le di el número a Dolph.

—Gracias.

—Cuéntame lo que averigüéis. Igual puedo identificar al vampiro en cuestión.

—¿Quieres asistir a las sesiones?

Miré a Bert. Seguía con su expresión afable y tranquila. Qué miedo.

—No puedo, pero grábalas. Si es necesario las escucharé después.

—¿Cuando encontremos el próximo cadáver? No me digas que tu jefe está dando la vara otra vez.

—Pues sí.

—¿Quieres que hable con él?

—No te molestes.

—¿Se ha puesto muy tocacojones?

—Lo habitual.

—Bien. Llamaré a Thormund, grabaré las sesiones y te llamaré si averiguamos algo.

—Dame un toque al busca.

—De acuerdo. —Como de costumbre, colgó sin despedirse.

Le devolví el auricular a Bert, que lo colgó sin dejar de dedicarme su amabilísima mirada amenazada.

—¿Tienes que ir esta noche con la policía?

—No.

—¿Y a qué debo el honor de que vengas al trabajo?

—Corta el rollo. —Me volví hacia Larry—. ¿Preparado, chaval?

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó Larry.

Bert sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué más da?

—Contesta, ¿vale?

—Veinticuatro —dije encogiéndome de hombros.

—¿Solo me llevas cuatro años y me llamas chaval?

—Intentaré evitarlo. —Sonreí—. Pero más vale que nos pongamos en marcha: tenemos que ir a levantar muertos y ganarnos las lentejas.

Miré a Bert de reojo. Se había recostado en el sillón, con los dedos regordetes entrelazados sobre la barriga. Seguía muy sonriente.

Me apetecía borrarle la sonrisa a hostias, pero me contuve. Para que luego digan que no tengo autodominio.

TREINTA Y TRES

Faltaba una hora para el amanecer. Todos los quienes de Villaquién roncaban despreocupados… Huy, perdón, me he equivocado de libro. Cosas que pasan por acostarse tan tarde. Llevaba toda la noche enseñando a Larry a ser un buen reanimador respetuoso con la ley. No estaba segura de que a Bert le gustara la última parte, pero me gustaba a mí.

Era un cementerio pequeño, poco más que un jardín con pretensiones. De una carretera de dos carriles que bordeaba una colina salía de repente un camino de grava por el que a nadie se le ocurriría meterse sin saber adónde iba. Y allí estaba: una ladera tachonada de tumbas, en un terreno tan empinado que daba la impresión de que los ataúdes iban a escurrirse.

Estábamos a oscuras. El viento hacía susurrar las copas de los árboles, que crecían con profusión a ambos lados de la carretera. El cementerio era diminuto, pero estaba bien atendido; los familiares se cuidaban de ello. No quería ni imaginar cómo pasarían la segadora por allí; quizá con un sistema de poleas, para evitar que se precipitara colina abajo y hubiera que organizar otro entierro.

Los últimos clientes de la noche acababan de partir con rumbo a la civilización. Yo había levantado cinco zombis; Larry, uno. Sí, podría haber levantado dos, pero la noche no daba más de sí. No se tarda mucho en levantar un zombi, o yo tardo muy poco, pero hay que añadir el tiempo que se tarda en ir de un lado a otro. En cuatro años, solo una vez me habían tocado dos zombis en el mismo cementerio la misma noche; normalmente me tocaba conducir como una posesa para llegar a todas las citas.

Una grúa se había llevado mi pobre coche al taller, pero aún no lo había examinado el perito, y pasarían días, o incluso semanas, antes de que la aseguradora me notificara el siniestro total. Mientras tanto, y mientras siguiera a cargo de Larry, podríamos

movernos en su coche.

La brisa soplaba entre los árboles y arrastraba por la carretera las hojas caídas. La noche estaba plagada de susurros apresurados, como si algo corriera hacia… ¿qué? Se masticaba la cercanía de la noche de difuntos.

—Me encantan estas noches —comentó Larry.

Me volví hacia él. Los dos estábamos con las manos en los bolsillos y la vista perdida en la oscuridad, disfrutando de aquel momento de calma. También estábamos llenos de sangre de gallo seca. Una noche normal, muy agradable.

De repente, el pitido del busca interrumpió el arrullo del viento. Pulsé el botón y dejó de sonar; algo es algo. En la pantalla había un número que no reconocí. Esperaba que no fuera Dolph, porque un número desconocido a aquellas horas de la noche, o de la madrugada, presagiaba otro asesinato. Otro cadáver.

—Vamos. Tenemos que buscar una cabina.

—¿Quién es?

—No lo sé. —Empecé a caminar colina abajo, y Larry me siguió.

—¿Quién crees que será?

—Puede que la policía.

—¿Por esos asesinatos en los que estás trabajando?

Giré para mirarlo y me golpeé la rodilla con una lápida. Me detuve unos segundos, conteniendo la respiración mientras pasaba el dolor.

—Mierda —dije en voz baja, pero con rabia.

—¿Te has hecho daño? —Larry me sujetó por el codo.

Me aparté, y dejó caer la mano. No me hacen gracia los toqueteos.

—No es nada. —En realidad, aún me dolía, pero qué cojones. Tenía que llegar a un teléfono, y ya se me pasaría a medida que anduviera. De verdad. Seguí caminando con precaución para evitar más colisiones—. ¿Qué sabes de esos asesinatos?

—Solo que estás ayudando a la policía en un caso de crímenes sobrenaturales, y que por eso faltas tanto al trabajo.

—Te lo ha dicho Bert.

—El señor Vaughn, sí. —Habíamos llegado al coche.

—Mira, Larry: si vas a trabajar en Reanimators, Inc., será mejor que te dejes de formalismos. Somos compañeros de trabajo.

—Como usted mande, señorita Blake. —Sus dientes resplandecieron en la oscuridad.

—Vamos a buscar un teléfono.

Fuimos a Chesterfield basándonos en la suposición de que, puesto que era la localidad más cercana, albergaría el teléfono público más cercano. Dimos con una hilera de cabinas en el aparcamiento de una gasolinera cerrada. El edificio estaba poco iluminado, pero junto a las cabinas había una farola tan potente que convertía la noche en día. Las polillas y demás insectos volaban a su alrededor, así como los murciélagos que los cazaban.

Marqué el número mientras Larry esperaba en el coche. Por lo menos era discreto. Contestaron al segundo timbrazo.

—¿Eres tú, Anita?

Era mi amigo Irving Griswold, el periodista.

—¿Qué haces tú llamándome a estas horas?

—Jean-Claude quiere verte enseguida —dijo apremiante e inseguro.

—¿Y por qué me das tú el recado? —Me temía que no me iba a gustar la respuesta.

—Porque soy hombre lobo.

—¿Qué tiene que ver?

—¿No lo sabes? —preguntó sorprendido.

—Que si no sé, ¿qué? —Me estaba impacientando. ¿Había dicho que odio las adivinanzas?

—El animal al que convoca es el lobo.

Aquello explicaba lo de Stephen Hombrelobo y lo de la mulata.

—¿Por qué no estabas la otra noche? ¿Te había aflojado la correa?

—No te pases.

Tenía razón. Me estaba pasando.

—Perdona. Es que me siento culpable por haberos presentado.

—Quería entrevistar al amo de los vampiros de la ciudad y lo conseguí.

—¿Valía el precio que estás pagando?

—Sin comentarios.

—Eh, que eso me toca decirlo a mí —protesté. Se echó a reír.

—¿Puedes venir al Circo de los Malditos? Jean-Claude tiene información sobre el maestro vampiro que te atacó.

—¿Alejandro?

—Ese mismo.

—Vamos para allá, pero de aquí a que lleguemos a la Orilla estará a punto de amanecer.

—¿Con quién vienes?

—Con un chico nuevo al que estoy formando. Vamos en su coche. Dile a Jean-Claude que esta noche no quiero cosas raras.

—Díselo tú misma.

—Nenaza.

—Pues sí. Hasta ahora. Date prisa.

—Hasta ahora.

Me quedé unos segundos con el auricular en la mano y luego colgué. Irving era una criatura de Jean-Claude: podía convocar a los lobos, igual que Oliver a las serpientes y Nikolaos a las ratas y los hombres rata. Todos eran monstruos, aunque vinieran en sabores distintos.

—Querías más experiencias con vampiros, ¿no? —le dije a Larry cuando volví al coche. Me puse el cinturón.

—Claro.

—Pues estás de suerte.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré mientras conduces. No tenemos mucho tiempo.

Larry puso el coche en marcha y salió del aparcamiento. La débil luz del salpicadero iluminaba su semblante ansioso. Ansioso y muy, muy joven.

TREINTA Y CUATRO

El Circo de los Malditos ya había cerrado por aquel día, ¿o debería decir por aquella noche? Cuando aparcamos frente al almacén no había amanecido, pero empezaba a clarear por el este. Una hora antes nos habría costado encontrar aparcamiento cerca del Circo, pero los turistas se marchan cuando los vampiros se recogen.

Miré a Larry. Tenía la cara llena de sangre seca, como yo. Hasta entonces no había caído en que deberíamos limpiarnos, pero miré el horizonte y sacudí la cabeza: no teníamos tiempo; se acercaba la aurora.

Los payasos colmilludos seguían encendidos, dando vueltas en la azotea, pero parecían cansados. Aunque igual la cansada era yo.

—Sigue mis instrucciones al pie de la letra —le dije a Larry—. No olvides en ningún momento que son monstruos, por muy humanos que parezcan. No te quites el crucifijo, no permitas que te toquen y no los mires a los ojos.

—Eso ya lo he estudiado. Hice dos semestres de vampirología.

—Olvídate de las clases. —Sacudí la cabeza—. Esto es la realidad; aunque te sepas la teoría, no creas que estás preparado.

—Teníamos seminarios con vampiros.

Suspiré, pero lo dejé estar. Tendría que aprenderlo por sí mismo, como todos. Como lo había aprendido yo.

El portón estaba cerrado. Llamé y, al cabo de un momento, se abrió una puerta. Era Irving, muy serio. Tenía el aspecto de un querubín mofletudo, con unos matojos de pelo suave y ondulado encima de las orejas y una calva en la coronilla.

Se quedó mirándonos un poco sorprendido cuando entramos: con luz, la sangre parecía lo que era.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó.

—Levantar muertos.

—¿Es el reanimador nuevo?

—Larry Kirkland, Irving Griswold. Irving es periodista, así que puede usar en tu contra todo lo que digas.

—Eh, Blake, confiesa que nunca he publicado nada que me dijeras sin tener tu permiso.

—Lo confieso.

—Te espera abajo —dijo Irving.

—¿Abajo?

—Amanecerá dentro de poco, y tiene que estar bajo tierra.

—Ah, claro. —Aparenté naturalidad, pero se me hizo un nudo en la garganta. No había bajado al sótano del Circo desde que maté a Nikolaos. Aquel día hubo muchas muertes y corrió mucha sangre, mía y de otros.

Irving nos guio entre las casetas, silenciosas y escasamente iluminadas. Estaban todas cerradas, y los animales disecados, tapados con mantas. Quedaban efluvios de perritos calientes y algodón dulce, como un fantasma cansino del olor que impregnaba el Circo cuando estaba en marcha.

Pasamos junto a la casa encantada. Desde el tejado, la bruja de tamaño natural nos miraba en silencio con sus ojos saltones. Era verde y tenía una verruga en la nariz, aunque todas las brujas que conozco son bastante más normales. Desde luego, no son nada verdosas y, si tenían verrugas, se las han extirpado.

A continuación estaba el laberinto de espejos, y más allá se cernía la noria apagada que lo dominaba todo.

—Presiento ser aquel / que cruza solitario / de fiesta un escenario. / Bajo teas prescitas / y guirnaldas marchitas, / no queda sino él —murmuré.

—Thomas Moore —dijo Irving, volviéndose a mirarme—. «Oft in the Stilly Night».

—Ni pajolera idea del título —confesé—. Supongo que será ese.

—Me licencié en periodismo y en filología.

—Dios mío, un reportero con conocimientos literarios.

—Y muy culto. —Sonaba ofendido, pero sabía que era una farsa. Me alivió que Irving bromeara: era su comportamiento normal. Aquella noche necesitaba tanta normalidad como pudiera conseguir.

Estaba a punto de amanecer. ¿Qué era lo peor que podía pasar con Jean-Claude en tan poco tiempo? Mejor no averiguarlo.

Llegamos a una puerta de madera, muy sólida, con un cartel que ponía SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Por una vez me habría gustado no tener autorización.

Al otro lado había un almacén pequeño, con una bombilla desnuda que colgaba del techo y otra puerta que daba a las escaleras. Eran tan anchas que casi cabíamos los tres juntos, pero Irving iba delante, como si siguiéramos necesitando guía, como si pudiéramos hacer otra cosa que ir hacia abajo. Esperaba que no fuera metafórico.

Justo antes de llegar a un recodo noté un roce de tela, una sensación de movimiento. Saqué la pistola, sin pensar. Lo que hace la práctica.

—No la necesitas —dijo Irving.

—Porque tú lo digas.

—Creía que el amo era amigo tuyo —dijo Larry.

—Los vampiros no tienen amigos.

—¿Y los profesores de instituto? —Richard Zeeman apareció por el recodo. Llevaba un jersey verde oliva, con un bosque entretejido en mostaza y marrón, que le llegaba casi por las rodillas. Si me lo pusiera yo, parecería un vestido largo. Tenía las mangas arremangadas. Unos vaqueros y las deportivas blancas de la otra vez completaban su atuendo—. Jean-Claude me ha enviado a esperarte.

—¿Por qué?

—Parecía nervioso —dijo encogiéndose de hombros— y no se lo he preguntado.

—Chico listo.

—Vamos —dijo Irving.

—Tú también pareces nervioso.

—Si me llama, obedezco. Soy su animal —dijo. Le llevé la mano al hombro, pero se apartó—. Creía que podía actuar como un ser humano, pero me ha demostrado que no lo soy.

—No permitas que te haga eso.

—No puedo evitarlo —dijo con los ojos anegados.

—Será mejor que sigamos —dijo Richard—. Va a amanecer muy pronto. —Le lancé una mirada asesina, pero se encogió de hombros —. Sabes que no es conveniente hacerlo esperar.

Asentí. Lo sabía.

—Tienes razón. No tenía derecho a tomarla contigo.

—Gracias.

—Vamos allá.

—Puedes guardar la pistola.

Me quedé mirando la Browning. Me gustaba tenerla en la mano; como objeto reconfortante, le daba veinte vueltas a un osito de peluche. Pero la guardé; siempre podría volver a sacarla.

Al final de las escaleras había otra puerta, más pequeña y rematada en arco, con una robusta cerradura de hierro. Irving sacó una gran llave negra y la introdujo en el cerrojo, que se abrió a la primera: lo mantenían bien aceitado. De modo que Irving era depositario de la llave del sótano, nada menos. ¿Hasta dónde estaría metido? Y ¿cómo podía sacarlo?

—Un momento —dije. Todos se volvieron hacia mí. Perfecto: era el centro de atención—. No quiero que Larry conozca al amo, ni que sepa quién es.

—Anita... —empezó Larry.

—No. Ya me han atacado dos veces para sacarme esa información y es mejor que no la tengas si no hace falta. Y no la hace.

—No hace falta que me protejas.

—Hazle caso —dijo Irving—. A mí me aconsejó que me mantuviera apartado del amo, y le dije que podría apañármelas. No sabes hasta qué punto metí la pata.

—Sé cuidarme —dijo Larry. Se cruzó de brazos y puso cara de determinación.

—Irving, Richard, quiero que me prometáis que lo mantendréis a salvo. Cuanto menos sepa, mejor para él.

Los dos asintieron.

—¿Es que mi opinión no le interesa a nadie? —preguntó Larry.

—No —contesté.

—Joder, que no soy un niño.

—Dejad las peleas para luego —dijo Irving—. El amo espera.

Larry fue a decir algo, pero lo detuve levantando la mano.

—Primera lección: no hagas esperar a un maestro vampiro nervioso.

Volvió a abrir la boca para protestar, pero se lo pensó mejor.

—De acuerdo. Luego lo hablamos —rezongó.

No me apetecía un pelo tener una discusión con Larry sobre si me pasaba de protectora con él, aunque sería infinitamente mejor que lo que había al otro lado de la puerta. Yo lo sabía. Él no, pero si se empeñaba en aprenderlo, yo no podría evitarlo.

TREINTA Y CINCO

El techo se perdía en la oscuridad, pero el recinto estaba delimitado por cortinones de material sedoso, que caían hasta el suelo en franjas de blanco y negro. Una mesita de cristal y madera oscura ocupaba el centro, flanqueada por un grupo de sillas minimalistas, negras con remates plateados. El único adorno era un jarrón negro con un ramo de azucenas blancas. La estancia parecía a medio decorar y faltaban cuadros, pero ¿cómo iban a clavar clavos en una pared de tela? Seguro que a Jean-Claude se le ocurriría algo.

Sabía que la sala era mucho más grande, casi una caverna con gruesas paredes de piedra, pero el techo alto era lo único que me daba alguna pista. Hasta había una moqueta negra, suave y mullida.

Jean-Claude estaba estirado en una silla, con los tobillos cruzados y las manos entrelazadas sobre el estómago. Llevaba una camisa blanca de corte normal, aunque con la parte delantera transparente. La línea de los botones, los puños y el cuello eran opacos, pero el resto, de muselina, dejaba ver el pecho. La quemadura en forma de cruz, de un tono oscuro, resaltaba en la piel pálida.

Marguerite estaba sentada a sus pies y le apoyaba la cabeza en la rodilla, como un perro obediente. Llevaba un pantalón de chándal rosa que, junto con el pelo rubio, parecía fuera de lugar en aquella habitación blanca y negra.

—Veo que has cambiado la decoración.

—Bueno, lo básico.

—Estoy lista para ver al amo de la ciudad —anuncié. Jean-Claude me interrogó con la mirada—. No quiero que mi nuevo compañero lo conozca; ahora mismo es peligroso saber quién es.

Jean-Claude se quedó mirándome mientras acariciaba con gesto ausente el pelo de Marguerite. ¿Dónde estaría Yasmín? Probablemente en un ataúd, esperando tranquilamente la llegada

del amanecer.

—Ven conmigo —dijo al cabo de un momento—. Te llevaré con… el amo. —Hablaba con naturalidad, pero percibí un trasfondo jocoso. No era la primera vez que me encontraba graciosa, y probablemente no sería la última.

Se levantó con un movimiento fluido, y Marguerite quedó arrodillada junto a la silla vacía, con gesto contrariado. Le sonreí y me gané una mirada de odio. Sé que picarla era una infantilada, pero lo encontraba gratificante. ¿O es que no tengo derecho a tener pasatiempos?

Jean-Claude apartó las cortinas y reveló la oscuridad. Entonces me di cuenta de que la habitación tenía iluminación indirecta; más allá se veía únicamente el resplandor de las antorchas. Era como si la tela contuviera el mundo moderno, con sus comodidades. Detrás campaban la piedra, el fuego y los secretos que era mejor susurrar a oscuras.

—¿Anita? —Era la voz de Larry. Me volví y vi en su cara la incertidumbre, tal vez mezclada con miedo. Pero yo me llevaba al personaje más temible: ni Irving ni Richard le harían nada malo, y no creía que Marguerite representara una amenaza sin Yasmín para azuzarla.

—Quédate ahí, por favor. Volveré en cuanto pueda.

—Ten cuidado —me dijo.

—Siempre lo tengo. —Sonreí.

—Sí, claro.

Jean-Claude me indicó con un gesto que avanzara, y seguí la dirección de su mano pálida. La cortina cayó a nuestras espaldas, y la oscuridad se cerró a nuestro alrededor como un puño. En la pared más alejada había antorchas encendidas, pero no alumbraban una mierda.

—Vamos a alejarnos para que tu compañero no nos oiga —susurró Jean-Claude internándose en la oscuridad. Su voz incidió en las cortinas como una ráfaga de viento.

El corazón me latía desbocado. ¿Cómo demonios había hecho eso?

—Guárdate el teatro para alguien a quien puedas impresionar.

—Disimula cuanto quieras, *ma petite,* pero noto el sabor de tu pulso. —Con la última palabra me recorrió la piel como si me

hubiera pasado los labios por la nuca. Se me puso la carne de gallina.

—Si quieres seguir con estas chorradas hasta que amanezca, allá tú, pero Irving me ha dicho que tienes información sobre el maestro vampiro que me atacó. ¿Es cierto, o era otra mentira?

—No te he mentido nunca, *ma petite*.

—Anda ya.

—Mentira y omisión son conceptos diferentes.

—Lo serán para quien los emplea.

Asintió, dando el tema por zanjado.

—¿Nos sentamos junto a esa pared? —propuso—. Si hablamos ahí no podrán oírnos.

—Vale.

Se acuclilló cerca de una antorcha. Sabía que lo hacía por deferencia, porque él no necesitaba luz, y se lo agradecía, aunque tampoco tenía intención de decírselo.

Me senté delante de él, con la espalda apoyada en la pared.

—¿Así que conoces a Alejandro? —pregunté. Él me miraba con una expresión de las suyas—. ¿Qué pasa?

—Cuéntame todo lo que ocurrió anoche con Alejandro.

Casi parecía una orden, pero había algo en sus ojos, en su cara: inquietud, casi temor. Que era una tontería, porque ¿qué tenía que temer Jean-Claude de Alejandro? Eso, ¿qué? Se lo conté todo.

Puso un semblante cuidadosamente inexpresivo, bello e irreal como un cuadro. Los colores eran correctos, pero la vida, el movimiento, habían desaparecido. Se llevó un dedo a los labios y lo retiró de mi vista; reapareció al cabo de un momento, brillando bajo la luz. Alargó el dedo húmedo hacia mí y me aparté.

—¿Qué pretendes?

—Limpiarte la sangre de la mejilla. Nada más.

—Ni se te ocurra.

Suspiró, con un sonido casi imperceptible que se insinuó como la brisa en mi piel.

—¿Por qué siempre lo pones todo tan difícil?

—Me alegra que te hayas dado cuenta.

—Necesito tocarte, *ma petite*. Creo que Alejandro te hizo una cosa.

—¿Qué?

—Algo imposible. —Sacudió la cabeza.

—Déjate de acertijos.

—Creo que te ha marcado.

—¿Qué quieres decir? —Lo miré anonadada.

—Que te ha puesto la primera marca, tal como hice yo.

—Ni de coña. —Negué con la cabeza—. Un humano no puede ser siervo de dos vampiros.

—Exactamente. —Se me acercó—. Déjame comprobarlo, por favor.

—¿En qué consistiría esa comprobación?

Masculló algo con voz airada, en francés. Era la primera vez que lo oía maldecir.

—Ya ha amanecido, estoy agotado y, si no paras de hacer preguntas, una cosa muy sencilla podría llevarnos todo el día. —Había verdadera cólera en su voz, pero teñida de cansancio y algo de miedo. Verlo con miedo me asustaba; se suponía que era un monstruo invulnerable, y los monstruos no temen a los otros monstruos.

Suspiré. ¿Sería mejor pasar el mal trago cuanto antes, como con las inyecciones? Quizá.

—De acuerdo; tenemos poco tiempo, pero me gustaría saber qué me espera. No me van las sorpresas.

—Necesito tocarte para buscar mis marcas y luego las suyas. No deberías haber sido presa de su mirada tan fácilmente; no debería haber pasado.

—Venga, acaba con esto de una vez.

—¿Mi contacto te resulta tan repulsivo que tienes que prepararte, como si doliera?

Era poco más o menos lo que estaba haciendo, de modo que no supe qué contestar.

—Date prisa, antes de que me lo piense mejor —dije al final. Él se pasó de nuevo el dedo por los labios—. ¿Eso es necesario?

—Por favor, *ma petite*.

—De acuerdo, basta de interrupciones.

Me apreté contra la piedra fría de la pared.

—Bien.

Jean-Claude se arrodilló ante mí y me pasó el dedo por la mejilla, trazándome una línea de humedad en la piel. Noté en la

cara la sangre seca, como arenilla. Se inclinó hacia mí, casi diría que dispuesto a besarme, y le apoyé las manos en el pecho firmemente, para mantenerlo apartado. Podía percibir la carne dura y suave bajo la muselina de la camisa.

Me aparté de él bruscamente y me golpeé en la cabeza contra la pared.

—¡Mierda!

Jean-Claude sonrió, y sus ojos azules resplandecieron a la luz de las antorchas.

—Confía en mí. —Se acercó; nuestros labios casi se rozaban—. No voy a hacerte daño —susurró contra mi boca.

—No, claro. —Mis palabras sonaron débiles e inseguras.

Me rozó los labios con los suyos y después los apretó con delicadeza. El beso pasó de la boca a la mejilla. Tenía los labios suaves como la seda, etéreos como los pétalos de caléndula, cálidos como el sol del mediodía. Fue bajando y se detuvo en el pulso de mi cuello.

—¿Jean-Claude?

—Alejandro ya había nacido cuando el imperio azteca era solo un sueño —susurró contra mi piel—. Presenció la llegada de los españoles y la caída de los aztecas. Sobrevivió mientras otros morían o enloquecían. —Sacó la lengua, cálida y húmeda.

—¡Basta! —Lo empujé. Notaba sus latidos en las manos. Se las subí al cuello y noté el pulso. Subí más hasta notar un párpado, muy suave, debajo del pulgar—. Aparta o te saco un ojo. —Tenía la voz entrecortada por el pánico… y por algo mucho peor: el deseo.

La sensación de su cuerpo contra el mío, en las manos, el contacto de sus labios… Parte de mí deseaba que siguiera; lo deseaba a él. Pues bueno, pues el amo me ponía, ¿y qué? Nada nuevo. Su ojo temblaba bajo mi pulgar, y me pregunté si sería capaz. ¿Podría apagar uno de aquellos orbes azul zafiro? ¿Sería capaz de cegarlo?

Noté el movimiento de sus labios. Me rozó la piel con los dientes, y sentí los colmillos en la yugular. Y de repente, supe que, en efecto, era capaz. Me dispuse a apretar, y él se desvaneció como un sueño, o una pesadilla.

Estaba de pie delante de mí, mirándome con unos ojos completamente negros. Había retraído los labios y mostraba los

colmillos relucientes. Su piel tenía una blancura marmórea y parecía brillar con luz propia, y aun así estaba arrebatador.

—Alejandro te ha puesto la primera marca, *ma petite*. Te compartimos. No sé cómo, pero así es. Dos marcas más y serás mía; tres más y serás suya. ¿No prefieres que sea yo? —Volvió a arrodillarse delante de mí, pero tuvo cuidado de no tocarme—. Me deseas como una mujer desea a un hombre. ¿No prefieres eso a que un desconocido te haga suya por la fuerza?

—No me pediste permiso para ponerme las dos primeras marcas. No fue decisión mía.

—Te lo pido ahora. Déjame compartir contigo la tercera marca.

—No.

—¿Prefieres servir a Alejandro?

—No pienso servir a nadie.

—Esto es una guerra, Anita. Tienes que elegir bando.

—¿Por qué?

Se levantó y se puso a dar vueltas, impaciente.

—¿No lo entiendes? Los asesinatos son una forma de cuestionar mi autoridad, igual que la marca que llevas. Si puede, se quedará contigo.

—No soy tuya ni suya.

—Yo intento hacértelo comprender, para que puedas aceptarlo, pero él lo hará sin más.

—Así que estoy en medio de una trifulca de nomuertos a causa de tus marcas.

Parpadeó. Se disponía a decir algo, pero volvió a cerrar la boca.

—Sí —reconoció al fin.

—Muchas gracias. —Me puse en pie y empecé a caminar—. Si tienes más información sobre Alejandro, mándame una carta.

—Nada de esto desaparecerá porque tú lo desees.

—Lo sé de sobra. —Me detuve delante de la cortina—. No te imaginas con cuánto empeño he deseado que me dejes en paz.

—Si yo faltara, me echarías de menos.

—Bájate del burro.

—No te engañes, *ma petite*. Yo te propongo una unión; él te impondría la esclavitud.

—Si te creyeras de verdad esas paparruchas, no me habrías puesto las dos marcas por la fuerza; me habrías preguntado. Y

ahora, casi diría que no puedes ponerme la tercera sin mi consentimiento. —Me quedé mirándolo—. Es eso, ¿verdad? Para ponerme la tercera marca necesitas mi ayuda, o algo así. Es distinta de las dos primeras. ¿Serás cabrón?

—Ponerte la tercera marca por la fuerza sería como violarte. Me odiarías durante toda la eternidad.

—Aciertas de pleno.

—A Alejandro le dará igual que lo odies; solo quiere perjudicarme. Te tomará sin pedirte permiso.

—Sé defenderme.

—Ya lo demostraste anoche.

Alejandro había hecho conmigo lo que había querido, y yo ni siquiera me había dado cuenta. ¿Qué protección tenía contra algo así? Sacudí la cabeza y aparté la cortina. La luz era tan intensa que me cegó, y tuve que esperar a que se me acostumbraran los ojos. Notaba en la espalda el frío de la oscuridad. En aquel momento, la luz me pareció abrasiva, agobiante, pero cualquier cosa era mejor que los susurros en la noche. Si tenía que elegir entre que me cegara la luz o me cegara la oscuridad, me quedaba con lo primero sin dudarlo.

TREINTA Y SEIS

Larry estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de Yasmín, que lo tenía sujeto por las muñecas. Marguerite, tumbada encima de él, le limpiaba la sangre de las mejillas con lametazos largos y lentos. Richard estaba hecho un ovillo, con la cara ensangrentada. En el suelo había algo que se agitó; un pelaje gris que se erizaba y se contraía. Una mano se alzó y cayó como una flor marchita, y vi el brillo de los huesos que sobresalían de la carne. La mano dobló los dedos, en carne viva, pero no había sangre. Los huesos entraban y salían con un sonido de succión, y un líquido transparente salpicó la moqueta negra. Pero no sangraba.

Desenfundé la Browning y me desplacé para apuntar a Yasmín y a la cosa del suelo. Tenía la espalda contra la cortina, pero me aparté: sería demasiado fácil pillarme por detrás.

—Suéltalo inmediatamente.

—No le hemos hecho nada —dijo Yasmín.

Marguerite bajó la mano hasta la entrepierna de Larry y se puso a masajearlo.

—¡Anita! —Larry tenía los ojos muy abiertos, y estaba tan pálido que las pecas parecían manchas de tinta.

Disparé a escasos centímetros de la cabeza de Yasmín. El sonido retumbó en la sala.

—Puedo destrozarle el cuello antes de que consigas apretar el gatillo otra vez —dijo Yasmín, volviéndose hacia mí.

Apunté a la cabeza de Marguerite, justo encima de un ojo.

—Si lo matas, la mato a ella. ¿Qué te parece?

—¡Yasmín! ¿Qué haces? —Jean-Claude apareció a mis espaldas. Lo miré de reojo y volví a centrarme en Marguerite. En aquel momento, el peligro no era él.

La cosa del suelo se puso a cuatro patas laboriosamente y se sacudió como un perro recién salido del agua. Era un lobo enorme,

con un pelaje denso entre gris y marrón, esponjoso como si acabaran de bañarlo y secarlo con secador. El líquido formaba un charco en el suelo, y había jirones de ropa por todas partes. El lobo acababa de formarse, como si hubiera renacido.

Encima de la mesita de cristal había unas gafas de montura metálica cuidadosamente dobladas.

—¿Irving?

El lobo soltó algo que estaba a medio camino entre un gruñido y un ladrido. ¿Sería una afirmación?

Sabía de sobra que Irving era hombre lobo, pero verlo era algo muy distinto. Hasta aquel momento no había llegado a asumirlo; mirando los ojos marrón claro del lobo, me lo creí de verdad.

Marguerite se había tumbado detrás de Larry, rodeándole el pecho con los brazos y la cintura con las piernas, casi oculta por su cuerpo.

Me había distraído mirando a Irving y ya no podía disparar a la sierva humana sin poner a Larry en peligro. Yasmín estaba arrodillada junto a ellos y sujetaba a Larry por el pelo.

—¿Quieres que le rompa el cuello?

—No le vas a hacer ningún daño, Yasmín —dijo Jean-Claude. Estaba junto a la mesa. El lobo se le acercó, gimiendo, y él le acarició la cabeza.

—Contén a tus perros, Jean-Claude, o este no lo cuenta. —Yasmín estiró el cuello de Larry para recalcar sus palabras; ya no llevaba la tirita que le ocultaba la mordedura de vampiro. Marguerite pasó la lengua por la carne tensa.

Estaba segura de que podría pegarle un tiro en la frente mientras lamía a Larry, pero Yasmín podría romperle el cuello, y lo haría. No quería correr el riesgo.

—Haz algo, Jean-Claude —dije—. Eres el amo de los vampiros de la ciudad; ¿no debería obedecerte?

—Sí, Jean-Claude, dame órdenes.

—Se está midiendo conmigo.

—¿Por qué?

—Quiere ser ama de la ciudad, pero no es suficientemente fuerte.

—Pues he tenido fuerza de sobra para impedir que tu sierva y tú oyerais los gritos. Richard ha estado llamándote, pero no has oído

nada porque yo no lo he permitido.

Richard estaba junto a Jean-Claude. Tenía una mancha de sangre en la comisura de los labios, y un corte abierto en la mejilla.

—He intentado detenerla —dijo.

—Pues no te has esforzado mucho —respondió Jean-Claude.

—Dejad la discusión para otro momento —corté—. Ahora tenemos un problema.

Yasmín se echó a reír, y el sonido me recorrió la columna como si me hubieran vaciado una lata de lombrices por dentro de la camisa. Me estremecí, y en aquel momento decidí que el primer disparo sería para ella. Era una buena ocasión de comprobar si los maestros vampiros eran más veloces que las balas.

Soltó a Larry, todavía riendo, y se puso en pie. Marguerite seguía sujetándolo. Larry se puso a cuatro patas, con ella a caballo. Lo rodeaba con brazos y piernas, riendo y besándolo en el cuello.

Le di una patada en la cara con todas mis fuerzas, y la tiré al suelo. Yasmín iba a saltar hacia delante y apreté el gatillo, apuntando a su pecho, pero Jean-Claude me dio un golpe en el brazo y desvió el disparo.

—La necesito viva.

—Pero está como una cabra —protesté, apartándome.

—Necesita que lo ayude contra los otros maestros —dijo Yasmín.

—Te traicionará si puede —le dije a Jean-Claude.

—Aun así, la necesito.

—Si no puedes controlarla a ella, ¿cómo demonios vas a enfrentarte a Alejandro?

—No lo sé. ¿Eso es lo que querías oír? No lo sé.

—¿Puedes levantarte? —le pregunté a Larry, que seguía en el suelo.

Me miró. Tenía los ojos encharcados por las lágrimas contenidas. Se apoyó en una silla para incorporarse y estuvo a punto de caer, de modo que lo sujeté por el brazo, sin soltar la pistola.

—Vamos, Larry, nos largamos de aquí.

—Me parece un buen plan —dijo con voz entrecortada, esforzándose por no llorar.

Nos dirigimos a la puerta. Yo seguía sujetando a Larry y apuntando con la pistola, a nada en concreto.

—Vete con ellos, Richard. Asegúrate de que llegan al coche sanos y salvos. Y no vuelvas a fallarme como me has fallado hoy.

Richard hizo caso omiso de la amenaza y se adelantó a abrir. Salimos sin volver la espalda a los vampiros y el hombre lobo. Cuando se cerró la puerta, dejé escapar el aire que había estado conteniendo sin querer.

—Ya puedo andar solo —dijo Larry. Le solté el brazo. Tuvo que apoyarse en la pared, pero parecía capaz de tenerse en pie. Una primera lágrima surcó su mejilla—. Sácame de aquí.

Enfundé la pistola; ya no la necesitaba. Richard y yo fingimos no darnos cuenta de que Larry lloraba en silencio. Había que mirarlo directamente para notarlo.

Busqué algo que decir, pero no se me ocurría nada. El chaval había visto a los monstruos y se había llevado un susto de muerte. Yo también. Aquello habría acojonado a cualquiera, y Larry ya lo había averiguado. Puede que el mal trago hubiera valido la pena. Y puede que no.

TREINTA Y SIETE

La primera luz de la mañana, intensa y dorada, bañaba la calle. El aire estaba fresco y húmedo. Desde allí no se veía el río, pero se notaba: daba la sensación de que el aire limpiaba los pulmones con cada bocanada.

Larry sacó las llaves del coche.

—¿Estás en condiciones de conducir? —le pregunté.

Asintió. Las lágrimas se le habían secado, pero no se había molestado en limpiarse los surcos que le habían quedado en las mejillas. Estaba tan compungido como se puede estar sin dejar de parecerse a la mascota de Mad. Abrió el coche, se sentó en su asiento y se inclinó para levantar el seguro del otro lado.

Richard estaba junto al coche. El viento frío le agitaba el pelo, y se pasó una mano para apartárselo de la cara, con un gesto tan característico de Phillip que me provocó una punzada de dolor. Pero a continuación me sonrió, y no era la sonrisa de Phillip: era abierta y sincera, y los ojos marrones no ocultaban nada.

La sangre de la boca y la mejilla se le había empezado a secar.

—Sal mientras puedas —le dije.

—Que salga, ¿de dónde?

—Se va a librar una guerra de nomuertos, y no te conviene estar en medio.

—No creo que Jean-Claude me deje salir. —Su sonrisa se desvaneció. No sabía si estaba más guapo serio o sonriente.

—Los humanos que se mezclan con monstruos acaban mal. Intenta mantenerte al margen.

—Tú eres humana.

—Hay gente que no estaría de acuerdo. —Me encogí de hombros.

—A mí no me mires. —Alargó la mano hacia mí, y no me aparté. Me rozó la mejilla con unos dedos cálidos y llenos de vida

—. Nos vemos a las tres, si no estás muy cansada.

Negué con la cabeza, y él apartó la mano.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Richard volvió a sonreír, otra vez con el pelo en la cara. Yo procuraba llevarlo suficientemente corto por delante para que no se me metiera en los ojos. El corte a capas, qué gran invento.

—Hasta esta tarde —dije mientras me metía en el coche.

—Te llevaré el disfraz.

—¿De qué vas a vestirme?

—De novia decimonónica.

—¿Eso incluye una falda con miriñaque?

—Probablemente.

—¿Y de qué te disfrazas tú?

—De oficial confederado.

—Qué suerte, con pantalones.

—No creo que a mí me cupiera el vestido.

—No es que no te lo agradezca, Richard, pero… —Suspiré.

—¿No te van los miriñaques?

—¿Tú qué crees?

—Ah, lo que yo te propuse fue revolcarse por el barro con un mono. Lo de la fiesta es cosa tuya.

—Ya me gustaría poder ahorrármela.

—Aunque al final va a valer la pena para verte emperifollada. Tengo la sensación de que no es nada fácil.

—¿Podemos ponernos en marcha? —preguntó Larry, inclinándose sobre el asiento—. Necesito fumarme un cigarro y dormir un poco.

—Ahora mismo. —Me volví de nuevo hacia Richard y de repente no supe qué decir—. Hasta luego.

—Hasta luego. —Hizo un gesto de despedida.

Entré en el coche, y Larry arrancó antes de que me hubiera puesto el cinturón.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Quiero irme tan lejos como pueda.

—¿Te encuentras bien? —Lo miré. Seguía muy pálido.

—Claro que no. —Me lanzó una mirada furibunda—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila después de lo que ha pasado?

—Anoche no estabas tan alterado, y te habían mordido.

—Pero esto ha sido distinto. Esa mujer ha estado chupándome la herida, ha estado… —Apretó el volante con tanta fuerza que le temblaron las manos.

—Ayer saliste peor parado. ¿Por qué ha sido peor lo de hace un rato?

—Lo de ayer fue violento, pero no… perverso. Los vampiros de ayer querían algo concreto: el nombre del amo. Los de hoy no querían nada; lo hacían por…

—Crueldad —aporté.

—Sí, por pura crueldad.

—Son vampiros. No se atienen al mismo código que los humanos.

—Podrían haberme matado por amor al arte.

—Sí.

—¿Cómo eres capaz de codearte con ellos?

—Es mi trabajo. —Me encogí de hombros.

—Y el mío.

—No necesariamente. Podrías rechazar los casos de vampiros; es lo que hacen casi todos los reanimadores.

—No me daré por vencido —dijo mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué?

Guardó silencio durante un rato, mientras cogía la 270 en dirección sur.

—¿Cómo puedes charlar y hacer planes para esta tarde después de lo que acaba de pasar?

—Porque la vida continúa. Si dejas que este trabajo te coma vivo, no durarás mucho. —Lo miré detenidamente—. Y no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué sigues empeñado en ser ejecutor de vampiros?

Se concentró en el volante; de repente parecía muy interesado en el tráfico. Pasamos bajo un puente de la autopista, con almacenes a los dos lados. Muchas ventanas estaban rotas o no tenían cristal, y los pilones del puente mostraban churretes de óxido.

—Qué zona más bonita —comentó.

—¿Por qué no quieres contestarme?

—No quiero hablar de eso.

—Te pregunté por tu familia, y me dijiste que no has perdido a nadie. ¿Y los amigos? ¿Los vampiros te arrebataron a algún amigo?

—¿A qué viene eso?

—Conozco los síntomas. Estás decidido a matar monstruos porque quieres vengarte, ¿verdad?

Se puso muy rígido y clavó la vista en la carretera. Los músculos de su mandíbula se tensaban y se destensaban.

—Háblame, Larry —insistí.

—Vengo de un pueblo de mil quinientos habitantes. Cuando me fui a la universidad, mientras hacía primero, un clan de vampiros mató a doce personas. No era amigo de ninguna víctima. Las conocía de vista, nada más.

—Sigue.

—Fui a los entierros en las vacaciones de Navidad. —Me miró de reojo—. Todos esos ataúdes, todas esas familias… Mi padre era médico, pero no podía hacer nada por ellos. Ni él ni nadie.

—Recuerdo el caso. Elbert, en Wisconsin, hace tres años, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Doce personas son muchas para un ataque de vampiros. La noticia salió en todos los periódicos. Brett Colby fue el cazavampiros que se encargó del caso.

—No lo conocí, pero mis padres me lo explicaron. Hablaban de él como si fuera un vaquero que libraba al pueblo de los malhechores. Dio con los vampiros y acabó con ellos; ayudó a todo el mundo cuando nadie más podía.

—Si lo que quieres es ayudar, hazte médico o asistente social.

—Soy reanimador, y eso me da cierta resistencia a los vampiros. Creo que Dios me la concedió para que me dedicara a cazarlos.

—Joder, Larry, como te embarques en una cruzada, acabarás muerto.

—Tú puedes enseñarme.

—No puedes convertirlo en algo personal. No se puede hacer eso. Si permites que interfieran las emociones, solo conseguirás que te maten, o volverte loco.

—Aprenderé.

Observé su perfil. Parecía muy decidido.

—Larry… —Me detuve. ¿Qué podía decir? ¿Qué motivos

teníamos los demás para dedicarnos a eso? Puede que los de Larry fueran tan válidos como los míos, o más. No era que le gustara matar, como a Edward, y además estaba claro que me iría bien un poco de ayuda: empezaba a haber demasiados vampiros para mí sola.

—De acuerdo, te enseñaré, pero tendrás que hacer lo que te diga cuando te lo diga, sin rechistar.

—A sus órdenes, jefa. —Me dedicó una sonrisa y volvió a mirar la carretera. Parecía resuelto y aliviado. Y muy joven.

Pero todos habíamos sido jóvenes. Es algo que se cura con el tiempo, como la ingenuidad y las expectativas de que las reglas sean justas. Al final, lo único que queda es un buen instinto de supervivencia. ¿Sabría inculcárselo a Larry? ¿Podría enseñarlo a sobrevivir?

«Dios mío, por favor, que consiga aprender, que no se me muera».

TREINTA Y OCHO

Larry me dejó en casa a las nueve y cinco. Qué horas se nos habían hecho. Cogí la bolsa del asiento trasero; solo me habría faltado dejarme los trastos de reanimar. Salí del coche y me asomé a la puerta para despedirme.

—Nos vemos aquí a las cinco —dije—. De momento, te toca conducir a ti. —Asintió—. Si me retraso, no dejes que Bert te mande a trabajar solo, ¿de acuerdo?

Se giró para mirarme, sumido en pensamientos que no supe interpretar.

—¿Crees que no puedo apañármelas?

No lo creía; lo sabía, pero preferí no decírselo.

—Llevas dos días en el trabajo. Ni a ti ni a mí nos conviene forzar las cosas. Ya te enseñaré a cazar vampiros, pero recuerda que nuestro trabajo consiste en levantar muertos. Procura no olvidarlo. —Asintió de nuevo—. Y no te preocupes si tienes pesadillas. Yo también las tengo a veces.

—Vale. —Puso el coche en marcha, así que cerré la puerta. Supongo que no quería seguir hablando.

Nada de lo que habíamos visto hasta aquel momento me provocaría pesadillas, pero prefería que Larry se fuera preparando, aunque dudaba que decírselo sirviera para algo.

Una familia estaba metiendo una cesta de pícnic y varias neveras en una furgoneta gris.

—No creo que queden muchos días como este —comentó el hombre, sonriendo.

—Desde luego.

La típica charla banal de la gente que solo se conoce de vista. Éramos vecinos, de modo que nos saludábamos, pero poco más. Lo prefería así. Cuando llegaba a casa, lo último que me apetecía era que llamaran a la puerta para pedirme una taza de azúcar. Solo

hacía una excepción con la señora Pringle, pero ella respetaba mi intimidad.

El piso estaba caldeado y en calma. Cerré la puerta y me apoyé en ella. Hogar, dulce hogar. Al dejar la chaqueta en el respaldo del sillón olí un perfume. Era un aroma floral y delicado, con ese deje sutil que solo tienen los más caros. No era mío.

Saqué la Browning y pegué la espalda a la puerta. Un hombre dobló la esquina del comedor. Era alto y delgado, con el pelo negro corto por delante y largo por detrás. No hizo nada; se quedó apoyado en la pared con los brazos cruzados, sonriente.

Otro hombre, más bajo y musculoso, de pelo rubio, apareció en la sala y se sentó en el sofá. También sonreía, y tenía las manos a la vista. Ninguno de los dos iba armado, al menos en apariencia.

—¿Quiénes coño sois?

Un negro alto salió del dormitorio. Tenía un bigote muy arreglado y ocultaba los ojos tras unas gafas de sol.

La lamia apareció junto a él. Estaba en su forma humana, con el mismo vestido rojo que el día anterior. Lo único nuevo eran los zapatos granate de tacón.

—Estábamos esperándola, señorita Blake.

—¿Y esos hombres?

—Mi harén.

—¿Cómo?

—Son míos. —Pasó las uñas rojas por la mano del negro, con tanta fuerza que trazó una línea de sangre. Él se limitó a sonreír.

—¿Qué quieres?

—El señor Oliver desea verla. Nos ha pedido que la recojamos.

—Sé dónde vive. Puedo ir yo sola.

—Oh, no, me temo que hemos tenido que mudarnos —dijo mientras pasaba al comedor—. Ayer, un maldito cazarrecompensas intentó matar a Oliver.

—¿Qué cazarrecompensas? —Me pregunté si habría sido Edward.

—No nos presentaron formalmente. —Agitó una mano, desdeñosa—. Oliver no me dejó matarlo, así que huyó, y hemos tenido que mudarnos.

Sonaba razonable, pero…

—¿Dónde está?

—Ahora la llevamos con él. Tenemos el coche fuera.

—¿Por qué no ha venido a buscarme Inger?

—Oliver ordena y yo obedezco. —Se encogió de hombros, pero una expresión de odio cruzó su precioso rostro.

—¿Cuánto hace que es tu amo?

—Demasiado tiempo.

Los contemplé a todos, todavía con la pistola en la mano, aunque sin apuntar a nadie. No habían intentado hacerme nada, de modo que ¿por qué no enfundaba? Porque había visto en qué se podía convertir aquella mujer y los tenía de corbata.

—¿Por qué necesita verme tan pronto?

—Quiere su respuesta.

—Aún no he decidido si voy a entregarle al amo de los vampiros de la ciudad.

—Lo único que sé es que me ha encargado que vuelva con usted y, si no la llevo, se enfadará. No quiero que me castigue, señorita Blake, de modo que le ruego que nos acompañe.

¿Cómo se castigaba a una lamia? Solo había una forma de averiguarlo.

—¿Cómo te castigaría?

—Eso es muy personal. —Me miró fijamente.

—Lo siento, no pretendía inmiscuirme.

—Olvídelo. —Avanzó hacia mí, contoneándose, y se detuvo tan cerca que podría haberla tocado—. ¿Vamos?

Empezaba a sentirme ridícula con la pistola en la mano, de modo que me la guardé. Nadie me había amenazado: toda una novedad.

En circunstancias normales me habría ofrecido a seguirlos en mi coche, pero el pobre había muerto, de modo que si accedía a reunirme con Oliver, tendría que ir con ellos.

Y quería reunirme con Oliver. No estaba dispuesta a entregarle a Jean-Claude, pero sí a Alejandro. O al menos, a pedirle ayuda para combatirlo. También quería averiguar si era Edward quien había intentado matarlo. No había tantos cazavampiros; ¿de quién podría tratarse, si no?

—De acuerdo, vamos.

Cogí la cazadora de cuero, abrí la puerta y los invité a salir con un gesto. Los hombres cruzaron el umbral sin decir palabra,

seguidos de cerca por la lamia.

Cerré a nuestras espaldas. Los cuatro esperaron educadamente en el pasillo. La lamia cogió al negro por el brazo y sonrió.

—Chicos, ¿no vais a ofrecerle el brazo a la señorita?

Rubito y Morenazo se volvieron hacia mí. Morenazo sonrió. No había visto tantas sonrisas desde que me compré el último coche usado.

Los dos me ofrecieron el brazo, como en una película añeja.

—Lo siento, pero no necesito acompañante.

—Los tengo adiestrados para que se comporten como caballeros; aproveche. Quedan tan pocos…

Eso no se lo podía discutir, pero seguía sin necesitar ayuda para bajar la escalera.

—No hace falta, muchas gracias.

—Como desee. —Se volvió hacia los dos hombres—. Atended a la señorita Blake como es debido. —Me miró de nuevo y añadió—: Todas las mujeres deberían tener varios hombres.

—Lo que tú digas. —Contuve el impulso de encogerme de hombros.

Con una sonrisa radiante, la lamia partió al trote por el pasillo, del brazo de su chico. Los otros dos me flanqueaban.

—Ronald es mi favorito —dijo ella, volviéndose a mirarme—. A este no lo comparto; lo siento.

—No te preocupes; no soy codiciosa. —Ahí no pude contener una sonrisa.

Ella rio, con un sonido agudo y cantarín.

—No es codiciosa, eso me gusta. ¿Puedo tutearte?

—Sí, claro.

—Por cierto, me llamo Melanie.

—Ya.

Seguí caminando detrás de Melanie y Ronald. Rubito y Morenazo continuaban flanqueándome, no fuera que tropezara. A ese paso, no sé cómo nos las apañaríamos para no caernos por las escaleras.

—Creo que aceptaré tu brazo —le dije a Rubito. Luego me volví hacia Morenazo, sonriendo—. ¿Nos dejas un poco de espacio?

Frunció el ceño, pero retrocedió. Enhebré el brazo en el de Rubito y noté un bíceps abultado; no sé si lo contrajo cuando se lo

toqué o era así de musculoso. En cualquier caso, todos bajamos las escaleras sin percances, incluido el solitario Morenazo, que iba en retaguardia.

Ronald y la lamia se encaminaron a un Lincoln Continental negro. Ronald le abrió la puerta a la lamia y pasó al asiento del conductor.

Morenazo corrió a abrirme a mí. No sé por qué, pero me lo esperaba. Normalmente protesto en esos casos, pero aquello era tan extravagante… Si lo peor que me iba a pasar aquel día era que un par de hombres se dedicaran a abrirme las puertas, estaba a favor.

Pasé al centro del asiento, y Rubito entró detrás de mí. Morenazo rodeó el coche para entrar por la otra puerta. Iba a viajar embutida entre los dos, qué sorpresa.

La lamia, también conocida como Melanie, se volvió y se apoyó la barbilla en un brazo.

—Podéis montároslo por el camino si queréis. Los dos son estupendos.

Miré sus ojos alegres. Al parecer, hablaba en serio. Morenazo apoyó el brazo en el respaldo, rozándome los hombros, y Rubito intentó cogerme de la mano, pero me zafé, de modo que se conformó con la rodilla. De la sartén al fuego.

—La verdad es que no me va nada el sexo con público —dije mientras retiraba la mano de Rubito.

Morenazo me bajó la mano al hombro, y me eché hacia delante para apartarme.

—Diles que paren —dije.

—No está interesada, chicos.

Los dos hombres retiraron las manos y se apartaron de mí. Nuestras piernas seguían rozándose, pero eso era todo.

—Gracias —dije.

—Si cambias de idea por el camino, díselo. Les encanta que les den órdenes, ¿verdad, chicos?

Los dos asintieron, sonriendo. Qué pandilla más risueña.

—No creo que cambie de idea.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. Pero se llevarán un disgusto si no les das un beso de despedida por lo menos.

Aquello se estaba poniendo muy raro. Más raro, quiero decir.

—Nunca beso en la primera cita.

—Me gusta —dijo Melanie, riendo—. ¿No os gusta, chicos?

Emitieron sonidos de confirmación, los tres. Tenía la impresión de que, si se lo pedía, se sentarían y me darían la patita, arf, arf. Qué empalago.

TREINTA Y NUEVE

Fuimos hacia el sur por la 270, una carretera con las cunetas muy pronunciadas, llenas de césped y arbolitos. Las colinas estaban cubiertas de casas idénticas, con jardincitos separados por vallas. En muchos de ellos había árboles altos. Era la carretera principal que atravesaba San Luis, pero en muchos tramos transmitía una sensación de naturaleza, con verde, espacios abiertos y los altibajos del paisaje.

Torcimos por la 70 en dirección oeste, hacia Saint Charles. A los lados aparecieron grandes campos de labranza, llenos de maíz alto y dorado, listo para la cosecha. Más allá había un edificio de cristal de estilo moderno, con un anuncio de pianos, y una pista de golf cubierta. Tras pasar junto a unos grandes almacenes abandonados y una explanada de venta de coches usados llegamos al puente Blanchette.

El margen izquierdo de la carretera estaba tachonado de diques para impedir las inundaciones, y entre ellos había un parque empresarial con varios edificios altos. El más cercano era un Omni Hotel, con su fuente y todo.

Más adelante, un bosquecillo que aún se inundaba con demasiada frecuencia para que lo talaran con vistas a edificar se extendía hasta el río Misuri. En la otra orilla, ya en Saint Charles, había más árboles.

Como aquella parte no se inundaba, tenía edificios residenciales, centros comerciales, una tienda de lujo con artículos para animales domésticos, un cine, un Drug Emporium, un Old Country Buffet y un
Appleby's;
los carteles publicitarios y las franquicias ocultaban el paisaje. Costaba recordar que el río estaba a tiro de piedra y que aquello había sido un bosque.

Sentada en el coche calentito, arrullada por el sonido de las ruedas contra el asfalto y el murmullo procedente de los asientos delanteros, me di cuenta de lo cansada que estaba. A pesar de que seguía embutida entre los dos hombres, me habría echado una siesta. Bostecé.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—¿Te aburres? —La lamia se volvió hacia mí.

—Todavía no he dormido, y me gustaría saber cuánto tardaremos.

—Siento las molestias. No queda mucho, ¿verdad, Ronald?

El negro sacudió la cabeza. No le había oído decir una sola palabra en todo el rato. ¿Sería mudo?

—¿Adónde vamos exactamente? —A ver si así me lo decían.

—La casa está a unos cuarenta y cinco minutos de Saint Peters.

—¿Cerca de Weintville?

Melanie asintió.

Aún faltaba una hora para llegar, y el camino de vuelta duraría otras dos horas, con lo que llegaría a casa sobre la una. Dos horas de sueño. Cojonudo.

Después de pasar Saint Charles reaparecieron los espacios abiertos a ambos lados de la carretera, con prados cuidadosamente cerrados por alambre de espino. El ganado pastaba en una sucesión de colinas bajas, y el único rastro de civilización era una gasolinera cercana a la carretera. Un poco más a lo lejos había una casa grande, con caballos correteando por un prado extenso y primoroso que llegaba hasta la carretera. No me habría importado que entráramos en una de aquellas haciendas elegantes, pero las pasamos todas de largo.

Al final nos metimos por un desvío rústico y estrecho con un indicador torcido, tan oxidado que no pude ver qué ponía. A los lados había zanjas y, más allá, hierbajos y los últimos arbustos de flores amarillas del año, que conferían al paisaje un aspecto indómito. Un campo de judías, ya tostado por el sol, esperaba la cosecha. Aquí y allá aparecían caminos de grava con buzones vetustos, lo que indicaba que había casas, pero apenas se entreveían entre los árboles. Las golondrinas sobrevolaban la carretera. De repente se terminó el asfalto, y seguimos por un camino de grava.

Las piedrecitas repiqueteaban contra los bajos del coche. En

aquella zona había colinas boscosas, con pocas casas muy distantes entre sí. ¿Adónde iríamos?

La grava dio paso a un camino de tierra rojiza, con grandes piedras del mismo color y socavones que engullían los neumáticos. Seguimos avanzando a trompicones. Allá ellos; el coche era suyo. Si querían cargarse los amortiguadores a base de conducir por caminos de cabras, no era mi problema.

Al cabo de un rato terminó hasta el camino de tierra, que moría en un círculo de rocas, algunas casi tan grandes como el coche. Nos detuvimos, y me alivió comprobar que había sitios por los que ni siquiera Ronald iría en coche.

La lamia se volvió a mirarme, con una sonrisa resplandeciente. Tanta jovialidad me daba mala espina; nadie podía estar tan risueño si no tramaba algo gordo. ¿Qué pretendía? ¿Y Oliver?

Se apeó, y los hombres la siguieron como perros bien adiestrados. Vacilé, pero ya que había llegado hasta allí, por el mismo precio podía averiguar qué quería el vampiro. Siempre podía decir que no.

Melanie volvió a colgarse del brazo de Ronald; con sus tacones y aquel terreno tan escarpado, no estaba de más. Yo, con mis modestas deportivas, no necesitaba ayuda. Rubito y Morenazo me ofrecieron un brazo cada uno, pero me hice la sueca. Ya estaba bien de chorradas; me moría de sueño y no me hacía gracia que me hubieran arrastrado al fin del mundo. Ni siquiera Jean-Claude me había llevado nunca a un bosque perdido en el culo del mundo; era un urbanita. Claro que Oliver también me lo había parecido, lo que demuestra que no se puede juzgar a los vampiros por la primera impresión.

Avanzamos por el terreno rocoso hasta llegar a la ladera de una colina llena de pedruscos desprendidos. Ronald cogió a Melanie en brazos, nada menos, para atravesar lo peor.

—Puedo yo sola, gracias —les dije a los otros dos antes de que se ofrecieran. Parecían decepcionados.

—Melanie quiere que te atendamos —dijo Rubito—. Si tropiezas y te das con una roca, se enfadará con nosotros. —Morenazo asintió para confirmar sus palabras.

—No me voy a caer. Tranquilos.

Empecé a caminar delante de ellos, sin pararme a ver qué

hacían. El terreno estaba lleno de piedras y rocas. Resbalé en una, y los dos tipos extendieron los brazos para sujetarme si me caía. Nunca había salido con un hombre tan paranoico.

Oí un exabrupto. Me volví y vi que el moreno se había caído. Sonreí, pero no me quedé a esperar. Ya estaba bien de atenciones; la perspectiva de no dormir me había puesto de mal humor. La noche de más curro del año, y yo estaría hecha unos zorros. Más valía que Oliver tuviera algo importante que decirme.

Detrás de un montón de pedruscos se entreveía una grieta: la entrada de una cueva. Ronald se metió por ella con Melanie en brazos, sin esperarme. ¿Una caverna? ¿Oliver se había mudado a una caverna? No me cuadraba nada con la imagen que me había transmitido en su estudio moderno y bien iluminado.

Entré tras ellos, pero la oscuridad se volvió impenetrable tan pronto avancé unos metros. Me quedé parada, sin saber qué hacer. Cuando me alcanzaron los miembros de mi escolta, cada uno se sacó del bolsillo un lápiz linterna, aunque proyectaban haces patéticos.

Rubito abrió caminó, y Morenazo se quedó detrás. Eché a andar entre los hilillos de luz, con uno de ellos proyectado sobre mis pies para evitar que tropezara, aunque el suelo estaba muy liso. Un discreto reguero discurría por el centro del túnel, avanzando paciente por la roca.

Levanté la mirada, pero apenas vislumbré el techo. El agua había excavado todo aquello. Impresionante.

El aire estaba fresco y húmedo. Me alegraba de llevar la cazadora. Allí no hacía calor nunca, aunque tampoco hacía mucho frío. Por eso vivían en cavernas nuestros antepasados: temperatura agradable todo el año.

A la izquierda se abría un pasaje amplio. El sonido borboteante de un montón de agua en movimiento llenaba la oscuridad. Rubito iluminó un torrente que llenaba casi todo el paso. Parecía profundo y muy frío.

—No me he traído las botas de agua —dije.

—No tenemos que ir por ahí —explicó Morenazo. Se volvió hacia su compañero, muy serio en la penumbra—. No le tomes el pelo; el ama no lo aprobaría.

El rubio se encogió de hombros y apuntó al pasaje principal. El

reguero se abría en forma de abanico, pero dejaba bastante roca seca a los dos lados. Aún no me tocaba mojarme los pies.

Caminábamos junto a la pared izquierda. Apoyé una mano en la piedra y la aparté, sobresaltada; estaba pringosa por el agua y los minerales en disolución.

Morenazo se echó a reír. Supongo que cachondearse de mí sí estaba permitido.

Me volví para lanzarle una mirada de reproche y apoyé la mano otra vez. Tampoco era tan asquerosa; solo me había sorprendido. Cosas peores había tocado.

A lo lejos se oía el sonido del agua que caía de una altura considerable; no necesitaba verla para saberlo.

—¿Qué altura dirías que tiene la cascada? —preguntó Rubito.

A medida que nos acercábamos aumentaba el estruendo. Me encogí de hombros.

—Cinco metros, puede que diez.

Alumbró con la linterna un chorro de agua que no mediría más de veinte centímetros. De ahí salía el reguero.

—La cueva amplifica los sonidos —explicó.

—Buen truco.

Una extensión de roca algo empinada, llena de cascadas minúsculas, conducía a una especie de plataforma. La lamia estaba sentada en el borde, con los pies entaconados colgando a un par de metros, pero el techo se perdía en la oscuridad. La altura era lo que provocaba el eco.

Ronald estaba detrás de ella, como un buen guardaespaldas, con las manos entrelazadas a la vista. Cerca había una abertura que se adentraba en la cueva, hacia el nacimiento del reguero.

Rubito se encaramó a la plataforma y me tendió la mano.

—¿Dónde está Oliver?

—Un poco más allá —dijo la lamia con un vestigio de risa, como si le hiciera gracia algo que a mí se me escapaba. Algún chiste a mi costa, seguro.

Subí a la plataforma por mi cuenta, como si el rubio no estuviera. Tenía las manos pringadas de barro marronáceo y agua. Puaj. Contuve el impulso de limpiármelas en la ropa y me arrodillé junto al pequeño estanque del que partían las cascadas. El agua estaba helada, pero me sentí mejor después de enjuagarme las

manos. Entonces sí, me las sequé en la ropa.

La lamia seguía sentada, y sus hombres la rodeaban como si estuvieran posando para una fotografía de familia. Parecía que esperaban a alguien. ¿A Oliver? ¿Dónde se había metido?

—¿Dónde está Oliver?

—Me temo que no va a venir. —La voz procedía del interior de la caverna. Me eché hacia atrás, pero no podía retroceder mucho sin caerme de la plataforma.

Las linternas alumbraron la abertura como si fueran focos diminutos. Alejandro apareció en el centro.

—Hoy no va a reunirse con Oliver, señorita Blake.

Eché mano a la pistola antes de que ocurriera nada más. Las luces se apagaron, y me quedé completamente a oscuras con un maestro vampiro, una lamia y tres tiarrones. He tenido días mejores.

CUARENTA

Me agazapé rápidamente, con la pistola cerca del cuerpo. La oscuridad era tan absoluta que no me veía la mano aunque me la pusiera delante de la cara. Cerré los ojos para concentrarme en los sonidos, y percibí el roce de unos zapatos contra la piedra. El aire se desplazó: alguien se acercaba. Tenía trece balas de plata y estaba a punto de averiguar si afectaban a las lamias. A Alejandro le había dado con una el primer día, y no parecía que el efecto hubiera sido grave. Estaba hasta el cuello de mierda.

Los pasos sonaban muy cerca, y sentía un cuerpo al lado. Abrí los ojos, pero era como estar dentro de una bola de ebonita. Aun así, sabía que había alguien junto a mí, de pie. Apunté adonde supuse que estaría el estómago o la parte inferior del pecho y disparé sin incorporarme.

Los relámpagos azules iluminaron a Morenazo, que se derrumbó. Lo oí caer por el borde de la repisa, y todo volvió a ser silencio y oscuridad.

Unas manos me sujetaron por los antebrazos, sin que yo hubiera oído nada. Era Alejandro. Grité mientras él tiraba de mí para levantarme.

—Tu pistolita no puede dañarme —dijo en voz baja, muy cerca. No me había desarmado; le daba igual. Error—. A Melanie le he ofrecido la libertad cuando mueran Oliver y el amo de la ciudad. A ti te ofrezco la vida y la juventud eternas.

—Me pusiste la primera marca.

—Y hoy te pondré la segunda. —Su voz era normal comparada con la de Jean-Claude, pero la oscuridad y el contacto de sus manos hacían que las palabras resultaran más íntimas de lo normal.

—¿Y si no quiero ser tu sierva humana?

—Te haré mía de todas formas, y con eso le asestaré un golpe a tu amo: perderá seguidores y confianza. Y te aseguro que serás mía,

Anita. Si te unes a mí voluntariamente, será placentero; si te resistes, será doloroso.

Guiada por su voz, le encañoné la garganta. Si le partía la columna, tal vez lo matara y todo, por mucho que tuviera más de mil años. Tal vez. Por favor, Dios mío…

Apreté el gatillo, y la bala le dio en el cuello. Se echó hacia atrás, pero no me soltó los brazos. Le pegué dos tiros más en el cuello y otro en la mandíbula, y por fin me lanzó lejos de sí, gritando.

Caí de espaldas al agua helada.

Una linterna horadó la oscuridad, y vi a Rubito. Un blanco perfecto. Disparé y la luz se apagó, pero no se oyó ningún grito. Había fallado por apresurarme. Mierda.

No podía bajar a oscuras de la plataforma de roca; me caería y me rompería una pierna. Así que para huir tendría que adentrarme más en la caverna, si lo conseguía.

Alejandro continuaba soltando gritos coléricos e inarticulados, que retumbaban en las paredes. Además de ciega, estaba sorda.

Gateé por el agua hasta apoyar la espalda en una pared. Puesto que no los oía, quizá ellos tampoco me oyeran a mí.

—Quitadle la pistola —dijo la lamia. Se había desplazado; al parecer, estaba junto al vampiro herido.

Esperé indicios de que se me acercaban. Un soplo de aire frío me rozó la cara, pero no eran ellos. ¿Estaría cerca de la abertura que se internaba en la cueva? ¿Podría escabullirme? ¿A oscuras, sin saber si había hoyos o estanques suficientemente profundos para ahogarse? No parecía buena idea. Igual conseguía matarlos a todos. Sí, ya.

Superpuesto al eco de los gritos de Alejandro me llegaba un sonido sibilante y agudo, como el siseo de una serpiente gigante. La lamia estaba cambiando de forma. Tenía que largarme antes de que terminara. También me llegó otro sonido, como de salpicaduras. Miré hacia arriba y no había nada que ver, solo oscuridad.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero el sonido se repitió; apunté y apreté el gatillo. El resplandor del disparo alumbró la cara de Ronald. Se había quitado las gafas y tenía los ojos amarillos, con pupilas verticales. Disparé dos veces más; gritó y vi que tenía colmillos. Virgen santa, ¿qué era aquello?

Fuera lo que fuera, cayó de espaldas. Lo oí golpear el agua con un estrépito excesivo para el estanque poco profundo, y no pareció que siguiera moviéndose. ¿Estaría muerto?

Alejandro había dejado de gritar. ¿Estaría muerto también? ¿Estaría acercándose en silencio? ¿Lo tendría casi encima? Sostuve la pistola firmemente e intenté percibir algo, lo que fuera.

Algo pesado se arrastraba por la roca. Se me encogió el estómago. La lamia. Mierda.

Decidido. Doblé la esquina a tientas, pasé la abertura y avancé a tres patas, sin soltar la pistola. No quería correr si no era necesario; podría partirme la crisma con una estalactita o caer a un pozo sin fondo. Bueno, fondo tendría, pero si estaba a diez metros, solo me serviría para estamparme.

Tenía la ropa y las zapatillas empapadas de agua helada, y la roca estaba resbaladiza al tacto. Me arrastraba tan deprisa como podía, buscando con la mano cualquier peligro, ya que los ojos no servían.

El sonido de algo pesado que avanzaba a rastras llenaba la oscuridad. Melanie había cambiado. ¿Cuál de las dos sería más rápida en la roca escurridiza? ¿Ella, con sus escamas, o yo? El impulso de levantarme y correr tan deprisa como pudiera me tensaba todo el cuerpo.

Un chapoteo anunció que había llegado al agua. Estaba segura de que ella reptaría más deprisa que yo, y si me echaba a correr… Sí, podría caerme o darme un golpe, pero siempre era mejor que la alternativa: que me pillara la lamia mientras me arrastraba como un ratón por la roca fría.

Me puse en pie y me eché a correr, con la mano izquierda extendida delante de la cara y dejando el resto al azar. No veía tres en un burro. Corría a toda velocidad, ciega como un topo, con un nudo en la garganta por la perspectiva de que el suelo se abriera bajo mis pies.

El sonido de las escamas se atenuaba. La estaba dejando atrás. ¡Bieeen!

Un saliente de roca me golpeó el hombro derecho, y reboté hacia la pared opuesta. Se me embotó el brazo hasta los dedos, y dejé caer la pistola. Quedaban tres balas, pero eran mejor que nada. Me apoyé en la pared sujetándome el brazo, esperando a recuperar

la sensación, preguntándome si conseguiría encontrar la pistola a tientas y si me daría tiempo.

Apareció una luz en la boca del túnel. Rubito se acercaba, corriendo un riesgo considerable. Si tuviera la pistola… Pero no la tenía. Podría haberme roto el brazo, pero ya empezaba a recuperarse. Notaba un dolor sordo en el sitio donde me había golpeado y una lluvia de brasas en el resto del brazo. Necesitaba una linterna. ¿Y si me escondía y se la quitaba a Rubito? Tenía dos cuchillos y, que yo supiera, él no llevaba armas. No era tan descabellado.

La luz avanzaba lentamente, barriendo el pasillo de lado a lado. Quizá tuviera tiempo. Me puse en pie y palpé el saliente que había estado a punto de costarme el brazo. Detrás había una abertura, y noté una corriente de aire frío en la cara. Era un túnel estrecho que me quedaba a la altura de los hombros, con lo que a él le quedaría más abajo. Perfecto.

Apoyé las manos y tomé impulso para subirme. El brazo derecho me protestó, pero no fue grave. Me adentré en el túnel con las manos por delante, en busca de estalactitas o más salientes, pero solo encontré un espacio reducido. Si abultara más, no habría cabido. Ser un retaco tiene sus ventajas.

Desenfundé un cuchillo y lo cogí con la mano izquierda. La derecha me temblaba. Con ella lo manejaba mejor, evidentemente, pero había practicado con las dos, sobre todo desde que un vampiro me rompió el brazo derecho y conseguí salvarme gracias al otro. No hay nada como estar al borde de la muerte para ponerse las pilas.

Me acurruqué en el túnel con el cuchillo preparado y usé la mano derecha para estabilizarme. Solo tendría una oportunidad. No me hacía ilusiones respecto a mis posibilidades contra un musculitos que me sacaba al menos cincuenta kilos. Si no daba cuenta de él a la primera, me mataría de una paliza o me entregaría a la lamia. Prefería lo primero.

Esperé en la oscuridad dispuesta a rebanar gargantas. No queda muy bien así, pensado en frio, pero era lo que tocaba, ¿no?

Se acercaba. La luz del lápiz linterna me parecía deslumbrante después de tanta oscuridad. Si iluminaba mi escondrijo antes de alcanzarlo, estaba perdida. O si pasaba pegado a la pared izquierda del túnel y no por debajo de mí… Basta. La luz estaba casi a mi

altura. Oí los pasos en el agua, acercándose. Se apoyaba en el lado derecho del túnel, tal como yo quería.

Su pelo claro apareció a la altura de mis rodillas. Me adelanté; él se giró y abrió la boca, sorprendido, mientras la hoja se le hundía en el cuello hasta dar con la columna. Otro que tenía colmillos. Le cogí el pelo con la mano derecha para echarle la cabeza hacia atrás y saqué el cuchillo por la garganta, acompañado de un chorro de sangre e incredulidad que me pringó toda la mano.

Cayó al suelo con un fuerte *chof*; yo salté y aterricé junto al cadáver. La linterna se había caído al agua, pero seguía encendida. La pesqué y encontré la Browning, casi al lado de la mano de Rubito. Se había mojado, pero daba igual: casi todas las armas modernas disparaban sin problemas incluso en inmersión.

La sangre oscurecía el riatillo. Alumbré la entrada del túnel y vi a la lamia, que se acercaba. El pelo negro le caía por el torso pálido, y tenía unos pechos erguidos y prominentes, con pezones rojizos. De cintura para abajo era de un color marfileño, con anillas más oscuras en zigzag. Las escamas del abdomen, grandes y alargadas, eran blancas con motas negras. Se incorporó sobre la larga cola y sacó la lengua bífida, que se agitó amenazadora.

Alejandro iba tras ella, cubierto de sangre pero en pie y en marcha. Quería gritarle «¿Por qué no te mueres?», pero no serviría de nada. Quizá estuviera perdida.

La lamia seguía arrastrándose por el túnel. Las balas habían matado a sus chicos con colmillos y a Ronald, el de los ojos serpentinos. Aún no las había probado con ella, pero ¿qué tenía que perder?

Alumbré su pecho pálido y apunté.

—Soy inmortal. No puedes hacerme nada con eso.

—Acércate un poco más y lo comprobamos.

Se deslizó hacia mí, balanceando los brazos como si estuviera andando, aunque solo se impulsaba con los músculos de la cola. Curiosamente, no quedaba raro.

Alejandro se quedó apoyado en la pared. Así que lo había ablandado. Bien por mí.

Esperé hasta que tuve a Melanie a tres metros: bastante cerca para acertar y bastante lejos para salir por patas si no funcionaba.

La primera bala la alcanzó un poco más arriba del pecho

izquierdo. Se tambaleó ligeramente, pero la herida se cerró como si tuviera la piel líquida, y no quedó ni rastro. Sonrió.

Levanté un poco el arma y le pegué un tiro justo encima del puente de aquella nariz perfecta. Volvió a tambalearse, pero ni siquiera sangró; se curó en el acto. Las balas normales tenían un efecto parecido en los vampiros.

Enfundé la pistola, di la vuelta y salí corriendo.

A un lado del túnel había una grieta. Tendría que quitarme la cazadora para pasar por allí. Lo último que me apetecía era quedarme encajada a merced de la lamia, de modo que seguí adelante.

La extensión que tenía delante era lisa y recta. Había varios salientes, algunos de los cuales daban paso a agujeros, pero la idea de arrastrarme mientras me perseguía una serpiente no me parecía muy prometedora.

Corriendo era más rápida que ella; los ofidios, por grandes que sean, son bastante lentos. Mientras no se me acabara el túnel, no sería grave. Cómo me habría gustado creérmelo.

El agua me llegaba por los tobillos, y estaba tan fría que casi no sentía los pies. Menos mal que estaba haciendo ejercicio, concentrada en correr e intentando no caer ni pensar en lo que tenía detrás. Lo que no sabía era si encontraría otra salida. Si no podía matarlos y tampoco podía salir sin retroceder, lo tenía crudo.

Seguí corriendo. Corría seis kilómetros tres veces por semana, imprevistos aparte. Podía continuar. Además, ¿qué opción me quedaba?

El agua llenaba el túnel y cada vez era más profunda. Ya me llegaba por las rodillas, y me frenaba. ¿La lamia avanzaría por el agua más deprisa que yo? Ni idea. Ni la más remota idea.

Noté una corriente de aire en la espalda. Me volví, pero no vi nada. Era un aire cálido que olía ligeramente a flores. ¿Sería la lamia? ¿Tendría otras formas de atraparme, además de seguirme? No: las lamias solo podían engañar los sentidos de los hombres. Las mujeres estábamos a salvo.

El viento me rozó la cara, templado y fragante, cargado de un aroma intenso parecido al de las raíces recién arrancadas. ¿Qué era aquello?

—*Anita*.

Giré en redondo, pero no había nadie. La linterna solo alumbró rocas y agua, y no había más sonido que el chapoteo. Sin embargo… El viento me golpeaba las mejillas, y el olor a flores era cada vez más intenso.

De repente supe qué era. Recordé un viento imposible que me había perseguido en otra ocasión por una escalera, un resplandor de fuego azul que recordaba unos ojos flotantes. La segunda marca.

La otra vez había sido distinto, sin olor a flores, pero lo reconocí. Jean-Claude no había tenido necesidad de tocarme para ponerme la segunda marca; Alejandro, tampoco.

Resbalé en las piedras y caí de bruces al agua. Me incorporé como pude. Los vaqueros empapados pesaban una tonelada. Intenté seguir corriendo, pero el agua me llegaba por los muslos. Nadando iría más deprisa.

Me lancé hacia delante y me puse a dar brazadas, sin soltar la linterna. La chaqueta de cuero tiraba de mí. Me incorporé, me la quité y dejé que se la llevara la corriente. No me hacía ninguna gracia quedarme sin ella, pero si sobrevivía, podría comprarme otra.

Me alegraba de llevar una camisa de manga larga y no un jersey; hacía demasiado frío para quitarme más ropa. Nadando iba más deprisa, y el viento que me golpeaba la cara parecía ardiente en comparación con el agua.

No sé qué me hizo volverme a mirar; una sensación. Dos puntos negros flotaban hacia mí. Si el negro transmitiera calor, sería una buena forma de describirlo: dos llamas negras se me acercaban arrastradas por la brisa cálida con aroma de flores.

Frente a mí apareció una pared rocosa. El arroyo pasaba por debajo. Me sujeté a la pared y vi que la superficie dejaba solo un par de centímetros de aire en la parte superior del canal. Parecía una buena forma de ahogarse.

Giré en el agua para alumbrar mis alrededores y vi a un lado una repisa estrecha en la que podía apoyarme y, menos mal, otro túnel. Seco, por añadidura.

Me encaramé a la repisa, pero el viento me alcanzó como una mano acogedora y segura. Era mentira.

Me volví. Las llamas negras se cernían sobre mí como luciérnagas demoniacas.

—*Acéptalo, Anita.*

—¡Vete a la mierda! —Apreté la espalda contra la pared, asediada por aquel viento tropical—. No, por favor —añadí con una voz que era apenas un susurro.

Las llamas descendieron lentamente. Intenté apartarlas a manotazos, pero me atravesaron como fantasmas. El olor a flores era tan empalagoso que resultaba asfixiante. Las llamas me entraron en los ojos y, durante un instante, vi el mundo a través de retazos llameantes de color y una negrura que se parecía a la luz.

Después, nada. Recuperé la vista normal, y la brisa cálida empezó a amainar. El olor se me quedó pegado como un perfume caro.

Oí algo grande que se desplazaba. Subí la linterna y me encontré frente a un rostro pesadillesco de piel oscura.

El pelo corto, liso y negro, rodeaba una cara angulosa. Unos ojos dorados, con pupilas verticales, me miraban sin parpadear, inmóviles. El torso esbelto arrastró la parte inferior del cuerpo hacia mí.

De cintura para abajo, el ser tenía la piel traslúcida. Se le veían las piernas y los genitales, pero parecían estar fundiéndose en una cola de serpiente. Si no existen los lamios, ¿de dónde salen las lamitas? Contemplé lo que había sido un ser humano y grité.

Abrió la boca y le vi los colmillos. Siseó, y la saliva le corrió barbilla abajo. No quedaba nada humano en aquellos ojos de pupila vertical; hasta la lamia tenía más aspecto humano que él, pero si yo me transformara en serpiente, creo que también enloquecería. Y quizá fuera lo mejor que podía pasar.

Desenfundé la Browning y le pegué un tiro en la boca. Se echó hacia atrás, chillando, pero no sangraba. Tampoco moría. Joder.

—¡Rayu! —gritó la lamia a lo lejos. Estaba llamando a su pareja, o advirtiéndola.

—No le hagas daño, Anita —gritó Alejandro. Por lo menos tenía que gritar; ya no podía susurrarme en la mente.

La cosa se cernió sobre mí, boqueando y enseñando los colmillos.

—¡Decidle que me deje en paz! —les grité.

Me había guardado la pistola. De todas formas, ya no me quedaban balas.

Me quedé esperando con la linterna en una mano y el cuchillo en la otra. Si llegaban a tiempo de contenerlo, me parecía bien. Si las balas de plata no lo herían, tampoco confiaba demasiado en los cuchillos de plata, pero no estaba dispuesta a rendirme sin presentar batalla.

La cosa me obstaculizaba el paso al túnel seco, pero se desplazaba con una lentitud lastimera. Apreté la espalda contra la pared y me puse en pie; empezó a moverse un poco más deprisa, con la intención indudable de interceptarme. Intenté pasar corriendo a su lado, pero me agarró un tobillo y me derribó.

Empezó a arrastrarme hacia sí por las piernas. Me incorporé y le clavé el cuchillo en el hombro, arrancándole un grito. La sangre le corrió por el brazo, y se retorció violentamente, haciéndome perder el cuchillo cuando di con el hueso.

Se echó hacia atrás y me hundió los colmillos en la pantorrilla. Dejé escapar un grito y saqué el otro cuchillo.

Cuando el monstruo levantó la cabeza tenía la boca llena de sangre. De los colmillos le colgaban gruesas gotas de un líquido amarillento.

Le clavé el cuchillo en un ojo dorado, y sus chillidos retumbaron en la caverna. Cayó de espaldas y empezó a retorcerse, sacudiendo la parte inferior del cuerpo mientras abría y cerraba las manos convulsivamente. Me coloqué encima y empujé el cuchillo con todas mis fuerzas.

Noté que alcanzaba el fondo del cráneo con la punta. El monstruo seguía debatiéndose, pero estaba malherido. Le dejé el cuchillo en el ojo y le arranqué el otro del brazo.

—¡Rayu, no!

Apunté a la lamia con la linterna. Tenía el torso mojado, y Alejandro estaba junto a ella. Parecía casi curado; nunca había visto que un vampiro se regenerase tan deprisa.

—Pagarás sus muertes con la vida —dijo Melanie.

—No, la chica es mía.

—Ha matado a mi compañero y debe morir.

—Esta noche le pondré la tercera marca y la convertiré en mi sierva. Es suficiente venganza.

—¡No! —gritó Melanie.

Yo esperaba que el veneno empezara a hacer efecto, pero de

momento, la mordedura me dolía y nada más; no me ardía ni nada parecido. Miré hacia el túnel seco, pero me seguirían y no tendría opciones de matarlos. No podía enfrentarme a ellos en aquellas condiciones; ya se presentaría otra oportunidad.

Me zambullí en el torrente. Sabía que solo había un par de centímetros de aire entre el agua y la piedra: pero era ahogarme, o quedarme donde estaba para que me matara la lamia o me esclavizara el vampiro. Difícil elección.

Me introduje en el canal boca arriba, con la nariz apretada contra la piedra. Podía respirar. Igual sobrevivía y todo; los milagros existen.

Se empezaron a formar olas, y una me cubrió la cara, haciéndome tragar agua. Intenté desplazarme sin agitar mucho el cuerpo, pero eran mis movimientos los que provocaban las olas. Iba a conseguir ahogarme yo solita.

Me quedé muy quieta hasta que se calmaron las aguas, respiré rápidamente varias veces para hiperventilar y dilatar los pulmones, me los llené de aire y me sumergí. Buceé con brazadas cortas; el canal era tan estrecho que no permitía otra cosa. Sentía el pecho en tensión y me dolía la garganta por la falta de aire. Subí la cabeza y me di con la roca. Había menos de un centímetro de aire. Se me metió agua por la nariz y me puse a toser, con lo que tragué más agua. Me apreté contra el techo tanto como pude para respirar un poco, volví a zambullirme y buceé tan deprisa como me fue posible. Si el canal se llenaba por completo antes de que lo hubiera atravesado, moriría.

¿Y si no terminaba? ¿Y si solo había agua? Presa del pánico, pataleé frenéticamente. La linterna solo iluminaba roca y agua.

«Dios mío, por favor, no me dejes morir así».

Me ardía el pecho. La linterna parecía haber perdido intensidad, pero me di cuenta de que eran mis ojos los que se apagaban. Iba a desmayarme y ahogarme. Me impulsé hacia arriba y, cuando atravesé la superficie con los brazos, comprobé que encima había espacio. Aire.

Me llené los pulmones, y me dolió. Había una orilla rocosa y una línea de luz solar cruzaba la neblina que saturaba la gruta. Procedía de un hueco de la parte superior de la roca. Me encaramé a la orilla, tosiendo, mientras me esforzaba por recuperar el aliento. El suelo

estaba cubierto de barro grisáceo.

Aún llevaba la linterna y el cuchillo, pese a que no recordaba haber seguido sujetándolos. Si yo había atravesado el canal, era posible que me hubieran seguido, de modo que no me entretuve. Volví a enfundar el cuchillo, me guardé la linterna y me arrastré hacia la luz.

Estaba llena de barro y tenía las manos magulladas, pero me las apañé para alcanzar la grieta. Era muy estrecha, pero al otro lado se veían árboles y una colina. Nunca me había gustado tanto un paisaje.

A mis espaldas, algo afloró a la superficie. Me volví.

Alejandro se incorporó, y el rayo de luz lo alcanzó de lleno. Le estalló la piel en llamas, lanzó un alarido y volvió a zambullirse.

—Arde, hijo de puta, arde.

La lamia apareció en la superficie.

Me metí por la grieta y me quedé atascada. Afiancé los brazos e intenté hacer fuerza con los pies, pero me resbalaban en el barro.

—Te mataré.

Me revolví frenéticamente para pasar por el maldito agujero. La roca se me clavó en la espalda y noté que me hacía sangre, pero a continuación caí rodando por la tierra empinada, hasta que topé con un árbol.

La lamia llegó a la grieta; la luz del sol no le hacía daño. Forcejeó en la abertura, tratando de desprender la roca con las manos, pero era imposible que cupiera. Quizá la parte serpentina se pudiera contraer, pero la parte humana era demasiado ancha.

Por si acaso, me puse en pie y empecé a bajar la colina. El terreno era tan empinado que tenía que trotar en zigzag, de árbol en árbol. Oí el sonido del tráfico. Al parecer, más adelante había una carretera, y bastante transitada.

Eché a correr; la cuesta me empujaba cada vez más deprisa hacia el ruido de los coches. Entreví la carretera entre los árboles.

Llegué dando tumbos al arcén, cubierta de barro gris, pringosa, calada hasta los huesos y aterida. Nunca me había sentido mejor. Dos coches pasaron de largo, a pesar de mis señas. Puede que fuera por la pistola.

Un Mazda verde se detuvo a un lado. El conductor se inclinó para abrirme la puerta del acompañante.

—¡Entra! —Era Edward.

Me quedé mirando sus ojos azules, pero tenía una expresión neutra e inescrutable como la de un gato, e irradiaba la misma suficiencia. Me daba igual. Entré en el coche y cerré la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A mi casa.

—¿No prefieres ir a un hospital?

Sacudí la cabeza.

—Has vuelto a seguirme —dije al cabo de un rato.

—Te he perdido en el bosque —reconoció sonriente.

—Estas ratas de ciudad…

—Mira quién habla. —Su sonrisa se amplió—. Tienes pinta de haber suspendido el examen de ingreso en los boy scouts.

Fui a decir algo, pero me lo pensé mejor. Edward tenía razón, y yo estaba demasiado cansada para llevarle la contraria.

CUARENTA Y UNO

Estaba sentada en el borde de la bañera, envuelta en una toalla enorme. Me había duchado y enjabonado a conciencia, y ya se habían ido por el desagüe todo el barro y la sangre, con excepción de la que seguía manando del profundo corte que tenía en la espalda. Edward me lo apretaba con una toallita para detener la hemorragia.

—En cuanto dejes de sangrar te lo vendo.

—Gracias.

—No sé cómo lo hacemos, pero siempre acabo remendándote.

Me volví para mirarlo y me dolió.

—Y tú siempre acabas cobrándote el favor.

—Cierto. —Sonrió.

Ya tenía las manos vendadas. Parecían las de la momia en versión esparadrapo.

—Esto me preocupa —dijo Edward, tocando con suavidad la mordedura de la pantorrilla.

—Y a mí.

—No se ha decolorado. —Levantó la vista—. ¿No te duele?

—No. La lamia aún no lo había convertido del todo; puede que no fuera tan venenoso. Además, ¿crees que en San Luis habrá alguien que tenga el antídoto? Se creían extinguidas hace más de doscientos años.

—No parece que haya hinchazón —dijo palpando la herida.

—Y hace un buen rato que me llevé el mordisco. Si el veneno fuera a hacer efecto, ya lo habría notado.

—Sí. —Observó la marca—. Pero mantenlo vigilado.

—No sabía que te importara tanto mi bienestar.

—El mundo sería mucho menos interesante si no estuvieras —dijo con su inexpresividad habitual, como si aquello no fuera con él. Viniendo de Edward, era un cumplido monumental.

—¡Contrólate, por favor!

Sus labios se adornaron con una ligera sonrisa, pero sus ojos siguieron tan azules y distantes como el cielo del invierno.

Éramos amigoides, incluso amigos, pero me consideraba incapaz de entenderlo. Había aspectos de él que ni siquiera podía entrever.

Hasta entonces había creído que Edward sería capaz de matarme si lo consideraba necesario, pero ya no estaba tan segura. Y ¿cómo se puede ser amigo de alguien de quien se sospecha algo así? Otro misterio.

—Ya no sangra —anunció.

Me untó la herida con pomada antiséptica y la cubrió con una gasa. De repente sonó el timbre.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las tres.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Había quedado con un tío.

—¿Tú?

—No es para tanto. —Lo miré con reproche.

Sonrió como el gato que se ha comido al canario y se puso en pie.

—Ya estás remendada. Voy a abrirle la puerta.

—Sé amable.

—¿Yo?

—Bueno, por lo menos, no le pegues un tiro.

—Intentaré contenerme. —Salió del cuarto de baño.

¿Qué pensaría Richard al ver que otro hombre le abría la puerta? Desde luego, Edward no se pondría fácil. Probablemente lo invitaría a sentarse sin explicarle quién era. Yo tampoco tenía muy claro qué decirle. ¿«Te presento a mi amigo el asesino»? No sonaba muy bien. Quizá si le explicaba que era cazavampiros, como yo…

Pasé al dormitorio. La puerta que daba al comedor estaba cerrada, de modo que podía vestirme tranquila. Intenté ponerme un sujetador y me encontré con que me rozaba la herida. Tendría que prescindir de él. Eso limitaba mis opciones de vestuario, a no ser que quisiera enseñarle a Richard más de lo previsto. No quería perder de vista la mordedura, así que nada de pantalones.

Casi siempre dormía con una camiseta grande y, en las

circunstancias en que la gente normal se pone una bata, yo me ponía unos vaqueros. Pero tenía una bata de verdad, muy cómoda, de tela negra y sedosa, completamente opaca.

Hacía juego con un body negro de la misma tela, pero decidí que tampoco iba a extremar mis atenciones tanto como para recibirlo con el conjunto. Además, el body era bastante incómodo, como suele ocurrir con la ropa interior sexy.

Rescaté la bata del fondo del armario y me la puse. Tenía un tacto muy agradable. Me la crucé a conciencia, para que el borde de encaje no revelara nada, y me anudé fuertemente el cinturón para mantenerla firme en su sitio.

Escuché un momento junto a la puerta, pero no oí nada: ni charla ni movimiento. Abrí y me planté en el comedor.

Richard estaba en el sofá, con un montón de ropa por compañía. Edward estaba en la cocina haciendo café, como Pedro por su casa.

Richard se volvió al oírme, y llegué a atisbar su cara de sorpresa. ¿Qué pensaría al verme aparecer con el pelo mojado y sin vestir?

—Bonita bata —comentó.

—Me la regaló un tipo demasiado optimista.

—Pues tenía buen gusto.

—Un comentario irónico y te echo a patadas.

—¿Interrumpo? —Miró a Edward de reojo.

—Es un compañero de trabajo, nada más. —Le lancé una mirada de advertencia a Edward: que se atreviera a decir algo. Sonrió y se puso a llenar las tazas—. Vamos a la cocina —añadí—. Tengo terminantemente prohibido beber café en el sofá blanco.

Edward dejó los cafés en la mesa y se quedó apoyado en la encimera, cediéndonos las sillas.

Richard dejó el abrigo en el sofá y se sentó delante de mí. Llevaba un jersey turquesa con una cenefa azul oscuro, que resaltaba el marrón inmaculado de sus ojos. Se le habían marcado un poco los pómulos, y llevaba una tirita en la mejilla. Se había puesto reflejos de tonos violín. Es asombroso hasta qué punto puede favorecer el color adecuado.

Yo también era consciente de que el negro me sentaba bien y, por la expresión de Richard, él también se había dado cuenta, pero no dejaba de lanzar miradas furtivas a Edward.

—Hemos tenido un encontronazo con los vampiros que

cometieron los asesinatos —comenté.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó Richard, interesado.

Miré a Edward, que se encogió de hombros. Era mi cabra.

Richard alternaba con Jean-Claude. ¿Estaría bajo su control? No era probable, pero… Más valía prevenir. Si me equivocaba, ya pediría perdón; si no, me llevaría un chasco, pero me alegraría de haberme callado.

—Digamos que hoy han ganado ellos.

—Has salido con vida —observó Edward. No le faltaba razón.

—¿Es que podían haberte matado? —preguntó Richard, alarmado.

—Ha sido un día duro. —¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Cómo de duro? —Nos miraba de hito en hito.

—Bueno, tengo unos cuantos raspones —dije levantando las manos vendadas—, pero no es para tanto.

Edward se llevó la taza a la boca para ocultar la sonrisa.

—Dime la verdad —insistió Richard.

—No tengo por qué darte explicaciones —me defendí.

Richard bajó la vista y después me miró con una expresión que me hizo un nudo en la garganta.

—Es cierto.

—Se podría decir que he estado haciendo espeleología sin ti. —De repente me dio por explicárselo de todas formas.

—¿Cómo?

—He acabado en una cueva y he tenido que bucear por un canal lleno de agua para huir de los malos.

—¿Cómo de lleno?

—Hasta arriba.

—Podías haberte ahogado. —Me rozó la mano con los dedos.

Aparté la mano para beber un trago de café, pero noté las reminiscencias de su contacto.

—Pero estoy aquí.

—No es eso.

—Claro que es eso. Y si aún pretendes salir conmigo, ya puedes ir acostumbrándote a mi trabajo.

—Tienes razón, tienes razón. —Bajó la voz—. Es solo que me ha pillado por sorpresa. Has estado a las puertas de la muerte y aquí estás, tomándote un café como si fuera lo más normal del mundo.

—Lo es para mí. Si no puedes con ello, tal vez sea mejor que ni lo intentemos. —Vi de reojo la cara de Edward y me volví hacia él —. ¿A qué viene esa risita?

—A la mano que tienes con los hombres.

—Si vas a ponérmelo más difícil, lárgate.

—Venga, os dejo solos, tortolitos. —Colocó la taza en la encimera.

—¡Edward!

—Ya me voy.

Lo acompañé a la puerta.

—Gracias de nuevo por haber aparecido, por mucho que estuvieras siguiéndome —le dije mientras abría.

—Si me necesitas, puedes localizarme aquí. —Sacó una tarjeta de visita blanca con un número de teléfono en negro. Nada más: ni nombre ni logotipo, aunque ¿qué habría podido poner? ¿Un puñal ensangrentado? ¿Una pistola humeante?

Hasta entonces no me había dado su teléfono. Era como el Hombre Enmascarado: aparecía en el momento y el lugar adecuados y, si no lo eran, no aparecía. Los teléfonos se podían rastrear; aquello era un gesto de confianza sin precedentes. A lo mejor no estaba tan dispuesto a matarme.

—Gracias.

—Te advierto que nuestro trabajo es incompatible con las relaciones estables.

—Ya lo sé.

—¿A qué se dedica ese tío?

—Da clase de ciencias en un instituto.

—Que tengas suerte —dijo sacudiendo la cabeza. Y se largó sin más.

Dejé la tarjeta en la encimera y volví con Richard. Sería profesor de instituto, pero estaba acostumbrado a tratar con monstruos. De momento había presenciado escenas bastante escabrosas y no se había impresionado. ¿Podría con ello? ¿Y yo? Solo habíamos quedado una vez y ya empezaba a comerme el coco. Aunque igual decidíamos que nos caíamos mal y no volvíamos a quedar. No sería la primera vez.

Miré el pelo de Richard y me pregunté si los rizos serían tan suaves como parecían. Deseo instantáneo: vergonzoso, pero no muy

infrecuente. Bueno, para mí lo era.

Un dolor punzante me subió por la pierna que me había mordido el lamio. No, por favor. Me apoyé en la barra que separaba la cocina del comedor. Richard me miraba desconcertado.

Me subí la bata. La herida estaba hinchada y amoratada. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Te he comentado que me ha mordido una lamia?

—Estás de coña, ¿verdad?

—Más quisiera. Creo que vas a tener que llevarme al hospital.

Se levantó de un salto y me miró la pierna.

—¡Coño! ¡Siéntate!

Me había puesto a sudar a mares, aunque no hacía calor. Richard me ayudó a alcanzar el sofá.

—Las lamias llevan siglos extinguidas —comentó Richard—. Será imposible encontrar el antídoto.

—Sospecho que no podremos ir a la fiesta.

—Ni hablar. No pienso quedarme cruzado de brazos viendo como te mueres. Los licántropos son inmunes a los venenos.

—¿Quieres decir que pretendes llevarme a casa de Stephen para que me muerda?

—Algo parecido.

—Prefiero morirme.

—¿Lo dices en serio? —Una expresión muy parecida al dolor le cruzó el rostro.

—Sí. —Empezaba a tener arcadas—. Creo que voy a vomitar.

Intenté levantarme para ir al baño, pero me derrumbé y vomité sangre en la moqueta blanca. Era sangre roja, reciente. Tenía una hemorragia interna.

Noté que Richard me ponía la mano en la frente; estaba fría. Me rodeaba la cintura con un brazo. Seguí vomitando hasta caer rendida, y Richard me llevó al sofá. Tuve la impresión de estar en un estrecho túnel de luz rodeada de una oscuridad que ganaba terreno, y yo no podía evitarlo. Empecé a flotar. No me dolía. Ni siquiera tenía miedo.

Lo último que oí fue la voz de Richard.

—No voy a dejarte morir.

Me pareció reconfortante.

CUARENTA Y DOS

Empezó el sueño. Estaba sentada en medio de una enorme cama con dosel. Las cortinas eran gruesas, de terciopelo azul oscuro como el cielo de medianoche. Notaba en las manos la suavidad de la colcha: más terciopelo. Llevaba un vestido largo blanco, con encaje en el cuello y las mangas. No había tenido nada parecido en la vida; ni yo ni nadie de este siglo.

Las paredes estaban cubiertas de papel azul y dorado. Una enorme chimenea encendida hacía bailar las sombras por toda la habitación. Jean-Claude estaba en una esquina, iluminado por los destellos rojizos y anaranjados. Llevaba la camisa de la última vez, la de muselina.

Se me acercó con el fuego reflejado en el pelo, en la cara, en los ojos.

—¿Por que nunca llevo ropa normal en estos sueños?

—¿No te gusta el vestido? —Vaciló.

—No, coño.

—Tan elocuente como siempre, *ma petite*. —Una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Quieres dejar de llamarme así?

—Como desees, Anita. —Hubo algo que no me hizo ni pizca de gracia en su forma de pronunciar mi nombre.

—¿Qué te traes entre manos?

No contestó. Me miró, se acercó al borde de la cama y se desabrochó el primer botón.

—¿Qué haces? —pregunté alarmada.

Se desabrochó otro botón, y otro más, y al final se sacó la camisa de los pantalones y la dejó caer al suelo. Su pecho desnudo era casi tan blanco como mi vestido. Tenía los pezones claros pero muy marcados. La línea de vello oscuro que le empezaba en el ombligo y le desaparecía en el pantalón me tenía fascinada.

Se subió a la cama.

Me aparté, apretándome el vestido blanco contra el cuerpo como la heroína de un folletín victoriano.

—No soy tan fácil de seducir.

—Noto el regusto de tu deseo, Anita. Te mueres de ganas de sentir el contacto de mi piel contra tu cuerpo desnudo.

—Vete a la mierda y déjame en paz. —Retrocedí hasta bajarme de la cama—. Lo digo en serio.

—Solo es un sueño. ¿Ni siquiera en sueños te dejas llevar por el deseo?

—Contigo siempre es más que un sueño.

Se me plantó delante. No lo había visto moverse. Entrelazó las manos en mi espalda y de repente estábamos en el suelo, delante de la chimenea. El fuego le iluminaba la piel de los hombros. Era una piel suave, lisa e inmaculada, que invitaba a tocarla y perderse en ella. Estaba encima de mí, empujándome contra el suelo con su peso. Notaba todo su cuerpo en contacto con el mío.

—Un beso y te dejo levantarte.

Mire sus ojos azul prieto, tan cercanos. No podía hablar. Aparté la cara para no tener que contemplar la perfección de su rostro.

—¿Un beso?

—Palabra —susurró. Me volví para mirarlo.

—Tu palabra no vale una mierda.

—Un beso —insistió cuando nuestras bocas estuvieron a punto de rozarse.

Tenía los labios suaves y delicados. Me besó la mejilla, trazándome el contorno, y bajó hacia el cuello, acariciándome la cara con el pelo. Esperaba que aquellos rizos fueran ásperos, pero tenía el pelo fino como el de un bebé, suave como la seda.

—Un beso —volvió a susurrar contra mi cuello, y me pasó la lengua por la yugular.

—¡Basta!

—Tú lo deseas.

—Déjalo ahora mismo.

Se llenó la mano con mi pelo y me echó la cabeza atrás. Contrajo los labios, que se oscurecieron dejando los colmillos a la vista. El blanco de sus ojos había desaparecido: el azul los cubría como una marea.

—¡No!

—Voy a tomarte, *ma petite*: tengo que salvarte la vida. —Bajó la cabeza con un movimiento rápido, como una serpiente. Me desperté mirando un techo que no reconocí.

Había cortinas blancas y negras. La cama tenía una colcha de raso negro y demasiados cojines, todos ellos blancos o negros. Yo llevaba un camisón negro con tirantes, que parecía de seda de verdad y me encajaba como un guante.

El suelo estaba cubierto con una moqueta tan gruesa que, sin duda, cubriría hasta los tobillos. En dos esquinas enfrentadas había un tocador y una cómoda. Me incorporé y me vi en el espejo. No tenía marcas de colmillos en el cuello. Solo había sido un sueño, solo un sueño… Pero no acababa de creérmelo. Aquel dormitorio tenía el estilo inconfundible de Jean-Claude.

Estaba muriendo envenenada. ¿Cómo había llegado allí? ¿Estaba debajo del Circo de los Malditos, o en un lugar completamente distinto? Me dolía la muñeca derecha.

La tenía vendada. No recordaba haberme hecho ninguna herida.

Me miré en el espejo del tocador. Tenía la piel muy blanca comparada con el negro del camisón, tan negro como mi pelo largo. Me eché a reír: hacía juego con la puta decoración.

Se abrió una puerta, oculta tras una cortina blanca, y pude entrever una pared de piedra. Jean-Claude llevaba un pantalón de pijama sedoso y nada más. Caminó hacia mí descalzo. Su pecho desnudo tenía el mismo aspecto que en el sueño, con excepción de la quemadura en forma de cruz, ausente en el sueño y que mancillaba su perfección marmórea; en cierto modo, lo hacía más real.

—En el Infierno —dictaminé—. Ya no cabe duda.

—¿Cómo dices, *ma petite*?

—No sabía dónde estaba, pero si también estás tú, tiene que ser el Infierno. —Su sonrisa fue demasiado autocomplaciente, como la de una serpiente saciada—. ¿Qué hago aquí?

—Te ha traído Richard.

—Así que estaba envenenada de verdad. ¿No era parte del sueño?

Se sentó en la cama, tan lejos de mí como le resultó posible. No había más asientos en la habitación.

—Me temo que el veneno era real.

—No es que me queje, pero ¿por qué no estoy muerta?

—Te he salvado. —Se abrazó las rodillas en un gesto de indefensión muy impropio de él.

—Explícame eso.

—No creo que haga falta.

—Dilo —insistí.

—La tercera marca.

—No tengo nada en el cuello.

—Pero tienes un corte en la muñeca.

—Hijo de puta.

—Te he salvado la vida.

—Has bebido mi sangre mientras estaba inconsciente. —Él asintió de forma casi imperceptible—. Hijo de puta.

La puerta se volvió a abrir, y entró Richard.

—¿Cómo has podido ponerme en sus manos, cabronazo? —espeté.

—No parece muy agradecida —dijo Jean-Claude.

—Dijiste que preferías la muerte a la licantropía.

—Y prefiero la muerte al vampirismo.

—No te ha mordido. No te vas a convertir.

—No, claro, solo seré su esclava durante toda la eternidad.

—Es la tercera marca, nada más. Aún no eres su sierva.

—No se trata de eso. —Lo miré fijamente—. ¿No lo entiendes? Prefería que me dejaras morir a que hicieras esto.

—No me parece un destino peor que la muerte —dijo Jean-Claude.

—Sangrabas por la nariz y los ojos. Te estabas desangrando en mis brazos. —Richard dio unos pasos hacia la cama—. No podía dejar que murieras. —Mostró las manos en señal de impotencia.

Me puse en pie y pasé la mirada de uno a otro.

—Puede que Richard no estuviera al tanto, pero tú conocías mi postura de sobra —le dije a Jean-Claude—. No tienes ninguna excusa.

—¿Y si resulta que yo tampoco podía quedarme cruzado de brazos mientras te morías? ¿No se te ha ocurrido?

—¿En qué consiste la tercera marca? —Sacudí la cabeza—. ¿Qué nuevo poder tienes sobre mí?

—Puedo comunicarme contigo aunque estés despierta. Y tú también has adquirido poder, *ma petite*. Ahora eres muy difícil de matar. Eres inmune a todos los venenos.

—No quiero saberlo. —Seguía sacudiendo la cabeza—. Esto no te lo perdonaré nunca, Jean-Claude.

—No supuse que lo hicieras. —Parecía mortificado.

—Necesito ropa y que alguien me lleve a casa. Tengo que trabajar esta noche.

—Hoy has estado a punto de morir dos veces. ¿Cómo puedes…?

—Corta el rollo, Richard. Tengo que ir al trabajo. Necesito algo que sea mío y que ese hijo de puta no me haya invadido.

—Consíguele ropa y llévala a casa, Richard. Necesita tiempo para adaptarse al cambio.

Miré a Jean-Claude, que seguía encogido en una esquina de la cama. Tenía un aspecto adorable y, si hubiera ido armada, le habría pegado un tiro sin pestañear. El miedo me atenazaba la garganta. Estaba dispuesto a convertirme en su sierva, quisiera o no. Ya podía gritar y protestar todo lo que quisiera, que no me haría caso.

—Vuelve a acercarte a mí, por lo que sea, y te mato.

—Ya estamos unidos por tres marcas. A ti también te afectaría.

—¿Crees de verdad que me importa? —Solté una risa amarga.

—No. —Me miró con una cara tranquila, inescrutable, arrebatadora, y después nos volvió la espalda.

—Llévala a casa, Richard —añadió de soslayo—, aunque no creas que te envidio: se pone insoportable cuando se enfada. —Sonrió.

Quería escupirle, pero no habría sido bastante. No podía matarlo allí y entonces, de modo que lo dejé estar. A la fuerza ahorcan. Seguí a Richard a la puerta sin mirar atrás; no quería ver el perfil perfecto de Jean-Claude en el espejo del tocador.

En las películas, los vampiros no tenían reflejo, ni alma. Jean-Claude se reflejaba. ¿Eso significaría que tenía alma? ¿Me importaba? Decidí que me daba tres leches. Salí dispuesta a entregárselo a Oliver y, de paso, a entregarle San Luis. Empezaba a tramar el asesinato del amo de los vampiros de la ciudad. Una marca más y sería suya para siempre. Y de eso, ni hablar. Prefería verlo muerto, aunque yo muriese con él. No permitiría que nadie me obligara a nada, ni siquiera a vivir eternamente.

CUARENTA Y TRES

Acabé con un vestido de talle bajo que, para colmo de males, me quedaba enorme. Los zapatos eran de mi número, aunque tenían tacón, pero siempre era mejor que ir descalza. Richard puso la calefacción del coche porque me negué a aceptar su abrigo.

Ni siquiera habíamos salido juntos una vez y ya estábamos peleados. Era un récord, incluso para mí.

—Estás viva. —Ya lo había dicho diecisiete veces.

—Pero ¿a qué precio?

—Creo que todas las vidas son valiosas. ¿Tú no?

—No te me pongas filosófico. Me has puesto en manos de los monstruos, y me han utilizado. ¿No te das cuenta de que Jean-Claude estaba buscando una excusa para hacerme esto?

—Te ha salvado la vida. —Al parecer, no tenía más argumentos.

—Pero no lo ha hecho por eso, sino por convertirme en su esclava.

—Un siervo humano no es lo mismo que un esclavo. Prácticamente es lo contrario. Ahora no tendrá ningún poder sobre ti.

—Pero podrá meterse en mi cabeza a su antojo, e invadir mis sueños. No te dejes engañar.

—Sé razonable, por favor.

Lo que faltaba.

—Yo soy la que tiene la muñeca abierta porque el amo de los vampiros de la ciudad ha bebido su sangre.

—Ya lo sé. —Su tono me dio muy mala espina.

—Has estado mirando, pervertido de mierda.

—Tampoco es eso.

—Ah, ¿no? ¿Y qué se supone que es? —Me crucé de brazos y lo miré. Así que por eso alternaba con Jean-Claude: era un mirón.

—Quería asegurarme de que se limitaba a salvarte la vida.

—¿Qué más podía haber hecho? Ha bebido mi sangre, joder, ¿te parece poco?

—Podría haberte violado. —De repente estaba muy concentrado en la carretera.

—Sangraba por la nariz y los ojos, dices. No estaría muy apetecible.

—Toda esa sangre parecía excitarlo.

—¿Lo dices en serio? —pregunté clavándole la mirada. Asintió, y yo sentí que el frío me invadía los huesos—. ¿Qué te hizo pensar que podría violarme?

—Te has despertado en una colcha negra, pero la primera era blanca. Te tumbó encima y empezó a desvestirse. Cuando te quitó la bata había sangre por todas partes, y él hundió la cara con avidez. Otro vampiro le dio un cuchillo pequeño, de oro.

—¿Había más vampiros?

—Era una especie de rito y, al parecer, era importante el público. Te hizo un corte en la muñeca y bebió, pero mientras… te acariciaba el pecho. Le dije que te había llevado para que te salvara, no para que te magreara.

—Ahí debió de montarse la de Dios.

Richard no respondió. Se quedó muy callado.

—¿Qué? —pregunté. Él negó con la cabeza—. Dime qué pasó. Lo digo en serio.

—Jean-Claude levantó la cabeza, con la cara llena de sangre, y dijo: «No he esperado tanto tiempo para arrebatarle lo que quiero que me entregue voluntariamente. Aunque es una tentación». Después volvió a mirarte, y tenía una expresión… Daba miedo. Está verdaderamente convencido de que acabarás por corresponderlo, de que acabarás por… amarlo.

—Los vampiros no aman.

—¿Estás segura?

Lo miré y aparté la vista para mirar por la ventanilla. La luz del sol empezaba a desvanecerse.

—Los vampiros son incapaces de querer.

—¿Cómo lo sabes?

—Jean-Claude no me quiere.

—Quizá te quiera tanto como puede.

Sacudí la cabeza.

—Se ha restregado en mi sangre, me ha hecho un tajo en la muñeca… Esa no es mi idea de querer a alguien.

—Puede que sea la suya.

—Entonces es demasiado retorcida para mi gusto.

—Vale, pero reconoce que tal vez te quiera tanto como un vampiro es capaz de querer.

—No.

—¿No será que te asusta considerar esa posibilidad?

Me concentré en la ventanilla con todas mis fuerzas. No me apetecía mantener aquella conversación. Solo quería borrar todo lo que había ocurrido aquel día.

—¿O te da miedo otra cosa? —preguntó Richard al cabo de un rato.

—No te entiendo.

—Claro que sí. —Parecía muy seguro. No me conocía lo suficiente para estar tan seguro—. Dilo en voz alta, Anita. Dilo de una vez y dejará de asustarte tanto.

—No tengo nada que decir.

—¿Intentas convencerme de que no lo deseas, ni siquiera un poco? ¿Que no correspondes su amor, ni siquiera en parte?

—No estoy enamorada de él; de eso estoy segura.

—¿Pero?

—Mira que eres cabezota.

—Sí.

—De acuerdo, me siento atraída. ¿Es lo que querías oír?

—Atraída, ¿hasta qué punto?

—Eso no es asunto tuyo.

—Me ha pedido que me mantenga alejado de ti, y quiero saber si estoy inmiscuyéndome en algo. Si te sientes atraída por él, quizá deba mantenerme al margen.

—Es un monstruo, lo sabes. No puedo enamorarme de un monstruo.

—¿Y si fuera humano?

—Seguiría siendo un hijo de puta manipulador que no acepta que las cosas no salgan a su gusto.

—Vale, pero ¿y si fuera humano?

—Si fuera humano, quizá hubiera alguna posibilidad, pero me temo que, por muy vivo que estuviera, seguiría siendo un hijo de la

grandísima puta. Me extrañaría que funcionara.

—Pero ni siquiera estás dispuesta a intentarlo porque es un monstruo.

—Está muerto. Es un cadáver ambulante. Da igual lo bueno que esté, o lo atractivo que me parezca: sigue estando muerto, y yo no salgo con cadáveres. Llámame pejiguera si quieres.

—Así que nada de cadáveres.

—Nada de cadáveres.

—¿Qué hay de los licántropos?

—¿Por qué? ¿Intentas enrollarme con tu amigo?

—Es curiosidad, por saber dónde marcas el límite.

—La licantropía es una enfermedad que contraen los supervivientes de ciertos ataques. Sería como culpar a las víctimas de una violación.

—¿Has salido alguna vez con un cambiaformas?

—Nunca se ha presentado la ocasión.

—¿Con qué otros seres no saldrías?

—Supongo que con los que no han sido humanos nunca. La verdad es que no me lo he planteado. ¿A qué viene tanto interés?

—Simple curiosidad.

—¿Por qué sigo sin estar furiosa contigo?

—Igual porque te alegras de estar viva, a pesar del precio.

Entró en el aparcamiento de mi edificio. El coche de Larry ocupaba mi sitio.

—Puede que me alegre de estar viva, pero ya te diré si el precio valía la pena cuando averigüe en qué consiste en realidad.

—¿No crees lo que te ha dicho Jean-Claude?

—No lo creería si me dijera que la hierba es verde.

—Y al final ni siquiera hemos llegado a salir —dijo Richard con una sonrisa.

—Igual podemos volver a intentarlo en otra ocasión.

—Me parece bien.

Abrí la puerta y me quedé tiritando en la calle.

—Pase lo que pase, gracias por haber cuidado de mí. —Vacilé un poco y añadí—: Y no sé qué relación tienes con Jean-Claude, pero rómpela. Aléjate de él o acabarás muerto.

—Buen consejo. —Asintió.

—Pero no vas a seguirlo.

—Lo seguiría si pudiera, te lo aseguro.

—¿Qué poder tiene sobre ti?

—Me ha ordenado que no te lo diga.

—También te ha ordenado que no salgas conmigo.

—Será mejor que te vayas, o llegarás tarde al trabajo.

—Y además se me va a congelar el culo y se me va a caer.

—Qué lenguaje más florido.

—Paso demasiado tiempo entre policías.

—En fin. —Puso el coche en marcha—. Que te vaya bien en el trabajo.

—Haré lo que pueda.

Asintió, y cerré la puerta. No parecía dispuesto a explicarme qué lo ataba a Jean-Claude, pero tampoco había ninguna ley que obligue a revelar intimidades la primera vez que se sale con alguien. Además, tenía razón: iba a llegar tarde al trabajo.

Di unos golpecitos en la ventanilla de Larry.

—Voy a cambiarme y ahora mismo bajo.

—¿Quién te ha traído?

—Un tío con el que había quedado. —No di más explicaciones; era más fácil. Y además, casi era verdad.

CUARENTA Y CUATRO

Halloween es el único día del año en que Bert nos permite ir de negro; por lo general le parece un color poco serio para trabajar. Me había puesto unos vaqueros negros y un jersey con una línea de grandes calabazas sonrientes a la altura del estómago. También llevaba una cazadora con cremallera y unas deportivas negras. Hasta la sobaquera y la Browning hacían juego. La pistola de reserva estaba en una funda de cintura, en el pantalón, y llevaba dos cargadores en la bolsa de deporte. El cuchillo que me había dejado en la cueva ya estaba repuesto, y llevaba otros dos adicionales, uno en la espalda y el otro en una funda de tobillo. También llevaba una pistola pequeña en la chaqueta. Nada de risas: la escopeta se había quedado en casa.

Si Jean-Claude se enteraba de que lo había traicionado, me mataría. ¿Percibiría su muerte? ¿La sentiría? Algo me decía que sí.

Cogí la tarjeta que me había dado Karl Inger y marqué el número. Si había que hacerlo, cuanto antes mejor.

—¿Diga?

—¿Hablo con Karl Inger?

—Sí, ¿quién es?

—Anita Blake. Tengo que hablar con Oliver.

—¿Ha decidido entregarnos al amo de los vampiros de la ciudad?

—Sí.

—Espere un momento. Voy a buscar al señor Oliver.

Oí que dejaba el auricular y se alejaba, hasta que se apagó el sonido de sus pasos. El teléfono quedó mudo; mucho mejor que con la música enlatada de marras.

Oí unos pasos que se acercaban.

—Buenas tardes, señorita Blake. Me alegro de que haya llamado.

—El amo de la ciudad es Jean-Claude. —Tragué saliva, y me

dolió.

—Lo había descartado. No es tan poderoso.

—Solo lo finge, se lo aseguro. No es lo que parece.

—¿A qué se debe su cambio de parecer?

—Me ha puesto la tercera marca y quiero liberarme.

—Le advierto que cuando se llevan tres marcas de un vampiro y este muere, se sufre un colapso que puede tener consecuencias letales.

—Quiero liberarme de él —insistí.

—¿Aunque eso le acarree la muerte?

—Si no hay más remedio…

—Me habría gustado conocerla en distintas circunstancias. Es usted una persona fascinante.

—Lo que pasa es que ya he visto demasiado. No estoy dispuesta a permitir que me controle.

—Puede contar conmigo, señorita Blake. Le garantizo que morirá.

—No se lo habría dicho si no lo creyera.

—Agradezco la confianza que deposita en mí.

—Debe saber otra cosa: la lamia ha intentado traicionarlo. Se ha aliado con otro maestro vampiro llamado Alejandro.

—¿Eso es cierto? —Pareció encontrarlo gracioso—. ¿Cómo la habrá convencido?

—Le ha ofrecido la libertad.

—Sí, eso sin duda le habrá resultado tentador. Yo procuro moderar sus desmanes.

—¿Sabe que ha estado intentando reproducirse?

—¿A qué se refiere?

Le hablé de los hombres, y sobre todo del último, el que casi había completado el cambio. Oliver guardó silencio durante un momento.

—Eso ha sido un descuido imperdonable por mi parte. Ya me ocuparé de Melanie y Alejandro.

—Bien. Le agradecería que me llamara mañana para informarme.

—Desea confirmar la muerte de Jean-Claude.

—Sí.

—Recibirá una llamada mía o de Karl. Pero antes, permítame:

¿dónde puedo encontrar a Jean-Claude?

—En el Circo de los Malditos.

—Qué adecuado.

—Es lo único que sé.

—Gracias, señorita Blake, y feliz Halloween.

No pude evitar reírme.

—Va a ser una noche de infarto —dije.

—Desde luego. —Dejó escapar una risa discreta—. Adiós, señorita Blake.

Cuando se cortó la línea me quedé mirando el auricular. No había tenido más remedio. Era necesario. Entonces, ¿por qué se me encogía el estómago? ¿Por qué sentía el impulso de llamar a Jean-Claude para advertirlo? ¿Era por las marcas, o iba a resultar que Richard tenía razón? ¿Estaba enamorada de Jean-Claude de alguna forma extraña y retorcida? Virgen santa, esperaba que no.

CUARENTA Y CINCO

Era noche cerrada, el día de Halloween. Larry y yo habíamos dado cuenta de dos citas y habíamos levantado un zombi cada uno. A él le quedaba uno más, y a mí, tres. Una noche de trabajo normal.

Lo que llevaba Larry no era tan normal. Bert nos había sugerido que nos pusiéramos algo que encajara con la festividad. Yo había elegido el jersey, pero Larry llevaba un peto vaquero, una camisa blanca arremangada, un sombrero de paja y unas camperas. Cuando me quedé mirándolo, me dijo: «Soy Huckleberry Finn, ¿verdad que me pega?».

Con el pelo rojo y las pecas casi daba el pego, en efecto. Se le había manchado la camisa de sangre, pero estábamos en Halloween y mucha gente llevaba sangre falsa. Por una vez, no llamaríamos la atención.

Me sonó el busca. Miré el número, y era el de Dolph. Ya empezamos.

—¿Quién es? —preguntó Larry.

—La policía. Tenemos que buscar una cabina.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo tras consultar el reloj del salpicadero—. ¿Paramos en el McDonald's que hay al lado de la carretera?

—Muy bien. —Esperaba que no fuera otro asesinato; me hacía falta una noche normal y tranquila. Tenía dos frases incrustadas en el cerebro, como una musiquilla pegadiza: «Esta noche morirá Jean-Claude. Lo he traicionado yo».

No me parecía correcto matarlo sin más, a distancia y sin mojarme; no mirarlo a los ojos mientras apretaba el gatillo personalmente; negarle una oportunidad de que me matara él a mí. Ya sabéis, lo de las reglas justas. Pero a la mierda los reparos: era él o yo, ¿no?

Larry dejó el coche en el aparcamiento del McDonald’s.

—Voy a buscar una cocacola mientras haces la llamada —dijo—. ¿Quieres algo? —Sacudí la cabeza—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Que espero que no hayan matado a nadie más.

—Dios mío, no se me había ocurrido.

Salimos del coche, y Larry se dirigió al mostrador. Yo me quedé en el vestíbulo, donde estaban las cabinas.

—Al habla el sargento Storr —dijo Dolph, tras el tercer timbrazo.

—Soy Anita. ¿Qué pasa?

—Ya hemos averiguado qué empleado del bufete filtraba información a los vampiros.

—Menos mal. Temía que fuera otro asesinato.

—Tienen planes más importantes para esta noche.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pretenden que todos los vampiros de la ciudad se dediquen a matar humanos en Halloween.

—No es posible. Solo podría ordenar algo así el amo de los vampiros de la ciudad, y solo si fuera tremendamente poderoso.

—Eso creía yo. Igual es que están como una regadera.

—¿Tienes una descripción de esos vampiros? —Se me había ocurrido una idea espeluznante.

Oí que Dolph pasaba unos papeles antes de contestar.

—Muy bajo, moreno, educado. Ese es el jefe. Iba con otro que abultaba el doble, de estatura mediana. Rasgos indios o mexicanos, el pelo negro, largo.

—¿Dijeron algo sobre los motivos que tenían para matar humanos? —Sujetaba el teléfono con tanta fuerza que me temblaba la mano.

—Desacreditar el vampirismo legal. ¿No te parece un móvil un poco raro para un vampiro?

—Sí. Puede que lo consigan.

—¿Cómo dices?

—Si el maestro vampiro que está al mando consigue matar al amo de la ciudad y ocupar su puesto antes del amanecer, puede salirse con la suya.

—¿Qué podemos hacer?

Me lo pensé un momento. Estuve a punto de pedirle que protegiera a Jean-Claude, pero no podrían hacer gran cosa: tenían que respetar la legislación; nada de brutalidad policial. Era imposible pararle los pies a alguien como Oliver sin matarlo. Lo que se hiciera aquella noche tenía que ser definitivo.

—¿Anita? —insistió Dolph.

—Tengo que dejarte.

—Sabes algo. ¿Qué?

Colgué, apagué el busca y llamé al Circo. Contestó una mujer de voz amable.

—Ha llamado al Circo de los Malditos, donde todas sus pesadillas se convierten en realidad.

—Tengo que hablar con Jean-Claude. Es urgente.

—Lo siento, pero está reunido. ¿Desea dejarle un mensaje?

Tragué saliva para no gritar.

—Soy Anita Blake, la sierva humana de Jean-Claude. Dígale que mueva el culo y se ponga inmediatamente.

—Pero…

—Si no hablo con él, morirá mucha gente.

—De acuerdo, de acuerdo. Me puso en espera con una versión deleznable de «High Flying», de Tom Petty.

—¿Qué hay? —Era Larry, que llegaba con su cocacola.

Sacudí la cabeza y contuve el impulso de dar saltitos de impaciencia; con eso no conseguiría que Jean-Claude se diera más prisa. Me quedé muy quieta, apretándome el estómago con el brazo. ¿Qué había hecho? Por favor, que no fuera demasiado tarde.

—*¿Ma petite?*

—Gracias a Dios.

—¿Qué pasa?

—Escucha. Hay un maestro vampiro de camino al Circo. Le he dado tu nombre y le he dicho dónde encontrarte. Se llama Oliver y es más antiguo que la tiña; más que Alejandro. De hecho, creo que es su amo. Todo era un plan para engaitarme y conseguir tu puesto, y he picado como una pazguata.

Jean-Claude guardó silencio durante una eternidad.

—¿Me has oído? —pregunté, nerviosa.

—Así que intentabas matarme.

—Ya te lo advertí.

—Pero ahora me previenes. ¿Por qué?

—Oliver quiere controlar la ciudad para mandar a los vampiros a matar humanos. Quiere volver a los viejos tiempos, a la ilegalidad. Dice que el vampirismo legal se extiende demasiado deprisa. Estoy de acuerdo, pero no sabía que pretendiera algo así.

—De modo que ahora traicionas a Oliver para salvar a tus queridos humanos.

—Tampoco es eso. Coño, Jean-Claude, concéntrate en lo que importa. Van para allá; puede que ya hayan llegado. Tienes que ponerte a salvo.

—Para mantener a salvo a los humanos.

—Y también a tus vampiros, ¿o quieres dejarlos a merced de Oliver?

—No. Haré lo que sea necesario, *ma petite*. Por lo menos le plantaremos batalla. —Colgó.

—¿Qué demonios está pasando, Anita? —Larry me miraba con unos ojos desmesurados.

—Ahora no. —Me saqué la tarjeta de Edward de la riñonera y vi que no me quedaba cambio—. ¿Tienes una moneda?

—Claro. —Me la entregó sin hacer más preguntas. Buen chico.

—Por favor, contesta —dije mientras marcaba el número—. Dime que no has salido.

Edward cogió el teléfono al séptimo timbrazo.

—Soy Anita.

—¿Qué pasa?

—¿Te apetece enfrentarte a dos maestros vampiros más antiguos que Nikolaos? —solté. Le oí tragar saliva.

—Tú sí que sabes animar una fiesta. ¿Dónde nos vemos?

—En el Circo de los Malditos. ¿Tienes una escopeta de sobra?

—Aquí no.

—Mierda. Nos vemos en la entrada, cuanto antes. Las cosas se van a poner muy feas.

—Parece una forma divertida de celebrar Halloween.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora, y gracias por invitarme. —Lo decía en serio. Al principio era un asesino normal, pero los humanos le resultaban demasiado fáciles, de modo que se había pasado a los vampiros y los cambiaformas. No se había encontrado con nada que no pudiera

matar, y la vida se hace tan aburrida sin metas que perseguir…

Después de colgar, miré a Larry.

—Necesito que me prestes el coche.

—No vas a ningún sitio sin mí. Solo he oído tu parte de la conversación, pero quiero participar.

Fui a disuadirlo, pero me lo pensé mejor: no había tiempo.

—Está bien. Vamos.

Larry sonrió encantado. El pobre no sabía qué iba a pasar, a qué nos enfrentábamos. Yo sí, y estaba cualquier cosa menos encantada.

CUARENTA Y SEIS

Estaba en la entrada del Circo, observando la avalancha de disfraces y humanidad rutilante. Nunca lo había visto tan abarrotado. Edward estaba junto a mí, con una túnica negra y una careta de calavera. La Muerte disfrazada de muerte; tenía su gracia. Se había presentado con un lanzallamas de mochila, una Uzi y a saber qué otras armas. Larry estaba pálido, pero parecía determinado. Llevaba mi pistola pequeña, aunque no sabía manejarla; se la había dejado por si acaso, ya que se negaba a quedarse en el coche. A la semana siguiente, si seguíamos vivos, me lo llevaría a hacer prácticas de tiro.

Una mujer pájaro pasó a nuestro lado, dejando un rastro de olor a plumas y perfume. Tuve que mirarla dos veces para asegurarme de que iba disfrazada; aquella noche, todos los cambiaformas podían pasearse transformados impunemente sin que nadie se diera cuenta.

Era la noche de Halloween y estábamos en el Circo de los Malditos. Todo era posible.

Una mulata esbelta que solo llevaba un bikini y una máscara recargada se apartó de la multitud y avanzó hacia nosotros. Tuvo que ponerse a mi lado para que hacerse oír con tanto bullicio.

—Jean-Claude me manda a buscarte.

—¿Quién eres?

—Rashida.

—A Rashida le arrancaron un brazo hace dos días. —Le contemplé la piel inmaculada del hombro—. No es posible.

Se levantó la máscara para enseñarme la cara y sonrió.

—Nos curamos muy deprisa.

Sabía que los licántropos se regeneraban con rapidez, pero no suponía que fuera tanta, y menos después de haber acabado en semejante estado. Vivir para ver.

Seguimos el contoneo de sus caderas y nos adentramos en la multitud. Cogí a Larry de la mano para no perderlo.

—No te separes de mí —le dije.

Asintió. Seguí avanzando con él de la mano, como si fuera un niño o un novio. No soportaba la idea de que le pasara nada. No, mentira: no soportaba la idea de que lo mataran. Aquella noche no se podía descartar la muerte.

Edward nos pisaba los talones, silencioso como su homónimo, con ansias de matar algo pronto.

Rashida nos condujo hacia la carpa; probablemente nos dirigíamos al despacho de Jean-Claude.

—Lo siento, pero no quedan entradas —dijo un hombre ataviado con un sombrero de paja y una bata de rayas.

—Soy yo, Perry —dijo Rashida—. El amo los espera —añadió señalando hacia atrás con el pulgar.

El hombre apartó la cortina para que entráramos, y me fijé en que tenía el labio perlado de sudor. La temperatura era elevada, pero me dio la impresión de que no se debía a eso. ¿Qué ocurría dentro de la carpa? No podía ser tan terrible si dejaban entrar a la gente, ¿verdad?

Los focos desprendían calor y una luz intensa. Me estaba asando, pero si me quitaba la chaqueta, la pistola llamaría demasiado la atención, y eso me repateaba.

Habían colgado unas cortinas circulares que ocultaban dos zonas de la pista. Estaban rodeadas de focos y, a cada paso que dábamos, cambiaban de color como un caleidoscopio. No sabía muy bien si eran de tela irisada o se trataba de un efecto de las luces; en cualquier caso, quedaba muy resultón.

Rashida se detuvo junto a la barandilla que contenía a la multitud.

—Jean-Claude quería que todos fuéramos disfrazados, pero no queda tiempo. —Se puso a toquetearme el jersey—. Supongo que basta con que te quites la chaqueta.

Le aparté el jersey y la miré extrañada.

—¿A qué viene eso?

—Estás retrasando el espectáculo. Quítate la chaqueta y ven.

Salvó la barandilla con un salto ágil y avanzó, descalza y despampanante, por el suelo de cemento blanco. Se volvió hacia

nosotros y nos hizo señas para que la siguiéramos.

Me quedé en el sitio. No pensaba ir a ninguna parte hasta que alguien me explicara de qué iba aquello. Larry y Edward se quedaron conmigo. El público nos miraba con curiosidad, esperando a que hiciéramos algo interesante.

Seguimos allí plantados.

Rashida desapareció entre las cortinas.

—*¡Anita!* —oí.

Me volví, pero Larry estaba mirando la pista.

—¿Has dicho algo? —le pregunté. Negó con la cabeza.

—*¿Anita?*

Miré a Edward, pero no era su voz.

—¿Jean-Claude? —susurré.

—*Sí,* ma petite, *soy yo*.

—¿Dónde estás?

—*Detrás de la cortina, donde se ha metido Rashida*.

Sacudí la cabeza. La voz sonaba un poco rara, como con eco, pero por lo demás era tan normal como podía ser la voz de Jean-Claude. Probablemente podría hablar con él sin mover los labios, pero prefería no comprobarlo.

—¿Qué pasa? —susurré.

—*El señor Oliver y yo hemos sellado un acuerdo entre caballeros*.

—No entiendo nada.

—¿Con quién hablas? —preguntó Edward.

—Ya te lo explicaré.

—*Ven y te enterarás de todo mientras se lo cuento al público*.

—¿Qué has hecho?

—*Lo único que podía hacer para salvar vidas. Habrá muertes, pero solo en la pista, solo entre nuestras tropas. Hemos pactado que no morirá ningún inocente*.

—¿Vais a luchar en la pista como si fuera un espectáculo?

—*No podía hacer otra cosa, al menos con tan poco margen para prepararme. Si me lo hubieras advertido hace unos días, podría haber organizado algo*.

No me di por aludida, por culpable que me sintiera.

Me quité la chaqueta y la dejé en la barandilla. Los espectadores que estaban suficientemente cerca para ver que llevaba pistola empezaron a cuchichear.

—La lucha se va a librar en la pista —anuncié.

—¿Con público? —preguntó Edward.

—Ya ves.

—No entiendo nada —dijo Larry.

—Tú te quedas aquí.

—Ni hablar.

Aspiré profundamente y dejé escapar el aire poco a poco. Me estaba armando de paciencia.

—No vas armado, no sabes usar una pistola y es mejor que no lo intentes sin haber practicado antes. Quédate aquí. —Sacudió la cabeza—. Por favor, Larry —insistí, tocándole el brazo.

No sé si fue porque se lo había pedido con educación o por la cara que puse, pero el caso es que asintió. Respiré aliviada. Ocurriera lo que ocurriera, Larry no moriría en algo a lo que yo lo hubiera arrastrado. No sería culpa mía.

Salté a la pista, y Edward me siguió sin enredarse demasiado con la túnica. Miré atrás una vez, y vi a Larry aferrado a la barandilla. Ponía cara de cachorro abandonado, pero estaba a salvo y eso era lo que contaba.

Toqué la cortina cambiante y comprobé que eran las luces: de cerca, la tela era blanca. La aparté y entré en el círculo, seguida por Edward.

En el centro había una tarima con un trono. Rashida y Stephen estaban abajo. Reconocí el pelo de Richard y su pecho desnudo antes de que se quitara la máscara, blanca y con una estrella azul en la mejilla. Llevaba un pantalón morisco azul, con chaleco y babuchas a juego. Todos iban disfrazados menos yo.

—Tenía la esperanza de que no llegaras a tiempo —dijo Richard.

—¿Crees que me perdería la fiesta de Halloween más espectacular de todos los tiempos?

—¿Quién es ese? —dijo Stephen, señalando a Edward con un gesto.

—La Muerte —dije. Edward hizo una reverencia.

—Solo a ti se te podía ocurrir traértelo, *ma petite*.

Subí la vista al estrado. Jean-Claude estaba de pie delante del trono, y por fin se había animado a ponerse la clase de ropa que insinuaban todas sus camisas: tenía todo el aspecto de un cortesano francés. No conocía el nombre de la mitad de las prendas, pero

llevaba una casaca negra con bodoques plateados y media esclavina. Los pantalones, de montar, estaban embutidos en unas botas de caña alta con un doblez rematado en encaje. Llevaba una camisa blanca con mucho más encaje en el cuello, que colgaba por encima de la casaca, y un sombrero de ala ancha con un remate de plumas blancas y negras.

Los congregados se apartaron de la escalera para brindarme acceso al trono, aunque no me apetecía demasiado subir. Se oían sonidos fuera de las cortinas, como si se desplazaran objetos pesados. A saber qué escenario estaban montando.

Miré a Edward y vi que estaba observando a los congregados en el círculo, registrando todos los detalles. ¿Buscaba caras conocidas, o posibles víctimas?

Todos estaban disfrazados, pero pocos llevaban máscara. Yasmín y Marguerite estaban en la mitad de la escalera: Yasmín llevaba un sari escarlata, lleno de velos y lentejuelas, que encajaba a la perfección con su piel oscura; Marguerite, un vestido largo con mangas de farol y cuello de puntillas. El vestido era azul oscuro y muy sencillo, sin más adornos, pero el pelo rubio estaba peinado en rizos intrincados que formaban tres moños, uno encima de cada oreja y otro en la coronilla. Igual que Jean-Claude, parecía más vestida para siglos pasados que disfrazada.

Subí hacia ellos. Yasmín se apartó un velo para mostrar la quemadura en forma de cruz que se había hecho cuando nos conocimos.

—Esta noche pagarás por esto —me dijo.

—No serás tú quien me lo cobre.

—De momento, no.

—Te da igual quién gane, ¿verdad?

—Soy leal a Jean-Claude, por supuesto —contestó con una sonrisa sibilina.

—Por supuesto.

—Tanto como tú, *ma petite*. —Lo pronunció despacio, ridiculizando el acento.

La dejé riendo a mis espaldas. Supongo que no era la más indicada para reprochar deslealtades.

A los pies de Jean-Claude había un par de lobos, que me miraron con sus peculiares ojos claros. No había nada de humano

en aquellas miradas; eran lobos de verdad. ¿De dónde los habría sacado?

Me detuve a dos escalones del estrado. El semblante de Jean-Claude era inescrutable, vacuo y perfecto.

—Pareces salido de *Los tres mosqueteros* —comenté.

—Cuánta exactitud, *ma petite*.

—¿Eres de esa época? —Me dedicó una sonrisa que podría significar cualquier cosa, o nada en absoluto—. Bueno, ¿qué va a pasar esta noche?

—*Ven y siéntate a mi lado, en el lugar que corresponde a mi sierva humana*. —Me tendió una mano muy pálida.

Subí, aunque hice caso omiso de la mano. Me hablaba sin palabras, y empezaba a parecerme una tontería insistir en llevarle la contraria; con eso no conseguiría cambiar la realidad.

Un lobo soltó un gruñido casi inaudible. Vacilé.

—No te harán daño. Son mis criaturas.

«Igual que yo», pensé.

Jean-Claude bajó la mano al lobo, que se encogió y la lamió. Lo rodeé cuidadosamente, pero no me hizo ni caso; estaba concentrado en su amo. Se disculpaba por haberme gruñido; habría hecho cualquier cosa por complacerlo, mostrando una humildad perruna.

Me situé a la derecha de Jean-Claude, detrás del lobo.

—Te había elegido un traje precioso.

—Si hacía juego con lo que llevas tú, no me lo habría puesto.

Jean-Claude soltó una risa baja y grave que jugueteó con mis entrañas.

—Quédate aquí con los lobos cuando suelte mi discurso.

—¿De verdad vamos a luchar delante de la gente?

—Claro. —Se puso en pie—. Estamos en el Circo de los Malditos, y es la noche de Halloween. Les vamos a ofrecer un espectáculo sin precedentes.

—Es una locura.

—Probablemente, pero evitará que Oliver derrumbe el edificio con todo el mundo dentro.

—¿Podría hacer eso?

—Eso y mucho más, si no fuera porque hemos acordado restringir el uso de nuestros poderes.

—¿Tú podrías derrumbar el edificio?

—No, pero Oliver no lo sabe. —Por una vez me daba una respuesta directa. Tuve que sonreír, igual que él.

Se recostó en el trono, con una pierna apoyada en el reposabrazos, y se inclinó el sombrero hasta que solo le quedó la boca a la vista.

—Sigo sin poder creerme que me hayas traicionado —dijo.

—No me dejaste ninguna opción.

—Y ciertamente preferirías verme muerto a llevar la cuarta marca.

—Pues sí.

—Empieza el espectáculo, Anita —susurró.

De repente se apagaron las luces. El público recibió la oscuridad con gritos de sorpresa. Se abrieron las cortinas, y me encontré en el límite de un foco que brillaba como una estrella, iluminando de lleno a Jean-Claude y a sus lobos. Tenía que reconocer que mi jersey de calabazas no acababa de encajar con la escenificación.

Jean-Claude se puso en pie con un movimiento invertebrado, se quitó el sombrero con una floritura e hizo una reverencia lenta y marcada.

—Señoras y señores, hoy van a convertirse en testigos de excepción de una batalla épica. —Empezó a bajar lentamente por los escalones, acompañado por la luz del foco. No volvió a ponerse el sombrero; lo usaba para acentuar sus palabras—. Una batalla por un trofeo singular: el alma de esta ciudad.

Se detuvo, y el círculo de luz se amplió para incluir a dos vampiras rubias sacadas de la época del foxtrot, una de rojo y otra de azul. Las dos exhibieron los colmillos, y el público soltó exclamaciones de asombro.

—Esta noche —continuó Jean-Claude— verán vampiros, hombres lobo, dioses y demonios. —Su voz transmitía una sensación distinta con cada elemento de la enumeración: «vampiros» provocaba una opresión en el cuello; «hombres lobo» evocaba zarpazos en la oscuridad, y se oyeron gritos; «dioses» hacía hormiguear toda la piel; «demonios» era un viento ardiente que abrasaba la cara.

De las gradas llegaban exclamaciones de admiración y nerviosismo. Jean-Claude prosiguió con su discurso.

—Esta noche les tocará a ustedes decidir dónde acaba la

realidad y empieza la ficción. —«Ficción» reverberó en nuestras mentes como si el sonido llegara a través de un diamante tallado, repetido en innumerables facetas, hasta difuminarse en un susurro que transmitió algo completamente distinto, que ya habíamos palpado: «realidad».

—Esta noche de Halloween —prosiguió—, los monstruos de esta ciudad nos disputaremos su control. Si triunfamos nosotros, seguirá reinando la calma. Si triunfan nuestros enemigos…

Otro foco iluminó el segundo estrado. No tenía trono. Oliver estaba en la parte superior, acompañado de la lamia en todo su esplendor serpentino. El vampiro llevaba un conjunto blanco ablusado, con grandes lunares negros, y se había maquillado con una base blanca en la que destacaban, en negro, una boca de payaso triste y un ojo muy contorneado, del que caía un lagrimón brillante. Remataba el conjunto un gorrito cónico con un pompón azul en la punta.

¿Se había disfrazado de payaso? No era lo que me esperaba. Pero la lamia lo rodeaba con su cola anillada y le confería un aspecto aterrador. Oliver le acariciaba el pecho desnudo con una mano enguantada.

—Si vencen nuestros enemigos —dijo Jean-Claude—, la noche de mañana sumirá la ciudad en un baño de sangre sin precedentes. Se cebarán con la carne y la sangre de la ciudad hasta dejarla convertida en un páramo sin vida. —Se había detenido a mitad de la escalera; en ese momento se volvió y empezó a subir lentamente —. Están en juego sus vidas, sus almas. Recen por nosotros, por nuestra victoria, mis queridos humanos. Recen con todas sus fuerzas.

Se sentó en el trono, y un lobo le apoyó la pata en la pierna. Jean-Claude le acarició la cabeza con gesto ausente.

—A todos los hombres les llega la muerte —anunció Oliver. El foco que iluminaba a Jean-Claude se apagó, y Oliver se convirtió en la única luz de la oscuridad reinante. Toma simbolismo—. Todos ustedes morirán algún día, tras un accidente inesperado, tras una enfermedad prolongada… El dolor y el sufrimiento acechan en su camino.

El público se agitó en las gradas, inquieto.

—¿Estás protegiéndome de su voz? —le pregunté a Jean-Claude.

—Te protegen las marcas.

—¿Qué sienten los espectadores?

—Un dolor punzante en el corazón; la decadencia del cuerpo; el recuerdo de algún terror intenso que hayan experimentado.

Cuando las palabras de Oliver llegaron a cada miembro del público y le hicieron sentir su mortalidad, la oscuridad se llenó de sonidos de angustia, miedo y congoja.

Resultaba obsceno. Un ser que había vivido un millón de años les recordaba a los humanos lo frágil que era la vida.

—Ante esa certeza —continuó Oliver—, ¿puede existir mejor modo de abandonar este mundo que en un estallido de gloria, inmersos en nuestro abrazo? —La lamia reptó por el estrado mostrándose en toda su magnificencia—. Ella puede brindarles un éxtasis inefable, convertir la muerte en una celebración, un motivo de regocijo, sin sombras de duda. Si pudieran sentirla, perderse en ella, experimentarían placeres con los que muy pocos mortales se han atrevido siquiera a soñar. ¿Les parece que la vida es un precio excesivo, cuando van a morir igualmente? ¿No preferirían abandonarla sintiendo los labios de esta magnífica criatura en la piel, y no dejándola escurrir entre los dedos con el inexorable paso del tiempo?

«¡Sí!», se oía gritar entre el público. «¡Por favor!».

—Detenlo —le dije a Jean-Claude.

—No puedo. Tiene derecho a declamar su alegato.

—Amigos míos, les ofrezco la posibilidad de materializar sus sueños más inconfesables. Vengan a nosotros.

La oscuridad se agitó con el murmullo del movimiento. Se encendieron los focos, que iluminaron a varias personas que se levantaban y se tiraban contra la barandilla. Que se precipitaban hacia la muerte.

La luz hizo que se detuviesen en seco y mirasen a su alrededor, como sonámbulos que acabaran de despertar. Casi todos parecían avergonzados, pero un hombre que estaba cerca de la barandilla parecía apesadumbrado, como si acabaran de expulsarlo del paraíso. Se desplomó de rodillas y vi que se le agitaban los hombros. Se había puesto a llorar. ¿Qué habría visto en las palabras de Oliver? ¿Qué le habían hecho sentir? Virgen santa, líbranos de eso.

Vi qué habían estado colocando mientras esperábamos tras las cortinas: una especie de altar elevado de mármol, con una escalinata. Estaba entre los dos estrados, a la espera… ¿de qué? Me volví para preguntárselo a Jean-Claude, pero estaba ocurriendo algo.

Rashida se apartó del estrado y caminó hacia la barandilla, hacia la gente. Stephen, que llevaba un bañador de tanga, se dirigió al otro lado de la pista. Su cuerpo casi desnudo tenía la piel tan suave e impecable como el de Rashida. Recordé las palabras de la mujer: «Nos curamos muy deprisa».

—Señoras y señores —proclamó Jean-Claude—, vamos a concederles unos momentos para que se recuperen de la magia de la apertura, y a continuación les revelaremos algunos de nuestros secretos.

La multitud volvió a tomar asiento, y un acomodador acompañó a las gradas al hombre que lloraba. Un silencio reverente llenó la carpa; nunca había visto a tanta gente tan callada. Se habrían oído las alas de una mosca.

—Cada vampiro puede convocar a un animal para que acuda en su ayuda —continuó—. El mío es el lobo. —Recorrió la parte superior de la tarima para exhibir a los animales; yo me quedé plantada bajo el foco, sin saber muy bien qué hacer. No estaba exhibiéndome; solo estaba a la vista—. Pero también puedo convocar a su pariente humano: el hombre lobo. —Trazó un amplio arco con la mano, y empezó a sonar la música, al principio baja y tranquila, cada vez más alta y tempestuosa.

Stephen se arrodilló. Me volví para mirar a Rashida: también estaba en el suelo. Iban a cambiar allí, delante de la multitud. Yo todavía no había presenciado ningún cambio, y tengo que reconocer que sentía cierta… curiosidad.

Stephen estaba a cuatro patas y curvaba la espalda, como si se retorciera de dolor. Su melena rubia barría la pista. Un estremecimiento, como las ondas en el agua, le recorrió la espalda, y la columna se hizo más pronunciada. Extendió las manos como si estuviera haciendo una reverencia y apretó la cara contra el suelo. Los huesos le atravesaron las manos, y rugió. Se le movía la piel como si tuviera bichos reptando por debajo, y la columna vertebral se le arqueó en una curva imposible. Empezó a salirle pelo de la

espalda a tal velocidad que parecía una toma a cámara rápida. De vez en cuando le asomaba algún hueso y se volvía a esconder, dejando atrás un sonido viscoso y abundantes regueros de un líquido transparente. Había formas en lucha bajo la piel, y los músculos se agitaban como serpientes. Era como si el lobo se estuviera abriendo paso desde dentro del cuerpo humano. El pelaje, de color miel tostada, creció cada vez más deprisa y ocultó parte de los cambios; no podía decir que no me alegrara.

De su garganta surgió un sonido, a medio camino entre un aullido y un grito, y por fin quedó convertido en el hombre lobo que había visto el día de la cobra gigante. Elevó el hocico lobuno y aulló. Se me pusieron los pelos de punta.

Llegó otro aullido desde el otro lado de la pista. Me volví y vi a otro hombre lobo, o a una mujer lobo, con el pelaje negro como el carbón. ¿Rashida?

El público vitoreó y aplaudió enfervorecido.

Las dos criaturas regresaron al estrado y se agazaparon en la parte inferior, una a cada lado.

—Yo no puedo enseñarles nada tan llamativo. —Los focos volvían a iluminar a Oliver—. Mi criatura es la serpiente.

La lamia culebreó a su alrededor, con un siseo suficientemente fuerte para alcanzar las gradas, y sacó la lengua bífida para lamerle la oreja pintada de blanco. Oliver señaló con un gesto hacia abajo. Los focos mostraron, una a cada lado del estrado, dos figuras de aspecto humano que se cubrían el rostro con una capucha.

—Estas son mis criaturas —continuó Oliver—, pero de momento creo que me reservaré la sorpresa. —Dirigió la mirada hacia nuestro estrado—. Empecemos ya.

Los focos volvieron a apagarse, y contuve el impulso de abrazarme a Jean-Claude.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Empieza el combate.

—¿Cómo?

—No hemos planeado el resto de la velada. Será caótico, como todos los combates. Habrá sangre y violencia.

Las luces se encendieron gradualmente hasta bañar la carpa con un resplandor débil, parecido al del amanecer o el crepúsculo.

—Vamos allá —susurró Jean-Claude.

La lamia serpenteó escaleras abajo, y cada grupo se lanzó hacia el otro. No era una batalla; era una pelea descontrolada, más parecida a un altercado de *saloon* que a una guerra.

Los encapuchados corrieron hacia delante, y entreví algo parecido a una serpiente, pero que no lo era, cuando uno de ellos se derrumbó con la primera ráfaga de ametralladora. Obra de Edward.

Me disponía a bajar del estrado, pistola en ristre, pero vi que Jean-Claude no se movía.

—¿No vienes? —le pregunté.

—La verdadera batalla se va a librar aquí, *ma petite*. Haced lo que podáis mientras tanto, pero al final todo se reducirá al poder de Oliver contra el mío.

—Tiene un millón de años. No puedes derrotarlo.

—Ya lo sé.

Nos quedamos mirándonos un momento.

—Lo siento —dije.

—Yo también, Anita, yo también.

Empecé a bajar para sumergirme en la contienda. Ya había caído un bicho serpentoide, partido por la mitad por el fuego de ametralladora. Edward y Richard, que empuñaba un revólver, estaban plantados espalda contra espalda. Richard disparaba contra el otro encapuchado, pero ni siquiera conseguía frenarlo. Apunté y disparé a la cabeza cubierta; la cosa se volvió para mirarme y la tela cayó hacia atrás, revelando una cabeza de cobra de tamaño caballuno. De cuello para abajo parecía una mujer, pero de cuello para arriba… Ni mis disparos ni los de Richard tuvieron ningún efecto. La cosa subió por las escaleras hacia mí. No sabía qué era ni cómo detenerla. Feliz Halloween.

CUARENTA Y SIETE

La cobra humanoide se me acercaba a toda velocidad. Cuando se me echó encima, yo había soltado la Browning y estaba desenfundando un cuchillo. Me derribó contra los escalones y se echó hacia atrás para atacar; terminé de sacar el cuchillo. Me clavó los colmillos en el hombro, solté un grito y la apuñalé en el torso, pero no salió sangre ni pareció que le doliera. Seguía masticándome el hombro, inyectándome veneno, y el cuchillo no le hacía nada. Volví a gritar.

—*Ya no te afecta el veneno* —dijo la voz de Jean-Claude en mi cabeza.

La mordedura dolía horrores, pero no me iba a matar. Hundí el cuchillo en el cuello de la criatura, gritando porque no se me ocurría nada más, y noté que le costaba respirar. La sangre me chorreó por la mano. Volví a clavar la hoja y por fin conseguí que me soltara. Se apartó de mí con un siseo frenético y los colmillos manchados de sangre. Ya lo entendía: el punto débil era la transición entre el cuerpo humano y la cabeza de serpiente.

Busqué la Browning con la mano izquierda; tenía el hombro derecho hecho picadillo. Disparé y contemplé la sangre que salía del cuello. El bicho giró en redondo y salió corriendo; no intenté impedírselo.

Me senté un momento en un escalón, apretándome el brazo derecho contra el cuerpo. Creía que no tenía nada roto, pero el dolor era infernal, aunque ni siquiera sangraba tanto como debería. Miré a Jean-Claude. Seguía inmóvil, pero me pareció notar algo que lo rodeaba, como una oleada de calor. Oliver estaba igual de quieto en su estrado. Aquella era la batalla real; las muertes que tuvieran lugar más abajo solo tendrían importancia para los que muriesen.

Me acerqué a Edward y Richard sin soltarme el brazo, y cuando llegué junto a ellos ya lo tenía mejor; lo suficiente para pasarme la

pistola a la mano derecha. Me miré la herida, y que me aspen si no se estaba curando. La tercera marca. Me regeneraba como un cambiaformas.

—¿Cómo estás? —preguntó Richard.

—Mejor de lo que parece.

—Deberías estar muriéndote —dijo Edward, mirándome extrañado.

—Ya te lo explicaré.

La bicha que me había mordido estaba tendida al pie del estrado, con la cabeza arrancada por las balas de ametralladora. Edward pillaba las cosas al vuelo.

Se oyó un grito agudo y penetrante. Alejandro tenía aferrada a Yasmín, inmovilizándola con una llave detrás de la espalda y sujetándola por los hombros con el otro brazo. Quien había gritado era Marguerite, que se debatía en los brazos de Karl Inger. Las dos llevaban las de perder.

Alejandro clavó los colmillos en el cuello de Yasmín, arrancándole un grito, y le destrozó la columna a mordiscos. Tenía la cara llena de sangre. La vampira quedó inerte. Su cuerpo se agitó, y la mano de Alejandro le salió por el pecho, con el corazón convertido en una pulpa sanguinolenta.

Marguerite gritaba desaforadamente. Karl la soltó, pero ella ni se enteró. Se clavó las uñas en las mejillas hasta hacerse sangre y se desmoronó, sin dejar de arañarse la cara.

—Virgen santa —dije—. Que alguien la detenga.

Karl se quedó mirándome. Lo apunté con la Browning, pero saltó tras el estrado de Oliver. Empecé a acercarme a Marguerite, y Alejandro se interpuso entre nosotras.

—¿Quieres ayudarla?

—Sí.

—Déjame ponerte las dos últimas marcas y me quitaré de en medio.

—¿La ciudad a cambio de una sierva humana que además está como una regadera? —Sacudí la cabeza—. No creo.

—¡Anita, agáchate! —Me tiré al suelo, y Edward lanzó una llamarada por encima de mí. Sentí un calor intenso en la espalda.

Alejandro chilló; levanté la vista lo justo para verlo arder. Agitó un brazo envuelto en llamas, en dirección a Edward.

Me incorporé rodando y vi que Edward había caído de espaldas, pero ya se estaba levantando, con la boquilla del lanzallamas apuntando en mi dirección. Me tiré de nuevo al suelo sin necesidad de que me lo pidiera.

Alejandro hizo un gesto con la mano y la llama cambió de sentido, hacia Edward, que rodó por el suelo para apagarse la túnica. Se quitó la máscara de calavera y la tiró. El depósito del lanzallamas, sujeto a su espalda, estaba ardiendo; Richard lo ayudó a desembarazarse de él, y los dos salieron corriendo. Yo me quedé boca abajo y me cubrí la cabeza con las manos. La explosión sacudió el edificio hasta los cimientos. Cuando levanté la cabeza vi que caía una lluvia de ascuas. Richard y Edward se asomaban desde detrás de la tarima.

El vampiro, con la ropa carbonizada y la piel cubierta de ampollas, empezó a caminar hacia mí.

Me incorporé rápidamente, lo apunté con la pistola, aunque no sirviera de gran cosa, y retrocedí hasta dar con los escalones.

Empecé a disparar. Las balas le hacían sangre y todo, pero siguió avanzando. Cuando oí el *clic* del cargador vacío, di media vuelta y me eché a correr.

Algo me golpeó la espalda y me derribó. De repente tenía encima a Alejandro, que me había hundido una mano en el pelo para echarme la cabeza hacia atrás.

—Suelta la ametralladora o le rompo el cuello.

—¡Cóselo a balazos! —grité.

Pero Edward tiró el arma. Hay que joderse. Sacó una pistola y apuntó cuidadosamente. Alejandro dio un respingo y se echó a reír.

—No puedes matarme con balas de plata.

Me clavó una rodilla en la espalda para inmovilizarme y, de repente, le apareció un cuchillo en la mano.

—No —dijo Richard—. No va a matarla.

—No le haré daño si nos dejáis en paz, pero si interferís, la degüello.

—¡Cárgatelo, Edward!

Una vampira saltó contra Edward y lo tiró al suelo. Richard intentó arrancársela, pero un vampirito le saltó a la espalda. Eran la mujer y el niño de la primera noche.

—Ahora que tus amigos están ocupados, vamos a terminar con

ese asunto que teníamos entre manos.

—¡No!

El cuchillo me hizo un corte minúsculo; sin embargo, el dolor fue muy intenso. Alejandro se inclinó sobre mí.

—No te dolerá, te lo prometo.

Me puse a gritar.

Me circundó el corte con los labios y se puso a beber. Mentía como un bellaco: sí que dolía. Me rodeó el olor a flores, y me sentí ahogar en el perfume. No veía nada. El mundo era una sensación cálida y de aroma dulzón.

Cuando recuperé la vista y pude pensar de nuevo, estaba tumbada de espaldas, mirando el techo de la carpa. Unos brazos me ayudaron a incorporarme, y Alejandro me acunó contra su pecho. Se había hecho un corte justo por encima del pezón.

—Bebe.

Le puse las manos en el pecho y empujé, debatiéndome, pero él me apretaba por la nuca, acercándome a la herida.

—¡No!

Saqué el otro cuchillo y se lo clavé en el pecho, buscando el corazón. Gruñó, me agarró la mano y la estrujó hasta que solté el cuchillo.

—La plata es inútil contra mí. Estoy por encima de eso.

Me empujaba la cara hacia la herida, y no podía zafarme. Era mucho más fuerte que yo. Podría haberme triturado la cabeza con una sola mano, pero se limitaba a atraerme hacia el corte de su pecho.

Seguí forcejeando, pero no conseguí apartar la boca de la herida. La sangre tenía un sabor entre dulce y salado, ligeramente metálico. Solo era sangre.

—¡Anita! —Jean-Claude gritó mi nombre, no sé si en voz alta o en mi cabeza.

—Sangre de mi sangre, carne de mi carne, los dos seremos uno. Una sola carne, una sola sangre, un solo espíritu.

Algo se rompió en mi interior. Lo noté claramente. Una oleada de calor líquido me recorrió y me envolvió el cuerpo, despertándome la piel. Notaba un cosquilleo en las yemas de los dedos. Se me contrajo la columna, y me enderecé de golpe. Unos brazos fuertes me sujetaron, me abrazaron, me mecieron.

Una mano me apartó el pelo de la cara; abrí los ojos y vi a Alejandro. Ya no le tenía miedo. Estaba tranquila, flotando.

—¿Anita? —Me volví lentamente hacia la voz.

—Edward…

—¿Qué te ha hecho?

Intenté dar con la forma de explicárselo, pero no encontré palabras que pudieran describir lo que sentía. Me senté y me aparté de Alejandro con delicadeza.

Edward tenía a los pies un montón de vampiros muertos. Puede que Alejandro fuera inmune a la plata, pero estaba claro que el resto de los suyos no había tenido tanta suerte.

—Crearemos más —me dijo Alejandro—. ¿No puedes leerlo en mi mente?

Sí que podía, solo con proponérmelo, pero no era como la telepatía, ni como las palabras. Supe que Alejandro pensaba en el poder que acababa de obtener de mí, y supe también que no lamentaba nada la muerte de los vampiros.

La multitud estalló en gritos.

Alejandro levantó la cabeza, y seguí su mirada. Jean-Claude estaba de rodillas, sangrando por el costado. Alejandro sentía envidia de la capacidad de Oliver de extraer sangre a distancia. Cuando me convertí en la sierva de otro vampiro, Jean-Claude resultó debilitado, y Oliver había conseguido llegar a él.

Todo había formado parte del plan desde el principio.

—Eres nigromante, Anita. —Alejandro me abrazó, y yo no intenté detenerlo—. Tienes poder sobre los muertos. Por eso quería Jean-Claude que fueras su sierva humana. Oliver cree que, por ser mi sierva, te controla a través de mí, pero al ser nigromante, sigues teniendo libre albedrío. A diferencia de los demás, no estás obligada a obedecerlo. Eso te convierte en arma: puedes enfrentarte a nosotros y verter nuestra sangre.

—¿De qué estás hablando?

—Han acordado que el perdedor se tumbará en el altar para que le claves una estaca.

—¿Qué…?

—Jean-Claude, para reafirmar su poder; Oliver, para demostrar su control sobre lo que perteneció al amo.

La multitud contuvo el aliento. Oliver estaba levitando.

Descendió lentamente hasta el suelo, levantó los brazos, y Jean-Claude flotó a su vez por los aires.

—Mierda —dije.

Jean-Claude oscilaba en el aire, prácticamente inconsciente. Oliver lo dejó en el suelo con delicadeza, y la sangre fresca corrió por el cemento.

Karl Inger salió de detrás del estrado, se acercó a Jean-Claude y lo cogió por debajo de los brazos.

¿Dónde se habían metido los demás? Miré a mi alrededor en busca de ayuda. La cambiaformas negra estaba desmembrada, y los trozos seguían retorciéndose. El hombre lobo rubio no estaba mucho mejor, pero se arrastraba hacia el altar. A pesar de que tenía una pierna arrancada, seguía intentándolo.

Karl depositó a Jean-Claude en el altar de mármol. La sangre corrió por un lateral. Karl lo sujetaba por un hombro, sin esfuerzo aparente. ¿Cómo era posible que le resultara tan fácil contener a un vampiro?

—Comparte la fuerza de Oliver.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Contestarme antes de que pregunte.

—Ahorra mucho tiempo —dijo con una sonrisa.

Oliver cogió una estaca blanca lisa y una maza, y me las tendió.

—Ha llegado el momento.

Alejandro intentó ayudarme a ponerme en pie, pero lo aparté. Con cuarta marca o sin ella, podía levantarme sola.

—¡No! —gritó Richard, corriendo hacia el altar. Todo pareció transcurrir a cámara lenta: pasó junto a nosotros y saltó contra Oliver, que lo agarró por la garganta y le arrancó la tráquea.

—¡Richard! —Me eché a correr, pero era demasiado tarde. Estaba en el suelo, sangrando, y se esforzaba en vano por respirar.

Me arrodillé a su lado e intenté parar la sangre. Tenía los ojos desorbitados y una expresión de pánico.

—No puedes hacer nada. —Edward había llegado junto a mí—. Nadie puede hacer nada.

—¡No!

—Anita… —Edward me apartó de Richard—. Se acabó.

Me había echado a llorar y no me había dado cuenta.

—Vamos, Anita, acaba ya con tu antiguo amo: eso era lo que querías. —Oliver seguía tendiéndome la estaca y la maza.

Alejandro me ayudó a incorporarme. Tendí una mano hacia Edward, pero ya no podía ayudarme; ni él ni nadie. No había manera de retirar la cuarta marca, ni de curar a Richard, ni de salvar a Jean-Claude. Pero al menos no le clavaría la estaca; eso podía evitarlo. No conseguirían obligarme.

Alejandro me condujo al altar.

Marguerite se había arrastrado hasta el pie de la tarima. Estaba de rodillas, balanceándose adelante y atrás, con la cara convertida en una máscara sanguinolenta. Se había sacado los ojos.

Oliver me ofrecía la estaca y la maza con sus manos enguantadas de blanco, aún manchadas con la sangre de Richard. Sacudí la cabeza.

—Cógelo. Obedece mis órdenes. —Su carita de payaso tenía el ceño fruncido.

—Que te encule un atún —dije.

—Ahora la controlas, Alejandro.

—Sí, amo. Es mi sierva.

—Pues que acabe con él.

—No puedo obligarla. —Alejandro sonrió mientras lo decía.

—¿Por qué?

—Ya le dije que, al ser nigromante, conservaría el libre albedrío.

—No voy a permitir que la obstinación de una chiquilla lo eche todo a perder.

Intentó entrar en mi mente. Noté que me atravesaba el cerebro como un mal viento, pero pasó de largo. Ya era una sierva humana completa, y los trucos vampíricos habían dejado de afectarme. Aunque el vampiro fuera Oliver.

Me eché a reír y me abofeteó. Noté el sabor de la sangre en la boca. Lo tenía al lado, tembloroso de furia: le estaba estropeando el momento de gloria.

Alejandro rebosaba satisfacción; percibía su entusiasmo como una sensación cálida en el estómago.

—Acaba con él o te reduzco a pulpa con mis propias manos. Ahora no puedes morir tan fácilmente. Puedo hacerte sufrir mucho más de lo que nunca hayas llegado a imaginar y, aunque después te cures, te seguirá doliendo. ¿Lo entiendes?

Mis ojos se cruzaron con los de Jean-Claude, de color ultramar y tan fascinantes como siempre.

—No pienso hacerlo.

—¿Sigues queriéndolo después de todo lo que te ha hecho? —Asentí en respuesta—. Acaba con él y evitarás que sufra una agonía espantosa: le arrancaré la carne de los huesos poco a poco, sin llegar nunca a matarlo. Mientras conserve el corazón y el cerebro, no morirá, le haga lo que le haga.

Miré a Jean-Claude. No soportaba la idea de que Oliver lo torturara, y estaba dispuesta a impedirlo. ¿No sería mejor darle una muerte rápida?

—Lo haré. —Y acepté la estaca.

—Excelente elección. —Oliver sonrió—. Jean-Claude te la agradecería si estuviera en condiciones.

Volví a mirar a Jean-Claude, con la estaca en la mano, y le acaricié la quemadura del pecho. Me manché de sangre.

—Hazlo de una vez —dijo Oliver.

Me volví hacia Oliver y le tendí la mano para que me diera la maza. En el momento en que me la entregaba, le atravesé el pecho con la estaca de fresno.

Karl gritó. Oliver empezó a sangrar por la boca y se quedó paralizado, como si no pudiera moverse con la estaca en el corazón, pero seguía vivo. Le hundí la mano en la garganta y empecé a arrancar trozos de carne hasta que vi la columna, brillante de humedad. La agarré con fuerza y tiré; su cabeza cayó a un lado, sujeta por unos pocos jirones de carne. Se la arranqué y la lancé al otro lado de la pista.

Karl Inger estaba tendido junto al altar. Me arrodillé junto a él y le busqué el pulso, pero no tenía. La muerte de Oliver lo había matado.

—Lo has conseguido, Anita. —Alejandro apareció a mi lado—. Sabía que podrías matarlo. Estaba seguro.

»Y ahora matarás a Jean-Claude y gobernaremos juntos la ciudad.

—Sí.

Me puse en pie sin pensarlo y, antes de que pudiera leerme la mente, le clavé las manos en el pecho. Las costillas me arañaban al romperse. Alcancé su corazón palpitante y lo aplasté.

Me quedé sin respiración y sentí una opresión dolorosa en el pecho. Tiré del corazón de Alejandro y él se derrumbó, con una expresión de incredulidad. Yo caí con él.

Estaba boqueando inútilmente; no conseguía coger aire. Me tendí sobre mi amo y sentí que mi corazón latía por los dos. Alejandro se negaba a morir. Me aferré a su garganta y me puse a escarbar; le rodeé el cuello y apreté. Noté como se me hundían los dedos en la carne, y el dolor se volvió insoportable. Estaba ahogándome en sangre, en nuestra sangre.

Se me durmieron las manos y no supe si seguía apretando; lo único que sentía era dolor. Después, hasta eso desapareció, y me precipité en una oscuridad que no conocía la luz ni la conocería jamás.

CUARENTA Y OCHO

Me desperté ante un techo blanco. Me quedé mirándolo desconcertada hasta que conseguí situarme. La luz del sol proyectaba cuadrados cálidos en la colcha y las barras metálicas de los laterales de la cama. Tenía un gotero enchufado al brazo.

¿Un hospital? Así que no estaba muerta. Sorpresa, sorpresa.

En la mesita había flores y unos cuantos globos de colores chillones. Me quedé tumbada sin hacer nada, disfrutando del hecho de estar viva.

Se abrió la puerta y apareció un ramo de flores gigantesco. Después, las flores bajaron y asomó Richard.

Creo que dejé de respirar. Noté un zumbido en la cabeza, un hormigueo en todo el cuerpo. Pero no pensaba desmayarme; yo no me desmayaba nunca.

—Estás muerto —acerté a decir.

—Ya ves que no. —Su sonrisa se había desvanecido.

—Vi a Oliver destrozarte la garganta. —La escena se repitió en mi cabeza, como una imagen superpuesta: Richard asfixiándose, muriendo.

Descubrí que era capaz de incorporarme. Me sujeté a las barras de la cama, y noté que el catéter se me movía en la vena, que el esparadrapo me tiraba de la piel. El gotero existía de verdad; lo demás parecía irreal.

Richard se dirigió la mano al cuello, pero la detuvo a mitad de camino. Tragó saliva audiblemente.

—Viste a Oliver destrozarme la garganta, pero eso no me mató.

Me quedé mirándolo y caí en la cuenta de que no tenía ninguna marca en la mejilla; el corte se le había curado.

—Ningún ser humano podría sobrevivir a eso —dije en voz baja.

—Ya lo sé. —Parecía desolado.

—¿Qué eres? —pregunté con un hilo de voz; el pánico me

atenazaba la garganta.

—Un licántropo.

—Sé cómo se mueven los licántropos —dije negando con la cabeza—, qué sensación transmiten. Tú no lo eres.

—Pues lo soy.

—No. —Seguí negando con la cabeza.

Se acercó a la cama con las flores en la mano; parecía incómodo, como si no supiera qué hacer con ellas.

—Soy el sucesor del líder de la manada y puedo hacerme pasar por humano. Se me da muy bien.

—Me mentiste.

—No quería.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque Jean-Claude me ordenó que no te lo dijera.

—¿Por qué?

—Creo que porque sabía que te indignaría; sabe que no toleras los engaños. —Me pregunté si Jean-Claude sabotearía intencionadamente una posible relación entre Richard y yo… y me contesté que sí—. Querías saber qué me ataba a Jean-Claude. Era eso. El líder de mi manada le cedió mis servicios a condición de que nadie averiguase qué soy.

—¿A qué viene tanto secreto?

—Los licántropos no podemos dedicarnos a la enseñanza.

—Así que eres hombre lobo.

—¿No es mejor que estar muerto?

Me quedé mirándolo. Seguía teniendo los ojos de un marrón perfecto; el pelo seguía cayéndole por la cara. Quería pedirle que se sentase, que me dejara acariciarlo y apartárselo de aquellas facciones arrebatadoras.

—Sí. Es mejor que estar muerto.

Dejó escapar un suspiro, como si hubiera estado conteniendo el aliento. Sonrió y me tendió las flores.

Las cogí por hacer algo. Eran claveles rojos, con tanta paniculata que parecían nublados. Olían un poco a clavo. Richard era hombre lobo. El sucesor del líder de su manada. Podía hacerse pasar por un tipo normal y corriente. Me quedé mirándolo y le tendí la mano. La aceptó, y la suya era cálida, sólida y llena de vida.

—Y ahora que ya hemos aclarado por qué no estás muerto, ¿por

qué no estoy muerta yo?
—Edward estuvo haciéndote la respiración artificial hasta que llegaron las ambulancias. Los médicos no saben a qué se debió tu paro cardiaco, pero dicen que no te quedarán secuelas.
—¿Cómo explicasteis los cadáveres a la policía?
—¿Qué cadáveres?
—No me toques los cojones.
—Cuando llegaron las ambulancias no había ninguno.
—El público lo vio todo.
—¿Dónde terminaba la realidad y empezaba la ficción? Cada espectador declaró una cosa distinta. La policía tiene sus sospechas, pero no puede demostrar nada. El Circo se ha clausurado hasta que las autoridades dictaminen que no es peligroso.
—¿Que no es peligroso? —Me eché a reír.
—Bueno, que no es más peligroso que de costumbre. —Se encogió de hombros.
Aparté la mano de las de Richard y hundí la cara en los claveles, para empaparme de su olor.
—¿Jean-Claude… está vivo?
—Sí.
Me sentí aliviada. No quería que muriese; quería que Jean-Claude siguiera con vida. Oh, mierda.
—Entonces sigue siendo el amo de los vampiros de la ciudad, y sigo atada a él.
—No. Me ha pedido que te diga que has quedado libre. Las marcas de Alejandro cancelaron las suyas, o algo así. Dice que un humano no puede ser siervo de dos vampiros.
¿Libre? ¿Era libre? Aparté la cara de las flores para mirarlo.
—No puede ser tan fácil.
—¿Lo que ha pasado te ha parecido fácil?
—De acuerdo, muy fácil no ha sido. —Sonreí—. Pero creía que solo la muerte podría liberarme del vínculo con Jean-Claude.
—¿Te alegras de no tener ya las marcas?
Fui a decir que por supuesto, pero me contuve. Richard estaba muy serio, probablemente porque entendía lo tentador que resultaba el poder, la alianza con los monstruos. Era horrible, pero también maravilloso.
—Sí —dije al fin.

—¿De verdad? —Asentí—. Pues no pareces muy entusiasmada.

—Sé que debería estar dando saltos de alegría, pero me siento más vacía que otra cosa.

—Estos días han sido caóticos. Es normal que estés desorientada.

¿Por qué no me alegraba más de haberme librado de Jean-Claude? ¿Por qué no me sentía aliviada de no ser la sierva humana de nadie? ¿Podía ser que lo echara de menos? Estúpido. Ridículo. Cierto.

Cuando se hace muy cuesta arriba pensar en una cosa, lo mejor es ponerse a pensar en otra.

—Así que ahora se han enterado todos de que eres hombre lobo.

—No.

—Te llevaron en ambulancia y ya estás curado; creo que habrán atado cabos.

—Jean-Claude me mantuvo oculto hasta que me curé. No he salido hasta hoy.

—¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

—Una semana.

—Estás de coña.

—Pasaste tres días en coma. Aún no se explican cómo empezaste a respirar sin ayuda.

Pues sí que había estado cerca. No recordaba ningún túnel luminoso, ninguna voz tranquilizadora. Menuda estafa.

—No me acuerdo de nada.

—¿Cómo ibas a acordarte, si estabas inconsciente?

—Siéntate, que me va a entrar tortícolis de mirarte.

Acercó una silla a la cama, se sentó y sonrió. Era una sonrisa preciosa.

—Así que eres hombre lobo —añadí. Él asintió—. ¿Cómo ocurrió?

Se quedó mirando el suelo durante un buen rato, y cuando levantó la cabeza estaba muy serio. Sentí haber hecho la pregunta; esperaba una narración épica sobre la forma en que había sobrevivido a un fiero ataque.

—Por una inyección con suero contaminado.

—¿Quéee?

—Ya me has oído. —Parecía avergonzado.

—¿Por una inyección?

—Sí. —Mi sonrisa se fue ampliando—. ¡No tiene gracia! —protestó.

—No, ninguna. —Negué con la cabeza, pero sabía que tenía los ojos brillantes y me costaba horrores contener la risa—. Bueno, tienes que reconocer que un poco…

—Te va a doler. —Suspiró—. Pero ríete si quieres.

Los dos estallamos en una carcajada, y nos reímos hasta que nos dolió. La risa también es contagiosa.

CUARENTA Y NUEVE

Aquel mismo día, más tarde, me llegó una docena de rosas blancas con una nota que decía: «Eres libre, si lo deseas, pero albergo la esperanza de que quieras volver a verme, como yo quiero volver a verte a ti. Tú decides. Jean-Claude».

Me quedé mirando las flores y al final le pedí a una enfermera que se las diera a otra persona, o que las tirase, o que hiciera con ellas lo que le viniera en gana. Solo quería perderlas de vista. De acuerdo: me sentía atraída por Jean-Claude. Quizá estuviera un poco enamorada de él en el fondo, en algún recodo oscuro. Pero daba igual: las historias de amor con monstruos siempre acaban mal para los humanos. Es impepinable.

Y aquello me llevaba a Richard. También era un monstruo, pero estaba vivo, cosa que le confería una ventaja considerable sobre Jean-Claude. Además, ¿era menos humano que yo, una reina de los zombis, cazavampiros y nigromante? No tenía demasiado derecho a quejarme.

No sé qué hicieron con todos los cadáveres, pero no apareció ningún policía para interrogarme. Daba igual que hubiera salvado a la ciudad: desde el punto de vista jurídico había cometido asesinato, porque ninguna acción de Oliver lo hacía acreedor de la pena capital.

Cuando me dieron el alta volví al trabajo. Larry seguía allí. Ahora está aprendiendo a cazar vampiros. Que no le pase nada.

Resultó que la lamia era inmortal de verdad. Supongo que eso significa que no se han extinguido, sino que siempre han escaseado. Jean-Claude le consiguió un permiso de trabajo y la contrató en el Circo de los Malditos. No sé si le permite procrear; no me he acercado por allí desde que salí del hospital.

Por fin salí con Richard. Optamos por lo tradicional: cine y cena. Hemos quedado la semana que viene para hacer espeleología, pero

me ha prometido que no habrá canales inundados. Tiene los labios más suaves que he besado en la vida. De acuerdo, se pone demasiado peludo para mi gusto una vez al mes, pero nadie es perfecto.

Jean-Claude no se ha dado por vencido: sigue enviándome regalos, que yo sigo y seguiré rechazando hasta que dejen de llegar o hasta que se congele el Infierno; lo que ocurra primero.

Casi todas las mujeres se lamentan de que no queden solteros heterosexuales. Yo empiezo a lamentarme de que no queden humanos.



LAUREL K. HAMILTON. Nació en 1963 en Heber Springs (Arkansas, EE. UU.), creció en un pequeño pueblo de Indiana y reside en las proximidades de San Luis (Misuri). Entre sus primeras lecturas recuerda una recopilación de relatos de Robert E. Howard, y siempre ha sentido especial predilección por los géneros fantástico y terrorífico.

Después de llegar al género con la novela *Nightseer* y varios libros para franquicias, saltó a la fama tras la publicación de las primeras entregas dedicadas al personaje de Anita Blake, serie que la ha convertido en habitual de las listas de éxitos, incluido el codiciado primer puesto del *New York Times*.

Como complemento a las novelas de Anita, ha empezado a publicar otra serie dedicada a Meredith Gentry, detective privada y princesa feérica, también de ambientación contemporánea con elementos fantásticos. Ambas series comparten una imaginería sexual cada vez más notoria, y no rehúyen contenidos que tradicionalmente se consideran ofensivos.